LAS MASCARAS DE LOS ILLUMINATI
Robert Anton Wilson

Título original: Masks of the Illuminati
Traducción: Francisco Arellano

Hermosilla 104 - Madrid
ISBN: 84-7813-056-X
Edición digital: Merlín

Para Graham, Jyoti Y Karuna

PRIMERA PARTE

El tablero de ajedrez es el mundo; las piezas son los fenómenos del universo; las reglas del juego, eso que llamamos fuerzas de la naturaleza. El jugador que hay al otro lado permanece oculto de nosotros.

Thomas Henry Huxley, Ensayos

Una gran diferencia entre los procesos Químicos y los Alquímicos es que la Alquimia sólo emplea un calor gradual continua pero cuidadosamente aumentado, sin empezar con un calor violento.

Israel Regardie, El Amanecer Dorado.

¡Dios mío! Piensa; piensa en lo que estás diciendo. Es demasiado increíble, demasiado monstruoso; esas cosas no pueden pasar... Debe haber alguna explicación, alguna salida del terror. Porque, amigo mío, si eso fuese posible, nuestra tierra sería una pesadilla.

Arthur Machen, El Gran Dios Pan

EL CASO DE LOS SUICIDIOS CONSTANTES
Nuevos horrores en Loch Ness
(Especial del Express Journal]

INVERNESS, 23 ABRIL 1914.- El Inspector James McIntosh de la Policía de Inverness se enfrenta a un misterio más terrible que cualquiera de los narrados en los cuentos de

Poe o Conan Doyle, pues se han producido tres inexplicables suicidios en dos semanas en la región adyacente a Loch Ness: una zona cuyos habitantes han dado en denominar reciente e insistentemente como «habitada», y no precisamente por «Nessi», nuestro famoso monstruo local, sino por criaturas incluso más terribles.

El primero de los misteriosos suicidios fue el de Bertran Alexander Verey, de 68 años, que se disparó trágicamente en la cabeza el pasado jueves. Según sus vecinos, gozaba de buena salud, y no se ha encontrado ningún motivo razonable para el acto de desesperada melancolía descubierto por las investigaciones del comisario.

La segunda víctima de esta extraña plaga de autodestrucción ha sido la de la cuñada de Verey, la Señora Annie [McPherson] Verey, de 59 años, que se arrebató la vida ingiriendo veneno yodado este mismo lunes. Sobrevivió a su esposo, el reverendo Charles Verey, conocido pastor de la antigua y prestigiosa Old Kirk del Lago y presidente de la Sociedad para la Propagación de la Verdad Religiosa.

Hoy ha ocurrido la tercera inexplicable y terrible tragedia relacionada por extraña coincidencia con los dos primeros actos de manía melancólica. El reverendo Duncan McPherson, hermano de la señora Verey, vicepresidente de la Sociedad para la Propagación de la Verdad Religiosa, se cortó la garganta con una navaja.

Es difícil comprender cómo semejante ola de locura contagiosa ha podido golpear a una familia dedicada a los piadosos esfuerzos cristianos. Al ser preguntado sobre el particular, el inspector McIntosh declaró a nuestro reportero: «Cuando se ha pertenecido a la policía durante treinta años, y se han visto tantas extrañas tragedias, se descubre que literalmente cualquiera es capaz de literalmente cualquier cosa».

La gente de los alrededores dice que la zona en la cual el Río Ness se une con el Loch Ness —donde se encontraban los hogares de Verey y McPherson— está «encantada» desde hace muchos años. A las numerosas apariciones de «Nessie», el misterioso monstruo serpentino que habita en el Loch, se unen las de un segundo monstruo con alas de murciélago, extraños ruidos y luces que se perciben de noche, voces susurrantes que se escuchan en puntos solitarios, y una gran variedad de apariciones sobrenaturales.

«Hay mucha superstición entre los aldeanos», respondió el Inspector McIntosh al ser preguntado sobre tan horribles cuentos.

Otros residentes consideraron el escepticismo del Inspector con la vieja regla de ni esposa, ni caballo, ni bigote, sólo desprecio y una media sonrisa.

Malcolm McGlaglen, de 61 años de edad, propietario de una granja cercana a la zona «encantada», le dijo a nuestro reportero: «La policía está... loca. Todo hombre, mujer y niño de la región llama a esa zona 'Los Acres del Diablo', y nadie quiere adentrarse en ella en cuanto cae la noche. 'Nessie' es la menor de nuestras preocupaciones. Por la noche, esto se llena de sonidos muy desagradables y se ven luces en el cielo y en la tierra; las monstruosas criaturas que han sido vistas por algunos son lo bastante horribles como para que el pelo se le ponga blanco a cualquiera».

Otro granjero, que pidió que su nombre no fuera mencionado en esta publicación, añadió nuevos y macabros detalles a la historia de McGlaglen, diciendo que su propio hijo encontró a una de las «monstruosas criaturas» hace dos años y que todavía se halla bajo atención médica. Se negó a describir a la criatura, alegando que «la gente se reiría de nosotros».

Robert McMaster, de 43 años, otro aldeano, resumió la opinión de la gente de la región con las siguientes palabras: «Necesitamos a la policía tanto como necesitamos una uña infectada». McMaster indicó incluso que había visto a una mujer sin cabeza deambulando por la Finca Glen Carig últimamente.

«Supersticiones», concluyó el inspector McIntosh; nuestro reportero, sin embargo, admite que le alegró poder volver a la ciudad antes de que cayera la noche en los «Acres del Diablo».

Del diario de Sir John Babcock. 25 de Junio de 1914.

¿Qué clase de hombre es... o qué clase de criatura bajo la forma de un hombre? Ciertamente, sólo me he encontrado con él dos veces estando encarnado, pero ha constituido una perpetua presencia en mi vida desde hace dos años... desde que compré el maldito Nubes sin Agua y empecé a involucrarme en los asuntos de la familia Verey y los horrores del Loch Ness. Incluso antes del blasfemo incidente de la cruz invertida que me hizo abandonar Arles, atormentaba mis sueños, apareciendo bajo las formas mas grotescas en pesadillas constantes que se orientaban hacia el más horroroso de los delirios. Una visión especialmente abominable continúa asediándome... él se ataviaba con un turbante y adoptaba la apariencia del más obeso y detestable de los Demonios Sultanes, mientras a su alrededor danzaban y tocaban la flauta una multitud de servidores insectoides que sólo Doré o Goya pudieron haber imaginado. Como el Rey Lear, me hubiera gustado gritar: «¡Médico, dame algo que endulce mi imaginación!» Pero no era fruto de mi imaginación; se trataba de la más terrible realidad. Todavía recuerdo las últimas palabras que me dirigió en Londres: «Su Dios y Jesucristo están muertos. Nuestra magia es ahora más fuerte, pues los Antiguos han vuelto». A veces, mi fe se tambalea y le creo. Es el horror supremo: ver pasivamente, sin mayor esfuerzo, que toda esperanza desaparece; contemplar aquello que más temo... como alguien que estuviera al borde de un abismo y no pudiera resistir la voz seductora, demoníaca y tentadora que susurra «Salta, salta, salta...»

ACCION	**SONIDO**
EXTERIOR. ESTACION DE FERROCARRIL DE BASILEA, SUIZA, 1914. A PRIMERAS HORAS DE LA TARDE. PLANO EN MOVIMIENTO.	
Plataforma del tren. Nos fijamos en diversas caras. Tres hombres y mujeres de estatura normal, un hombre terriblemente grande, un enano, más rostros vulgares.	Sonidos de tren. Preparativos de la partida. Primera voz en la multitud: «...no el Todopoderoso...» Segunda voz: «Tómalo», le dije, «y clávalo donde no brille la luna». Era positivamente vívido. Tercera voz: «Yo nunca resideré ya.» El motor chirría. Orquesta completa: Vals de La Viuda Alegre.

Cuando el expreso de Zurich dejó Basilea en la noche del 26 de junio de 1914, un extraño trío se encontró compartiendo la cabina 23, y dos de ellos descubrieron poco después que al tercero le molestaba aquel hecho.

—Ha dejado de llover —aventuró el doctor suizo en cuanto el tren empezó a moverse. El anuncio era obvio, pero resultaba un claro intento de entablar conversación.

—Ja —replicó el ruso con voz cortante, claramente desinteresado por cualquier charla ociosa.

—Ya no llueve —dijo el inglés amigablemente, pero su cortés sonrisa no trascendía más allá de su boca. Sus ojos estaban tan lejos de la humanidad como los de una momia.

El doctor miró la vacía sonrisa durante un momento y lo intentó por otros derroteros.
—Creo que el Archiduque Fernando está dando una recepción de lo más cordial en su corte —dijo—. Quizá la situación de los Balcanes se enfríe a partir de ahora.
El ruso emitió un sonido escéptico y, en esta ocasión, ni siquiera ofreció una palabra.
—Toda la política es una mascarada —opinó el inglés con la misma sonrisa educada que no alcanzaba a sus ojos vacíos y elusivos.
El ruso aventuró una frase completa.
—Todas las mascaradas tienen una clave —sentenció con la macabra alegría de los que planean el apocalipsis en una buhardilla— y los antiguos romanos ya lo sabían: Cui bono?
—¿Quien gana? —El inglés tradujo del latín al alemán, el idioma en que los tres conversaban—. ¿Quién sino el Diablo? —respondió retóricamente, mostrando una de esas sonrisas malsanas que hacen que la gente se rebulla molesta.
El ruso miró al inglés por un momento, observando los nerviosos síntomas que el doctor ya había notado.
—El Diablo —pronunció firmemente— es un mito muy adecuado inventado por los verdaderos malefactores del mundo. —Con aquellas palabras abrió un periódico y se retiró tras sus páginas, indicando claramente que cualquier conversación que se le dirigiera en lo sucesivo sería una clara invasión de su vida privada.
El doctor siguió hablando cordialmente.
—En estos días, muy poca gente cree en el Diablo —dijo, pensando para su fuero interno: Nueve de cada diez esquizofrénicos tienen obsesión por el Diablo, y ocho de cada diez generan algún tipo de variación sobre la metáfora de la mascarada.
—Poca gente —replicó el inglés con una mueca que fue haciéndose cada vez más mecánica y cadavérica— puede ver más allá de sus narices.
—Qué bien lo sabe usted, ¿verdad? —le aguijoneó el doctor.
—¿Es usted alienista? —preguntó el inglés abruptamente.
Ya está aquí otra vez, pensó el doctor: la sorprendente intuición, o percepción extrasensorial, de que dan muestra estos tipos.
—Soy médico —dijo cuidadosamente— y trato problemas mentales y nerviosos... pero no desde la posición del alienista tradicional.
—No necesito ningún alienista —replicó el inglés amargamente, ignorando el rechazo del doctor hacia tal etiqueta.
—¿Quién dice eso? —quiso saber el doctor—. Mi padre era un ministro del Señor. De hecho, simplemente me intereso por la vehemente convicción que demuestra acerca de la existencia del Diablo en un tiempo en que casi todos los hombres educados coinciden con la opinión de nuestro cínico compañero que se escuda tras el periódico.
Un ronquido de escepticismo llegó desde detrás del diario.
—¿Ha visto alguna vez a un hombre que se desvaneciera en el aire, justo ante sus ojos? —preguntó el inglés.
—Claro que no —respondió el doctor.
—Entonces no me diga que necesito un alienista —concluyó el inglés—. Quizá el mundo lo necesite... quizá el propio Dios necesite un alienista... pero yo sé lo que he visto.
—¿Vio desvanecerse a un hombre en el aire durante un acto de magia en algún escenario? —indagó el doctor amablemente—. Es, ciertamente, extraordinario. Puedo entender a las claras por qué teme que nadie le crea.
—Se burla de mí —dijo el inglés con voz acusadora—. Lo vi... lo supe... la conspiración que lo controla todo desde las bambalinas. Tenía toda la evidencia, y, de pronto, simplemente, desapareció. Gente, oficinas de correo, todo... todo desapareció de la tierra durante la noche...
Durante la noche, la noche, la noche: pareció como si las ruedas del tren repitieran el ritmo de las palabras.

—Debe haber sido una experiencia terrible —insistió el doctor cada vez más amablemente—. Pero, ¿no es posible que se haya confundido con los detalles debido a alguna fuerte impresión?

Durante la noche, la noche, la noche, repetían las ruedas.

—Vi lo que vi —dijo el inglés tajantemente, levantándose—. Perdóneme —añadió, saliendo del compartimento.

El doctor echó una mirada al ruso, aún oculto tras el protector periódico.

—¿Oyó el concierto de Beethoven cuando estuvo en Basilea? —preguntó alegremente.

—Tenía cosas más importantes que hacer —dijo el ruso con su acostumbrda voz cortante, volviendo una página con un interés exagerado en la historia que estaba leyendo.

El doctor renunció. Un pasajero molesto y el otro muy poco educado: decidió que el viaje iba a ser muy aburrido.

El inglés volvió con los ojos húmedos y, tras echarse en su rincón, no tardó en quedarse dormido. Láudano, o algún otro opiáceo, diagnosticó el doctor: como mínimo, síntoma de una aguda ansiedad neurótica.

Durante la noche, la noche, la noche, insistían las ruedas. El doctor decidió dormitar un poco.

Se despertó sobresaltado, descubriendo que el ruso, involuntariamente, le había tomado del brazo. Escuchó entonces la voz del inglés:

—No... no... no iré al jardín... otra vez no... ¡Oh, Dios, Jones, esa cosa... las alas del murciélago se mueven... el enorme ojo rojo... ¡Dios nos ayude, Jones...!

—Está totalmente loco —dijo el ruso.

—Un ataque de ansiedad —le corrigió el doctor—. Está en medio de una pesadilla.

—Gar gar gar gar —seguía el inglés, casi llorando en sueños.

El ruso, con embarazo, soltó la presa del brazo del doctor.

—Supongo que verá una docena de casos como éste cada semana —opinó—. Por mi parte, no estoy acostumbrado a estas cosas.

—Los veo cuando han salido de las visiones y están totalmente despiertos —dijo el doctor—. Todavía son humanos y provocan simpatía.

—Nadie como él provoca simpatía —cortó el ruso, volviendo a usar el tono cortante y regresando a su asiento.

—El Colegio Invisible —musitó el inglés como si si tratase de algún estribillo esquizofrénico—. Ahora lo ves, ahora no... en el aire, en el aire...

—Está hablando de una sociedad secreta del siglo diecisiete —explicó el doctor, sorprendido.

—Incluso Jones —seguía musitando el inglés—. Existía, pero ya no existe... Oh, Dios, no... no hay que volver al jardín.

Las afueras de Zurich empezaron a aparecer por la ventanilla.

El doctor se adelantó y tocó al inglés en el hombro con cuidadosa gentileza.

—Sólo es un sueño —dijo suavemente en la propia lengua del inglés—. Despierte y todo acabará.

Los ojos del inglés se abrieron llenos de terror.

—Estaba soñando —le explicó el doctor—. Era un mal sueño...

—Un montón de tonterías —bramó el ruso súbitamente, saliendo de su frialdad—. Haría muy bien en olvidarse de esos demonios imaginarios y empezar a temer la creciente ira de las clases trabajadoras.

—No era un sueño —susurró el inglés—. Todavía están detrás mío...

—Joven —dijo apremiante el doctor—, su miedo se encuentra dentro de su propia mente. No hay nada fuera de ella. Intente comprenderlo.

—El loco es usted —replicó el inglés—. Para ellos, dentro y fuera es lo mismo. Ellos

pueden entrar en nuestras mentes si lo desean. Y cambiar el mundo si quieren.

—¡Ellos? —preguntó el doctor perspicazmente—. ¿El Colegio Invisible?

—El Colegio Invisible ha muerto —contestó el inglés—. La Hermandad Negra que domina el mundo.

—¡Zurich! —gritó el revisor—. ¡Ultima parada! ¡Zurich!

—Escuche —insistió el doctor—. Si va a quedarse en Zurich una temporada, venga a verme, por favor. Creo que puedo ayudarle. —Le tendió una tarjeta al inglés.

El ruso se levantó carraspeando escéptico y salió del compartimento sin despedirse.

—Tome mi tarjeta —insistió el doctor—. ¿Vendrá a verme?

—Sí —respondió el inglés con una nueva sonrisa carente de sinceridad. Pero en cuanto el doctor le dejó a solas, aún mirando ausentemente con ojos vacíos al espacio, tiró la tarjeta al suelo. Sólo había echado un breve vistazo al nombre: Dr. Carl Gustav Jung.

—No necesito un alienista —repitió incansablemente—. Necesito un exorcista.

EN EL CORAZON DE LA METROPOLIS SUIZA

Majestuoso y rellenito, Albert Einstein cruzó el opaco bar de Lorelei con una bandeja de color amarillo en la que se balanceaban, perfectamente erectas, dos jarras de cerveza. Con pantalones bombachos y un suéter verde, de oscurecidos tonos debido a las lámparas de la Rathskeller, vestía con pulcritud su gnómico aspecto, con el cabello cuidadosa, elegantemente peinado y su estudiado mostacho.

—Oolf —dijo el profesor Einstein, colisionando casi con otro transportista de cerveza en la oscuridad.

James Joyce, demacrado y pálido, levantó sus azules ojos de borracho para atisbar con una intensa mirada la sombría habitación y la diminuta silueta de Einstein que se aproximaba.

—¡Ah! —exclamó pensativamente, demasiado aturdido para articular nada más.

Einstein depositó con alma la ambarina carga en la, por toda evidencia, mesa sin lacar de Joyce; antes de sentarse, bailó tres pasos dionisíacos acompañando los acordes de un pianista tuerto que ocupaba un rincón. Algo casi femenino en la gracia de la danza impresionó a Joyce, quien, una vez más, repitió:

—¡Ah!

—Jeem —dijo Einstein—, ¿por qué tan silencioso de repente? —Se sentó cuidadosamente, buscando a tientas la silla en la velada luminosidad. Una vez sentado, bebió profundos y oscuros tragos de la cerveza de color caoba, paladeándola. Joyce siguió vigilándole complacido, con una impasibilidad ameboide: un Telémaco simplificado —. ¿Está borracho? —le preguntó Einstein.

—Un irlandés nunca está borracho —replicó Joyce dogmáticamente— mientras pueda caerse por tres tramos de escaleras y darse de cabeza en el carbón sin herirse. Estaba pensando en la serpiente de mar del Loch Ness. El periódico de hoy trae una historia sobre un escocés a quien llaman el Terrateniente de Boleskine y que ha ido por allí para escalar montañas. Los periodistas le han preguntado sobre el monstruo y les ha dicho que «Oh, Nessie es muy real. Lo he visto muchas veces. Prácticamente es como de casa.»

ACCION	**SONIDO**

EXTERIOR: CALLE DE UNA CIUDAD, DE NOCHE, PLANO MEDIO

SATAN y SIR JOHN BABCOCK se encuentran uno frente al otro.

BABCOCK aterrorizado.

[El plano se mantiene durante tan poco tiempo que apenas se distingue una imagen concreta; los espectadores no deben estar seguros de lo que han visto.]

Pies corriendo

P. ¿Qué es lo que Joyce encuentra más admirable en Einstein?

R. Su falta de iglesia, de dios, de nacionalidad, de rey, de fe.

P. ¿Qué es lo que Joyce encuentra menos admirable en Einstein?

R. Su sensibilidad judía y su negativa a beber lo bastante como para penetrar en más divertidos e instructivos estados alternativos de consciencia.

P. ¿Qué es lo que Einstein encuentra más admirable en Joyce?

R. Su falta de iglesia, de dios, de nacionalidad, de rey, de fe.

P. ¿Qué es lo que Einstein encuentra menos admirable en Joyce?

R. Su gélida irascibilidad y la incapacidad impotente de beber hasta alcanzar deplorables y extraños estados de consciencia.

P. ¿Qué conspicuas diferencias existen entre Mr. Joyce y el Profesor Einstein que nunca son observadas o comentadas por ninguno de ellos?

R. Joyce escapó de las normales constricciones del ego considerando profundamente que sus sentimientos son los de una mujer; Einstein escapó de las normales constricciones del ego considerando profundamente que sus sentimientos son los de un fotón. Joyce se aproxima al arte con la metodología de un científico; Einstein practica la ciencia con la intuición de un artista. Joyce vivía felizmente en pecado con su amante, Nora Barnacle; Einstein vivía desgraciadamente casado con su esposa, Mileva Einstein.

ACCION **SONIDO**

EXTERIOR: GRANJA ESCOCESA, OSCURIDAD, PLANO MEDIO.

El pequeño MURDOCH FERGUSON, de 10 años, paseando por un maizal.

Voz del Reverendo Charles Verey [alta]:

«Entonces, en 1912, ocurrió el espantoso caso del muchacho Ferguson... el joven Murdoch Ferguson, de 10 años, que fue asustado hasta el punto de perder literalmente la cabeza mientras volvía a su casa al atardecer.»

EXTERIOR. LO MISMO. PRIMER PLANO.

MURDOCH deja de andar y mira con horror a algo que no enfoca la cámara.

Voz de Verey [alta]:

«Me temo que podría hacerles sonreír el saber lo que el muchacho dice que vio..»

—Y, ¿cuál es nuestra sensación de elección? —preguntó Joyce—. Ineludible, lo admito, pero, por lo tanto, doblemente sospechosa.

Einstein sonrió.

—Pensando y pensando y pensando nos hemos metido en una extraña trampa —dijo

—. Déjeme que le enseñe lo extraña que es. —Esbozó a toda prisa, pero cuidadosamente, una caja con sus gruesos dedos sobre el mantel y escribió en su interior velozmente—. Aquí —continuó, presentando a Joyce una trampa talmúdica.

Creemos en nuestro libre albedrío:
No tenemos elección en ese asunto.

Joyce se rió.

—Exactamente —concretó—. Ahora le voy a mostrar lo que hay fuera de la caja. —Empezó a dibujar y a escribir al otro lado del mantel.

Lo que se encuentra dentro de la caja es lo conocido:
Lo que se encuentra fuera de la caja es lo desconocido:
¿Quién ha hecho la caja?

—Hablábamos de socialismo cuando llegamos al bar —observó Einstein— y ahora volamos peligrosamente cerca de las nubes del solipsismo. Jeem, una vez más, sin trampas: ¿qué cree que es realmente real?

—La mierda de perro en la calle —respondió apresuradamente Joyce—. Es de un marcado color amarillo ocre y se pega a la botas como un terrateniente moroso. Ningún hombre es un solipsista cuando se acerca al bordillo para rascársela del tacón. —Le bon mot de Canbronne.

—Otro salto cuántico —replicó Einstein, echándose a reír—. Bien, Freud y Jung estudian esas discontinuidades de la consciencia de una manera científica.

Nora, Stanislaus: ¿lo hicieron? No lo parece. Judas, santo patrón de hermanos y amantes. Lo hicieron. Sé que lo hicieron.

La cripta de San Giles: ¿cómo regresar?

El acordeonista empieza una nueva melodía: Die Lorelei. Joyce observa las mates sombras ambiguamente móviles, desplazándose por las paredes desnudas, mientras una risa loca erupta en una mesa cercana.

—Probablemente nunca le encontraría a usted en otro sitio que no fuera éste —comentó suavemente—. Los distinguidos profesores de la Universidad de Zurich no se mueven en los mismos círculos que los profesores a tiempo parcial del kindergarten de adultos del Signor Berlitz en Trieste. A menos que detesten la sociedad burguesa y se sientan atraídos por los bares más infectos. He conseguido casi toda mi educación auténtica pateando bares y casas de mala reputación, como Villon.

Un amigo del acordeonista empezó a cantar ebriamente:

—Ich weiss nicht was soll es bedeuten...

—A mi madre le encantaba esa canción —dijo Einstein en voz baja, mientras los cantantes recreaban la imagen, desde la niñez, de Lorelei, hermosamente muerta en su insano abrazo.

Durante la noche, la noche, la noche.

—La última vez que estuve en Zurich —dijo Joyce, siguiendo el vuelo de sus propios pensamientos— fue hace ocho o nueve años. Nora y yo nos quedamos en el Gasthaus Hoffnung y el nombre me encantó. Aquel año necesitaba una Casa de la Esperanza. Ahora hemos vuelto otra vez, de vacaciones, y me encuentro con que han cambiado el nombre, por alguna inexplicable razón, a Gasthaus Doeblin... ya ve, mi propia casa, Dublín. ¿No será algún tipo de advertencia o algo parecido?

En las profundidades de la cripta de San Giles. Y algo que se extiende a lo largo de muchas millas. Lo hicieron. El guardián de mi hermano.

—¿Es Nora su esposa?

—En todos los sentidos —Joyce lo pronunció con unción—, excepto en el

estrictamente legal y arcaicamente eclesiástico. —Lo hicieron: sé que lo hicieron. Jodiendo como hembras en celo. Lo sé. Creo que lo sé.

P. Sitúe exactamente Bahnhofstrasse en el espacio-tiempo.

R. Bahnhofstrasse forma parte de la ciudad de Zurich: la cual forma parte del cantón de Zurich: el cual forma parte de la República Democrática de Suiza: la cual forma parte de Europa: la cual forma parte de un planeta de cuatro mil quinientos millones de años de edad llamado Tierra: el cual realiza una rotación sobre su eje polar en relación al sol en un ciclo diurno-nocturno de 24 horas y una revolución alrededor de una estrella de tipo G llamada Sol en 365 días 5 horas 48 minutos y 46 segundos: que a su vez forma parte del Sistema Solar formado por nueve planetas y miríadas de asteroides: que se mueve junto con el Sol hacia la constelación de Hércules a una velocidad de unos 20.000 kilómetros por hora: que forma parte de una galaxia llamada comúnmente Vía Láctea: que gira sobre su propio eje cada ocho mil millones de años: que forma parte de una familia de muchos miles de millones de galaxias: que forma parte del Universo conocido: que el profesor Einstein empieza a sospechar como finito e ilimitado, curvado sobre sí mismo en cuatro dimensiones: de tal modo que algo con energía infinita que viajase de galaxia en galaxia a lo largo de una inmensa órbita de espacio-tiempo volvería eventualmente al punto de origen de su expedición: encontraría de modo eventual la galaxia Vía Láctea, la estrella de tipo G llamada Sol, el planeta Tierra, el continente llamado Europa, la nación denominada Suiza, el cantón de Zurich, la ciudad de Zurich, la calle llamada Bahnhofstrasse, la Lorelei Rathskeller: donde tales pensamientos se han concebido en la mente de Albert Einstein.

P. ¿Durante cuánto tiempo han sido amantes James Joyce y Nora Barnacle?

R. Durante diez años y diez días.

P. ¿Cuántas veces ha sospechado James Joyce que Nora Barnacle le era infiel?

R. Tres mil seiscientas sesenta veces.

P. ¿Ocurren tales sospechas con cierta regularidad?

R. Habitualmente, alrededor de medianoche; ocasionalmente, al anochecer, siempre y cuando Mr. Joyce haya empezado a beber por la tarde.

P. ¿Qué acciones conllevan dichas sospechas?

R. Ninguna.

P. ¿Ha habido excepciones en ese consistente modelo de inactividad?

R. Sí. En 1909, Joyce expresó sus sospechas con tanta elocuencia y furia como un gran maestro de la lengua inglesa. Cuando se persuadió de que en aquella ocasión estaba equivocado, se sumió nuevamente en su modelo anterior de silenciosa desconfianza.

P. Explique los motivos de esa pasividad.

R. Deseo de paz y tranquilidad para seguir con su trabajo literario; morbosa autocontemplación del origen probablemente fantasmal de sus sospechas; devoción y desconcertado amor por el objeto tanto de su concupiscencia como de su paranoia; sentido democrático de la pertenencia a la mayor orden fraternal de Europa, los cornudos.

El debate entre Albert Einstein (Prof. Physik) y James Joyce (Div. Escép.) en la encantadora y antigua Lorelei Rathskeller en aquel memorable atardecer mientras el viento Föhn empezaba a soplar por Zurich cubrió los más diversos y maravillosos tópicos de la epistemología, ontología, escatología, semiótica, neurología, psicología, fisiología, relatividad, teoría de los quanta, ciencia política, sociología, antropología, epidemiología y (debido a la desafortunada tendencia de Mr. Joyce a estancarse en lo más insano) escatología más que liberal. En epistemología, Joyce era tan cuadriculado como

Aristóteles, el Maestro De Los Que Saben, mientras Einstein se delataba por su gran devoción hacia David Hume, Maestro De Los Que No Saben; en cambio, en ontología, Einstein se quedaba peligrosamente cerca del ultraescepticismo que más tarde denunciaría al ser propuesto más burdamente por el Dr. Niels Börh como Interpretación de Copenhage (viz: el universo conocido por nosotros es producto de nuestros cerebros e instrumentos de tal modo que uno es eliminado del universo actual), pero Joyce, con caballeroso desdén tanto por la consistencia como por el sentido común, iba incluso más allá de la Interpretación de Copenhage llegando al agnosticismo final, intentando combinar la proposición aristotélica de que A es A con la no-aristotélica crítica de que A es sólo A hasta que se la observa tan detenidamente que se la puede convertir en B. En escatología, Einstein se aferraba obstinadamente a la posición humanista de que la ciencia y la razón hacían el mundo significativamente mejor para la mayor parte de las especies, Homo Sap., mientras que Joyce, mordaz, sugería que todos los trabajos que apuntaban un avance iban seguidos por otros que marcaban un retroceso. Las grandes ideas de Bruno y Huxley, Zenón y Bacon, Platón y Spinoza, Maquiavelo y Mach, avanzaban y retrocedían por la mesa como pelotas de ping-pong ideológico aumentando la velocidad con los verbales reveses del otro, reconociendo una mente de distinguible calidad superior, y descubriendo que el último acuerdo entre dos temperamentos tan distintos era tan improbable como la humanización del escremento gnóstico el jueves antes de comer. Los obreros que pillaban fragmentos de aquella ontológica guerrilla decidieron que ambos hombres debían ser atrozmente sagaces, pero el caballero ruso del tren, les habría declarado a ambos como peculiares ejemplos de subjetivismo petite-bourgeoise, decadente idealismo imperial y predialéctico empirio-criticismo.

ACCION	**SONIDO**
EXTERIOR. PLANO LARGO: BAHNHOFSTRASSE.	
BABCOCK corriendo.	Respiración jadeante.
INTERIOR. LAVABO DE CABALLEROS. PRIMER PLANO.	
EINSTEIN ante el urinario, mirando una pintada en alemán: NUR DER WAHNSINNIGE IST SICH ABSOLUT SICHER. FNORD?	Respiración jadeante. Pies corriendo.

Dass kommst mir nicht aus dem Sinn...

Las voces de los trabajadores invocaron en Joyce la imagen de Lorelei: de ébano, con cola de pescado y cubierta de lapas. Parecida a las viejas sirenas de Homero. Moviendo el pálido cabello rubio impoluto y virginal que les llega por la cintura: abajo, el pozo sulfuroso. Navegan hacia las rocas llevados por la canción, encadenados por la música. Un golpe, un gorgoteo, gritos: luego, nada. Un remolino que gira y gira: el vacío. Una gaviota aletea en un cielo sin compasión.

Y la cabeza de la Serpiente se alza del Loch: Comed y sed como dioses.

Considerando cada paso, con sus mates ojos ayudando al bastón, Joyce se acercó al bar dignamente, pidiendo por señas otra cerveza. Brindó gravemente consigo mismo en el espejo; por encima de él, un águila de bronce.

En aquella ocasión, casi lo consiguió. Desde las profundidades, bajo la cúpula de San Giles, un chillido levantó eco a lo largo de muchas millas. Y algo dijo el Hermano Ignacio.

¡Oh, infiernos!

Espera.

Ventanas chirriando: el viento Föhn empieza a soplar.

¿Cuándo volvería Einstein del retrete? La vejiga: un complicado embudo. Si el estudiante de medicina vive en mí, también lo harán el sacerdote y el músico. San Jaime, en Dublín, patrón de cálices, catéteres y cantatas. ¿Por qué mi prosa es siempre simultáneamente musical, litúrgica y clínica?

Ah: el suéter verde de Einstein.

—Bien, Jeem —empezó Einstein, sin volver a sentarse—. Creo que ya he tenido bastante por esta noche.

—¿Una cerveza más? —saltó Joyce esperanzado—. ¿Ein Stein, Einstein?

Einstein sacudió la cabeza tristemente.

—Tengo clases por la mañana —murmuró.

—Espero que volvamos a encontrarnos —replicó Joyce, levantándose formal y desmañadamente—. Siempre le recordaré, porque usted me ha enseñado el lenguaje de los quanta. Podría ser la clave de la imposible novela que intento empezar...

—No entiendo cómo la física cuántica puede aplicarse al lenguaje —respondió Einstein—, pero si le he ayudado, me alegro mucho. De todos modos, la conversación ha resultado muy estimulante para los dos.

Una explosión de energía estuvo a punto de desencajar la puerta de la calle y Joyce se echó hacia atrás ágilmente para evitar la colisión.

El rostro que penetró en la oscura sombra de la Rathskeller fue el de un apuesto pero desgraciado joven cuya pálida piel y dementes ojos revelaban a la vez una terrible historia y algún horror cósmico y monstruoso que la débil mente del hombre apenas podía soportar. Todos quedaron instantáneamente congelados de terror y abundantes escalofríos corrieron por todos los espinazos; muchos admitieron, con posterioridad, que se les erizaron los cabellos, se les puso la piel de gallina y se les estremeció el alma. El extraño, aunque vestido con las mejores ropas de la más alta clase inglesa, llevaba un poobre dría contener tanto un veneno mortal como letales cobras o cabezas humanas a juzgar por la torcida sonrisa que deformaba sus labios como si luchase —lo que resultaba visible para todos— por restringir un inminente colapso a la mera histeria. Un aura de terror casi visible entró sutilmente en lo que fuera el alegre emporio de la bebida, y el tuerto acordeonista dejó de tocar, quedando el instrumento como muerto entre sus manos. ¿Qué puede anunciar tal intrusión?, pensó cada cerebro; y la terrible respuesta llegó a todos ellos: sólo el loco está totalmente seguro. Profanos y atemporales secretos de prohibidos eones y las oscuras profundidades de abismos de blasfemas nigromancias parecieron desplazarse subrepticiamente por cada rígida sombra que habitaba la antigua e insana Rathskeller mientras la puerta traqueteaba a efectos del viento como un espíritu atormentado: sllt sllt sllt. Un rumor rudimentario susurró imperceptiblemente.

Aspecto de Bond Street: un inglés.

Joyce observó con ojos totalmente azules y abiertos cómo la ojerosa cara de aspecto femenino trastabillaba hacia el bar. Dorian Gray colgando de la cuerda. Miedo auténtico.

—Whisky —pidió el inglés en su propio idioma, añadiendo ausentemente—, bitte...

Sus ojos parecían desenfocados, ameboides, y su propio ser parecía flotar cuando se hundió en un mortal mareo que le llevó a chocar estrepitosamente, sacudiendo la sala al alcanzar el suelo.

La noche que me emborraché en Tyrone Street y Hunter me ayudó: lo mismo otra vez.

Joyce apoyó el bastón en la barra y se arrodilló, escuchando el corazón del inglés. La escuela médica: no perdió tanto el tiempo. Contando, escuchando: el corazón no iba muy deprisa. Pulso: bastante rápido, nada anormal. Miedo injustificado.

Espera: vuelve en sí.

Los ojos locos y atormentados del inglés se miraron en los de Joyce.

—Mein berr —musitó—. Ich, um...

—Descanse —le pidió Joyce rápidamente—. Hablo su idioma.

Las botas de Einstein repicaron en la pesada madera como cascos de buey: Joyce se volvió.

—¿Qué le pasa? —preguntó Einstein—. ¿Algo serio?

—Sólo está austado —replicó Joyce.

El inglés se estremeció.

—Todo el camino desde Loch Ness —explicó roncamente—. Por toda Europa hasta esa puerta.

—Descanse —le apremió Joyce nuevamente. Loch Ness. ¿Coincidencia?

—Me ha perseguido hasta esa puerta —continuó el inglés—. Está fuera... esperando...

—Ha pasado usted mucho miedo —le explicó Joyce juiciosamente—. Desvaría. Descanse un poco más, caballero.

—No lo comprenden —dijo brutalmente el inglés—. Al volver la esquina... por los rieles del tren...

—¿Qué es lo que le asusta tanto fuera del bar? —preguntó Joyce, recordando las costumbres médicas de Gogarthy: sedante, razonable, sin temor.

El inglés tembló.

—Es usted irlandés —dijo—. Otro inglés diría que estoy loco. Quizá usted tenga la suficiente imaginación para entenderlo mejor.

Atardecer celta: merde.

—Sí —contestó Joyce pacientemente—. Cuéntemelo.

—En Bahnhofstrasse, justo detrás de esa puerta, hay un demonio del Infierno.

El acordeonista tuerto se arrodilló a sus espaldas.

—¿Puedo ayudar? —preguntó en alemán.

—Sí —replicó Joyce—. Ayúdele a llegar hasta una silla. Puede sentarse. Yo voy a salir fuera.

—¿Fue atacado por rufianes? —preguntó el empleado—. Dos o tres de nosotros podemos ir con usted y...

—No —cortó Joyce—. Creo que fue atacado únicamente por su imaginación. Pero mi amigo y yo saldremos a echar una mirada.

Bahnhofstrasse, bañada en la débil luz amarillenta de los faroles de gas, parecía desierta a aquella hora. A media manzana de distancia, un carruaje sin caballos: automobile, les llaman los italianos. Efectivamente un modelo italiano: FIAT, Fabrica Italiana Automobile Torino. El amor latino por los códigos y las siglas. MAFIA: Morte Alle Franconia Italia Anela. E INRI: misterio de misterios.

El Föhn empezó a soplar mucho más fuerte: lejano, grave, caliente y húmedo como el beso de un fantasma. Joyce escudriñó Bahnhofstrasse con ojos cansados. A un lado, los grandes bancos góticos: gobernantes del papel que gobierna los continentes. Capital del mundo de la usura, eso mismo habría dicho Tucker. Al otro lado, los rieles del ferrocarril que daban nombre a la calle: líneas paralelas que se encuentran en el truco de la perspectiva de un teórico infinito. Joyce miró miope, estrábicamente, en ambas direcciones; saltó, de modo involuntario, al oír un trueno. Una calle mojada y vacía. Tan limpia como el temperamento suizo, tan desprovisto de preguntas. El demonio del inglés estaba sólo en su mente.

Pero, espera: junto al arco luminoso. Joyce se adelantó, arrodillándose nuevamente y recogiendo el apenas fluorescente objeto. Era una careta de plástico adecuada para una producción teatral o un baile de máscaras: el rostro de Satanás, con cuernos rojos, barbado, semejante al de un chivo.

—¿Una broma...? —preguntó Einstein.

El inglés se encontraba en la puerta de la Rathskeller, pálido todavía, pero luchando por controlarse.

—Bien, caballeros —dijo—, no han encontrado nada, adivino, y me consideran loco.

Joyce sonrió.

—Por el contrario —replicó—. Hemos encontrado algo y no creo que esté loco en lo más mínimo. —Levantó la máscara—. Me temo que ha sido víctima de una broma bastante cruel.

El inglés se adelantó, mirando sin signos de alivio la sonriente e inhumana máscara.

—Más cruel de lo que se imagina —dijo, con voz mareada—. Han muerto tres personas de un modo atroz desde que empezó este asunto. ¿Piensa que también eso tiene gracia, señor?

La eterna tentación: llegando desde el Loch, un serpentino poder cruza Europa para desafiarme aquí.

Cuando las sombras sigilosas y deslizantes
Hacen surgir a todos los monstruos
La razón se quiebra rojiza
En la Mascarada del Diablo

¿Dónde habré leído esto? Ciertamente, no es de Blake. ¿Alguna Antigua Balada? Pero escucha: habla.

—Tres muertos —insistía el inglés—. Y, ahora, estoy convencido de que yo seré el cuarto.

La Autonomía para Irlanda fue rechazada por los Lores el pasado marzo tras la aprobación de los Comunes en enero. La única posibilidad que queda es la revolución: disparos en las calles, gritos de mujeres: niños muertos. Guerra sangrienta. La pesadilla de la que estoy despertando. Sí: y las palabras del Padre: «Tres cosas en las que nunca debes confiar, Querido Jim, muchacho: el casco de un caballo; el cuerno de un toro; la sonrisa de un sajón». Otra red que tengo que sobrevolar. Este hombre necesita ayuda. El remedio de Inwit: compasión.

El Föhn, el viento de la brujería, soplando insalubre y quemando el aire que suciamente les golpea en la cara al pasar.

—Vamos —pide Joyce—.Déjeme ayudarle.

Bajando de Jerusalén a Jericó: y sintiéndose entre ladrones. A la taberna. Puede que tenga los dos peniques.

—Sí —insistió Einstein—. Deje que le ayudemos.

EL COMENTARISTA DE LA RADIO: Y ahora, desde Zurich, una historia que puede cortar el aliento. Una fuente digna de crédito ha informado a la Reuters News Service que Mr. James Augustine Aloysius Joyce está realizando actualmente un acto de caridad. Aunque no se conocen detalles todavía, se dice que Joyce ha efectuado el amable acto con entera gratuidad, sin ansias de publicidad o popularidad y ni siquiera por interés de ser bien visto en el Cielo. Mr. Joyce, un supuesto escritor y el cornudo más notable de Europa, fue expulsado de su hogar en Dublín, Irlanda, hace casi una década por sus incontables Pecados de Orgullo, por más Pecados de Lujuria que los recordados en las decadentes obras de Sade y Masoch, por el Pecado de Intemperancia, por Pecados contra el Espíritu Santo, y por mirar con desprecio las cruces de las iglesias. Desde entonces, ha incrementado notablemente su reputación de ser el más arrogante y autocomplaciente canalla de nuestro siglo, siendo padre de dos bastardos habidos con una mimada ramera. Noticias de la súbita inclinación hacia la gracia de Joyce parecen haber llegado a la roca Vaticana haciendo exclamar, al oír tan milagroso comportamiento, a su propia Santidad el Papa: «¡Después de todo, puede que exista alguna esperanza!» En los Cielos, el Dios Padre no ha querido hacer comentarios, pero el Espíritu Santo le ha

dicho a nuestro corresponsal que «Parece que dentro de cada Pecador hay un Santo que lucha por prevalecer». Y ahora una palabra de nuestro Patrocinador en los Cielos:

CANTANTES: Padre, Hijo y Espíritu Santo
¡Son a quienes más necesitáis!
El Espíritu, el Padre y el Hijo Celestial
¡Ellos consiguen que ocurran las cosas!
¡Glo-ria in ex-cel-sus D-e-o!

ACCION	**SONIDO**
EXTERIOR. MANSION BABCOCK, 1886. PLANO LARGO.	
Una magnífica casa inglesa, antigua. Una bicicleta en el césped del patio delantero.	Gritos de un niño.
INTERIOR. VESTIBULO. PLANO MEDIO	
SIR JAMES FENWICK BABCOCK andando y deteniéndose súbitamente al oír los gritos del niño.	Nuevos gritos de niño
DOCTOR [con el rostro de ALBERT EINSTEIN, 1914] sale del dormitorio y llega al vestíbulo.	Doctor: «Puede descansar ya, Sir James. Su hijo está sano.

Sir John Babcock nació el 23 de noviembre de 1886; era hijo único de Sir James Fenwick Babcock, antaño biólogo reputado que resultó relegado al limbo científico por defender la teoría lamarckiana de la evolución con preferencia a la darwinista. La madre del muchacho fue Lady Catherine (Greystoke) Babcock, quien es descrita, en los diarios y cartas que han sobrevivido, como una excepcionalmente animada anfitriona, muy aguda y la más inteligente abogada de las herejías científicas de su marido.

Trágicamente, el joven Sir John quedó huérfano en 1897, a la tierna edad de once años, cuando tanto Sir James como Lady Catherine resultaron muertos en un viaje a Africa con el loco primo, famoso por ello, de Lady Catherine, Lord Greystoke. El cuidado del niño recayó en un tío, el Dr. Bostick Bentley Babcock, médico pionero en el empleo del éter y la anestesia. También se le recuerda porque el Dr. B.B. Babcock, al contrario que su hermano, era un reputado darwinista, ateo y vehemente laissez-faire liberal seguidor de las opiniones de la filosofía de Spencer; también se dice que, como estudioso y racionalista, el Dr. Babcock fue el último hombre del mundo en educar a un niño huérfano de modo válido. Evidentemente, el buen doctor, en privado, compartía esa opinión, pues contrató un pequeño ejército de cuidadoras, tutores, sirvientes y otros factotums con los que escudarse estratégicamente de los problemas de un sobrino pubescente.

Cuando falleció el Dr. Babcock de un súbito ataque al corazón el 16 de junio de 1904, el joven Sir John contaba dieciocho años de edad y estaba terminando su miserable y último trimestre en Eton. El albacea de la familia le explicó que era no sólo el único propietario de los 20.000 acres de la Manión Babcock, sino también el beneficiario de dos herencias que, tal y como fueron invertidas, le proporcionarían una renta vitalicia de 4.000 libras anuales, sin que para ello tuviera que realizar el anti-Inglés Pecado de saquear el Capital.

Sir John era un muchacho delgado y de nervioso aspecto, blanco de todas las bromas estudiantiles, descrito siempre como «tímido», «ratón de biblioteca» o «peculiar» por sus compañeros de clase. El mismo se sentía apenas algo menos miserable sólo cuando paseaba en completa soledad por las zonas más boscosas de sus 20.000 acres, recreando «verdes pensamientos en verdes umbrías», como dijo el Poeta; en aquellas situaciones, le parecía, especialmente cuando el crepúsculo teñía de canela y oro las ramas verde esmeralda, que una puerta a otro mundo podría abrirse y que por ella sería posible percibir aun desdibujadamente los rápidos y tímidos movimientos de las dríadas y los sulfurosos aromas de la madera de sándalo, bajo la tierra, en las vastas cavernas de los trasgos. Eran momentos semimágicos en los que un velo parecía revelar un brillante castillo que se levantase en la bruma, una trompeta llamándole a reinos de romance y maravilla, de peligro y triunfo.

P. ¿Con qué dramatis personae, muebles y accesorios estaba provisto el reino mágico?

R. Oscuridad y noches sin luna, colinas barridas por el viento, siniestras grietas, insanas y deprimentes ciénagas, abismos encantados, espectros sin cabeza, brujas voladoras, sabios e inescrutables hechiceros, altos elfos [la más maravillosa de las maravillas], contrahechos enanos, alquímicos hornos, elixires, pociones, drogas, hierbas, piedras preciosas, sagrados griales, diversos y variados dragones de fuego, calabozos subterráneos, halcones malteses, tesoros perdidos, caballeros y paladines con armaduras blancas y negras, enigmáticos sarracenos, castas heroínas [rubias], malvadas seductoras [castañas], espadas, hachas, floretes, espadines, ajados pergaminos apenas legibles, encantamientos hebreos, humaredas, perfumes, inciensos, pentáculos, paneles secretos que daban a salas ocultas, monjes malignos obligados a colgar los hábitos, demonios cinocéfalos, princesas de sangre real, manos de gloria, filtros egipcios, talismanes constituidos por raras gemas, hechizos, hombres lobos, vampiros, locos servidores de Hécate, bebidas bárbaras, raros ungüentos, negros aquelarres, elementales, familiares, damiselas [virginales, encantadoras, propensas al desmayo] afligidas, adivinos, astrólogos, geomantes, héroes rubios y de ojos azules sin pecado, oscuros y bigotudos villanos, gnomos, gobelinos, el Hombre De Negro y las invisibles legiones infernales.

P. ¿Qué clases de aventuras y desafíos ha encontrado realmente Sir John?

R. Doscientos diecisiete atentados por parte de estudiantes más antiguos de seducción, intimidación o coacción para que participase en el Inexpresable Crimen Contra Natura, prohibido en la Sagrada Escritura y en la Sección 270 del Código Penal Revisado de 1888.

P. ¿Por qué razones se ha negado Sir John a participar en el mencionado Crimen Inexpresable?

R. Por piedad cristiana; terror al descubrimiento; miedo a los gérmenes y a las viles enfermedades que transmiten; las severas advertencias de tío Bentley y el Decano de Estudios que le condujeron a la idiotez, la locura y la emasculación; indignación de que siempre le ofrecieran el papel pasivo [receptor]; convicción de que le provocaría náuseas.

Una vez, apresó un ratón de campo y lo sostuvo entre las manos, mirándole los aterrorizados ojos y sabiendo, con horror, que podría arrebatarle la vida con una piedra, tan abrupta y certeramente como sucediera con las vidas de todos los adultos a los que amase y que habían perecido. Estaba asustado de un modo estrictamente metafísico, no porque aquellas crueles fantasías se le ocurrieran a él, ni siquiera porque algo primordial y paleolítico le obligase a cometer aquel acto y a descubrir la terrible alegría del pecado consciente; no era nada de todo aquello, por malo que fuese, sino que se encontraba

ontológicamente aterrado por el conocimiento de su propio poder: por el hecho de que el acto era posible y de que cualquier vida podía resultar tan frágil y fácilmente exterminable. Los aromas de las rosas y los tréboles que le llegaban a la nariz, los colores pastel, esmeralda y turquesa de los árboles, la belleza primordial de la pura Naturaleza, le parecieron repentinamente terribles, como máscaras tras las cuales sólo se camuflase la muerte y el deseo de matar. Soltó a la criatura —«minúscula, lustrosa y acobardada bestezuela timorata», se dijo a sí mismo— y la miró mientras se alejaba, sabiendo de la misma amenaza que conocía el ratón, considerando los mil millones de años de lucha entre predadores y presas a través del prisma darwiniano de tío Bentley, llorando con unas lágrimas que fue incapaz de derramar en el funeral de tío Bentley a fuerza de entumecimiento y autoconsciencia. Se sintió huérfano por tercera vez y quiso arriesgarse a la blasfemia de la esposa de Job: maldecir de Dios y morir.

Nunca olvidaría aquel momento; en otra ocasión, muchos meses después, cuando un profesor conocedor de su capacidad intelectual y alarmado ante su soledad, le preguntó por sus líneas favoritas de Shakespeare, Sir John respondió inmediatamente no con los monólogos «Ser o no ser» o «Mañana y mañana y mañana», sino con el amargo pareado de Lear:

Como moscas para muchachos lascivos somos nosotros
para los dioses:
Nos matan por deporte.

El preceptor quedó tan deprimido por la desesperación de la voz de Sir John al reproducir la cita que decidió que el muchacho era «un caso sin esperanza» y no efectuó ninguna nueva aproximación familiar hacia él.

Pero Sir John también era consciente de los dioses, de las ciegas e impersonales fuerzas del universo darwiniano de tío Bentley, quienes, tan impasiblemente como asesinaron a su madre, a su padre y a sus tío, le regalaban la seguridad económica que era considerada por la mayoría de las personas como una enorme bendición en un mundo donde las tres cuartas partes de la población estaban desesperadas para encontrar la comida diaria, donde casi todos trabajaban hasta una muerte que les llegaba antes de los cuarenta años y les encontraba sin dientes y empobrecidos, agotados por el trabajo en los Oscuros Molinos Satánicos que tanto lamentara Milton. Aunque casi todo el mundo reconocía que los Molinos eran necesarios para el Progreso y que la gran mayoría de hombres y mujeres estuvieron en peor estado antes de la electricidad. A Sir John le confundía todo aquello y, sobre todo, le confundía lo que el universo desease de él, pues se sentía casi como su propietario. Mientras se encontraba sumido en aquellas elucubraciones de búsqueda filosófica, el mundo entero pareció estremecerse al unísono cuando Plehve, Ministro del Interior ruso, murió asesinado; fue el último de una serie de insensatos e increíbles crímenes. El muchacho escuchó a muchas personas mayores hablar del incremento de la violencia y de la falta de ley en el mundo; y oyó a otras personas, más ominosamente, hablar de una conspiración mundial agazapada detrás de aquellos violentos ataques contra los gobiernos oficiales.

Sir John se graduó con honores en el Trinity College, Cambridge, cinco años después, en 1909. El mundo volvió a estremecerse tras el asesinato del Príncipe Ito, en Japón, y se volvió a hablar por todas partes de conspiraciones mundiales y de sociedades secretas (los sionistas, decían algunos; los jesuitas, opinaron otros), pero Sir John se limitó, momentáneamente, a escuchar el ruido de fondo. Su mente y su corazón no pertenecían a este mundo, sino a los dos reinos escolares conocidos como historia y mitología. Sir John se negaba a aceptar aquella distinción, pues estaba profundamente enamorado de otro mundo que llevaba tanto tiempo muerto que era incapaz de dañarle, al contrario que el mundo real, y que veía ante él como lleno de encantos y misterios.

En aquel punto, Sir John leyó Vril: El Poder de la Raza que Viene, de Lord Edward Bulwer-Lytton, y quedó mesmerizado por su tapiz de aventura, utopismo, romance, profundo conocimiento oculto y sumo saber de la psicología política. Pero lo que más fascinó a Sir John fue el hecho de que los detalles ocultos del libro no provenían de la simple fantasía ni del más vulgar folclore, como las novelas de Bram Stoker, sino que derivaban, obviamente, del genuino conocimiento de la Cábala medieval y los Rosacruces. En los siguientes tres meses buscó y leyó con creciente excitación todas las obras de Lord Bulwer-Lytton: Reinzi, Los últimos días de Pompeya, todas las demás novelas, los poemas, las obras de teatro, los ensayos, incluso los cuentos de hadas. Era un conjunto literario sorprendente para haber sido producido por un hombre que también editaba una revista, ejercía como miembro del Parlamento y fuera reconocido como uno de los principales ayudantes de Disraeli.

Y Sir John, mucho más que cualquiera de los cientos de miles de lectores que hicieron de Bulwer-Lytton uno de los más populares novelistas del siglo diecinueve, quedó cautivado por la tantalizadora pregunta que se formulaba en sus libros una y otra vez: Si gran parte del conocimiento oculto está basado en enseñanzas reales, ¿puede uno arriesgarse a creer que la tan frecuentemente mencionada orden de los Rosa Cruz todavía existe y comanda la fuerza del Vril capaz de mutar a la humanidad en superhumanidad?

P. ¿Bajo qué otros nombres describieron la fuerza del Vril otras personas antes que Lord Bulwer-Lytton?

R. Antes: ch'i [China, c. 3000 a.C.], prajna [filósofos hindúes, c. 1500 a.C.], telesma [H. Trismegistus, c. 350 a.C.], Vix Medicatrix Naturae [Hipócrates, c. 350 a.C.], Facultas Formatrix [Galeno, c. 170 d.C.], baraka [sufíes, c. 600 d.C.], mumia [Paracelso, c. 1530 d.C.], magnetismo animal [Mésmer, 1775 d.C.], Fuerza Vital [Galvani, 1790 d.C.], Gestaltung [Goethe, 1800 d.C.], fuerza OD [Reichenbach, 1845 d.C.]. Después: fuerza formativa etérica [Steiner, 1900 d.C.], Elan Vital [Bergson, 1920 d.C.], radiación mitogenética [Gurwitsch, 1937 a.C.], orgón [Reich, 1940 d.C.], bioplasma [Grischenko, 1944 d.C.], Buenas Vibraciones [anón, hippie domesticus, c. 1962 d.C.], inergia [Puharich, 1973 d.C.], la Fuerza [Lucas, 1977 d.C.]

Sir John contaba, por aquel entonces, con veinticuatro años de edad y estaba romántica y dolorosamente convencido de que un vasto abismo temperamental se extendía entre él y sus contemporáneos. Le fastidiaba francamente la esclavitud del trabajo, las ocupaciones centradas en el dinero (tenía todo el dinero que pudiera desear) y se veía repelido por las tibiezas del clero anglicano: la única tradición familiar en cuanto a iglesias que podría haberle ayudado, por aguada que estuviera, como decía Trollope, por no interferir ni con la política de un hombre ni con su religión; de esta manera, parecía no tener más futuro que la pedantería. Pero aquello tampoco tenía atractivo, pues él mismo se consideraba como un alienado y un rebelde (aunque dentro de los límites del buen gusto de acuerdo con la moral y el sentido común británico, naturalmente; era casto, pues consideraba a las prostitutas como víctimas de la explotación social y tenía como indecente hacer proposiciones a una lady, incluso en el caso de que hubiera sabido hacerlo). Lo que era peor: estaba decidido a no corromper su extravagantemente amplia independencia (palabra que prefería a «herencia») y rechazaba la idea de pensar de sí mismo que era una mariposa social o un derrochador. Así pues, se dedicaría a escribir; si su audiencia se limitaba a un público que le leyera en los lavabos, no tenía importancia. Aunque no encontrase un alma, siempre tendría un papel que desempeñar; sería «el estudioso de los Babcocks».

Sir John se especializó en historia medieval y en lenguas del Cercano Oriente; su tesis

doctoral, acerca de la influencia de la Cábala judía en las sociedad ocultistas medievales, se convirtió en su primer libro, Los Amos Secretos, que fue favorablemente considerado en los pocos lugares donde se detectó su edición. La línea más hostil de cualquier crítica apareció en el Historical Journal de la Universidad de Edimburgo, firmada por el profesor Angus McNaughton. Reprendía a Babcock suavemente por lo que denominaba «un cierto romanticismo mental que conduce al joven y ardiente autor a imaginar que algunas de las sociedades secretas mencionadas en su obra han sobrevivido hasta nuestra edad luminosa... una tesis que sólo puede encontrarse en las novelas de Lord Bulwer-Lytton y no en ninguna obra que se tenga por histórica».

Como muchos jóvenes autores, Babcock recibió cada crítica como si fueran mortales heridas, y le mortificaba el que la novelística inspiración de sus ideas hubiera aflorado tan punteramente. Escribió tres borradores de una larga carta al profesor McNaughton para impugnar su puntillosa precisión; y el tercer borrador, en cinco páginas de incansables y pedantes notas al pie, lo envió al Histórical Journal de la Universidad de Edimburgo. Su nota fue publicada, con una cáustica réplica de McNaughton que empezaba: «Las fuentes del joven Mr. Babcock son, de la primera a la última, tan impresionables e inmaduras como el propio Mr. Babcock», y continuaba argumentando que ningún grupo autodenominado en la actualidad Francmasones o Rosacruces tenía ninguna relación documentada con grupos de similares nombres en tiempos medievales. El grupo con una historia particular mejor documentada, decía McNaughton, era el Rito Escocés de Antigua y Aceptada Francmasonería, del que no se podía demostrar existencia posterior a 1723. El viperino McNaughton añadía maliciosamente que la creencia de Sir John en auténticos secretos ocultos detrás de la superficie de la Francmasonería era «pueril, absurda y pretenciosa».

El joven Sir John lo leyó con audible cólera y unos cuantos bramidos johnsonianos de «¡Perro escocés!» y «¡Dios maldito!». Estuvo a punto de descomponerse cuando su contraréplica, que en esta ocasión contenía diecisiete páginas plagadas de recónditas notas al pie (y una aguda respuesta verbal sobre «aquellos que sustituyen la brillante aliteración por convincentes argumentos») le fue devuelta por la editorial de la universidad con la cortante explicación de que el Journal no disponía de espacio ilimitado para debatir propuestas de tan microscópica importancia.

Allí habría terminado el asunto, en cojo anticlímax, de no haber intervenido un misterioso tercero.

Un tal Mr. George Cecil Jones, de Londres, escribió a Sir John rogándole el original de su carta al Historical Journal y asegurándole que todas sus teorías eran correctas aun en el caso de que los documentos que sobrevivieron a los pasados siglos no fueran lo suficientemente completos como para sustentarlas. «La auténtica tradición de la Francmasonería Cabalística», añadía Jones, «puede encontrarse viva todavía entre ciertas logias, especialmente en Baviera y París. Incluso existe una logia de verdaderos adeptos que mantienen la escondida herencia aquí mismo, en Londres, en esta década».

La inmediata respuesta de Sir John fue una cautísima carta dirigida a Mr. (George Cecil) Jones, pidiéndole con mucho tacto le trasmitiera lo mucho que Mr. Jones pudiera saber actualmente de la logia superviviente de Francmasones Cabalísticos de Londres, que aducían descender del Colegio Invisible de los Rosa Cruces (fundado por el sabio sufí Abramelin de Arabia, el cual se lo transmitió por mediación de Abraham el Judío a Christian Rosenkreuz, quien yace enterrado en la Caverna de los Illuminati que, de acuerdo con las investigaciones de Sir John, se encuentra en los Alpes, dijera lo que dijese el perro escocés llamado McNaughton).

La respuesta, en el plazo de una semana, era una prudente misiva que invitaba a Sir John a cenar con Jones en la primera ocasión que visitase Londres, para poder discutir el tema con la extensión exigida y la apropiada intimidad.

Sir John escribió a vuelta de correo que se encontraría en Londres el siguiente jueves.

Aquella semana resultó lluviosa y húmeda en la Mansión Babcock; Sir John apenas salió y consumió casi todo su tiempo en rebuscar en la biblioteca primeras ediciones de antiquísimos panfletos Herméticos y Rosacruces, y rompiéndose la cabeza una vez más con los enigmáticos escritos de los que él suponía formaron parte de la soterrada tradición de la magia cabalística. Releyó El Matrimonio Alquímico de Christian Rosycross, con su extraña mezcolanza de figuras alegóricas egipcias y cristianas, los enochianos fragmentos que el doctor John Dee recibiera de una entidad supuestamente sobrehumana en tiempos de Isabel I, el malicioso y críptico Bestia Triunfante de Giordano Bruno, los escritos de Bacon, Ludvig Prinn y Paracelso. Una y otra vez encontró abiertas o veladas referencias al condenablemente misterioso Colegio Invisible, compuesto por hombres y mujeres Iluminados —los Amos Secretos—, quienes, supuestamente, gobernaban todo el mundo detrás de las bambalinas; y una y otra vez se preguntó a sí mismo si se debía arriesgar a creerlo.

Sir John soñó con el encuentro con Jones vividamente en no menos de tres ocasiones durante aquella semana. En cada sueño, Jones iba ataviado como un brujo medieval, con un sombrero puntiagudo y ropajes de la Orden de San Jorge llenos de extraños glifos astrológicos, y conducía a Sir John hasta la cima de una oscura colina que dominaba un edificio gótico de indeterminable carácter a medio camino entre una abadía y un castillo. El bizarro edificio era, naturalmente —como Sir John descubrió en nuevos sueños—, una mezcla de varias ilustraciones que representaban la Capilla Peligrosa de la leyenda del Grial o la Torre Oscura a la que llegó Roldan. Dentro, de acuerdo con el oculto saber, se escondía cuanto temía; y sólo triunfando en aquella prueba lograría alcanzar las metas rosacruces: la Piedra Filosofal, el Elixir de la Vida, la Medicina de los Metales, la Verdadera Sabiduría y la Perfecta Felicidad. En cualquier caso, siempre despertaba con la mirada llena de terror cuando las puertas de la Capilla se abrían para él y escuchaba en el interior un zumbido como el producido por una miríada de monstruosas abejas.

En una ocasión soñó con el mismísimo doctor John Dee, astrólogo de la corte de Isabel y el mayor matemático de su tiempo, constantemente asociado con espíritus y ángeles según sus propias demandas; y Dee le ofrecía «la baya del solaz», un fruto mágico que confería inmortalidad. «Tomadla y comedla del árbol a toda prisa», decía Dee, pero el fruto olía a excremento y era desagradable de ver y tocar, y cuando Sir John intentaba rechazarlo, una segunda figura, femenina y excitantemente desnuda aunque con cabeza de vaca, aparecía a espaldas de Dee y declamaba solemnemente «Ignatz nunca injuria realmente», mientras todos ellos se encontraban de nuevo súbitamente ante las puertas de una inmensa e insectoide Capilla Peligrosa. Sir John despertó sudando.

Todas las leyendas le advertían que sólo el valiente y puro de corazón sobreviviría al viaje por la Capilla Peligrosa; y aquello le animaba fuertemente, pues, al igual que muchos jóvenes introvertidos, Sir John había buceado mucho en sus propios temores aunque, desgraciadamente, muy poco en los miedos de los demás, por lo que, de modo equivocado, se sospechaba como atípicamente tímido y cobarde; en cuanto a la pureza de corazón sabía que tenía mucho que desear: le asaltaban fantasías que no eran ejemplos de castidad, aunque casi siempre conseguía detener tales imaginaciones antes de que los peores y más innombrables detalles pudieran visualizarse con toda su lubricidad y pecaminosa seducción. Incluso cuando quedaba apresado en aquella lucha bestial de sus animalísticos deseos y los detalles de algunas inmencionables particularidades se formaban con total y compulsiva claridad en su mente, nunca se concedía el favor de sumergirse voluptuosamente en la fantasía de su mimo o manipular íntimamente aquellas particularidades, por deseosas, monstruosas e inexpresables que fueran. Aunque realmente no pudiera decirse lo que ocurría en tales ocasiones, lo cierto es que resistía triunfante casi todo el tiempo a que se alzasen aquellas fantasiosas visiones; mas la culpabilidad de aquellos pocos, raros y difícilmente típicos lapsos pesaban en exceso en su conciencia y parecían levantar una barrera tan clara como la

bicameral criatura que se le aparecía cuando intentaba romper los precintos de la Capilla Peligrosa.

De cualquier modo, aquello era en su totalidad mitología: encantamiento por el sueño, aunque cualquiera podría volverse loco si tratase con gente que creía (o decía creer) que esperaba vencer en la Capilla Peligrosa y volver de nuevo al mundo tan fácilmente como alguien que consigue apartarse del tabaco...

El miércoles, Sir John no pudo demorar por más tiempo su aislamiento de suspensiva indecisión. Llamó a Dorn, el guardabosques de Babcock, y le pidió un carruaje que le llevase a lo largo de las tres millas que le separaban de la finca de los Greystoke, donde devolvió una casual visita familiar a su tío, el Vizconde Greystoke, un hombre de edad pero musculoso que parecía poseer una aparentemente inagotable sabiduría pragmática: era el más rico y menos excéntrico de todos los miembros de las familias Babcock-Greystoke, al menos ésa era la opinión más generalizada. Tras la habitual charla inicial sin interés, Sir John, finalmente, encauzó sus preguntas.

—¿Cree usted, señor, que existen órdenes secretas o logias o fraternidades que hayan sobrevivido a lo largo de los siglos transmitiendo cierta clase de conocimiento oculto o místico que normalmente no es comprensible para la mente humana?

El viejo Greystoke lo consideró durante unos treinta segundos.

—No —respondió finalmente—. Si así fuera, algo tendría que haber oído.

Sir John cabalgó las tres millas que le separaban de casa sumido en profundos pensamientos. La Edad y la Sabiduría habían hablado pero, ¿no sería acaso aquél el punto en que la juventud debiera mostrar su desacuerdo con la Edad y la Sabiduría? A la mañana siguiente, se levantó muy temprano y tomó el tren de Londres. Sir John confiaba en su propia educación: tales logias existían, y el único modo de comprobar sus proclamas de superior sabiduría era encontrarse con ellas y ver por uno mismo lo que tenían que ofrecer aparte de los trabalenguas hebreos y los absurdos juegos de manos de las órdenes masónicas.

Encontró en el vagón un periódico americano: una curiosidad en sí mismo, abierto por la página de las tiras cómicas, un arte en el que Sir John nunca había buceado. La miró ociosamente y descubrió que en una secuencia aparecía un malicioso ratón llamado Ignatz que siempre estaba arrojando ladrillos a un gato llamado Krazy. Era toda una locura y, peor aún, el gato disfrutaba con los impactos de los ladrillos, canturreando contento con cada proyectil que le alcanzaba la cabeza: «Cirito, sempretanfel». Evidentemente, se trataba de algún desfasado dialecto judío-americano para expresar: «Queridito, siempre tan fiel». Sir John se estremeció. Todo aquello no parecía nada divertido; era una descarada explotación de la perversión llamada sadismo. ¿O se trataba de masoquismo? ¿O de las dos cosas? En cualquier caso, una triste amenaza... Constituía algo totalmente típico de las larvales invenciones de los homínidos domésticos de Tierra de aquellas primitivas edades. Crudas señales sónicas producidas por los músculos de la laringe pueden generar unidades de habla capaces de programar toda la cogitación cortical en la trama proporcionada por la gramática local, con ayuda de algo que denominan infantilmente lógica o sentido común. Bajo esta clásica confusión primática de señales con fuentes y mapas con territorios, una gran parte del sistema nervioso de los homínidos queda genéticamente determinado, lo mismo que el más cercanamente relacionado sistema nervioso del chimpancé o el más distante sistema nervioso de la vaca, de lo que puede inferirse que son operados de modo automático. Los programas de territorialidad, estado jerárquico, ocupación, etc., funcionan mecánicamente como Éxito Relativo Evolucionario pues sirven adecuadamente a los mamíferos normales en asuntos normales de mamífero. Los modos de estado-dominio, discernimiento erótico y rudimentario (sujeto-predicado) «pensamiento» causal están impresos tan mecánicamente como los reflejos territoriales de los babuinos o las danzas de apareamiento de los pavos reales. Puesto que el comportamiento de los primates sólo

cambia bajo el impacto de nuevas tecnologías (Primera Ley de Gillhooley), la primitiva «Revolución Industrial» empezó originando impresión y confusión para liberar unas pocas mentes de la mecánica repetición de su circuitería impresa (Impresión y confusión son las únicas técnicas que dejan huella en los primates: Segunda Ley de Gillhooley), y una cierta cualidad de especulativa melancolía penetró en el magma genético, la cual es capaz de generar en menos de setenta años mutaciones que consideren la Migración Espacial y la Extensión de la Vida; pero de todas estas cosas, el joven Babcock no era consciente. Ni siquiera podía imaginar que, a lo largo de su vida, un hombre cruzaría volando el Atlántico.

Sir John llegó a Londres antes del mediodía y decidió prepararse para su cita con Jones empleando la tarde en buscar viejos materiales masones en el Museo Británico.

En un panfleto alquimista isabelino, encontró, por pura coincidencia, un largo poema alegórico que le turbó de un modo extraño, considerando que refería el contacto con pretendidos manipuladores de oculto poder. Una estrofa en particular le persiguió mientras avanzaba en cabriolé, cruzando la ciudad, rumbo al Simpson's Café Divan, donde le había pedido Jones que acudiera. Los cascos del caballo parecían repetir el estribillo:

No hay que creer en el ojo humano
Ni bajo el sol ni en la sombra
Los arlequines que ven y sienten
Sólo participan en la Mascarada del Diablo.

Al pasar ante el Teatro Savoy, Sir John vio que la compañía de D'Oyly Carte había vuelto con Paciencia. Recordó, con cierto agrado, la canción de Bunthorne:

Si este joven se expresa en términos demasiado
profundos para mí
¿Por qué tengo que pensar que ese joven tan
profundo es un joven tan profundo?

La burlona melodía era un refrescante hálito de escepticismo y sentido común británico, pensó Sir John. Cuando entró en Simpson's, estaba dispuesto a enfrentarse al enigmático Mr. Jones sin sobresaltos.

Mr. George Cecil Jones era robusto, educado y demostraba poseer un impecable paladar en cuestión de vinos. También semejaba ser tranquilizadoramente normal, pues no portaba sombrero de brujo y hablaba de sus hijos con mucha ternura; mejor aún, era químico industrial de profesión y no uno de esos creyentes de ojos turbios capaces de llevar a Sir John por el sendero de la Tierra de las Brumas. Uno no podía hacer otra cosa que simpatizar y confiar en él.

Jones aparentaba la cuarentena, pero no demostró condescendencia alguna por la juventud de Sir John; tampoco parecía abiertamente impresionado por el título de Sir John. Un sencillo y categórico inglés con cierta base de sentido común y decencia, concluyó Sir John. Al hombre le llevó cierto tiempo aun esbozar lo más mínimo sobre el Colegio Invisible.

—Debe usted entender, Sir John, que estos asuntos están envueltos en duros Juramentos de Secreto y amenazantes rogativas de silencio —concluyó Jones eventualmente—. Todo cuanto detectamos parece romo en esta libre e iluminada época —le ruego perdone mi ironía—, pero forma parte de una tradición que se remonta a tiempos de la Inquisición, cuando, naturalmente, todo eso era absolutamente necesario.

Sir John, con la franqueza de la juventud, decidió preguntar algo que contenía cierta prueba.

—¿Debo entender, señor, que está usted ligado a algún tipo de Juramento?

—¡Por Dios y por tía Agnes! —dijo Jones, más divertido que ofendido—. Uno no hace esas preguntas en la primera cita. Considere la paciencia del pescador antes que la ansiedad del periodista... si es que quiere abrir la puerta del los Arcanos de Arcana.

Atacó entonces el filet mignon con imbatible vigor, como si la equivocación no fuera equivalente de admisión. Sir John lo comprendió: le estaba probando; estimaba su altura exacta en la escala evolutiva.

—¿Ha leído usted mi libro sobre la Cabala? —preguntó a continuación, intentando un acercamiento indirecto—. ¿O sólo el debate del Historical Journal?

—Oh, leí su libro —dijo Jones—. No me lo habría perdido por nada del mundo. No hay nada más conmovedor y atrevido, al menos en este planeta, que un joven escribiendo apasionadamente sobre la Cábala sin tener ninguna experiencia real sobre sus misterios.

Sir John detectó la punzada de las palabras de Jones, pero se limitó a responder:

—Hasta el momento, no me he dedicado a la experiencia personal y sólo he trabajado con los registros históricos.

—Pero ahora —contestó Jones—, ¿está interesado en la experiencia personal?

—Quizá —replicó Sir John cuidadosamente, sintiéndose un bravo émulo de Byron—. Principalmente, me interesa demostrar mi tesis de que ciertos grupos han sobrevivido a lo largo de los siglos... ¡y demostrarlo tan convincentemente que incluso esa mula cabezota de Edimburgo tendrá que reconocer que tengo razón!

Jones asintió con la cabeza.

—El quererse demostrar a uno mismo que se tiene razón es la principal meta de los estudios —explicó suavemente—. Pero al grupo del que estoy hablando ni le interesa dejar huellas en el registro histórico ni quiere la más mínima publicidad. Mire, Sir John, realmente, no les interesa ni lo que piense el mundo en general, ni lo que consideren los pomposos asnos de las universidades en particular. Sus intereses son muy diferentes.

Sir John creyó estar cenando con un miembro del mismo Colegio Invisible que publicase los primeros panfletos rosacruces de 1619 y 1623. Procedió con gran delicadeza.

—En su carta —dijo—, hablaba de ese grupo, con mucho cuidado, en pasado. Creo que sus palabras exactas fueron: «Incluso existe una logia de verdaderos adeptos que mantienen la escondida herencia aquí mismo, en Londres, en esta década». Exactamente, ¿cuántos años hace que existe esa logia?

—Desapareció hace exactamente diez años, en 1900.

—¿Su nombre?

—Orden Hermética del Amanecer Dorado.

Sir John exhaló profundamente y tomó un sorbo de vino.

—Ha sido usted menos indirecto en sus respuestas —dijo, complacido—. Lo tomo como una buena señal. Deje que me adelante un nuevo paso hacia el objetivo. ¿Es posible que la Orden no desapareciera completamente hace una década?

—Hay muchas cosas posibles —respondió Jones, encendiendo un cigarro y haciendo un gesto para que le sirvieran un poco más de vino—. Antes de que continuemos, permítame enseñarle un sencillo documento que debía firmar cada miembro de la Orden y acatarlo, bajo los más terribles Juramentos. Podrá estudiarlo durante un sólo minuto, Sir John. —Se sacó del bolsillo de la chaqueta una sencilla hoja de papel normal escrita con la más vulgar de las máquinas de escribir.

Sir John consideró el extraño documento con cierto cuidado.

> *Yo [el nombre] invoco solemnemente a Aquel Que Temen Los Vientos, Señor Supremo del Universo, con la palabra masona [descubierta al candidato antes del ritual] y juro que yo, como miembro del Cuerpo de Cristo, desde este día y para siempre, buscaré el Conocimiento y Conversación de Mi Sagrado Angel Guardián,*

para adquirir el Secreto Saber que trasciende la mera humanidad y ser uno con la Altísima Inteligencia; y si usase este Sagrado Saber para obtener ganancias materiales de cualquier tipo, o para dañar a cualquier ser humano, seré maldito y condenado; me cortarán la garganta, me quemarán los ojos y mi cadáver será arrojado al mar; seré odiado y despreciado por todos los seres conscientes, hombres y ángeles, desde entonces hasta la eternidad.

Juro. Juro. Juro.

—Extrañísimas palabras —comentó Sir John, a disgusto. Zeguiremos azotando a esa beztia timodata... sempretanfel.

—Es el Juramento del Primer Grado, el que juran los estudiantes —explicó Jones—. Los Juramentos de mayor nivel son mucho más fuertes, se lo advierto.

Sir John decidió dejar el miedo para más adelante.

—Firmaría un Juramento semejante con ferviente consentimiento —dijo intrépidamente, rindiendo su virginidad espiritual antes de tener el valor de entregar la virginidad de su cuerpo.

—Muy interesante —replicó Jones, afable, recuperando el documento y volviéndolo a guardar en el bolsillo—. Hablaré con ciertas personas. Oirá de nosotros en unos quince días.

Durante el resto de la velada, muy breve, Jones habló tan sólo de sus queridos hijos y de su igualmente amada profesión de químico industrial. No hubo nada oculto o extraordinario en todo ello. En cierto modo, resultó incluso aburrido; tanto, que Sir John llegó a considerarle como uno de los selenitas de H.G. Wells disfrazado de humano, lo que, naturalmente, era una tontería. Pero, ¿qué había en Jones que dejase aquella impresión?

En el tren, camino de casa, por la más imposible de las coincidencias —lo más normal es que ni siquiera viajase en el mismo compartimento—, encontró nuevamente un periódico americano y, más extraño aún, volvió a encontrarse con el sádico ratón y el gato masoquista: «Cirito, sempretanfel».

Tras cuatro años de entrenamiento en el Amanecer Dorado, Sir John se sintió exactamente igual que el extraño gato, y cuando John y Einstein se ofrecieron a ayudarle en la Bahnhofstrase, se rió tonta y neciamente y dijo: «Cirito, sempretanfel».

Preparándose para cualquier cosa, Einstein cepilló el serrín amontonado en el caro pero desaseado traje de Sir John y le alcanzó el sombrero de Bond Street animándole como un ortodoxo samaritano, cosa que necesitaba en gran medida. Sir John no estaba delirando, no exactamente (olvidando el hecho de sus observaciones en Yiddish neoyorquino), y sólo se sentía ligeramente molesto físicamente, con lo que, tras expresar sus deseos de tomarse un café o cualquier otro estimulante cerebral menos turbador que el whisky, Joyce sugirió inmediatamente, como buen juerguista que era, que Babcock le acompañase, a Joyce, a su casa (la de Joyce), que se encontraba a un tiro de piedra del punto en que se encontraban (o, mejor dicho, se tambaleaban) de la Bahnhofstrasse. La propuesta fue aceptada con diligencia y con mucha gratitud verbal y los tres se plantaron en medio de la noche húmeda y lluviosa considerando como una completa improbabilidad, fronteriza con los cuentos de los Hermanos Grimm, el encontrar un coche de alquiler a aquella hora, sobre lo cual Joyce, significativamente, observó que:

—Hemos oído las campanadas de medianoche.

A lo que Babcock, que no quería pasar por un iletrado, replicó:

—Falstaff, ¿verdad?

—Sí —confirmó Joyce—. Enrique IV, Parte Primera. —Ambos se miraron, encontrando algo misterioso o, por lo menos, emocionalmente gratificante en el

compartido conocimiento del Bardo inmortal, aunque sólo Joyce daba a entender que la medianoche era mucho más tarde para Falstaff, acostumbrado a una economía de puesta y salida del sol, que para él mismo y Babcock, adecuados a la era industrial —Babcock estaba ocupado con la prosaica cuestión de saber lo realmente tarde que era, ansioso por saber si de verdad se escucharon las campanadas de medianoche, y cuánto haría de ello —, pero no expresaba ninguna de sus preguntas en voz alta, de modo que los tres hombres se mantuvieron en silencio durante un tiempo como si ninguno de ellos pudiera hacer nada más brillante o dar pruebas de más agudo ingenio; Einstein no estaba seguro de las campanadas; Joyce deambulaba tan lleno de cerveza que en ella habría podido flotar un navio local si hubieran contado los suizos con una hipotética armada, y Babcock tenía la piel de gallina, mas, de cualquier manera, intentaron conversar de un modo amable o, cuando menos, civilizado, aunque no lo consiguieran a la primera intentona pues tanto Joyce como Babcock se mostraban tan nerviosos como un par de tiburones que fueran conscientes de permanecer a cada lado del abismo histórico y temperamental que se abría entre las mentalidades anglosajonas e irlandesas. Era doblemente terrible el que el primer intento de Babcock por abrir la puerta entre sus mundos resultase casi un torpe charloteo de mono.

—Como irlandés, usted, naturalmente, debe ser un místico —pronunció Babcock, metiéndole a Joyce el pie casi en la boca mientras, simultáneamente, pateaba sus rincones más sensibles—. Usted debe saber que existen grandes e invisibles fuerzas e inteligencias detrás de la máscara de la realidad material. Casualmente, ¿conoce a Yeats?

—Sí —replicó Joyce evasivamente, maniobrando para evitar unos excrementos de perro, cosa que, con toda certeza, habría plasmado de haber escrito la escena y que, con seguridad total, Yeats habría excluido—. ¿No es ese tipo al que le aterra pensar que el futuro pueda ser diferente del pasado?

—Nunca lo consideré de esa manera —contestó Babcock, mostrando su desaprobación con un fruncimiento del ceño ante aquella llamativa prueba de ingenio—. Mr. Yeats es un hombre que teme que el futuro pueda ser frío, científico, materialista, sin el romanticismo y misterio del pasado.

Einstein no decía nada. Se encontraban junto a un automobile FIAT, y Joyce lo miró por todas partes con una meticulosidad que a Babcock le pareció casi obsesiva.

—Se ven más cada año que pasa —observó Joyce—. He leído últimamente que un americano llamado Olds los fabrica, y los entrega a los clientes, a un ritmo de seis mil, o más, per annum. Cómo funciona este cacharro del infierno tiene para mí más misterio y romanticismo que cualquier cosa que pueda encontrarse en el fabuloso pasado que tanto desea albergar junto a su pecho el autobiografiado héroe de Mr. Yeats. En este ingenio hay una Varita mágica, llamada embrague, que impulsa a la mística carroza a velocidades que sobrepasan los cuarenta kilómetros por hora. Me gustaría saber algo más de lo que sé acerca de física mecánica.

—Es un sencillo fenónemo natural —explicó Einstein, solícito—. Pero estoy seguro de que a estas alturas no querrá leerse nada sobre combustión interna. —En aquellos momentos, estaba más interesado en observar a sus dos extraños compañeros, confiando en que pistas posteriores aclarasen por qué la Máscara del Diablo resultaba tan terrible para Babcock, que en los sonidos de las campanadas de medianoche—. Funciona mediante explosiones controladas —añadió, confiando en que aquello les bastase.

—Hmm. Sí, ciertamente —dijo Babcock, con poca certeza—. No conduciría uno ni por un millón de libras. Se oyen historias aterradoras acerca de los accidentes. Dios nos dio el caballo para que no tuviéramos que inventar tan peligrosos ingenios. Me aterra pensar en lo que será del mundo dentro de diez años cuando las calles estén llenas de ellos.

—Claro —comentó Joyce, aunque su progresión lógica resultase totalmente inescrutable para Babcock—. Si nosotros, al igual que Mr. Yeats, buscamos un misterio

profundo, sin fin, sin fondo y sin techo, podemos intentar comprender a nuestras esposas. O al primero que nos encontramos por la calle, n'est ce pas?

Babcock meditó sobre aquel cínico concepto durante unos momentos, hasta que se dieron cuenta de que otro hombre se acercaba a ellos por la calle: un tipo singular con una frente alta y shakespearina, ojos de ibis de mongólica y simiesca crueldad y una barba del oscuro color del acero. Tan impresionante era su aspecto que, influenciado en cierta medida por la última observación de Joyce, Babcock observó miopemente al eslavo extranjero mientras éste se encaminaba hacia la zona del río Limmat, comentando en voz baja:

—Compartí la cabina del tren con él. Cualquiera puede encontrar profundos misterios en un individuo como ése.

—Maldito viento —dijo Joyce, pinchando el aire usando el bastón como caduceo—. Los nativos lo llaman viento embrujado. Cuando sopla, Zurich parece volverse loca. Los que somos del norte lo sentimos más, pues esperamos que el viento sea frío y mordiente. Un viento tan cálido que sofoca lentamente es como una inesperada, indeseable y sucia amante que se te mete en la cama.

En la distancia, un perro aulló repentinamente con una horrible cadencia descendente, como un lobo o un coyote.

—¿Lo ve? —preguntó Joyce—. Incluso los animales enloquecen cuando sopla el Föhn.

—Es como el incienso de sándalo blanco —agregó Einstem—. Demasiado espeso y cargado como para resultar agradable.

—La policía tiene informes —explicó Joyce con un tono opalino y místico— que demuestran que el índice de asesinatos sube cuando sopla el Föhn, y los alienistas locales dicen que el número de ataques nerviosos aumenta de modo alarmante. Muy siniestro y aterrador, ¿verdad? Mr. Yeats diría que las ondinas y los espíritus de las aguas intentan controlar a los elementales del aire en el plano astral, ensuciando con tanto estiércol el plano material como para que resulte imposible caminar por él. —Como Thoth, cambió nuevamente, añadiendo cínicamente—: Pero sólo es una alteración de la ionización del aire y puede medirse con los adecuados instrumentos científicos que tanto asustaban a Mr. Yeats.

Aquello les condujo a un total embrollo que no les abandonó durante todo el camino hasta el hotel de Joyce, durante el cual éste descubrió que Babcock era un ardiente admirador no sólo de la pueril (aunque elegante) poesía de Mr. William Butler Yeats, sino del detestable (aunque amable) Mr. Yeats en persona, y que era incluso miembro (junto con Yeats) de la Orden Hermética del Amanecer Dorado, un grupo de ocultistas londinenses de los que Joyce se forjó mucho tiempo antes una decididamente desfavorable opinión, considerándoles fríamente como una broma de muy mal gusto. Babcock, a cambio, reunió varias observaciones sardónicas y poco afortunadas lanzadas en passant por Joyce quien consideraba a Yeats (junto con el Amanecer Dorado, Blavatsky y todo el misticismo moderno) con un desdén que a Babcock le parecía injustificadamente venenoso. Las cosas empezaron a aclararse ligeramente, al menos en la alterada mente de Babcock, cuando gradualmente fue emergiendo el hecho de que Mr. Joyce era también escritor, pero considerablemente de menor éxito que Yeats, si no virtualmente desconocido, lo que, junto con sospechas acerca de las emblemáticas Uvas Amargas y el conocido Monstruo de Ojos Verdes, le permitió de Babcock esbozar en aquel punto casi todos, aunque no todos, los hechos: pues sólo los locos están totalmente seguros de las cosas.

—Entiendo —dijo Babcock cuando llegaron finalmente al Gasthaus Doeblin— que es usted socialista, o anarquista, si no las dos cosas.

—Tiene ante usted un terrible ejemplo de desenfrenado anarquismo individualista —replicó Joyce suavemente—. Aborrezco a todas las naciones por igual. El Estado es

concéntrico, pero el individuo es excéntrico. Bienvenido a la casa de los horrores de esta parte de Dublín —añadió, señalando el cartel: GASTHAUS DOEBLIN (traduciendo perversamente el rótulo de acuerdo con su dudoso capricho).

—Gracias a Dios que podemos escapar de ese loco viento —dijo Einstein fervoroso mientras cruzaban el vestíbulo lleno de alfombras amarillas rodeado por papel pintado donde se veían palmeras y monos encaramados en ellas. («Mi hotelero tiene extrañas ideas acerca de la decoración», comentó Joyce en sotto voce.) El edificio parecía un octógono, y Joyce condujo a Babcock y a Einstein por siete de sus lados hasta llegar a la Habitación 23, que contaba, anunció, «con desayuno, en el que se disfruta del mejor café espresso italiano a este lado de Trieste, pues yo mismo lo traje de Trieste».

Caminaban de puntillas, Babcock y Einstein imitando a Joyce, y se detuvieron mientras Joyce abría lenta y silenciosamente una puerta y miraba brevemente en una desordenada habitación en la que una corpulenta y atractiva mujer dormía entre arrugadas sábanas.

—Esa debe ser la Señora Joyce —dijo Babcock.

—Indudablemente —recalcó Joyce—, pero es Miss Barnacle.

Algo más que ligeramente impresionado por aquella franca asunción de comportamiento bárbaro para morales civilizadas y los cánones de la más elemental decencia, Babcock se recordó a sí mismo que el arrogante irlandés era, después de todo, su anfitrión y que le estaba dando muestras de mayor magnitud que las consideradas normales en el grado de la simple caridad: pues debía tenerle, en primer lugar, por un perfecto desconocido, en segundo, por alguien que podía estar totalmente loco, además de miembro de la conquistadora y probablemente aborrecida raza inglesa, en tercero. Se dirigieron a la cocina y Joyce empezó a preparar café, tras depositar la Máscara del Diablo en uno de los afilados bordes del reloj de cuco.

—Así que dice —comentó Joyce— que este amigo de rostro de chivo le persigue desde el Loch Ness.

—Con sus opiniones —replicó Babcock—, debe pensar usted que es todo una fantasía y me atrevería a decir que se ve a sí mismo tan divertido como un lunático. Le recuerdo, señor, que ya han muerto horriblemente tres personas involucradas en este terrible asunto.

—¿Perseguidas —indagó Einstein suavemente— por el mismo demonio que ahora le persigue a usted? —Con dedo acusador golpeó la Máscara del Diablo bajo la barbilla, interpretando expertamente—: ¿Una mascarada en la que no hay nadie bajo las máscaras?

—La mascarada del diablo —respondió Babcock con amargura.

Aquello hizo tambalearse a Joyce, que volvió al poema recogido en la Bahnhofstrasse, aunque no podía recordar el nombre del autor ni si era acaso de su bardo favorito de la antigüedad, Anon de Ibid. Una nueva estrofa derivó espontáneamente por la superficie de su cerebro:

Los demonios beben en calaveras humanas
Y negocian con las almas
Bebiendo y drogándose y uniéndose a nosotros en
La Mascarada del Diablo

Joyce descubrió (preguntándose si el Dr. Carl Jung pagaría por estar allí tomando notas) que aquella especie de maldita coincidencia peculiar se multiplicaba rápidamente durante la noche. Reflexionando en silencio durante unos minutos, el librepensador irlandés sirvió café y empezó, ausentemente, a liar un cigarillo, mirando pensativamente al místico inglés.

—Santo Tomás nos dijo —comentó Joyce sobriamente— que el Demonio no tenía

poder para herir realmente a aquellos que confían en el Señor, aunque desconfiaba y temía que tuviera que poner su fe a prueba. De hecho, señor, la fértil herejía que dice que en tales ocasiones puede ocasionarse un daño real, implica falta de fe en la bondad de Dios. ¡Ah! —se interrumpió a sí mismo—. Veo que le sorprende que utilice este lenguaje. Bien, señor, si tuviera que creer en algún tipo de misticismo, sería en el de Tomás que es lógico, coherente y lleno de frío sentido común, no como el de los modernos ocultistas que es ilógico, absurdo y lleno de aire caliente. Pero, de momento, dejémoslo. —Lió el cigarrillo y señaló la máscara—. ¿Qué clase de demonio de saldo, de segunda mano, es aquél que necesita trucos de teatro para sus sucios negocios?

Babcock, que se sentía mejor, sonrió forzadamente al oír la aguda observación.

—Usted me confunde —empezó—. Soy plenamente consciente de que hay seres humanos envueltos en este horrible asunto, pero poseen poderes que no les son concedidos ordinariamente a los meros hombres, pues sirven a un ser que no es humano. Evidentemente, usted piensa que soy de los que se asustan ante sencillos trucos de teatro, como los llama, pero ya me he enfrentado a terrores que usted difícilmente podría concebir. Ocasionalmente, no me aterrorizaría por lo que he tenido ocasión de ver esta noche: una figura con la cara de Satán viniendo hacia mí súbitamente en la oscuridad. Lo verdaderamente diabólico fue que ellos me encontraran cuando tomé elaboradísimas precauciones para ocultar mi pista y eludirlos.

Joyce sirvió más café silenciosamente, sin tocar el cigarrillo de punta encendida que exhibía en la mano izquierda. Desde Loch Ness a Zurich: a mí. Los terrores que conocí en la niñez: los aullidos de los condenados, ahorcados, demonios con rostro de babuino, chillonas siluetas envueltas por las llamas. Muchos monstruos civilizados. La antigua pesadilla de Zoroastro de la que Occidente quiere despertar.

—Y, ¿cómo —preguntó Joyce— murieron esas tres personas? ¿Con las gargantas abiertas por las garras de algún terrible monstruo, como en las novelas góticas de Walpole?

Sir John, actuando por motivos de inherente delicadeza, asumiendo que debía mostrarse agradecido por la cortesía de su anfitrión, aunque tan airado como pueda estarlo un huésped, reprimió varias afiladas respuestas que casi afloraron a sus labios y se limitó a decir:

—Fueron llevadas al suicidio.

—Por máscaras y momias —exclamó Joyce, sin preocuparse por esconder la ironía de sus palabras. Entonces, tomando la máscara, la colocó ante su roja cara y se inclinó amenazante sobre la mesa—. ¿Por trucos de teatro como éste? —preguntó su voz desde detrás de la máscara con acento dublinés.

—Fueron llevados al suicidio por un libro —dijo Sir John—, un libro tan vil que no debería existir. Con sólo mirar esa loca obra literaria, las tres víctimas fueron conducidas al terror y se destruyeron a sí mismas. Descubrieron algo que provocó que la vida en este planeta se hiciera tan intolerable para ellos que no quisieron tener ni un sólo instante más de consciencia.

Einstein miró al joven inglés con cierta semejanza a la conocida conjetura de la pica de Darío.

—¿Algo en lo que usted estaba envuelto? —preguntó en voz baja—. ¿No se trata de algo que haya oído, un rumor o un cuento?

—Tan real como este café, el plato, la mesa —dijo Babcock secamente, señalando los tres objetos con enfáticos gestos mientras sus ojos recordaban en silencio alguna terrible historia de ateísmo e incontables locuras que pudieran saltarle a la espalda en cualquier momento, tiempo o lugar, como la proverbial serpiente que se oculta en la hierba, como si no fuera juicioso que hombres valientes y avisados lo cortaran de raíz actuando rápida y prudentemente en el momento psicológico adecuado y golpeando cuando el hierro está aún caliente.

Joyce y Einstein cambiaron mudas miradas llenas de significado.

—Déjeme enseñarle en lo que estoy metido —dijo Babcock, sacando algo de la maleta de paja—. Esto es del Express Journal de Inverness —añadió, sacando unos papeles sujeto con un clip. Joyce y Einstein los leyeron juntos.

EL CASO DE LOS SUICIDIOS CONSTANTES

El terror brota en Loch Ness;
La Policía desconcertada

P. ¿Qué párrafo le causó más impresión al Profesor Einstein?

R. «Otros residentes consideraron el escepticismo del Inspector con la vieja regla de ni esposa, ni caballo, ni bigote, sólo desprecio y una media sonrisa».

P. ¿Se refirió Einstein a esta particular turbación?

R. Con embarazo, con temor, con cierta sospecha de que el problema podría ser causado por su deficiente conocimiento del inglés.

P. ¿Fue aclarado, al menos, el asunto?

R. Lo fue gracias a la concisa explicación de Joyce: «Es una putada tipográfica. Parte de una línea se ha mezclado con otra columna.»

Einstein miró a Sir John con renovado interés.

—Cuénteme toda la historia —pidió, empezando a cargar la pipa.

Joyce asintió, desparramándose en la silla como un hombre invertebrado. El Föhn sacudió la ventana desde fuera como si un fantasma quisiera entrar.

ACCION	**SONIDO**
EXTERIOR. MANSION BABCOCK. PLANO LARGO	
La bicicleta barata se encuentra en un camino cerca de la casa, La bicicleta se cae. No hay viento u otra causa evidente; sencillamente cae.	Voz de Babcock:«... promete que nunca revelarás arte o artes, parte o partes...» El Vals de La Viuda Alegre se sobreimpresiona en las palabras de Babcock.

P. ¿Con qué clase de vida animal o vegetal estaba más surtida la Mansión Babcock?

R. Una bandada de cuervos; una exaltación de alondras, una nube de gatos, una asamblea de pavos, una madriguera de zorras, una guardia de ruiseñores, una granja de topos, una manada de gansos, una familia de pollos, un parlamento de buhos, un estanque de patos, un galón de sapos, una porqueriza de cerdos, un amuleto de pinzones, un murmullo de estorninos, un nido de garzas, un rebaño de chivas, un arrumaco de palomas, un amanecer de rosas, un bancal de truchas, una marea de urracas, una gloria de violetas, un alfiletero de erizos, un encanto de gatitos, una alucinación de glorias de la mañana, un atardecer fucsia, una majestad de robles, una medianoche de cuervos, un mediodía de helechos, una cubierta de fúlicas, un llanto de sauces, una risa del cosmos, una hilaridad de gardenias, una sauna de melocotoneros, una tontería de grillos y un milenio de musgo.

P. ¿Qué clase de libros guardaba sir John en la biblioteca de la Mansión Babcock?

R. Una prevaricación de la política, una cronología de la historia, un gnomo de mitología, un esbozo de teología [incluyendo una serenidad budista, una cosmología hindú, una inescrustabilidad taoísta y una guerra cristiana], la locura de los Alhazreds, una fumarola de alquimistas, un árbol de los cabalistas, una herejía de Bruno, un montón de Llulls, una ova de Bacon, una mistificación rosacruz, un silencio sufí, un enoch de Dees, una sabiduría de los gnósticos y un pequeño gimoteo de romance.

La noche posterior al encuentro con George Cecil Jones, Sir John soñó nuevamente con la Capilla Peligrosa, en esta ocasión iba fuertemente armado, en un castillo de rojas murallas propiedad de un ogro devorador de hombres llamado Sir Talis.

—Debéis entrar sin ser plantado —decía el Juez Don Nadie— para lagrimear que las runas son rojas.

El Rey Eduardo III, vestido con el convencional traje de negocios de George Cecil Jones, paseaba por una sala numinosa e incandescente murmurando algo sobre la impotencia de la honestidad.

—El casco moviente —añadió Je Je Commons a modo de ayuda—. La puerta del vestíbulo permite salir al Papa del Vaticano.

—Lo incalentable e irrompible —chillaba un buho gigante.

—El sol arde dentro —musitaba el tío Bentley—. ¡Hablad y ululad!

Sir John descubrió que estaba en el Templo del Rey Salomón descrito en la literatura masónica.

—Arrodillaos ante Thor, lo ordena Sir Talis —rugía un León.

—Atravesar una niebla espesa sobre el aire —silbaba un Aguila.

—¡Que arda la sangre! —exclamó Sir Knott el Todopoderoso—. ¡Considerad los consejos del odio! —Sir John, un hombre solo bajo el sectarismo, tropezó por la caverna del buho llena de esqueletos, un tripentoctócono donde brillaba una docena de amaneceres. Un cartel decía:

NO OS MEZCLÉIS EN LOS ASUNTOS DE LOS BRUJOS:
LES EMPAPA Y SON DIFÍCILES DE ILUMINAR

—Fue dicho que el viejo sirviente de la Envidia —leía un Angel— lloró al fragmentar el trigo y roncó medio dormido, sin ser roído por la humedad del rocío. Se sacudieron en un parpadeo, Jenny la Estaca y el Hermano Putrefacción y el Hamster y, aflojándolo, un ratón con siete jerbos.

—Esos —explicó Jones, con un gesto de sus huesos— son los que atraviesan este sendero sin el Pentáculo del Valor. Lo que bebáis, Sir Joan: ¿maldecirá la pérdida de los huesos?

Antes de que Sir Joan pudiera decidir acerca de la falta de literalidad de la pregunta, se encontraron en las oscuras espaldas del Tirano en el ala lateral del Brutus Museum en la gaseosa sombra del árbol devorado por los vencejos, los tres ovus desafilando las tijeras, y Karl Marx leyendo en voz alta lo que parecía ser la historia secreta de la Francmasonería: «Y Salomón era un rey abigarrado, y guardaba su yegua en la cola de su espinazo roto para contar su miel; y el SEÑOR habló en él y le dijo: Salomón, toma. Y Silvamoon lo tomó; y la locura de la tumba de Salomón se derramó y lo inundó todo. Y Sol O'Morn se convirtió en Nightres y Nighttricks en Mars Harem y Moose Hiram en Sir Talis y Surd Alice en Roy O'Range Yellagroin y Roy O'Range Yallagroin en el pequeño Motor Soplador». En aquel punto, recurrió a dialectos rusos.

—¿No nos queda nada mejor que hacer que aguantar todo esto? —preguntó Sir John, oyéndose a sí mismo, despertándose bajo el sol de la mañana.

Se sentó y se encontró medio soñando, o hablándose internamente.

—Somos de la misma materia que los sueños —dijo su voz o la voz de alguien.

Shakespeare, naturalmente: La Tempestad. Una gran línea, comentada muchas veces; pero, si uno lo piensa, ¿qué es lo que realmente quiere decir? ¿Qué quiere decir La Tempestad? Si Próspero es el propio Shakespeare, como dicen los estudiosos, ¿por qué Próspero es más mago que poeta? ¿Por qué se asocia con hadas, elfos, el monstruoso Calibán y toda la asamblea de lo oculto?

Y «El joven Roldan llegó a la Torre Oscura». ¿Qué significaba aquella línea de Lear que nada tenía que ver con la trama general? ¿Formaba parte Shakespeare del Colegio Invisible?

Sir John desayunó tan abundantemente como de costumbre y, a continuación, dio un largo paseo, reafirmándose en la solidez de la materia y la realidad de la tierra, el cielo y los árboles. No veía amenaza alguna en que le conocieran como un romántico, pero no tenía intención de convertirse en un maldito loco.

Cuando volvió a casa y se puso a leer el Times de Londres, descubrió que Stolypin, el primer ministro ruso, había sido asesinado, el último de los brutales crímenes cometidos durante la última década del siglo diecinueve y la primera del veinte y que parecían un preludio al ascenso de la anarquía en todo el mundo. Intentó recordar a sus padres y sus propios sentimientos cuando murieron pero sólo encontró un mate dolor en el lugar en que debía estar aquel recuerdo. Si se podía contar con algún tipo de sabiduría superior o alto conocimiento, Sir John sintió que la raza humana lo necesitaba muy poco. La vida, la sabiduría normal y el conocimiento ordinario, no parecían ser sino una singularidad apagada y una broma brutal. «¡Que les corten la cabeza! ¡Que les corten la cabeza!» Dios parecía expresarse en un galimatías la mayor parte de las veces, como la Reina Roja de Alicia. ¿Nos matará realmente por deporte?

Sir John se dedicó las dos semanas siguientes a releer y meditar sobre los panfletos clásicos de los rosacruces del siglo diecisiete. Todo cuanto Jones ilustrase tan prosaicamente se encontraba en ellos: el Hermano del Colegio Invisible de los Rosa Cruces «ataviado de acuerdo con la moda» del lugar en que residiera y «adaptando a ello todo su vestuario»; aunque siempre comprometido con el Colegio Invisible, no daba ningún signo manifiesto de ello a los ojos del mundo, excepto que podía curar a los enfermos sin cobrar nada por los servicios prestados.

En el punto exacto en que terminó la quincena, Sir John recibió un pequeño paquete entre el correo remitido del Apartado Postal 718 de la Oficina Principal de Correos de Londres. En su interior encontró un panfletillo titulado «Lección de Historia». La autoría del mismo correspondía a:

Orden Hermética del A.·.D.·.

El corazón de Sir John le saltó en el pecho; sabía lo que representaban aquellos puntos piramidales en simbología oculta: una orden que poseía la original Palabra Masónica, pero la había perdido, de modo admitido, por todas las demás órdenes masónicas. De las anónimas Muses Threnody de 1648, recordó:

Para cuantos somos hermanos en la Rosa Cruz
Tenemos la Palabra Masónica y la segunda visión
De cosas que ocurrirán y podemos ver claramente

Con dedos temblorosos, Sir John abrió el panfleto y empezó a leer la historia secreta de la Orden Hermética del Amanecer Dorado. En 1875, decía, un gran incendio destruyó la Sede Francmasona de Londres. Robert Wenworth Little —un escritor cuyos libros de masonería eran conocidos por Sir John— encontró algunos documentos perdidos mucho tiempo atrás, mientras rescataba importantes cartas y otros objetos de valor de las llamas. Aquellos misteriosos papeles se encontraban redactados en una clave desconocida para

Little o para cualquier otro francmasón de su época. A fuerza de un continuo y meticuloso esfuerzo y perseverancia, Little, finalmente, resolvió el código, descifrando los documentos y encontrándose en posesión de los secretos del Colegio Invisible: secretos que la francmasonería ortodoxa había perdido mucho antes. Los documentos facilitaban también el enlace con una orden continental que parecía poseer secretos incluso más profundos y daba la dirección de una alta iniciada llamada Fraulein Anna Sprengel, en Ingolstadt, Baviera.

La lección continuaba explicando cómo Robert Wenworth Little y otros varios francmasones londinenses, guiados por Fraulein Anna Sprengel, fundaron la Orden Hermética del Amanecer Dorado, admitiendo, originalmente, a sus miembros sólo entre aquellos que habían alcanzado los más altos grados masones. Empleando las técnicas que les enseñase Miss Sprengel y los documentos cifrados, recrearon gradualmente todo el repertorio de trabajo del ocultismo cabalístico que subyacía a la Orden Rosa Cruz de la Francmasonería y se dedicaron seriamente a establecer contacto astral con las Altas Inteligencias de otros planos para que les educasen y guiaran gradualmente en la arriesgada transición de la simiesca domesticidad de la humanidad histórica a un grado más elevado de la escala evolucionaría.

La «Lección de Historia» llegaba a aseverar que tal contacto se estableció y que el Amanecer Dorado actuaba bajo guías astrales. Ominosamente, añadía que los estudiosos debían cuidarse de los diversos impostores que empleaban el nombre de la orden y que creaban falsos Amaneceres Dorados dedicados al satanismo y la magia negra. Entre los herejes, que parecían ser aproximadamente una docena —al disgregarse en facciones el Amanecer Dorado original lo hizo violentamente, coligió Sir John—, el propietario de la Mansión Babcock se sintió impresionado especialmente por dos de ellos, a causa de sus relevantes papeles: MacGregor Mathers y Aleister Crowley.

P. ¿Eran aquellos nombres un accidente?
R. No. El primero de los individuos recibió el nombre de Samuel

Liddell Mathers y decidió, al embarcarse en los senderos de la Magia, que Samuel Mathers, Sam Mathers, S.L. Mathers, S. Liddell Mathers, eran todos ellos nombres poco adecuados y prácticos para un mago; eligió el apodo mucho más sonoro de MacGregor Mathers. El otro individuo, de modo similar, fue llamado al nacer Edward Alexander Crowley y descubrió que las diversas permutaciones de aquel apelativo eran demasiado prosaicas para su futuro; tras profundas investigaciones y mucho pensar, llegó a la conclusión de que el nombre «Jeremy Taylor» parecía el más memorable del inglés a causa de su ritmo. Deseando hacerse con un ritmo semejante, se rebautizó como Aleister Crowley.

P. Haga una referencia de la historia del Amanecer Dorado con la máxima información posible sin sobrepasar los límites legales razonables y con los menores prejuicios hacia una facción u otra.

R. «El Amanecer Dorado es la más influyente de todas las sociedades secretas ocultas fundadas en el siglo diecinueve. Nació en 1887-88, fundándose sobre ciertos manuscritos cifrados descubiertos en Londres que describían cinco rituales de iniciación... En 1890, sin embargo, la naturaleza del Amanecer Dorado fue transformada por uno de sus líderes, S.L. MacGregor Mathers, quien aseguraba estar en contacto con los 'Amos Secretos', los invisibles y altamente evolucionados superhumanos que forman, según aseveraciones de los ocultistas, el gobierno secreto de nuestro planeta». Francis King, Introducción a Crowley en Cristo, C.W. Daniel Co., Londres, 1974.

P. Facilite más información de los orígenes de la tradición de la masonería mística.

R. «Sin embargo, la Masonería Egipcia está más íntimamente relacionada con la Logia

del Gran Oriente de Francia... creada originalmente por los Illuminati de Weishaupt, estrechamente ligada con la Sociedad de Jacobinos... Un Iluminatus secreto y Jacobino fue Giuseppe Balsamo, alias Cagliostro, quien... legó cierto Manuscrito a sus seguidores de la secta Egipcia, incluyendo extractos del Necronomicon original... El texto del Necronomicon... conseguido merced a los árabes españoles... volvió a los persas... y permitió enlazar la magia babilónica y la tradición hermética del sacerdocio egipcio de Thoth». Carta del Dr. Stanislaus Hinterstoisser a Colin Wilson, El Necronomicon, con comentarios, Neville Spearman Co., Suffolk, 1978.

Sir John reflexionó durante dos días acerca de la «Lección de Historia» antes de decidirse a continuar. Escribió a Jones y le pidió que le admitieran en la Orden Hermética del Amanecer Dorado como Aprendiz.

De aquel modo, cruzó la puerta de tres cerrojos y pasó de ser un estudiante de historia oculta a un indeciso y nervioso practicante de las artes ocultas, donde aprendería en poco tiempo que, realmente, estamos hechos de la misma materia que los sueños, y que Sir Talis era ineludible.

Sir John fue iniciado la noche del 23 de julio de 1910: exactamente 307 años después del día en que fuera armado caballero Sir Francis Bacon, pretendido Gran Maestre del Colegio Invisible en la Inglaterra isabelina (de acuerdo con los documentos del Amanecer Dorado: que decía contar con miembros tan ilustres como Sir Richard Francis Burton, Paul Gauguin, Richard Wagner, el Rey Ludwig de Baviera, Wolfgang von Goethe, Adam Weishaupt, el Dr. John Dee, el Papa Alejandro VI, Jacob Boehme, Paracelso, Christian Rosenkreutz, Giordano Bruno, Jacques de Molay, Newton, Beethoven, Merlin, Rabelais, Virgilio, Jesús, Buda, Lao Tse, Salomón, Osiris y Krishna entre otros). Sobre su propia iniciación, Sir John, haciendo cierto su Juramento, nunca reveló los detalles, ni siquiera durante aquella noche en Zurich cuando, con el hechizado Föhn azotando las ventanas, relató sus extraordinarias aventuras a James Joyce y al Profesor Albert Einstein. Algunos velos nunca deben levantarse; Babcock jamás levantaría aquel velo en especial.

Tres noches después de la iniciación, Sir John sufrió una nueva experiencia bajo la forma de otro sueño hermético. Era conducido, con los ojos vendados, al trono del Sur donde se abre la ventana de la Estrella de Plata en el índigo vagabundeo de la noche.

—¿Quién viene? —preguntó el Gordiano, Francis Bacon.

—Alguien que ve la luz —replicó Sir John, de acuerdo con la tradicional fórmula masona que le revelaron antes de la ceremonia.

—La humanidad no puede discernir mucha luz —dijo Nightrix con voz llorosa—. Se puede adivinar lo poco preparados que están para recibirla los domesticados mamíferos.

Hubo un desgarro en la red y Sir John se encontró de vuelta en la Torre Alcanzada Por La Luz. Sir Talis, un atiborrado melenudo, contaba la miel. Sir Joan se arrastró como en sueños y se encontró en una vasta y zumbante colmena (vuelo rasante, mitrales óvidos: de lo que un hombre no ha de avergonzarse) en la que unos locos se estrangulaban intentando matarse, maldiciendo y gritando:

«¡Lo harás, bigotes, lo harás!» y clavando dagas, jurando, insultando, se hundían en un limo malsano y fétido de color rojo sangre. «¡Cabritillos!», aullaban. «¡Qué fuerte es el Vril!» Desenrollaron un pergamino medieval escrito en índico, nórdico, ruso, irlandés, muy muy largo pero muy muy sumiso, diciendo:

NO ESCUPIR SALVO EN EL ORINAL:
PARA ELLOS ES SUTIL Y PUEDEN IRRITARSE

Sed chillaba: «¡Temed lo olvidado!»

—Aquellos —explicó Nud el Allmousey (Eutaenius Microstemmus) como una oración

— son los que recorren este camino sin la Copa de la Simpatía. Cada uno de ellos se imagina que los demás son terribles demonios y sólo piensan en su propia autodefensa. Trágico e irónico, ¿verdad?

Sir John se despertó repentinamente.

—¡Cristo santísimo! —dijo, sin intenciones profanas—. ¿Era aquel sueño una visión de cómo se veía la humanidad desde el punto de vista de una mente Iluminada?

—Una iniciación real nunca termina —le explicó Jones crípticamente, antes de la iniciación del plano físico. Sir John lo comprendió: el sueño, con su propio lenguaje, era efectivamente una continuación de la iniciación, pero en otro plano. Incluso las máscaras empleadas en la ceremonia parecían, bajo la luz del claro mensaje del sueño, una alegoría, y no un mero fragmento de teatral imaginería. Las máscaras usadas en la vida normal eran psicológicas, no de cartón, pues nada valía para ocultarse uno mismo de sus semejantes: la Sociedad era la Mascarada del Diablo.

Cuando sir John volvió a reunirse con Jones en casa de este último en el Soho, discutieron los sueños de la Torre Oscura ampliamente y Sir John, orgulloso, expuso que había descifrado su simbolismo, especialmente la alegoría de las máscaras.

—Muy cierto —replicó Jones—. Pero también es una regla de nuestra Orden que nadie debe conocer personalmente más que a un solo miembro. Las máscaras empleadas en las iniciaciones ayudan a reforzar esa regla.

—Y, por favor, ¿cuál es el objeto?

—Marte es el dios lar de todas las sociedades —dijo Jones severamente—. La competencia alcanzó a la primera logia del Amanecer Dorado de Londres. Todo el mundo conocía a todo el mundo, y todos caímos en el egotismo trascendental —«Mi iluminación es mayor que tu Iluminación», y cosas de ese estilo— y el Mal de la Disputa se asentó entre nosotros. No repetimos nuestros errores, Sir John. Desde ahora, excepto en emergencias muy especiales, no verá a nadie de la logia más que a mí, hasta que alguien de grado más elevado me reemplace como su maestro. Si todos nos conociéramos, caeríamos en rivalidades.

Aquella descentralización tan radical era un arma de doble filo, como no tardó en descubrir Sir John. No sólo se ahorraba la pérdida de tiempo y energía que habría quizá malgastado en preguntarse si avanzaba más deprisa o más despacio que otros estudiantes, sino que el misterio creado por aquella carencia de sociabilidad causaba un sutil y nuevo efecto en todas sus percepciones de los demás seres humanos.

Al principio, si alguien hacía una observación más atinada que las de costumbre, no dejaba de preguntarse: «¿Será... podría ser uno de nosotros?» ¿Era Shakespeare miembro del Colegio Invisible? ¿El camarero del Claridge's? ¿Cuántos miembros somos? Era imposible obtener una respuesta literal de Jones en cuanto a aquel particular.

—La pregunta implica en sí misma la ignorancia de un Aprendiz sobre la verdadera naturaleza del Espacio y el Tiempo —era cuanto Jones contribuía al tema.

Sir John empezó a preguntarse cosas cada vez que leía, en el habitual periódico, algo relativo a una persona rescatada del peligro por un Misterioso Desconocido que inmediatamente desaparecía sin aceptar las gracias ni dar su nombre. «¿Otro de nosotros?», especulaba Sir John románticamente, viendo la protectora mano de la Gran Hermandad Blanca por todas partes. Naturalmente, como graduado de Cambridge, estaba inmerso, al menos por osmosis, en algo del moderno escepticismo escolar, y sabía que todo esto podía responder exclusivamente a la simple locura generada por lo extraordinario..

Pero, por otra parte, uno no podía esperar que ciertas gafas especiales les fueran entregadas a cada miembro del Colegio Invisible para que reconociera a los demás... ¿o sí?

Sir John iba a descubrir que el enigma de las sociedades herméticas era más sutil que todo aquello. El Amanecer Dorado, después de todo, era supuestamente continuador de

la inquebrantada tradición del original Colegio Invisible de los Rosa Cruces, cuyos miembros «visten y adoptan las maneras» del país en que residen. Sir John encontró que incluso las más necias observaciones o comportamientos ofensivos disparaban la misma pregunta: «¿Otro de nosotros?» ¿Cuántos Adeptos habría, viviendo disfrazados entre la normal humanidad, ocultando cuidadosamente su avanzado estado tras una mascarada de urbanidad vulgar, estupidez o conformidad? Jesús permitió que le injuriasen, escupieran, humillasen y crucificaran; la literatura del Amanecer Dorado dejaba totalmente en claro que un verdadero Adepto podría interpretar cualquier papel o padecer cualquier humillación para cumplir su especial Obra: El Loco podría ser el Mago disfrazado.

Sir John se encontró devorando simultáneamente montones de literatura mística de todas las naciones y tiempos, pues Jones le obligaba a leer diez volúmenes a la vez. Los exámenes escritos que efectuaban una vez al mes determinaban lo que había comprendido, al menos verbalmente, de lo leído.

—Soy cristiano —protestó Sir John en cierta ocasión.

—No queremos hacer otra cosa de usted —replicó Jones—. Pero para avanzar en la Gran Obra, debe ser primero consciente de la invisible verdad que se esconde tras la parafernalia visible de todas las religiones. En nuestra Orden, el cristiano debe seguir siendo cristiano; el judío, judío; el musulmán, musulmán; sin embargo, sea cual sea su fe, no debe conservar ningún sectarismo de estrecha mentalidad.

Sir John empezó a comprender aquel ambiguo ecumenismo estudiando cierto texto budista. El refrán «Todos aquellos con los que te encuentres son un Buda» empezó a inundarle hasta la desesperación; no tenía sentido aunque se lo repitiera tan a menudo, de tantos modos diferentes; resultaba obvio que tendría que comprenderlo antes de enfrentarse a la comprensión absoluta del budismo. Sin embargo, a sugerencia de Jones, intentó ver al Buda en todos los seres humanos con los que se cruzaba... y comprendió la totalidad rápidamente.

El efecto era el mismo que la deliberada mistificación generada en el interior del Amanecer Dorado acerca de quién era o no miembro. Buscar al Buda en todos los hombres, como localizar más miembros de la Orden, hizo que Sir John prestase una atención más cercana a la gente que la que antes prestase nunca, fijándose mucho más en la misteriosa y adamantina individualidad que en las clasificaciones de edad, sexo, raza, casta u otras superficialidades. Vio en todo el mundo seres misteriosos e increíbles; comprendió, súbitamente, la más molesta de las paradojas de Goethe, la que decía: «¿Qué es lo más difícil de todo? Lo que parece más sencillo: ver con nuestros ojos lo que hay delante de ellos.»

Y comprendió, también, la insistencia de San Pablo en que «todos somos miembros del Cuerpo de Cristo». Cada hombre y cada mujer constituía una sencilla faceta del espejo de diamante hecho a imagen de Dios al que llamamos humanidad. El budismo, como Jones prometiera, no debilitaba su cristianismo sino que lo iluminaba.

Sir John pensó que tal idea era maravillosa y la ponderó lleno de excitación cuando volvió a encontrarse con Jones.

—Muy bien —dijo Jones condescendientemente—. Usted ha despertado, un poco, de uno de los sueños que impiden que los sonámbulos que recorren las calles se vean los unos a los otros. Esto es el principio... sólo el principio. No debe impresionarse por sus adelantos, por amor de Dios, o no se moverá ni una pulgada. Intente ver la Luz divina en cualquier objeto hermoso que se cruce en su camino: rubíes escarlatas, lirios del campo, o en las marcas rojizas del dorso de un cangrejo. Luego, pregúntese a sí mismo dónde no se encuentran la consciencia y la divinidad.

Con aquella aplastante, aunque animosa, charla expresada con cierta traza de fuego leonino, el suave Mr. Jones quedó más allá de cualquier duda que pudiera albergar Sir John: era un verdadero Adepto. Sin piedad, a partir de entonces, Jones cebó a Sir John con libros de la Cábala pidiéndole que los dominase a fondo... llevándole al borde del

torpedeo y el hundimiento total.

Babcock, previamente, estudió la Cábala sólo como historiador, aprendiendo lo suficiente de su terminología y teoría como para poder detectar su influencia desde los antiguos herméticos como Pico della Mirandola y Giordano Bruno, pasando por el Dr. Dee y Sir Francis Bacon, hasta llegar a la francmasonería y el iluminismo. En aquellas nuevas sesiones de estudio se encontró ante la necesidad de dominar la totalidad de la teoría cabalística del universo, miles de veces más complicada que la tabla periódica de los elementos químicos que tío Bentley guardaba en el estudio.

De acuerdo con la Cábala, el cosmos era gobernado por correspondencias simbólicas entre muchos planos de existencia, visibles e invisibles. Aquello parecía demasiado simple; pero las propias correspondencias carecían de conexiones lógicas; «La Cábala trasciende la lógica», recordó Sir John.

Las correspondencias solo podían aprenderse mediante fuerza bruta y repetición hasta que, finalmente, se anclaban en la memoria. Incluso después de memorizadas, las correspondencias podían no ser entendidas por el estudioso, observó Jones amablemente: comprender la verdad, dijo, sólo se consigue a través de la intuición o por experiencia directa con los planos invisibles, mediante técnicas que le enseñaría cuando Sir John hubiera de graduarse de Aprendiz a Neófito.

P. Diga tres concisos ejemplos de lógica cabalística.

R. [1] Todas las palabras hebreas con el mismo valor numérico han de tener significados equivalentes; por lo tanto, Ach D (unidad) es igual a: A(l) + Ch(8) + D(4), es decir, 13, lo mismo que AHBH (amor) pues A(l) + H(5) + B(2) + H(5) suman 13; ergo, unidad es amor y amor es unidad. [2] Puesto que el Sagrado e Inexpresable Nombre de Dios (YHVH) es: Y(10) + H(5) + V(6) + H(5), que suman 26, y dado que el resultado el igual a 13 x 2, Dios es amor + unidad. [3] Ya que 7 de las 22 letras hebreas corresponden a los planetas, la proporción de 22/7 es muy importante; y, efectivamente, 22/7 es 3.1415... etc., el valor de pi, o la relación del radio de un círculo con su circunferencia.

P. Facilite un ejemplo de lógica cabalística problemático.

R. Puesto que Dios es unidad y la primera letra hebrea A (Aleph) es igual a 1, A simboliza a Dios. Pero A (Aleph) escrita en hebreo es ALP que suma 111, mostrando que Dios es una triple unidad; esto provoca que buenos cabalistas cristianos estén en desacuerdo con los cabalista hebreos y musulmanes. Pero 111 es también igual a ALP, Tinieblas, y ASN, Muerte Repentina. Por tanto, ¿es Dios equivalente a Tinieblas y Muerte Repentina?

Sir John dedicó días, semanas, meses, a recitar rutinariamente una y otra vez, recurriendo a los libros cada vez que le fallaba la memoria: «Aleph es la primera letra hebrea y significa 'buey'. La principal correspondencia se establece con la carta del Loco en el Tarot, el color amarillo, el elemento aire, el Espíritu Santo del Nuevo Testamento, el Aliento de Dios —¿qué será eso?—, Ruach Elohim, el Aliento de Dios, en el Viejo Testamento, el camino de Kether a Chockmah en el Arbol de la Vida y oh, ah, Dios, humm...». Vuelta a los libros.

«Beth es la segunda letra hebrea y significa 'casa'. El Juglar del Tarot, el color escarlata, el planeta Mercurio, Thoth en Egipto, Hermes en Grecia, Odin en los pueblos Nórdicos, el sendero de Kether a Binah, el dios mono hindú... Oh, Cristo, ¿cuál era el nombre del dios mono?» Vuelta, otra vez, a los libros.

Jones se desplazaba hasta la Mansión Babcock y examinaba a Sir John ocasionalmente.

—Nun —decía—, ¿qué carta es en el Tarot?

—La Muerte.

—¿Significado hebreo?

—Un pez.
—Muy bien. ¿El equivalente medieval del Carro en el Tarot?
—El Sagrado Grial.
—Excelente. ¿La letra hebrea para lo mismo?
—Bien... esto... daleth...
—Erróneo. Muy mal, muchacho. No se permite la falta de atención. ¡Memorice, memorice, memorice!
Sir John memorizaba.
—Trabaje en las dos primeras palabras de la Biblia —sugirió Jones; y Sir John se encontró buscando los significados ocultos de BRAShITH ALHIM. «En el principio, los Dioses».
Naturalmente, por Pico della Mirandola, sabía que BRAShIT [«En el principio...»] tenía un valor numérico de 3910, el número de años que según la antigua tradición trancurrieron desde la «Caída» de la humanidad (debida al desafortunado trauma del primer contacto con la Inteligencia Superior, codificado en la mitológica serpiente del Génesis) al nacimiento de Jesús. Descubrió por sí mismo que ALHIM (los dioses: Dios, en singular, puesto que YHVH o Jehovah no aparecía hasta el segundo capítulo) contenía, por permutaciones de temura, 3.1415, el número pi con cuatro decimales. Observó que BRA, las primeras tres letras, formaban mediante notarikon las iniciales de Ben, el Hijo; Ruach, el Espíritu Santo; y Abba, el Padre.
—Muy bien —le dijo Jones cuando leyó el informe—. Pero hay más, mucho más. Mire, Agape, la palabra que significa «Amor» en el Nuevo Testamento, tiene un valor cabalístico de 93. Añadido al 3.1415 de ALHIM se obtiene 3.141593, el valor de pi con seis decimales. Trabaje en ello hasta que encuentre las Proporciones Doradas de la logia Masónica.
Una vez, Sir John tuvo la temeridad de preguntarle a Jones sobre el misterioso Sagrado Angel Guardián al que se pretendía invocar mediante toda su preparación en el Amanecer Dorado.
—Normalmente —respondió Jones— se explica de tres modos diferentes: para los Aprendices, los Neófitos y los miembros de alto rango que aún no lo han alcanzado. En su caso, considerando la mezcla de estudio y romanticismo que detecto en su temperamento, le daré las tres explicaciones simultáneamente. Una: se trata de una metáfora que significa, aproximadamente, aprender a recibir comunicaciones de la propia mente inconsciente sin las habituales distorsiones. Dos: ésta no es tan sencilla; el Sagrado Angel Guardián le habla a través de su inconsciente, pero es, literalmente, un ser diferente del estado evolutivo tan lejano de nosotros como podamos estarlo usted y yo de los más primitivos invertebrados. Tres: sí, es una metáfora, después de todo, pero tan alejada de nuestra ordinaria consciencia que apenas importaría que lo considerase desde el punto de vista científico de mi primera respuesta o desde los místicos de la segunda; trasciende a ambas. Cuando pase por la experiencia, encontrará su propia metáfora para describirlo; de ella puede surgir una teoría científica desconocida para el mundo, una obra de arte, o sólo un cambio en su vida hacia la santidad, la compasión o algo más tradicionalmente «religioso». Trabaje más y pregunte menos si quiere seguir adelante.
Finalmente, nueve meses después de la iniciación, Sir John completó su curso en el mundo del misticismo y fue capaz de aprobar las pruebas cabalísticas de Jones fácilmente. Se encontraba totalmente confundido y empezaba a preguntarse si él, o Jones, o ambos, estarían un poco locos. Después de todo, ¿qué tenía que ver un buey con un hombre vestido de Loco, o ambos con el color amarillo o el Espíritu Santo? Si Thoth y Hermes eran el mismo dios bajo dos nombres, estupendo; aquello tendría cierto sentido histórico. ¿Pero qué correspondencia podían tener con la palabra hebrea que significaba «casa»? ¿Qué tenía que ver el planeta Venus con la letra daleth y la diosa Demeter? ¿Era toda la Cabala un complicado chiste judío elaborado a costa de los que

intentaban comprender lo supraracional mediante significados racionales?

Cuando Sir John empezó a considerar seriamente este último pensamiento, Mr. Jones, paternalmente, le hizo el primer examen real, justo delante de sus ojos.

—Estará usted familiarizado —empezó— con las letras que aparecen en la parte superior de cada crucifijo católico occidental ortodoxo: I.N.R.I.

—Yod Nun Resh Yod —replicó Sir John, con sus equivalentes hebreos.

[«Yo nunca residiré ya.»]

—Muy bien. Las Iglesias Católica y Ortodoxa, naturalmente, explican todo esto con términos infantiles, para las sencillas mentes de las masas. ¿Está usted familiarizado con la explicación?

—Supongo que lo harán derivar del latín —dijo Sir John felizmente; era muy fácil—. Iesus Nazarenus Rex Iudorum: Jesús de Nazaret, Rey de los Judíos.

—Excelente —afirmó Jones—. Ahora me veo obligado a decirle que hay un significado esotérico gnóstico en esas iniciales muy anterior a la creación del exotérico que acaba de citar. Requiere conocimiento cabalístico y la verdadera facultad de la intuición para decodificarlo. Esta tarea deberá completarla antes de ascender a Neófito. Llámeme cuando crea tener la respuesta.

Sir John dedicó una semana a volverse medio loco con aquel rompecabezas. Al séptimo día, esbozó una tabla en la que deliberadamente listaba sólo las más irracionales e ilógicas correspondencias, para obligarse a sí mismo a pensar de la forma metalógica de los verdaderos cabalistas.

La tabla era semejante a ésta:

Letra Hebrea	Correspondencia Tarot	Correspondencia Astrológica	Correspondencia Griega
Yod (mano)	El Ermitaño	Virgo	Cronos
Nun (pez)	La Muerte	Escorpión	Hades
Reh (cabeza)	El Sol	El Sol	Apolo
Yod (mano)	El Ermitaño	Virgo	Cronos

Intentó que su mente derivase por las imágenes, reconociendo palabras y asociaciones: mano, pez, cabeza, mano; mano, pez, cabeza, mano; mano, pez, cabeza, mano... Docenas de ideas originales y sorprendentes llegaron a su mente (en una ocasión, vio la evolución como un escenario preescrito...), pero nada que llenase el vacío y ventoso sinsentido.

Intentó las correspondencias astrológicas: Virgo, Escorpio, el Sol, Virgo. Una virgen, un insecto, el Sol y la virgen nuevamente. Parecía de menos ayuda que la mano-pez-cabeza-mano. Probó con Virgo-mano, insecto-Muerte, cabeza-Sol, Virgen-mano. Todo aquello le condujo a una línea cerrada de pensamiento que le hizo dudar nuevamente acerca de si tendría la pureza de corazón suficiente como para atravesar triunfante la Capilla Peligrosa.

Las correspondencias griegas estaban llenas de resonancias de terrible imaginería. Cronos, dios del Tiempo, era visualizado en la horrorosa pintura de Goya Saturno devorando a sus hijos. Hades y el mundo de los muertos era fácil de recrear acordándose del descenso de Odiseo al mundo subterráneo. Apolo trajo a la mente de Sir John las figuras de Oscar Wilde y Lord Alfred Douglas y eran difíciles de asimilar. Pero, ¿cuál era el sentido de la propia secuencia: Cronos, Hades, Apolo, Cronos?

Sir John lo intentó observando las imágenes de las cartas del Tarot:





El Ermitaño: un anciano con una linterna en medio de la oscuridad. ¿Qué tenía que ver con yod, la mano, excepto que necesitaba una para sujetar la linterna? ¿Qué correspondencias habría con los escorpiones y la virginidad?

La Muerte: un esqueleto montado en un gran caballo blanco, por encima de Rey, Obispo, Madre e Hijo. ¿Pero que relación existía con nun, un pescado? Sí la tenía con Hades, dios de los Muertos, naturalmente.

El Sol: un niño desnudo montado en el mismo caballo blanco con el sol alzándose al fondo. ¿Qué lo relacionaba con resh, la cabeza? También volvía a confirmarse cierta relación astrológica.

Y el viejo Ermitaño con la linterna otra vez...

¿Era la parábola psicológica sobre el sendero de la iniciación? La mente del estudioso como la de un viejo (tradición social), vagando por las tinieblas de la ignorancia, guiado tan sólo por la linterna de la intuición; se transformaba mediante la muerte de sus aspectos condicionados: las relaciones con el Rey (el Estado), el Obispo (la Iglesia), la Madre y el Hijo (la familia); renacía como el hijo del sol («A menos que seáis como niños no entraréis en el Reino»); y entonces —y entonces—, ¿por qué volver al viejo que vaga por las tinieblas? Todo parecía un completo sinsentido aun cuando pensase haber encontrado el camino acertado finalmente.





Mano, pez, cabeza, mano...
Viejo, muerte, recién nacido, viejo...
I.N.R.I., Jesús de Nazaret, Rey de los Judíos.
Cronos, dios del Tiempo (y de la destrucción); Hades, señor de los muertos; Apolo, dios del Sol Naciente; Cronos, otra maldita vez...

Y llegó la orden mental. Adelante. Adelante.
Sir John lo intentó con Gematría, el método cabalístico que consiste en tomar el valor numérico de una palabra misteriosa y relacionarlo con todas las otras palabras hebreas que tengan el mismo número. Yod era 10; nun, 50; resh, 200; el segundo yod era 10 nuevamente. Total: 270. Pasó varios días con el diccionario hebreo y encontró un solo ejemplo: בריחים , palancas, o barras.
Otro muro en blanco.
La siguiente noche despertó en medio de un sueño de zumbones trasgos vestidos de miel con una frase clavada en la mente: Indagar Nunca Realizarse Importa. Estaba seguro de que era alguna profunda revelación y se apresuró a plasmarla en su bloc de notas. Por la mañana, lo leyó de nuevo y se echó a reír.
Pero, una hora después, en la biblioteca, ocurrió un peculiar accidente. Estaba leyendo el diccionario hebreo una vez más, buscando, al menos, una segunda palabra con el valor numérico de 270, cuando otro libro se resbaló y cayó a sus pies. Lo levantó y descubrió un tratado alquímico del siglo diecisiete, abierto en la página 270. ¿Coincidencia? El primer párrafo decía:

> *El secreto de la Gran Obra es dado a todos los verdaderos cristianos con la fórmula I.N.R.I., que, adecuadamente interpretada, significa: Igni Natura Renovatur Integra*.

La traducción saltó a la mente de Sir John con un cegador fogonazo: Toda la naturaleza se renueva con el fuego.
Un viejo, muerte y renacimiento... Tiempo, Muerte y Resurrección... Crucifixión y Redención... el Señor del Tiempo, el Señor del Mundo Subterráneo y el Amanecer Dorado. Toda la naturaleza se renueva con el fuego. Los símbolos griegos y cristianos fluían juntos y se mezclaban con las cartas del Tarot. Sir John tanteaba hacia una nueva teoría de la evolución, a medio camino entre las herejías lamarckianas de su padre y la ortodoxia darwinista de tío Bentley, deviniendo agonizantemente concreta al experimentar la lucha para salir de las cavernas, los jinetes nómadas que pateaban el desierto, las nieves, las tormentas, el hambre, el dolor, la muerte constante, muerte, muerte. Y la lucha hacia adelante: el nacimiento hacia la consciencia, parpadeando levemente en todo, resplandeciendo hacia la iluminación ocasionalmente. Era la experiencia de nacimiento cósmico revivida y revivida y revivida hasta que la alegría y la agonía se unían y se mezclaban inseparablemente. Era la sencilla célula que nadaba en el océano amniótico, recordando el ardiente éxtasis de su creación: la ternura de los primeros momentos en el pecho: las cuevas de los trasgos que imaginó convirtiéndose en cosas tan reales como las arcaicas y oscuras fuerzas que se movían a su alrededor: nadando en el sol caliente, en paz: y el terror y el horror de la vida nuevamente: el odio y la violencia y la locura: las víctimas de la Inquisición chillando a lo largo de los siglos en los bancos de tortura de la más alieanada Fe: los diablos y demonios desatados por la fantasía de mentes aterradas por la experiencia de millones: personas en solitario confinamiento: soldados con los brazos, piernas y genitales abrasados: niños golpeados, azotados y dejados morir de hambre: la muerte en la mesa de operaciones bajo el escalpelo de borrachos y sádicos médicos: la permanencia de los carnavales y los bailes mientras los ciegos felices olvidan la agonía completa de sus hermanos y hermanas en el infierno de la inhumanidad de la vida del hombre: madres llorando por hijos muertos al nacer: el horror de los ojos del ratón

que se sabe atrapado: gigantescos salones con enormes estatuas divinas de paz y sabiduría: la eternidad de las montañas y los océanos: los árboles moribundos hablando en silencio eternamente: cargando con la cruz hasta la colina, aceptando la carga, deseando extirpar el dolor y la agonía para siempre, redimir la ciega contienda y completar el nacimiento planetario. Sí: el Vril se movía en él, el calor alquímico ascendía: vio más lejos, muy lejos, la diminuta célula llamada John Babcock y fue uno con los miles de millones de años del sencillo organismo que era la Tierra.

¿Pasó un minuto o mil años? Sir John no lo sabía; tan sólo sabía que el mundo completo de su percepción había sido reconstruido por el fuego.

ACCION	**SONIDO**
EXTERIOR. VALLE DE LAS PIRAMIDES, EGIPTO. DE DIA. PLANO LARGO.	
Las pirámides, solitarias, en el blanco desierto ardiente.	Voz: ¡Te adoro, Evoe! ¡Te adoro, IAO!
EXTERIOR. LO MISMO. PRIMER PLANO.	
Estatua de Horus como halcón.	La misma voz: ¡Risa que levantas ecos por las tumbas de los muertos! ¡Te adoro, Evoe! ¡Te adoro, IAO!
INTERIOR. UN CUARTO OSCURO. PRIMER PLANO.	
Se abre una caja de dinero.	Misma voz: ¡Rueda que siempre gira hecha de estrellas y destinos! ¡Te adoro, Evoe! ¡Te adoro, IAO!
INTERIOR. LO MISMO. PLANO MEDIO.	
LENIN abre la caja de dinero y lo cuenta. A través suyo, ofreciendo el dinero, se ve una silueta ambigua.	El Vals de La Viuda Alegre. Lenin: Esto pagará algunos asuntos muy importantes.

—Aquí está mi respuesta —dijo Sir John tranquilamente.

Jones tomó el Diario Mágico que Babcock le tendía y leyó lentamente en su última página:

> *Igni Natura Renovatur Integra: todas las formas son temporales e ilusorias, meras construcciones de la imaginación. El viejo Ermitaño será derribado por la Muerte, pero la forma que hay tras la forma, la energía vital, renacerá como un nuevo Niño quien, con la edad, volverá a convertirse en el Ermitaño. Cronos, Señor del Tiempo, nos conduce a todos a la inevitable muerte y a Hades, Señor del Mundo Subterráneo; pero volveremos a elevamos como Apolo, Señor del Amanecer Dorado, se alza cada mañana. El Cristo Crucificado es, efectivamente, una re-narración de los mitos griegos de muerte y resurrección, como nos han explicado los historiadores racionalistas; pero los racionalistas no comprenden que el propio mito es recurviso a causa de su profundidad simbólica sobre la gran verdad cósmica: la conciencia, como la materia y la energía, ni se crea, ni se destruye. Los ciclos se repiten una y otra vez, incansablemente, pero siempre repiten lo mismo, pues los Arquetipos Platónicos subsisten, sin cambios, a través*

del Tiempo.

—No es la respuesta correcta —dijo Jones. Estaban cenando en el Claridge's, y Jones llevaba un panfleto excepcionalmente pequeño en lugar del enorme montón de libros antiguos—. Ahora bien, como ya dije, hay muchas respuestas correctas. Algún día, no muy pronto, mantendremos una profunda conversación filosófica sobre todo esto, sin embargo y de momento, habrá que concluir en que la respuesta es correcta para usted en este nivel de entrenamiento.

—Pero —replicó Sir John, desinflado—, lo sentí, incluso antes de comprenderlo. La energía Vril corriendo a través mío lo mismo que a través de todas las cosas. El continuo proceso de destrucción y recreación... el mundo reconstruido con el fuego del Espíritu Santo. Lo sentí —repitió, poco convincentemente.

George Cecil Jones suspiró profundamente.

—Ha dado usted su primer paso —explicó tristemente—, pero todavía no sabe en qué dirección debe caminar. Por favor, contenga su autocomplacencia y, por amor de Dios, dediqúese realmente a los ejercicios mencionados en este folleto. Hemos preparado su iniciación a Neófito para el mes que viene pero, si no realiza estos ejercicios rigurosamente, al menos cuatro veces por día hasta entonces, será una falsa iniciación... una concha vacía, una simple interpretación. No se engañe a sí mismo diciéndose que ya ha llegado si todavía no sabe cómo viajar.

Sir John echó un vistazo al título del panfleto:

Proyección Astral
Publicación de Clase B
Orden Hermética del A.·.D.·.

Aplacó su mal humor.

—Así que ahora debo practicar fuera de mi cuerpo —dijo molesto.

Jones bebió un sorbo de clarete.

—Exacto —replicó tranquilamente—. Y casi todo el tiempo se sentirá como un maldito loco. Y sospechará, de nuevo, que somos una banda de perturbados que le conducimos a algún tipo de Manicomio. Pero haga los ejercicios, registre los resultados de cada experimento y siga enseñándome su Diario Mágico una vez al mes para que le haga un informe crítico y le dé mi opinión... y tenga paciencia, querido muchacho, ¡paciencia! Hay algo más que tengo que mencionar. Será necesario, me temo, que realice un Juramento de celibato para los próximos dos años. ¿Aceptará esta condición o prefiere abandonar la Gran Obra? Una vez hecho, debe comprenderlo, el juramento es vinculante y generará terribles castigos si fuera violado de cualquier modo.

Sir John controló sus gestos con dificultad.

—Me doblegaré a la Gran Obra —dijo firmemente—. Soportaré todas las pruebas que sean necesarias.

—Tengo que preguntárselo tres veces. ¿Está completamente seguro?

—Lo estoy. —Sir John no titubeó.

—Por tercera vez. ¿Se ceñirá a este Juramento de celibato durante dos años completos sin reservas mentales o sofismas que lo eludan o circunvalen si se hiciera demasiado molesto?

—Me ceñiré —contestó Sir John con firmeza.

Jones miró el plato vacío con, aparentemente, muchísimo interés, como si en él buscase datos arqueológicos.

—El celibato, para ser efectivo espiritualmente —dijo en voz baja, tranquila—, debe ser total. No... bueno... los vicios solitarios pueden consentirse como consuelo por la falta de mujeres.

Sir John sintió la tensión separada de cada músculo de su cara, pensando: La sangre me sube a las mejillas y me estoy ruborizando como un escolar imbécil. Y, a continuación: No, la sangre se me va del rostro y parezco un pálido criminal en el banquillo de los acusados, sin atreverse a levantar la vista por si Jones había dejado de escrutar obsesivamente el plato, temiendo que Jones fuese un Adepto tan avanzado que pudiese leer las mentes tan fácilmente como él mismo leía la etiqueta de la botella de champagne; aunque, una vez más, se sentía hiperconsciente, como en el primer incremento de calor alquímico del primer sentido de la Rosi Crucifixión implicado en el criptograma I.N.R.I., consciente de su propia consciencia y temeroso de sus propios temores: volvía e enfrentarse al presentimiento de la locura que le acechaba desde sus primeros y tímidos pecados de juventud, los mismos que, tiempo atrás, le sumían en cierta clase de parálisis histérica y, preguntándose si la paranoia se habría apoderado de él, pensó lo he escuchado, y, no, sólo lo imaginé... con la sensación de que alguien en la mesa de al lado hubiera dicho, clara, casi burlonamente, el nombre de aquél que estaba más íntimamente conectado con su más vergonzoso secreto. Pero quizá la voz sólo había mencionado Carter's, otro restaurante.

—Yo... yo... —Sir John no podía hablar.

Jones bebió un nuevo sorbo de vino.

—Dos años —dijo con voz calmada, como si no percibiera el nerviosismo de Sir John — no es un tiempo tan terriblemente largo, ya lo verá. Y descubrirá que las cuestiones astrales se van haciendo cada vez más fáciles a medida que vaya prescindiendo de las carnales. Confío en usted, Sir John —terminó, con abrupta tibieza, palmeando el hombro del joven con cierto énfasis.

Y Sir John volvió a casa dos semanas para practicar la proyección astral, sintiéndose casi todo el tiempo (como Jones le advirtiera), como un perfecto loco.

Si el acertijo de I.N.R.I. se refería a la trascendencia del tiempo, la práctica de la proyección astral parecía facilitar la abolición del espacio. El truco, no tardó en percibir Sir John, era estar en dos lugares a la vez. Como aquello parecía racionalmente imposible, el único modo de lograrlo era ir más allá de la razón, cultivar deliberadamente un tipo de fe que bordease el fanatismo religioso. Los primeros intentos de Sir John constituyeron grotescos fracasos.

Incluso tras tres semanas de practicar cuatro veces al día, lo mejor que Babcock consiguió fue llegar a los alrededores de alguna máquina increíblemente compleja con un millón de partes móviles, cada una de ellas atendida por una muñeca azul y un enano rojo que se movían espasmódica, mecánicamente, hablando mientras trabajaban en sus incomprensibles tareas. «Mulligan Milligan Hooligan Halligan», musitaban. «Mágica trágica música mística», chillaban. «Solo Simon Semper Semen», reían. «Diga, miga, siga, viga», aullaban. «Sir Lion, Sir Loin, Sir Tallis, Sir Qualis», farfullaban. Con un estremecimiento, Sir John volvió a su cuerpo a su carne a su cuarto en el espacio euclídeo, descubriendo que se había dormido justo cuando pensó que empezaba a proyectarse en el plano astral.

—No deje que le alteren esas tonterías —dijo Jones cuando Sir John le mostró el Diario donde describía aquella experiencia—. Uno puede oír el mismo galimatías en cualquier encuentro de Resurrección o en una sesión Espiritista. No ha hecho más que abrir otra de las puertas de la Capilla Peligrosa. Es el reino de los que recorren el Sendero sin la Espada de la Razón. Si reflexiona sobre ello, recordará haber oído las mismas tonterías justo antes de dormirse algunas noches.

—Sí —respondió Sir John—. ¿Le pasa a todo el mundo?

—En efecto. La mente tiene un lado racional y otro irracional —explicó Jones con amabilidad—. Ser totalmente racional es ser sólo medio humano. Permitir que lo irracional domine es sucumbir al fanatismo religioso o a la enfermedad llamada histeria por los alienistas. La Gran Obra consiste en unir lo irracional y lo racional en un todo armónico

que trascienda a ambos. Hasta que lo consiga, encontrará muchos más sinsentidos dimanados de las regiones irracionales. Ignórelos, no los tema, y concéntrese en la Obra.

Durante las semanas siguientes, Sir John encontró el reino astral y las imágenes soñadas se mezclaron tanto con las otras que resultó cada vez más difícil separarlas de la realidad de la vigilia. Escuchó muchos mensajes parecidos a: «Vaya, vaya, vaya, hay que pintar una raya», «El vacío, el cero, la nada, el Todopoderoso», «Ni esposa, ni caballo, ni bigote», «Una cansada cansada canción y una empañada empañada botella», «La sangre y el vino son rojos», «Yoni para el macho pensativo» y, en varias ocasiones «Babcock se vuelve loco, Babcock se vuelve loco, Babcock se vuelve loco...»

Como calmante, Sir John empezó a leer poesía contemporánea, recordando que el Amanecer Dorado sólo permitía lecturas ajenas, durante el entrenamiento, que estuvieran limitadas a la espiritualidad de más elevada naturaleza. Así comenzó a estudiar al poeta místico irlandés William Butler Yeats.

La pregunta «¿Otro de nosotros?» volvió a su mente una y otra vez con la lectura de los poemas y creyó que al fin podía responder con un definitivo «sí». No había posibilidad de error; la poesía de Yeats estaba repleta de referencias oblicuas hacia las enseñanzas del Amanecer Dorado y sus ceremonias de iniciación.

Y entonces, por la más improbable de las coincidencias —Sir John se sentía cada vez menos inclinado a creer en las coincidencias en aquellos días— fue invitado a una lectura privada en la que Yeats y otros escogidos poetas declamarían sus obras más recientes. Sir John aceptó, sintiéndose vagamente culpable; pero recordó que sólo le estaba prohibido relacionarse con otros miembros conocidos de la Orden, y no conocía a Yeats como miembro, después de todo, pues se trataba de una deducción: casi algo adivinado, por su parte.

Una pequeña y maligna voz le dijo: «No lo has adivinado, lo sabes». Pero la rechazó. La oportunidad de encontrarse con otro miembro de la Orden —uno famoso y que, a juzgar por su poesía, llevaba en la Orden al menos una década y, presumiblemente, estaba muy avanzado— era en verdad irresistible. Sir John acudió a la lectura, aunque ésta tuviera lugar en un rincón perdido de Kensington que decían se encontraba más atestado de hindúes, judíos y americanos que otros puntos tan indeseables como el mismísimo Soho.

Efectivamente, el anfitrión resultó ser un americano totalmente incalificable. Su acento resultaba indescifrable —Sir John recordó el aforismo del degenerado Osear Wilde: «Los ingleses y los americanos lo tienen todo en común excepto el lenguaje». Aquel poco corriente anfitrión estaba, como todos los americanos, ampulosamente seguro de sí mismo en todas las cuestiones, de modo especial (en aquel caso) en literatura y arte en general. Su apellido era Pound y su nombre uno de esos títulos hebreos que tanto parecen gustarles a los yanquis: Ezequiel o Ezra o Jeremías o algún otro apelativo sacado del Antiguo Testamento. Llevaba el cabello rojo desordenado, y una espesa barba también roja; mediría más de seis pies y mugía cuando hablaba, como todos los americanos. Ninguna de sus prendas parecía concordar con cualquier otro adminículo de su atavío; si aquello era debido a la pobreza, a la excentricidad o a las dos cosas, Sir John no podía asegurarlo.

Incluso el apuesto Yeats se hallaba, pese a estar bien peinado, lejos del esplendor en el vestir, detectó Sir John; pero Yeats se mostraba sereno y Pound frenético, tolerante donde Pound dogmático, y amable donde Pound grosero.

Las lecturas fueron excesivamente misceláneas. Pound leyó cierto tipo de sorprendentes poemas sin rima, peores que cualquiera de los que conociera Sir John y, a continuación, una extrañísima traducción de «El Pastor» al inglés moderno, alterada de algún modo, para incluir muchas de las consonantes aliterativas y asonancias guturales del anglo-sajón original. Una tímida joven llamada Hilda-algo leyó algunas piezas cortas que no parecían ser más que traducciones literales de griego clásico. Y, por último, Yeats

declamó sus composiciones, con el acostumbrado entusiasmo, para que Sir John, por fin, oyese algo que parecía poesía de verdad. Casi lloró emocionado al oír estas líneas:

El romanticismo de Irlanda muere y desaparece;
Está con O'Leary en su tumba

Más tarde, el ampuloso Pound sirvió un café fortísimo que Sir John nunca había probado y condujo a todo el mundo a una viva conversación sobre lo que acababan de escuchar. La poesía inglesa, dijo Pound violentamente, estaba «atrapada en el trance miltónico», que sarcásticamente caricaturizó como «¡whakty-whakty-whakty-boom! ¡whakty-whakty-whakty-boom! ¡boom! ¡whakty-whakty-whakty-boom! boom!» Experimentos como las imitaciones de los antiguos griegos por parte de Hilda, las recreaciones de las formas bárdicas del viejo irlandés de Yeats y sus propias adaptaciones del chino eran necesarias para ampliar el alcance del verso, afirmó el advenedizo. Se alzaron inmediatamente varias voces de protesta y pareció que la sonoridad de Milton y el pentámetro yámbico eran para ellas tan importantes como la monarquía para los conservadores.

—Me parece —dijo una joven llamada Lola, cuyo acento parecía australiano—, que la poesía es invocación. Si no se invoca, no importa el estilo que se emplee: eso no es poesía.

—La invocación —gritó Pound— es para las iglesias. La poesía debería presentar una imagen concreta, con un mínimo de palabras, para que su lectura fuera tan liviana como una brisa de abril. Lo que tiene que quedar es una impresión en la mente. La invocación y la repetición son tonterías que apartan de la intensidad al rojo del fogonazo poético, que sólo dura un momento.

—Oh, vamos, Ezra —protestó Yeats suavemente—. La repetición del ritmo es la esencia del amor, que la poesía, consciente o inconscientemente, siempre intenta simular.

Antes de que Pound pudiera replicar, la joven llamada Lola continuó descarada, sin rubor:

—Justo en el blanco, Mr. Yeats. ¿Sabe usted cuál es el que considero mejor poema moderno? «La Casa del Tesoro», del Capitán Fuller. ¿Lo conoce? —y recitó:

¡Oh, bravo soldado de la vida cayendo en las arenas
de la muerte! ¡Te adoro, Evoe! ¡Te adoro, IAO!
¡Oh, risa que resuenas en las tumbas! ¡Te adoro,
Evoe! ¡Te adoro, IAO!
¡Oh, cabra danzarina de las colinas! ¡Te adoro,
Evoe! ¡Te adoro, IAO!
¡Oh, cobra roja del deseo desenmascarada por las manos
de las doncellas! ¡Te adoro, Evoe! ¡Te adoro, IAO!

Sir John se envaró tan violentamente que estuvo a punto de tirar la taza del café. Una vez más, la pregunta «¿Uno de nosotros?» tuvo una respuesta afirmativa. Evoe e IAO, de acuerdo con las enseñanzas del Amanecer Dorado, eran dos de los nombres gnósticos más secretos para invocar a la divinidad. Miró a Lola con sorpresa, tanto por aquellos nombres esotéricos que había empleado tan casualmente como porque las jovencitas no hablan tan abiertamente del ritmo del amor. Pero la mujer miraba a Yeats, esperando una respuesta, y su rostro parecía abierto e inocente; Sir John no podía ver sus ojos.

—El Capitán Fuller, ciertamente, tiene grandes momentos —dijo Yeats, con la misma inocencia, como si no fuera consciente de aquellas dos palabras secretas de Poder ocultista que habían sido pronunciadas casi por casualidad en público—. Sin embargo, aunque algunos versos sean muy buenos, la totalidad del poema, después de sus

trescientas estrofas, resulta algo cansado. Debo afirmar con Ezra que hubiera sido preferible la brevedad.

—¿Quién... quién es el Capitán Fuller? —preguntó Sir John, intentando que su pregunta pareciera también casual.

—Una gran autoridad en estrategia militar —dijo Pound—. Recientemente, ha estado escribiendo versos místicos como estos últimos, todos ellos condenadamente largos y retóricos para mi gusto.

Pero Sir John recordaba y su pulso empezó a acelerarse: «¡Oh, cobra roja del deseo desenmascarada por las manos de las doncellas! ¡Te adoro, Evoe! ¡Te adoro, IAO!» El doble significado fálico era demasiado sincero como para ignorarlo, especialmente en el contexto de la observación de Yeats sobre el ritmo de la poesía comparado con el ritmo de Eros. En aquel caso, ¿estaba Lola mezclada con una de aquellas logias prohibidas y turbias («Cultos de la Sombra», que decía Jones) que se habían separado del Amanecer Dorado para encauzarse hacia el Satanismo? La miró de nuevo y, en aquella ocasión, pudo observar sus ojos, pero lo que leyó en ellos sólo parecía pertenecer al más enigmático humor. ¿Era amistosa, burlona o peligrosamente maligna? ¿O acaso su imaginación enfebrecía por el hecho de que se enfrentaba a un Juramento de celibato de dos años y, por primera vez, sentía una fuerte atracción sensual capaz de vencer tanto su timidez con las mujeres como la estricta ética victoriana instilada en él por su familia? ¿Era una atracción tan fuerte, pensó atemorizado, como para romper el Juramento? Apartó los ojos hacia un rincón de la sala, sintiendo una marea de sangre que le inundaba el rostro, y se encontró sumido de pronto en pensamientos de sospecha. Yeats, obviamente, era miembro del Amanecer Dorado. ¿Cuánto otros lectores de poesía lo sería también? ¿Sería todo aquello una prueba para su Juramento? No podía volver a mirar a Lola y se marchó de la reunión en cuanto la cortesía se lo permitió.

Aquella noche soñó que Lola se levantaba la falda para alzarse las ligas y le descubría mirando, graznando en antiguo sajón, y él se aterraba (hablando como un zombie) al ser perseguido por un rápido trasgo, Sid, bardo theol de la vileza. Sonaban odiosas notas y aparecían restos de golems y pociones hirviendo; Sir Joan, intrépido, sin nervios, rapaz, idiota, se tambaleaba entre el enjambre de perlas. Y el sol empezó a alzarse —cuánto se alzaba— y, al llegar a lo alto, desde lo lejos, donde no alcanzaba la vista, el canto del gallo, entre dos pensamientos, confudiéndole con el romance, recinto prohibido, de las dolorosas notas de los ladrillos rotos. ¡Odiad y seréis acuchillados!, bramaba Shut y vio, lo era, vio, lo era, al Odioso Dios, Baphomet, con sus colgantes ubres, la cresta inmensa de gallo, bajo el pentáculo invertido de las Tentaciones.

Sir John gritó al sentarse en la cama envuelto por un trueno que sacudía la habitación.

—¿Está usted bien, señor? —le preguntó Wildeblood, el mayordomo, desde detrás de la puerta.

—¿También tú lo has oído? —preguntó Sir John—. Pensé que era un sueño.

—Debe tratarse de un seísmo, señor. ¿Puedo ayudarle, señor?

—No —respondió Sir John—. Estoy bien, Wildeblood.

Mirando por la habitación, descubrió que el espejo se había roto. El efecto poltergeist: lo típico del principio de las invasiones astrales. Se recordó lo primordial de las enseñanzas del Amanecer Dorado: no dejar que el miedo crezca y no llegar a conclusiones. Wildeblood tenía, probablemente, razón: debía tratarse de un seísmo.

Pero no pudo volver a dormirse hasta el alba; había visto el rostro de Baphomet, el Dios Odioso, y sabía que su viaje a la Capilla Peligrosa no podía limitarse tan sólo a los sueños. La tierra se sacudía literalmente bajo él; lo astral y lo físico interactuaban. Era «probablemente, sólo un seísmo», pero estaba conectado, físicamente, con la apertura real de la puerta entre los mundos visible e invisible.

COSAS QUE GOLPEAN EN LA NOCHE

ACCION	SONIDO
Primer plano: Dr. Carl Jung, circa 1909 [foto]	Narrador de TV: «Uno de los casos más sorprendentes se refiere al fundador de la Psicología Analítica, el Dr. Carl Jung, y a su igualmente renombrado maestro, el Dr. Sigmund Freud.
Corte a:	
Plano largo [foto] del estudio de Freud. La cámara se desplaza lentamente para mostrar una estantería de libros mientras habla el narrador.	Narrador de TV [voz]: «En un argumento sobre parapsicología, en 1909, Freud y Jung perdieron los estribos. Precisamente entonces, oyeron un súbito sonido de explosión procedente de la biblioteca de Freud.» [Sonido explosivo.]
Corte a:	
Primer plano: Freud, circa 1909 [foto]	Narrador: «Los dos quedaron sorprendidos.»
Corte a:	
Primer plano: La misma foto de Jung.	Narrador: «Jung habló primero.» Voz de un actor [acento suizo]: «Ahí», dice Jung. «Eso es un ejemplo de los llamados fenómenos catalíticos.»
Corte a:	
Primer plano: La misma foto de Freud.	Voz de un segundo actor [acento vienés]: ¡Oh, vamos!», exclama Freud. «¡Eso es mierda de vaca!»
Corte a:	
Primer plano: Jung.	Primer actor [acento suizo]: «No lo es», replica Jung. «Se equivoca, Herr Profesor. ¡Y para demostrar mi punto de vista, predigo que en un momento se producirá otro grave informe!»

Corte a:

Plano largo del estudio de Freud. La cámara se mueve lentamente por la biblioteca.	Silencio ominoso y entonces: Segunda explosión.

Corte a:

Plano medio: El narrador de TV pasea por una playa. En el fondo, oleaje alto.	Narrador [a la cámara]: «Freud quedó tan impresionado por la segunda explosión física que Joyce no volvió a comentar con él la experiencia. Lo más extraño es que hubo dos secuelas. En 1972, el Dr. Robert Harvie, psicólogo de la Universidad de Londres, leía en voz alta a un amigo un relato de este episodio...

Corte a:

Primer plano: El Dr. Harvie [foto]	Narrador [voz]:«... y de las obras de Freud...» Voz vienesa: «¡Oh, vamos, es mierda de vaca!»

Corte a:

Plano medio: Una lámpara en un rincón se cae ruidosamente.	Narrador:«... cayó ruidosamente una lámpara en la sala de Harvie.»

Corte a:

Plano medio: Una actriz en un compartimento de un tren, leyendo.	Narrador: y en 1973, una tal Margaret Green informó que mientras leía el mismo pasaje acerca de Jung y Freud en un tren, la ventana estalló repentinamente con un estallido semejante al de una bomba.»
La ventana explota. La actriz salta. La cámara cruza la puerta con el rótulo: COMPARTIMENTO 23.	

Corte a:

Plano medio: El Narrador pasea por la playa.	Narrador: «¿Qué podemos decir de tales misterios? Algunos científicos hablan de fuerza psiónica o bioplasma...»

DE MODO QUO OPERET LEX MAGICA

Sir John prosiguió tenazmente sus esfuerzos de proyección astral. Jones, mientras tanto, amplió sus extraños métodos de enseñanza. En uno de sus quincenales encuentros, mostró a Sir John un dibujo de Punch en el que se veía a un contrariado caballero y a un oficial de aduanas mirándose fijamente. El inspector de aduanas decía: «Estos gatos son perros y los conejos son perros, pero la maldita tortuga es un hinsecto».

Sin John sonrió, inseguro.

—Divertido —aventuró.

—Resume todo el secreto de la Iluminación —dijo Jones solemnemente—, si lo considera en profundidad.

Insistió en entregarle el dibujo a Sir John quien, obedientemente, se lo llevó a casa, lo colgó en el dormitorio y lo contempló una o dos veces al día. La Iluminación le eludía. Las diferentes epistemologías de sentido común entre los viajeros y los autores de las regulaciones aduaneras eran, quizá, síntomas de confusiones ontológicamente primordiales en cualquier parte. Pero, ¿qué tenía que ver todo aquello con las cuestiones espirituales?

En el siguiente encuentro, Jones se presentó ante Sir John con las Obras Completas de Lewis Carrol.

—Aquí —dijo gravemente—, se encuentra la esencia condensada de la Sagrada Cabala.

Sir John se ruborizó colérico.

—Esta vez sé que se está burlando de mí —dijo—. Esto no es digno de usted, Jones.

—Así que —replicó Jones—, ¿cree que ya sabe más que su Maestro?

—Reconozco una broma, señor, cuando la tengo delante de la nariz.

Jones no perdió la placidez.

—¿Cuántas veces —preguntó—, se ha encontrado con el dicho: «Cuando el estudiante está preparado, el Maestro habla?» ¿Quiere saber por qué es verdad? La puerta se abre hacia dentro. El Maestro está en todas partes, pero el estudiante tiene que tener la mente abierta para escuchar la Voz del Maestro. Lea cuidadosamente, Sir John, pondere los significados ocultos, y vea si el Maestro le habla por mediación de ese libro.

Sir John, sintiéndose más idiota que nunca, se llevó a casa a Lewis Carrol y lo releyó de punta a cabo; y se sorprendió de lo mucho que coincidía todo aquello con su limitado éxito en la proyección astral. ¿Se aclararían tan profundos significados a medida que progresase en la Obra?

Pocas noches después despertó del sueño convencido de haber comprendido el Secreto de los Secretos. Era uno de los pareados de Carroll:

Pensó haber visto a un cajero bajando del autobús;
Miró de nuevo y vio un hipopótamo.

El regocijo duró varios minutos. Miró el espejo roto y se encontró con su propia imagen partida en dos. El mundo hecho pedazos, cristales rotos y joyas. Aquella vez, descubrió, la expansión era psíquica: ni Wildeblood ni los sirvientes escucharon la demolición.

Salió de la cama cuidadosísimamente y tomó una vela. Luego, se sentó ante la ventana, escuchando los latidos de su propio corazón, intentando respirar normalmente, sumergiéndose en la recién adquirida habilidad de cambiar rítmicamente del ángulo agudo al obtuso mientras las visiones le llevaban por mundos de siete lunas, mundos con nueve soles, polvos de soma, castillos mágicos en la bruma, paladines con armaduras blancas y negras, eones de alteración rítmica del ángulo agudo al obtuso, inmensas inteligencias insectoides, vistas cada vez más grandes de planetas, galaxias, todos los universos profundamente alienígenas, el Sultán de los Demonios aullando en las tinieblas donde no brilla la luna. «Estos perros son gatos y este ratón es 3.141593, pero estas malditas ligas son incesto. Illigan Nillagain Rilligan Illagain. Cómete un sapo vivo antes de

desayunar y nada peor te pasará en todo el día». Sir John hizo exactamente lo adecuado. Desde la memoria, profundamente concentrada, ignorando los duetos seminales y los rondós obtusos, escribió los cinco axiomas y las veintitrés definiciones de la Geometría de Euclides. En media hora había regresado al espacio-tiempo normal y el Señor del Abismo de las Alucinaciones fue vencido.

POSTERIORES REFLEXIONES DE JAMES JOYCE
(Resulta necesaria la opinión de los padres)

Ineludible red de coincidencia: por lo menos, si no más. Miríadas de líneas del mundo, habría dicho el Profesor Einstein, pero tras ellas, invisible, intangible, la enigmática atadura de un oscuro diseño; indiferente, afilándose las uñas. Dialéctica: Yeats, el único hombre de Irlanda entera que ha intentado ayudarme, apoyarme en mi carrera, aunque sea el único con el que me enfrentaré hasta el final, pues su visión o la mía definirán el futuro de nuestra literatura.

Joyce contemplaba las líneas del mundo serpenteando hacia su principio. Karma, la causa de las causas. Inexplicable e incomprensible. Ligas, todo lo sagrado. La red de la coincidencia. Ezra, hijo de Homero, el maldito.

Lo más extraño de todo: en la vida de Babcock, el episodio de Pound y Yeats no representaba más que una subtrama, un incidente. ¿Era Hamlet una subtrama en la vida de Fortinbras?

I.N.R.I.: Ingentes Nubes Rasgan Inviernos. La adivinanza de un muchacho protestante en Dublín... ¿cuántos años atrás?

Los inteligentes ojos de spaniel de Einstein: mucho menos preparado para esto que yo, que una vez le escuché casi creyéndole en la sede dublinesa del Amanecer Dorado. ¿Qué pensará de Yeats y Babcock y de sus amigos intentando solapar el espacio-tiempo?

¿Y la serie de diga, miga, siga, viga? ¿Lo siguiente? Liga.

Genus eutaenia, naturalmente. La vieja tentación. Comen ratones, un cobertizo en primavera: un hombre y una mujer, en un jardín, desnudos y sin vergüenza. Un mordisco en la manzana y...

Quizá dieron dos mordiscos.

Morded otra vez, otra vez, bite.

El terror homosexual. La carta del viejo Queensborough enviada al club de Wilde para provocar el juicio por Libelo: «A Mr. Oscar Wilde, supuesto sondomita.» Podría haberse adivinado cinco o seis veces en aquellos sueños.

Preguntarse si Babcock sabía, tan bien como Queensborough, cómo se escribía «sodomita».

¿Y la baya del solaz? ¿Alguna relación con Salisbury? Uno no puede hacerlo todo. Parecen armónicos en su totalidad edípica.

¡Hay que ver, Jesús! «Mi graciosa bondad,» dijo el hermano Ignatius.

Desde las profundidades de la cripta de San Giles
Llega un grito que se extiende a lo largo de muchas millas
«Mi graciosa bondad?»
Dice el hermano Ignatius
¿Y algo y algo y sonrisas?

Nada de eso. Empezar todo de nuevo.

Cazador: Odiseo en Dublín. El cornudo del tiempo. Una esposa muy sola. Honi soit qui mal...

Nora, Stanislaus: ¿Lo hicieron? ¿Una vez? ¿O muchas veces? No importa. Tras

rechazar la monogamia, ¿puedo asegurarlo? Nadie es una propiedad. Noinvasión de la noinvasiva individualidad. Non serviam. Volver a la postura a lo Byron. Pero, ¿lo hicieron? ¿Lo sabré alguna vez? Ciertamente, no en este mundo.

Líneas del mundo, cruzándose, interceptándose, hendiéndose: la imagen geométrica de Minkowski en la teoría del profesor.

¿Lo hizo ella? Nora, bajándose las bragas, poniendo los ojos en blanco una y otra vez y otra vez. En ella. Más adentro, más adentro. Jodiéndola. Jodiéndola profundamente. En ella. Coño caliente, suyo y no mío. Caliente y húmeda boca del coño.

Masoquismo. Basta.

Un hombre cornudo es un monstruo, Iago.

Líneas del mundo: Nora y Jim y Stanislaus, cruzándose, interceptándose, hendiéndose: Giorgio y Lucía hendiéndose y yéndose hacia nuevos vectores. El río del tiempo pleno de afluentes.

Madre, Nora, die Lorelei: tragándosenos, llamándonos a casa. Cuerpo humano 80, 90% salino: el mar de topacio, el sabor salado de las cavernas de su cuerpo. Odiseo se puso cera en los oídos para enfrentarse a la oscura llamada uterina, la canción del reino sumergido. El pañol de Davy Jones. Malsana y fría y húmeda es la muerte del ahogado. No Wagner: ertrinken, versinken, Unbewusst, hochste' Lust. Nada de eso. ¿Y la Cosa del Loch?

Probablemente algún gran pariente de Natrix.

Pero, si todo el tiempo es un tiempo: yo en 1904 y yo aquí y ahora. Ambos reales, adamantinos, eternos. La primavera nunca alcanzará el verano. Líneas del mundo. ¿Y qué si en veinte años los nombres de Joyce y Einstein son conocidos en toda Europa? También eso quedará eternamente fijado en la siguiente vuelta de las líneas del mundo.

Y los que se encuentran en cabeza de nuestro tiempo lineal, mirando hacia atrás, hacia nuestro futuro que es su pasado: verán exactamente el punto hacia el que nos dirigimos tambaleantes. La tragedia y la alegría del mañana. Quien morirá y quien vivirá.

ACCION	**SONIDO**
INTERIOR. PRIMER PLANO.	
Mapa del Imperio Austro-Húngaro, 1914. La CAMARA se pasea rápidamente en panorámica sobre Sarajevo.	El Vals de La Viuda Alegre.
EXTERIOR. PLANO EN MOVIMIENTO. CALLE DE SARAJEVO.	
La CAMARA efectúa una panorámica desde la calle a la ventana.	El Vals de La Viuda Alegre,
La CAMARA mira a través de la ventana: un hombre está cargando una pistola.	Voz no identificada: «...el habitual asesino solitario, en efecto... adecuadamente hipnotizado...»
INTERIOR. PRIMER PLANO	
Unas manos cargando la pistola. Sobre la mesa un libro: No el Todopoderoso, en cuya cubierta hay un ojo dentro de un símbolo triangular.	El Vals de La Viuda Alegre.

EL COMENTARISTA DE RADIO: Y ahora otra sorprendente historia de nuestro corresponsal en Linz. Parece que Sir John Babcock no fue el único joven impresionable cuya vida quedara poderosamente influenciada por las novelas románticas de Bulwer-Lytton. Tenemos en nuestro estudio a August Kubizek, amigo de Adolf Hitler. ¿Podría decirle a nuestra audiencia, Herr Kubizek, lo que nos estaba contando a nosotros sobre la Opera de Linz en 1906?

VOZ DE KUBIZEK [añosa y cascada]: Bien, señor, fue en junio de 1906, creo. Adolfo y yo habíamos ido a escuchar la opera de Wagner Rienzi...

COMENTARISTA: ¿Cuál era la fuente de aquella opera, Mr. Kubicek?

KUBIZEK: Una adaptación de la novela del mismo título de Lord Bulwer-Lytton.

COMENTARISTA: ¿Estaba relacionada con la energía Vril?

KUBIZEK: Oh, ja, naturalmente. Todo lo que escribió Bulwer-Lytton tenía algo que ver con el Vril y la mutación a una superraza.

COMENTARISTA: ¿Cómo afectó la ópera a Adolf Hitler?

KUBIZEK: Fue algo extraordinario. Nunca antes había visto así a Adolf. Parecía estar literalmente en trance. De hecho, cuando salimos de la Opera, echó a andar en la dirección equivocada... no hacia casa, sino en dirección opuesta. Empecé a correr tras él y le sacudí para llamarle la atención.

COMENTARISTA: ¿Qué pasó entonces, Herr Kubizek?

KUBIZEK: Algo increíble. Como digo, nunca vi así antes a Adolf... aunque sí que le vi igual en años posteriores. Parecía poseído. Hablaba lleno de excitación, como un enfermo con fiebre alta, verstehen sie? Dijo que había recibido una orden de los Poderes Superiores a través de la música de Wagner y que dedicaría toda su vida a una misión que los normales seres humanos no comprenderían.

COMENTARISTA: Una misión que los normales seres humanos no comprenderían... ¿Empleó esas precisas palabras?

KUBIZEK: ¿Cómo podría olvidarlas? Por aquel tiempo, Adolf resultaba muy impresionable... Nunca le había oído emplear un lenguaje tan pomposo.

COMENTARISTA: ¿Recibió usted información que confirmara la importancia de Rienzi en la vida de Hitler?

KUBIZEK. Efectivamente. Fue en 1938. Adolf visitó la casa de la viuda de Wagner y yo estaba con él. Le habló de la experiencia de 1906. Se mostraba muy enfático. Quería asegurarse de que Frau Wagner entendía lo importante que fue para él. Incluso se atrevió a decirle —recuerdo sus palabras porque me hicieron llorar— que «En aquella hora nació el Nacional Socialismo.»

ACCION	**SONIDO**
EXTERIOR. PLANO INMOVIL. PARADA DE NUREMBERG, 1936.	
Hitler pasa revista a una interminable sucesión de soldados nazis desfilando al paso de la oca.	Horst Wessel Lied suena cada vez con mayor potencia. El paso de las botas resuena cada vez más hasta tapar la música.
	Las botas aturden.
Tinieblas.	

SEGUNDA PARTE

Ni siquiera en esta moderna evasión, la plegaria de la locura, podemos encontrar ninguna esperanza. Nada hay más claro que las desgraciadas víctimas de Satán que se encuentran en plena posesión de sus facultades en el último momento.

Rev. Charles Verey, Nubes sin Agua.

Los Antiguos eran, los Antiguos son y los Antiguos serán. Tras el verano llega el invierno; y tras el invierno, el verano. Ellos gobernaron una vez donde ahora gobierna el hombre y volverán a gobernar de nuevo. No en los espacios que conocemos, sino entre ellos. Esperan serenos y primordiales, sin dimensiones y sin ser vistos.

Necronomicon.

Te desafío, Jesús, yo, la sacerdotisa de este rito cuyo cuerpo es ahora altar y ofrenda, a que me golpees con la iluminación si es que tu poder es más grande que el de mi Señor y Amo.

León Katz, Drácula: Sabbat.

Esta, efectivamente, es una gran muralla.

Richard M. Nixon ante la Gran Muralla de China.

Hubiera sido mucho mejor llegar a este punto antes de que el sobrenatural y acientífico pensamiento típico, tanto de Joyce como de Babcock, resultase enteramente inconcebible para las reflexiones disciplinadas del Profesor Einstein. Un camello negro bajo una luna creciente habría resultado un presagio de casi cualquier cosa para Joyce o Babcock, aunque no resultase ser más que un mamífero domesticado en conjunción con el brillo de un satélite de una estrella de tipo G para la ciencia.

Mientras escuchaba atentamente el maravilloso relato de Sir John Babcock, Einstein, de modo ocasional, se permitía una ligera sonrisa que se rompía en sus labios: el reflejo de un evolutivo pasado en el que peludos ancestros mostraban los dientes a la vista de comida; aunque, como en aquel caso, fuera un alimento hecho de pensamiento puro lo que inspirara la típica mueca antropoide. El maravilloso (aunque ciego) proceso de la evolución generó un cerebro, en seres humanos avanzados, como era el caso de Einstein, capaz de buscar alimento y agua en la Verdad.

La ciencia, nunca se repetirá lo suficiente, actúa con las modernas lecturas de los modernos instrumentos, permitiendo tan sólo las más económicas descripciones del fenómeno registrado. Es permisible, naturalmente, postular determinados gedankenexperiments (experimentos intelectuales), deduciendo de leyes conocidas las necesarias consecuencias de situaciones hipotéticas. Dentro de un elevador interestelar, por ejemplo, las ecuaciones gravitacionales de Sir Isaac Newton serían obedecidas, según indicarían todos los instrumentos, con lo que los físicos que viajasen en el elevador postularían la explicación newtoniana de sus observaciones. Para un físico externo al

elevador, sin embargo, los mismos datos quedarían explicados por las leyes de la inercia. Esta línea de pensamiento dejó al Profesor Einstein, al menos durante un tiempo, divertido y perplejo, pero determinó quedarse al margen y concentrar sus poderes analíticos sobre la novela gótica en la que, evidentemente, vivía Sir John Babcock y en la cual las fuerzas ocultas eran más prevalentes que las leyes científicas.

Se podía ver en todo aquello el principio del relativismo neurológico, lo mismo que el del relativismo físico. Al igual que un nuevo Albert Einstein que rechazó su ciudadanía y al Dios de su pueblo, Sir John había permutado su sistema nervioso por aquellos llamados ejercicios ocultos.

Sí: mis dos observadores intentan medir una barra en movimiento cuando ellos mismos se desplazan a velocidades diferentes. Eso es el relativismo del instrumento. Pero, supongamos que un hombre, un ruso vegetariano y pacifista, y una mujer, católica y conservadora italiana, intentasen comprender la historia de Sir John. No estaría diciendo lo mismo para ninguno de los dos. Eso es el relativismo de la conciencia, del propio sistema nervioso.

Pero el sistema nervioso, mein Gott, es el instrumento que lee los demás instrumentos.

Así que: al igual que mis físicos dentro del elevador nunca podrían decir, desde dentro del elevador, si la fuerza descendente era gravedad o inercia, tampoco pueden decir dos personas, desde el interior de sus propios sistemas nerviosos, qué presunta fuerza externa proporciona las señales que reciben. Por ello, naturalmente, el ateo y el ocultista pueden argumentar eternamente, sin que ninguno de ellos pueda convencer al otro. Estamos atrapados, atrapados, atrapados por nuestras ideas, para siempre en la posición de los cinco ciegos y el elefante. Las reglas de nuestro juego de ajedrez neurológico determinan la forma o el contexto en el que enmarcamos cada nueva señal. El jugador del otro lado, como decía Huxley, queda fuera de nuestra vista.

¿Estará toda la culpa en aquellos sueños? ¿Será debido al incidente del ratón? ¿Por qué el ratón del tebeo sigue reapareciendo? El problema es más de Freud que de la física, esa es la verdad.

Zwei seelen wohnen: las líneas favoritas de Papá. «Tan profundo, Albert... cada palabra viene del corazón de un gran hombre.»

¡Pobre Papá! Siempre preocupándose de que yo fuera un deficiente mental porque no era como los demás chicos. ¿Por qué? Bueno, no lo era. Porque siempre me preguntaba lo que se sentiría al ser un fotón: ¿cuántos años hace de todo esto?

In meiner Brust. «Tan profundo, Albert...»

Tenía quince años: sería en 1879 más quince, el mismo año en que renuncié a la nacionalidad alemana; sí, sería en el noventa y cuatro, 1894. Más o menos cuando leí el caso de Bell en la Corte Suprema americana. Schweinerei capitalista: desde 1872 (serían... unos siete años antes de que yo naciera) luchando por poseer los electrones. Siete más quince son veintidós; veintidós años, entonces, estuvieron pleiteando Alexander Graham Bell y sus competidores por la patente. Poseer electrones, mein Gott. Todos los años de mi vida en una oficina de patentes. El tedio de la avaricia. Como si alguien pudiera poseer una ley de la naturaleza. Königen, kirchen, dummheit und schweinerei.

Pero los monos todavía siguen buscando dinero, bonos, patentes. Predadores mamíferos. ¿Acaso he nacido en un planeta equivocado? La única esperanza para la humanidad: meter todos los billetes, bonos y acciones en una bonita bolsa de basura y carbonizarla. Walpurgisnacht? «Tan profundo, Albert.» Sí: y que las masas bailen alrededor de las llamas celebrando su liberación de la antiquísima tiranía. El fénix de la libertad vuela de nuevo.

O quizá todo esto se encuentra genéticamente impreso. La predación y la jerarquía son cuestiones de los vertebrados. Quizá nací en el planeta equivocado. Biedermeier, así

me llamaban en el colegio. Biedermeier: demasiado estúpido para mentir.

En francés habría sido Pierrot le Fou. ¿En inglés? Simple Simon. No: mejor Honest John. Biedermeier Einstein.

Zwei Seelen wohnen ach! in meiner Brust. Debe significar algo. Si yo fuera Hegel, sospecharía que no quiere decir nada. Pero, de cualquier modo, Goethe siempre quiere decir algo.

El tío Jacob ridiculizaba esas leyes kosher. Bueno, la verdad es que Mamá nunca tuvo un pollo kosher. Todos éramos unos herejes. Aunque sólo el tío Jacob se decía abiertamente ateo. Aquello fue bueno para mí, como los años que acudí a la escuela católica. Nacer judío, tener un tío ateo y estudiar en la escuela católica: eso abre las células cerebrales. Gran diversidad de señales.

Sí: cuanto más conflictivas son las señales recibidas, mayor hacemos nuestra imagen del mundo para acomodarnos a ellas. La gente tiene mente pequeña porque cada nación, cada iglesia y casi cada familia restringe las señales. Hablar de aumento de los viajes (con lo que también se habla de aumento de las comunicaciones) significa que todo el mundo podrá recibir más señales conflictivas. Eso hará que los primates agudicen su ingenio... quizá. Imposible seguir siendo un pequeño católico italiano tras el encuentro con muchos, muchísimos, protestantes alemanes. El inglés que vuelve de la India no es al 100 por 100 de sangre inglesa. Sí. Los viajes y las comunicaciones se acelerarán en este siglo, de modo que la gente tendrá que hacerse más inteligente.

Si la guerra no nos devuelve a las Edades Oscuras.

$$V'' = \frac{V+V'}{1+\frac{VV'}{c2}}$$

Muy claro. Pero el pacifismo es más básico que el socialismo, debe serlo. Si no encontramos un final para la guerra, quedará muy poca civilización por socializar. Pero a ver quién intenta decírselo a lo socialistas, ¡que Dios le ayude! Si todo se derrumba, primero serán franceses y alemanes y luego socialistas. Cuando el tiroteo se detenga. Y:

$$t' = \frac{1}{1 - \sqrt{\frac{v2}{c2}}}$$

También muy claro. Llegaremos a ver más curvas en las nuevas ecuaciones. No euclídeas, convergentes. Geodésicas. No podrán ser vistas ni experimentadas, sólo conocidas mediante las matemáticas. Nicht aus dem Sinn.

Comunicaciones cada vez más rápidas, para que cada Iván, Hans y Juan sean una mezcla de señales católicas, judías y ateas, o algún embrollo equivalente: obligarles a pensar y a elegir.

Zwei Seelen wohnen... Sí. Los dos tipos de consciencia, lo que Freud llama consciente y subconsciente, son las dos almas de las que hablaba Goethe. El Amanecer Dorado de Sir John es un juego neurológico mediante el cual el alma subconsciente, que ellos llaman cuerpo astral, alcanza la consciencia.

Pero ni siquiera Freud comprende la relatividad del instrumento, del propio sistema nervioso. Nos encontramos en esta habitación —Joyce, Sir John y yo mismo— existiendo en tres realidades neurológicas diferentes, lo mismo que mis viajeros del espacio a

diferentes velocidades y existiendo en diferentes realidades de espacio-tiempo.

La sombra de la vista y los sentidos: la relatividad del instrumento. Nur der Wahnsinnige is sich absolut sicher.

Me pregunto si algún psicólogo habrá descubierto algo en esta línea de razonamiento.

Si no es así, naturalmente, habrá un pfennig de diferencia si todo eso del Amanecer Dorado puede seguir su senda hasta los Rosa Cruces de la Edad Media, hasta Adán, o incluso hasta la primera ameba. No tendrá la menor importancia que Mr. Robert

Wentworth Little inventase toda la «tradición» del aire caliente y otras claves perdidas en colaboración con la enigmática Fraulein Sprengel. El hecho objetivo significante en el que se enfoca la atención científica debe ser aquél que enlaza a esta organización de nuestro amigo Babcock con una sociedad secreta dedicada a proyectos de los que no sé nada, actualmente, aunque él dice que son muchos. De hecho, demasiados. Como todos nosotros, todos los días.

La absurda evidencia de la hyphoteses nonfingo de Newton: actualmente, es imposible no teorizar. La velocidad de transmisión nerviosa en el cerebro es tal que no podemos separar la percepción de la conceptualización. Es un concepto del que estoy ahora mismo hablando a los seres humanos. Joyce y Babcock podrían ser meros autómatas que se hacen pasar por seres humanos, o quizá yo esté alucinando. ¿Quiénes sino Poincaré y Mach podrían comprender todo esto? Vivimos, como dice Joyce, en una red de construcciones simbólicas creada por nuestros cerebros. Los Herrdoktorprofessors no pueden entender mi papel en la relatividad del espacio-tiempo porque ellos piensan que «medida» es un hecho, no un concepto de nuestros cerebros.

Y esto, también: cuando renuncié a mi ciudadanía en Milán hace ya casi diecisiete años, sentí algo similar a lo que el profundo psicólogo llama la experiencia del renacimiento: me redefiní y me redescubrí a mí mismo. Lo mismo que cuando rechacé al Dios de mis padres. Quizá ambas cosas fueran necesarias antes de que redefiniera y redescubriera el espacio y el tiempo. Renunciar a lo viejo ha de preceder al descubrimiento de lo nuevo.

Así: tras todo este galimatías, esto es básica, estructuralmente, lo que describe Sir John: un proceso mediante el cual un chico huérfano y a la deriva por el mundo con el dinero suficiente descubre un nuevo camino para definirse y percibirse a sí mismo. Y también, claro está, su mundo. Lo mismo que yo redefiní el mundo tras redefinirme a mí mismo. Un juego de ajedrez mental.

Pero, ¿cuáles son las reglas de ese juego y cómo ha llegado a alcanzar el estado de terror en el que vive? ¿Quién o qué es el jugador que hay al otro lado? Eso es lo primero que tengo que entender: las reglas del extraño juego mental llamado Orden Hermética del Amanecer Dorado.

No tengo que preguntar «¿Cómo se siente uno siendo un fotón?», como Biedermeier Einstein hace dos décadas, en 1894, sino, en este caso: ¿Cómo se siente uno siendo aprendiz de brujo?

LOS ARCHIVOS GENETICOS

El primer Furbish Lousewart fue conservador de la grande y verde Mansión Babcock fue conservador y le encontraron una terrible noche entre la muerte breves horas después de que acaeciese el sangriento nacimiento de su ser de la matriz de su madre. Furbish Lousewart fue un bastardo que encontraron con bello hallazgo.

De aquel linaje, del bello Furbish, se dice que fue plantado en el vientre de su madre por el coadjutor de Weems, un hombre más grande que cualquiera de los que fueran armados caballeros por Round John o el Sagrado Jabalí de San Hubert, pues San Hubert era la iglesia de Weems en la que actuaba de coadjutor. De la madre de Furbish se dice que fue una doncella que penaba un pecado sensual con un piadoso peregrinaje a la

tumba de Tomás contando un cuento fabuloso a un tal Geoff. Chaucer, quien en verso, transcribió aquel cuento y lo hizo libro para que todos lo conociésemos. También dicen que sirvió de modelo para la hermosa Sacerdotisa de las cartas gitanas llamadas Tarot, carta que antaño mostró a la Papisa y actualmente a la Alta Sacerdotisa.

Lord Greystoke llamó al recién nacido Furbish Lousewart a causa de lo encantador que les pareció cuando le encontraron en un pesebre. Furbish Lousewart era el más exquisito nombre que pudiera tener un amante de la Alegre Inglaterra en aquellos días, casi comparable al nombre vernacular de herba pedicularis, una flor bellísima de la familia de los dragones, que no tuviera otro apelativo que el de flor bella y encantadora.

Furbish Lousewart creció y se hizo fuerte, siendo amigo de la cautela aunque desarrollando muchos recursos: contaba con sus tres hijos varones (legítimos) y siete niños de ambos sexos (ilegítimos), pero, ay, murió entonces en la Sagrada Cruzada contra los terribles sarracenos que poseían la Tierra Santa por la fuerza de la espada. Todo el mundo dice que aunque él (F. Lousewart) impresionó más a la posteridad por su ardiente valor que por la fidelidad al sagrado lecho del matrimonio cristiano, el Rv. Hon. Juez Mr. P.J. Farmer, entendido en genealogía y cuestiones de anticuario, dijo en muchas ocasiones (a oídos de muchos que gozaban de buena reputación) que el único Greystoke que sobrevivió a la Cruzada fue un falso Greystoke, fruto de la unión de Lady Greystoke con el bribón ya mencionado, Furbish. Si esto fuese cierto, el noble linaje de los Greystoke (quienes, por Papistas que fueran, dice la gente, no dejaron de ser buenos anglicanos) sería de origen plebeyo y bastardo. Si es verdad, a decir de todo el mundo, la historia no deja de ser divertida.

Al menos la ciencia puede pronunciarse con matemática certeza: dentro de los testículos del Vizconde Greystole la noche del 26 de junio de 1914 restaba exactamente un dieciseisavo (0.0625) de la información genética que formó la plantilla neurogenética de Sir John Babcock, mientras que dentro del testículo del primo del Vizconde Greystoke, Giacomo Celine, restaba exactamente un cuarto (0,25) de la información genética de Hagbard Celine, quien más de dieciséis años antes acudiera a informar al tío abuelo del guardamontes de Sir John de que no había enemigos por ninguna parte.

DE SOMNIIS VESTIMENTA HORRORIS

De la ironía de los grandes horrores, la casualidad está completamente ausente, como si nos recordase que en verdad no existen cosas tales como la falta de motivo o la maldad de la carencia de mente. El espejo destrozado de Sir John le inspiró, sutil e indirectamente, para que empezara a acomodarse de algún modo al siglo veinte, pero, al mismo tiempo, los infernales terrores de siglos pasados se reunieron a su alrededor más insidiosamente que antes. La rotura resultó sólo moderadamente inquietante en un principio, aunque no volvería a mirarse en él sin imaginar ver, en la distorsionada imagen de sí mismo creada por los vidrios rotos, algún depresivo y amenazante símbolo del lado oscuro de la fuerza del Vril que le habría atacado aprovechando el punto débil abierto en su susceptibilidad por los voluptuosos anhelos despertados, quizá deliberadamente, por la enigmática Lola y sus descaradas y casuales alusiones al ritmo del acto de la cópula y la roja cobra del deseo. Le atacaba una desagradable idea, aunque intentaba librarse de ella; sería una locura aceptarla, sin mejores evidencias que la coincidencia de un mal sueño con un temblor de tierra, aunque el insidiosamente turbador concepto siguiese creciendo en su mente: quizá se había encontrado con una bruja auténtica y el mundo medieval que tanto estudiase cobraba vida aparente a su alrededor.

El dormitorio le resultaba insidiosamente deprimente, sobre todo por el espejo roto y sus locas imágenes bicamerales, aunque también se detectaba algo desagradablemente sutil en cualquier otra parte de la inmensa casa: algo desagradable e inquietante, casi una

sensación de decadencia y morbidez, que parecía permear el aire; algo sin nombre y vago, un mero bosquejo de nuevas presencias y posibilidades, probablemente creadas por su activa imaginación, aunque pareciera de naturaleza autóctona, virtualmente antediluviana, furtivamente sugerente de odiosos secretos de tiempos olvidados y actos contra la Naturaleza y contra la Escritura. La invasión de incluso los muebles por aquella rudimentaria presencia resultaba desconcertante, si se comparaba la luz de la cambiante atmósfera ante la Fuerza Oscura (como él la llamaba) con la previa ubicuidad que colmaba la Mansión Babcock de normalidad basada en el estricto sentido común.

ACCION	SONIDO
EXTERIOR. MANSION BABCOCK. PLANO LARGO.	
La casa casi se pierde en un paisaje de árboles oscuros y sombras del crepúsculo.	Tambores vudú.
EXTERIOR. MANSION BABCOCK. PLANO MEDIO.	
La casa, oscura y amenazadora. La bicicleta barata frente a la entrada.	Tambores vudú.

Sir John se embarcó en una campaña destinada a desterrar todo el estropeado mobiliario, no sólo el maldito espejo, sino la totalidad de la Mansión Babcock y pronto todo el lugar se animó con vendedores y obreros atraídos por un amplio proyecto de modernización, que incluía, por ejemplo, la instalación de electricidad en todas las habitaciones. Requirió muchos meses pero, finalmente, la Mansión Babcock quedó completamente adaptada al siglo veinte. El maligno humor de las odiosas fuerzas desatadas contra Sir John siguió, no obstante, actuando, mientras su superficial adaptación al presente avanzaba febrilmente por la casa, con una creciente invasión de su vida interna mediante los más infernales y antiguos terrores.

Sir John continuó soñando frecuentemente con la Capilla Peligrosa y así una vez se encontró en un inmenso calabozo subterráneo, donde multitudes de personas hoscas y estúpidas argumentaban y debatían violentamente. «¡Seremos los dioses tales!», gritaban alguno. Pero otros replicaban: «¡Seremos los dioses cuales!» Y parecían fuera de sí. «No hay Capilla, no hay Grial, eso sólo son cuentos para los niños», musitaba el oso guerrero de Alicia. «Los tres ovus, nuestro tamaño, nuestro peso», cantaba un Erring Go BRA de aristas blanco anaranjadas que imitaba el trino de un pulpo pentagonal lleno de polvo de soma. «Aquéllos son los que cruzan el Sendero sin la Vara de la Intuición. Llegan a su destino, pero no lo saben. Lo tienen pero no pueden verlo. Miel para ellos. ¿Habrá un excremento de BRA en los bosques?»

Cuando Sir John plasmó este sueño en su Diario Mágico, añadió el siguiente comentario:

> *Por alguna razón que no puedo comprender plenamente, desperté con la convicción de que Shakespeare fue, efectivamente, un iniciado de los Rosacruces. Siento que cada vez estoy más cerca de lo que quiso decir cuando escribió que «somos de la misma sustancia que los sueños.».*

Pocas noches más adelante fue engatusado para jugar una partida de bridge con el Vizconde Greystoke, aunque aquél era uno de los pasatiempos idiotas que generalmente desdeñaba. A duras penas soportó la primera parte de la velada: mucho brandy, muchos puros y todos hablando sin parar de la caza del zorro, un deporte que despreciaba por inhumano y bárbaro. Con gran esfuerzo se reprimió para no mencionar la infame descripción de Wilde acerca de aquel sangriento entretenimiento como la «incomible persecución de lo innombrable». A eso de las diez ocurrió algo extraño: súbitamente recordó que el juego de cartas habitual derivaba del Tarot. Las espadas eran las Varas de la Intuición, los corazones las Copas de la Simpatía, los tréboles las Espadas de la Razón y los diamantes los Pentáculos del Valor: y la estructura del mazo correspondía astrológicamente a los signos de fuego, agua, aire y tierra: 52 semanas en 4 estaciones, 52 cartas en 4 palos. Si los signos cabalísticos se encontraban en todas partes, la divina esencia también debía hallarse en todas partes, y recordó una vez más que no existían lugares o tiempos donde los mundos visible e invisible no se encontraran y se entrelazaran: volvió a ver, en todo el mundo, al Buda. El resto de la velada permaneció tan intensamente consciente que le pareció que su vida anterior no había sido más que un sueño en comparación con aquella noche; ganó mano tras mano. La euforia le acompañó durante día y medio, hasta que volvió la ya conocida sensación de vaga ansiedad cuando se acordó de que muchas formas de locura empezaban con ciertos estados de excitación mental en los que cada incidente y evento parecía cargado con algo más que un significado meramente humano.

Dos días después, en Londres, Sir John se volvió a encontrar con el pomposo americano, Ezekiel (o Ezra) Pound —quizá por accidente— en el Museo Británico. Pound cargaba con un diccionario chino-inglés y un lote de blocs etiquetados como «Manuscrito Fenollosa» y se mostró efusivamente cordial. Amistosamente quedaron para tomar un bocado o almorzar juntos.

—Yeats avanza en la dirección correcta, bajo mi influencia —explicó Pound, grandilocuente, por encima de las patatas con pescado—. Ha salido de la niebla celta y empieza ya a escribir poesía moderna. —Sir John encontró aquella demostración de autoimportancia de lo más hilarante, pero procuró que no se lo notara en la cara. Con tacto, cambió de tema.

—¿Por qué le preocupan tanto las formas verbales chinas? —preguntó tímidamente.

—Lo chino —le dijo Pound— resultará tan importante para el siglo veinte como lo griego para el Renacimiento—. Siguió durante veinte minutos desarrollando aquel tópico antes de que Sir John tuviera ocasión de volver a hablar.

—¿Quién era la joven que recitó al Capitán Fuller? —preguntó, sabiendo que un impulso diabólico le obligaba a ello.

Pound levantó la vista agudamente.

—Dice que su nombre es Lola Levine y que viene de Francia —replicó—. Lo dudo. Su francés es peor que el mío.

—Parece australiana... —comentó Sir John.

—Exactamente —confirmó Pund—. Uno no debe confiar mucho en las jovencitas. ¿Ha oído hablar de Aleister Crowley? —indagó.

Sir John recordaba el nombre: uno de los líderes de una facción renegada del Amanecer Dorado desviada hacia el Satanismo.

—Vagamente —respondió.

—Bien, si lo que ha oído usted es probablemente desfavorable, como inglés educado no lo mencionará —dijo Pound con una penetrante mirada—. Si quiere mi opinión, Sir John, no debe interesarse demasiado en Lola Levine. Dicen que es, o que lo fue, una de las incontables amantes de Crowley. A la gente que se involucra con Crowley, o con sus amigos o amantes, les ocurren cosas terribles ¿Ha oído hablar de Víctor Neuberg?

—Un joven poeta... Me temo que no he leído ninguna de sus obras.

—Víctor Neuberg estuvo muy relacionado con Crowley hace unos pocos años —le contó Pound—. Se empieza a recobrar ahora, lenta y dolorosamente, de un completo desastre nervioso y mental.

—Un desastre mental —repitió Sir John — ¿Quiere decir...?

—Así lo han llamado los doctores —contestó Pound sombríamente—. Neuberg cree que está bajo la influencia de los demonios.

—Oh —dijo Sir John—. Qué horrible.

—Sí —Pound contestó con la mirada fija—. Esas son las cosas que le pasan a la gente que permanece demasiado cerca de Crowley, Lola Levine y su círculo. Neuberg dice que una vez Crowley le convirtió en camello.

—¿En camello? —exclamó Sir John.

—Así es —replicó Pound—. Supongo que habría resultado más tradicional convertirle en sapo, pero Crowley, por lo que dicen, tiene un peculiar sentido del humor.

—¿Cree que convirtió a Neuber en camello realmente? —preguntó Sir John, ansioso por descubrir la actitud real de Pound ante todo aquello.

—¡Infiernos, no! —Pound se echó a reír estrepitosamente—. Lo que sí creo es que si se mezcla usted con un grupo como ése, y practica el yoga, la meditación, el sexo en grupo, las drogas y las aullantes invocaciones a Sirio, condenadamente pronto se estará usted creyendo lo mismo que crean los demás lunáticos del grupo.

Con aquella observación, acabó el almuerzo y se separaron. Sir John se encontró preguntándose si estaría listo para asumir mentalmente la metamorfosis de un ser humano en camello. La idea no parecía pertenecer a la verdadera tradición del misticismo en que le estaban educando en el Amanecer Dorado, sino al reino del folclore, la brujería y los cuentos de viejas chismosas; pese a todo, le perseguía un pensamiento con tanto tesón como un usurero sin cobrar: Algo le ha pasado al pobre Neuberg, algo que los alienistas quizá no están preparados para comprender o curar. Si estamos hechos con la misma sustancia que los sueños, las locas fuerzas que Macbeth tan evocativamente llamaba «agentes negros de la noche» serían tan fuertes como cualquier otra cosa en la mascarada de la vida social con sus tímidos decoros y decepciones; también pensaba en otra cuestión: En todo esto hay cierta lógica cabalística. El camello correspondía a la letra hebrea gimmel, contrapartida de la Sacerdotisa Enmascarada del Tarot, la guía del Abismo de las Alucinaciones hasta la luz individida de la Pura Iluminación.

Naturalmente, se trataba sólo de otra coincidencia —sólo otra coincidencia—, pero Sir John se encontró con Lola Levine en Rupert Street a lo largo de la tarde. No había error: reconoció el oscuro cabello castaño, los raros ojos marrones, la excitante y voluptuosa figura que desataba la cobra del deseo. Por la gracia de Dios, ella no le vio y Sir John se adelantó rápidamente, pensando en sus enaguas y en sus ligas.

Aquella noche, sin embargo, volvió a encontrársela, aunque de un modo mucho más outré. Practicaba el cuarto ejercicio diario de proyección astral, de acuerdo con el manual de instrucciones del Amanecer Dorado, y, por tercera vez desde que comenzara a practicar alcanzó un estado mental que casi creyó real.

[«Parecía real», le dijo a Jones tras la primera de tales experiencias, «pero no puedo estar seguro. Quizá me engaño a mí mismo y sólo eran suposiciones mías.»]

[«Le ruego que no se preocupe», replicó Jones. «Siempre empieza como una suposición...»]

En aquella ocasión, Sir John, con los ojos fuertemente cerrados, imaginó que su mente astral salía de su cuerpo, y miraba hacia abajo, a la habitación —incluido su cuerpo físico—, desde algún ventajoso observatorio cerca del techo, de una forma tan real que, nuevamente, comenzó a creerse sus suposiciones. Siguiendo las instrucciones, se proyectó más arriba, sobre la tierra, mirando hacia abajo, a sus posesiones desde una gran altura y, a continuación, proyectándose aún más arriba, distinguió Inglaterra y otras partes de Europa. Con un colosal esfuerzo, se proyecto aún más alto y vio el blanco

cegador de la luz del sol (detrás de la Tierra a aquella hora) y los planetas Mercurio, Venus y Marte. Todo iba tan bien que decidió salir completamente del sistema solar y acercarse a los reinos de Yesod, el primer plano astral.

Y así ocurrió, igual que se describía en los libros cabalísticos a lo largo de los siglos: los dos pilares de la Noche y el Día, la enmascarada Sacerdotisa sentada en su trono: Shekinah, la encarnada Gloria de Jehovah.

—¿Quién osa acercarse a este reino? —preguntó la Sacerdotisa; su voz sonaba extrañamente familiar. (¿O quizá simplemente se estaba imaginando todo aquello? ¿No sería aquella práctica un simple truco para contactar con lo inconsciente mediante «ensueños» estando parcialmente consciente?)

—Soy uno que ve la Luz —contestó Sir John, conforme a la fórmula.

—Has dado la espalda a la Luz —replicó la Sacerdotisa agudamente mientras Sus ojos marrones parecían brillar o relucir de algún extraño modo—. Me has rechazado y te has aliado con los Hermanos Negros que odian y desprecian Mi creación. Noches infernales; rocas intangibles.

—No, no —dijo Sir John, recordándose frenéticamente la Primera Enseñanza [«Temer es fracasar y el prólogo del fracaso]—. Nunca te he rechazado.

—Rechazaste a la hembra, Mi representante en la Tierra, y el acto de alegría y amor que es Mi Sacramento. Nunca pasarás esta puerta hasta que venzas tu miedo por la Mujer. Temer es fracasar y el prólogo del fracaso.

Sir John reconoció Su voz finalmente: era la voz de Lola Levine. Desesperadamente, se hundió en dirección a la Tierra, intentando mantener la calma: cuando uno se ciega por el pánico, dicen las enseñanzas, no es capaz de encontrar el camino de regreso a la Tierra y a su cuerpo carnal. En medio de la más total confusión, se encontró brevemente en uno de los planos alquímicos, donde un Aguila Blanca, un León Rojo, un Unicornio de Oro y sir Talischlange le perseguían por un bosque mágico en el que los árboles cantaban rítmicamente: «Pangenitor, Panphage, Pangenitor, Panphage, Pangenitor, Panphage...» La voz de Lola cantaba como antecoro: «¡lo Pan! ¡lo Pan Pan! ¡lo Pan! ¡lo Pan Pan!» De algún modo, volvió a girar hacia abajo, cada vez más abajo, atravesando unas tinieblas sin fin, llegando a la Luz Blanca del sol, al giróvago globo de la Tierra, a Inglaterra, a sus propiedades, y al dormitorio en que se encontró a sí mismo sentado, sudando y con el corazón latiendo locamente.

Recitó el gran Mantra de protección: «Cristo sobre mí, Cristo bajo mí; Cristo a mi derecha, Cristo a mi izquierda; Cristo ante mí, Cristo tras de mí; Cristo dentro de mí». Tenía la espalda fría a causa del sudor, mientras el calor astral le abrasaba la frente; temblaba. Repitió el Mantra tres veces más antes de volver a encontrarse seguro nuevamente.

—Si le aconteciera algo particularmente glorioso o particularmente terrible, escríbalo en cuanto pueda —le instruyó Jones en su momento—. Luego, vuelva a una actuación mental lineal y rigurosa... y lo registrado le resultará útil más adelante.

Sir John practicó en primer lugar un ritual de destierro, para colocarse en un punto seguro, y a continuación describió la visión cuidadosamente en su Diario Mágico. Añadió:

> *Si sólo fue mi inconsciente jugándome alguna pasada, la experiencia resultaría aún más interesante. El coro y el antecoro que invocaba a Pan parecía sugerir que el inconsciente puede componer poesía griega mucho más rápidamente que mi mente consciente. Y el contenido ideológico del cántico —Pangenitor, creador de todo; Panphage, destructor de todo—, indica claramente la identidad de Pan y del dios hindú Shiva, lo cual es todavía más curioso pues nunca había sido consciente de tal identidad antes de la Visión.*
>
> *Sólo puedo concluir que el intento de reduccionismo del párrafo anterior*

es muy forzado y no resulta realmente convincente. Por lo que sé, lo que me ocurrió no responde tan sólo a trucos inconscientes de la mente. Como mi corazón no es puro, pues albergo lujuria y deseo carnal, no he alcanzado la verdadera puerta de Yesod. No he encontrado a Sbekinah, la componente femenina de Jehovah, como habría sido el caso si mi corazón fuese puro. He dado con Ashtoreth, la hembra del Diablo, quien, de acuerdo con Su naturaleza, ha intentado seducirme psíquicamente. Muchos alquimistas hablan de parecidos encuentros con succubus o demonios femeninos de la lujuria.

Sir John repitió el ritual de destierro y terminó con la proyección astral por aquella noche. Se concedió un pequeño trago de brandy, como calmante, y otro, incluso un poco más fuerte, antes de irse a la cama.

Pero no escapamos de nuestros demonios tan fácilmente. Sir John soñó muchas cosas, todas ellas voluptuosas y sensuales. Vagó por harenes multicolores llenos de joyas en los que Victorianos sodomitas vestidos de miel con calzoncillos de piel de camello se dedicaban a viles e innombrables perversiones, a obscenidades que antes sólo había encontrado en los evasivos eufemismos latinos de Krafft-Ebing. Paseó por los jardines de su tío, el Vizconde Greystoke, donde un moreno y sibilino siciliano llamado Giacomo Celine (que decía estar lejanamente emparentado con los Greystokes y, por ello, con el propio Sir John) explicaba con ardor algo totalmente incomprensible sobre el Sexo y la Creación. «El macho es el espacio y la hembra es el tiempo», decía Celine, «pero, naturalmente, el universo es bisexual».

Payasos y acróbatas cantaban «Indagar Nunca Resulta Irritante», pero Yeats y Sir John volvían a caer en la monotonía de Pound. Yeats susurraba sugestivamente: «Los culpables son los osos. Siempre está tan oscuro antes de la tormenta». Condujo a Sir John a otro jardín, más allá de un vestíbulo con infinitos espejos reflectantes, donde la Condesa de Almaquemada le esperaba, con una cara muy parecida a la de Lola. Se encontraba totalmente desnuda, excepto por una liga azul con una estrella de plata en el muslo izquierdo. Doradamente desnuda, como un sueño árabe, movía la mano izquierda revolviendo la mata de cabello castaño sobre la enloquecedora liga, haciéndose aquella horrible cosa a sí misma, tomando por oscuro estandarte un montón de medias tan grueso como un ladrillo, brillándole la cara con el mismo inexpresable e inhumano rapto de la estatua de Santa Teresa en Roma. «Para los niños, todo es infantil», musitó Yeats, desvaneciéndose entre los mil reflejos de los infinitos espejos.

Sir John se echó sobre Lola, besando la liga arrebatadamente, enloquecido por el ansia, el amor y el deseo, mientras ella susurraba: «Todas las cosas son Buda. Mal le vaya a quien mal desea». Y le envolvía con sus muslos, tragándole, llevándole a un éxtasis tan intenso que Sir John no podía saber si se trataba de algo divino o diabólico.

—¿Poca cosa? ¿Poco caso? —canturreaba Sir Talis Saur—. Si Dios es casi Dos —añadió, forzando el juego de palabras—, ¿quiere decir algo? ¿Que no es el Todopoderoso? —Pero sir John se estaba tirando a una zorra en celo, revolcándose por el lodo: mente, corazón y alma perdidos en la Noche de Pan.

Con el corazón latiendo salvajemente, Sir John gritó al despertar, gimiendo, con la evidencia del orgasmo, oscura y húmeda, en los bajos del pijama.

ACCION	SONIDO
INTERIOR. PALACIO DE BUCKINGHAM, SALON DEL TRONO. PLANO MEDIO.	
DISRAELI susurrando a la REINA	Disraeli: «El infame muchacho Babcock

VICTORIA lo ha hecho una y otra vez».

VICTORIA demuestra horror.

DISRAELI baja aún más la voz. Disraeli: «Y esta vez será peor que nunca. ¡Sin manos!»

INTERIOR. SALON DEL TRONO. PRIMER PLANO.

VICTORIA furiosamente irritada. Victoria: «¡Qué sinvergüenza! ¡Llamad a la guardia! ¡Que le azoten otra vez!»

DE FORMULA LUNAE

—He encontrado un súcubo —dijo Sir John, culpable, sabiendo que la culpa era sólo suya.

—Efectivamente —replicó Jones en voz baja. Estaban cenando otra vez en Simpson's y Jones parecía extrañamente ausente y preocupado—. ¿Fue en un sueño o en el plano astral?

—En ambos —dijo Sir John, empezando a saber lo que sentía un católico ante el confesionario.

—¿Fue usted capaz de rechazarlo eficazmente?

—Lo intenté —respondió cansadamente Sir John.

—En otras palabras, no lo consiguió. —Jones parecía irritado, como si ya tuviera bastantes problemas y no necesitara aquél—. Tendremos que posponer su iniciación como Neófito hasta que se haya arreglado el asunto —añadió, pensativamente—. Mire, usted tiene el manual de proyección astral y en él se encuentra el Ritual de Destierro del Pentagrama. Tendrá que practicarlo varias veces, ésa es mi opinión, hasta que sienta que la presencia invasora ha sido expulsada de usted totalmente.

Se saltó la usual sobremesa cordial y terminó la comida con una brusquedad inhabitual, marchándose con el aspecto de un hombre que tiene más problemas de los que puede manejar simultáneamente.

Sir John volvió a su casa descorazonado y aprensivo. ¿Qué puede hacer uno cuando el maestro te indica claramente que tus problemas son de menor importancia si se los compara con las otras cargas que soporta él mismo? Empezaba a tener oscuras sospechas y Jones no le había dado ni siquiera la oportunidad de plantearlas. Pero Sir John recordó también todas las referencias leídas acerca de los Rosacruces Oscuros, la Hermandad Negra, el grupo que se dedicaba a vejar, acechar y seducir a todos aquellos que se embarcaban en el sendero espiritual de la Gran Obra. ¿Era posible que Lola Levine y su misterioso amo, Crowley, conspiraran para destruir el verdadero Amanecer Dorado desencadenando ataques astrales contra los nuevos y no muy avanzados estudiantes como él mismo?

Sir John intentó desarrollar el Ritual del Destierro varias veces, pero no conseguía más que un simulacro de representación. No sentía nada; no percibía nada nuevo; descubrió que su autoconfianza desfallecía. Finalmente, con un humor mezcla de enfado y nerviosismo, empezó a estudiar un poco los libros de Magia Negra que poseía, libros que, anteriormente, sólo había considerado ocasionalmente con repugnancia y terror. En aquel momento, se obligó a leerlos cuidadosa y escrupulosamente, determinado a comprender las fuerzas que podían atacarle.

Después de todo, llevaba practicando el Ritual del Destierro durante varios meses, aceptando la templada explicación de Jones de que el objeto era desterrar de sí mismo todas las impurezas que pudieran interferir con la Gran Obra. Pero alcanzaba un punto en

el que se preguntaba si el objetivo real sería desterrar las fuerzas o entidades que el Neófito no debía conocer o si sucumbir al miedo representaba el fracaso.

Leyó el innominable ritual del Chivo Negro con Mil Crías, el de la fiera Serpiente del Poder que podía llegar desde los genitales al cerebro mediante prohibidos excesos sexuales, el de la viciada Eucaristía de la Inmortalidad bebida en indescriptibles ritos realizados por aquellos que quieren reemplazar a Dios por el Hombre. Con náuseas y mareos, empezó a comprender la lógica satánica que había detrás de todo aquel galimatías de suciedad, blasfemia y pervertido trascendentalismo... El secreto gnóstico enseñaba que Neschek, la Serpiente del Génesis, poseía el número 358, el mismo número que Messiah, por lo que la Serpiente es el Mesías. (Todas las palabras con el mismo valor numérico cabalístico son los nombres de la misma entidad metafísica.) Descubrió la interpretación maniquea de I.N.R.I. —Ingenio Numen Resplendet Iacchi, el verdadero Dios es Iacchus (Dionisio)— y la lógica, casi malvada, le resultó muy clara: la lascivia y la prolongada sensualidad, para aquella enloquecida filosofía, constituían la esencia del éxtasis que borraría el ego y elevaría al Hombre a la Deificación. Se sintió literalmente enfermo tras un día de pesquisas y tembló al pensar en los lunáticos que creían tales cosas y lo que tendría que realizar para conseguirlo.

Sir John decidió probar con la Invocación del Santo Angel Guardián, aunque ésta fuese considerada como arriesgada para aquellos que estuvieran por debajo del Grado de Maestre del Templo.

No pasó nada... excepto que la invocación desató miedos más grandes y la más salvaje esperanza que Sir John hubiera sentido con anterioridad. Pero quizá la intensificación de la emoción era todo lo que podía esperarse de la Invocación de un Aprendiz.

Pocos minutos después de cerrar el ritual y romper el círculo, Sir John, repentinamente, sintió el impulso de escribir. Lo que llegó a su pluma no fue un relato de la invocación y sus resultados, como le hubieran aconsejado las enseñanzas de Jones, sino casi un diálogo platónico con la obsesiva alma de Lola Levine, la Sacerdotisa Negra:

CULPA URBIUM NOTA TÉRREA

YO: La sucia, la cochina filosofía, la negra perversión de la civilización y la ordinaria decencia: ¿cómo puede creerse que éste sea el camino de la alta sabiduría hacia el Superhombre?

ELLA: No, no penséis que poseéis la Sabiduría cuando aún estáis atrapado por la Maldición Conocida en el Corazón y los Intestinos, no en la Mente Verbalizada, que el Gran Tao siempre tiene en la Balanza, pues el Exceso de la Disciplinada energía del YANG es lo más peligrosamente Explosivo: y las peores Guerras de toda la Historia han caído sobre vos por Ello. Oídme: para lograr el Equilibrio Psíquico de la Humanidad es necesario seguir el Movimiento del Péndulo del Alegre, Dionisio, aun sin mente, Refugio del YIN. El Macho debe dejar de tiranizar a la Hembra, lo Racional a lo Irracional, el Espíritu a la Carne. Debemos volver a ser Uno e Individido bajo la Luz Blanca y Extática del Dios Cornudo, Iacchus, pues si no caeremos en el Pozo de la Causa y pereceremos devorados por los Perros de la Razón. El Espíritu que hay sobre Mí incluso cuando escribo con Mano involuntaria. ¡Te adoro, Evoe! ¡Te adoro, IAO!

YO: Esa doctrina engendró la amoralidad que destruyó Grecia y Roma; es la plausible mentira que justifica cualquier depravación. Los opuestos no tienden a unirse, sino a luchar hasta que la Luz triunfe sobre las Tinieblas. El alma humana es el campo de batalla de Dios y el Demonio y ellos no son Uno. Dios no es el Mal; Dios no es el Demonio.

ELLA: El alma limitada por el Sí y el No está en Prisión y cría Pestilencia. Preguntad a los Sabios Rabinos quién hizo la Sagrada Cábala y veréis la Poderosa Clave que dejaron a los que tienen Ojos para Ver: ¿no tienen Neschek y Messiah la misma Enumeración de

358? ¿Qué significa? En un Signo que marca el Camino de la verdad que se extiende más allá de toda Dualidad, más allá de todo Concepto, más allá del condenado Calabozo del Sí y el No. Otra vez me siento poseída por la inexpresable falta de nombre de la Noche de Pan. ¡Pan! ¡Io Pan! ¡Te adoro, Evoe! ¡Te adoro, IAO!

YO: Estás loca. ¡Toma tus condenables blasfemias y tu vil y engañosa filosofía y tus ligas y sal de mi mente, maldita!

ELLA: La Verdad de la que hablo se encuentra incluso en el simbolismo del Arbol de la Vida, Rosacruz. Lo mismo que el Tao es tanto el blanco yang como el negro yin, ¿en al Arbol Cabalístico, igualmente, acaso Kether, el Supremo, no se manifiesta tanto como Chokmah, el principio Masculino de la Luz, como Binah, el principio Femenino de las Tinieblas? ¿No dice tu Biblia, por boca de San Pablo, que el alma iluminada «no está bajo la ley, sino bajo la gracia»? La Gracia se da a los Sabios que están más allá del Bien y del Mal, más allá de la Mente y sus vacíos Conceptos, alcanzando el Embeleso de la Unidad de la Ausencia de Mente. El Espíritu vuelve a moverse en Mí, y en tu Mano, y lanzamos un único grito: ¡Te adoro, Evoe! ¡Te adoro, IAO!

YO: Sí, el Diablo puede emplear la escritura para lograr sus propios fines. Pero estos obscenos rituales, revelados como deseo carnal, son el oscuro sendero descendente, a la Tierra, y el sendero de la verdad sube, hasta llegar a los cielos estrellados.

ELLA: Si, por principio, todos somos realmente Buda, ¿cómo Cualquiera de Ellos puede ser el Mal? Si toda la energía procede de la Luz Indivisible, como decís los Cabalistas, ¿cómo cualquier Anhelo del Corazón Humano puede estar en oposición a la Luz? Te diriges tú solo a la Locura con falsos Dualismos cuando en verdad no haces más que preguntarte por qué no consigues la profunda Unidad mediante la Gran Obra. Hablo como Madre y Amante de todos los Hombres. Soy la Matriz oscura y la húmeda Noche en que empezó la Creación. Soy Shekinah, la gloria encarnada de Jehovah. ¡Te adoro, Evoe! ¡Te adoro, IAO!

YO: Eres Asthoreth, el demonio de la lujuria, y te destierro en nombre de Aquel A Quien Temen Los Vientos, el Señor del Universo, el Dios Verdadero Cuyo Nombre es

ELLA: No blasfemes escribiendo un nombre que no puedes comprender. Ahora he de Dejarte, por un Momento, pero no te Engañes. Sólo Destierras a una Mitad de Ti Mismo. En tu alma Desunida sólo crecerá el loco Miedo y el enlodado Odio. Juega con esas ligas que guardas en el armario desde que tenías dieciocho años.

Sir John tiró el lápiz para romper el hechizo. Era como si otro espíritu diferente al suyo hubiera estado escribiendo por mediación suya; le parecía indecente, peor que la vez que un inseguro pervertido le encontró en un tren, cuando tenía dieciséis años y demasiado miedo como para gritar y sólo se marchó furtivamente, avergonzado; pero aquello era la más vil, la más personal, invasión. Se sintió sucio y poluto.

Su mente aún se desbocaba por las herejías imanadas de Lola. «Soy el Señor: Creé el Bien y el Mal». «Cuando el Adepto cruza el Abismo, todos sus oponentes se hacen Uno». «Brahman es el asesino y el asesinado». «Oye, Israel: el Señor Nuestro Dios es Uno». «ARARITA: Uno en Su origen, Uno en su Individualidad, Uno en Sus permutaciones». El Alquimista «debe descender, a cada abismo, sumirse en los fuegos del Infierno, antes de concluir la Gran Obra». El Pecado Original constituyó el primer dualismo, «la Díada Maldita» denunciada por todos los cabalistas. «Todo es Uno». «Todo es Tao». «Todo es Buda». Los místicos de todos los tiempos parecen estar de parte de Lola. 358: el Mesías y la Serpiente son Uno. ¿Cuál era el significado (o un significado) de aquellos incoherentes sueños sobre «tomadla y comedla del árbol a toda prisa»? 358: uno en Sus permutaciones, uno en Su origen.

—El Diablo puede escribir todas las Escrituras del mundo —musitó Sir John.

Con una plegaria como petición de gracia, practicó la Bibliomancia: el arte de recibir la guía divina abriendo la Biblia al azar, colocando un dedo sobre ella y leyendo el versículo

encontrado. Descubrió que el párrafo elegido estaba muy cerca del final del Nuevo Testamento, pues pertenecía a la Epístola de San Judas. Leyó con gran intensidad:

> *Nubes sin agua llevadas por los vientos; árboles otoñales sin fruto, dos veces muertos, desarraigados; olas bravas del mar, que arrojan la espuma de sus impurezas; astros errantes, a los cuales está reservado el orco tenebroso para siempre.*

Ciertamente, era bastante ominoso, y el contexto, cuando Sir John lo ojeó, resultaba incluso más cargado de presentimientos:

> *Como Sodoma y Gomorra, y las ciudades vecinas, que, de igual modo que ellas, habían fornicado yéndose tras carnes ajenas, fueron puestas para escarmiento, sufriendo la pena del fuego perdurable.*
>
> *También éstos, dejándose llevar de sus delirios, manchan su carne, menosprecian el señorío y blasfeman de las glorias*.

¡Qué advertencia más clara en contra de Lola Levine y el infame Crowley y de todas aquellas pseudomísticas contemporáneas que intentaban exaltar la sensualidad como sagrada y el erotismo como religión! Pero la Epístola continuaba, siendo mucho más explícita y hablando directamente de las tentaciones que sufría Sir John:

> *Pero vosotros, carísimos, acordaos de lo predicho por los apóstoles de nuestro Señor Jesucristo. Ellos os decían que al final del tiempo habría mofadores que se irían tras sus impíos deseos.*

Cada palabra era como una llama que alimentase la consciencia de Sir John, revelando el horror de lo que casi triunfó sobre él. Lloró con arrepentimiento y alegría: se había salvado. La comunicación directa con el Dios de sus Padres había llegado y Lola y sus engañosas herejías quedaban desterradas. Estaba libre.

—Nubes sin agua —repitió—. Estéril, oscuro, siniestro... pero vacío. Mentiras, mentiras, todo mentiras. ¡Estoy libre de ellas, libre!

En años sucesivos recordaría aquel momento, preguntándose cómo pudo ser tan ciego. Los terrores reales aún estaban ante él y Judas «El Oscuro», ejerciendo como oráculo, profetizaba más de lo que se podía comprender mientras no pasase mucho tiempo y acaeciesen multitud de extraños eventos.

DE AURO RUBEO

Debe repetirse que, entre los primates domésticos de Tierra por aquel entonces, lo que ellos sonoramente denominaban como la-Suprema-Virtud-de-no-meter-la-nariz-en-los-asuntos-de-las-autoridades era universalmente aceptado como auténtico pivote y manantial de lo que, entre ellos, era conocido como vivir-de-acuerdo-con-el-Plan-Divino-revelado-a-nosotros-en-la-iglesia-los-domingos. Jamás se formulaban preguntas epistemológica y ontológicamente básicas en la «sociedad educada», descrita por la Inteligencia Galáctica como tan-objetivamente-sin-esperanza-en-su-estulticia-como-subjetivamente-convencida-de-su-propia-superioridad-sobre-otros-monos-salvajes-y-domesticados. Aquella trágica y absurda condición, no encontrada en ningún otro planeta, por mucho que se busque en el Gran Universo, fue debida por completo a la impresión en sus sistemas nerviosos de lo que científicamente ha sido descrito en la Enciclopedia TransGaláctica de Psicología de los Primates como reflejos-enlazados-químicamente-causantes-de-que-la-percepción-de-los-primates-esté-limitada-a-«realidades»-

accidentalmente-presentes-en-momentos-de-vulnerabilidad-a-la-impresión, lo cual quiere decir, en muchos casos, que sólo lo que causa secreción de adrenalina es percibido como visible y tangible por sus rudimentarios cerebros. La ciencia ha revelado, naturalmente, que el 99,99% del universo físico resulta invisible para sus sentidos, y que no son capaces de deducir sus limitaciones perceptivas de una parte igual de los universos mental y espiritual debido a sus dedicaciones mamíferas de supervivencia, reproducción y nutrición de las crías.

UNA MUY CURIOSA HISTORIA VERDADERA DE LOS ROSA CRUCES

De Abramelin de Arabia llegó la Palabra Sagrada hasta Abraham el Judío, quien fue llamado a la sublime Tarea de los Iluminados, debiendo dominar cada Detalle de la Gran Obra, y cumpliéndola en dos estaciones no sólo para sí mismo, sino para todas las Personas de aquellos tiempos en los que la Oscuridad se apoderó de Occidente. Así fue escrito: Suum Cuique. Y Abraham, llegada la Hora, pasó el Secreto a muchos que lo comprendían sólo En Parte y así, finalmente, llegó hasta nuestro Señor, Christian Rosenkreuz (en Lengua Inglesa, Christian Rosycross) quien por la Gracia de la Trinidad comprendió el Todo. Sis benedictus: en nombre de Alá, el Piadoso, el Compasivo.

Aquél a quien los hombres llamaron Giordano Bruno, o El Nolan, fue Mago de nuestra Sagrada Orden; y su Enseñanza se centraba sobre la Heliocentricidad, no solamente en el Sentido material, por lo que los Hermanos Negros de Roma le juzgaron y le Quemaron cruelmente en la Estaca, sino también en el sentido espiritual: en el cual el Ego o el Autoconocimiento del Hombre constituye, como en la Tierra, no el centro de la consciencia sino meras apariencias del Encanto o la Desilusión. Y Bruno el Nolan enseñó a todos los hombres que Deben Leer Entre Líneas que el Verdadero Centro del Alma es como el Sol: una Luz Blanca de la que llegó toda la Vida a la Tierra; lo cual quiere decir que todo impresiona al Ego.

Cagliostro adoptó innumerables formas y nombres, y no conocemos su verdadero Nacimiento humano. Pero en muchas Tierras y Tiempos apareció, bajo diversos Nombres y Títulos, y aún se le reconoce por sus Enseñanzas que eran, son y serán, que el Pensamiento consciente es Epifenomenológico, el Ruido de la Máquina. Al-Chem-ia significa Ciencia Egipcia, y la Verdadera Ciencia de Egipto tiene este Origen: guardamos en nuestra Casa muchas sustancias que actúan directamente sobre la Sangre, empañando la Visión, pero contamos con muchas otras sustancias de la Naturaleza que actúan directamente sobre la Sangre para regular la Visión. El que tenga Oídos que Oiga: de magno opere. En el Nombre del Padre y de la Madre y del Hijo. Amén.

Y en la Edad de la Ciencia que Floreció en el siglo XIX después del Mago de Nazaret, la verdadera Orden de los Rosa Cruces surgió de Debajo de la Tierra, como una Semilla plantada que retoñase: se acercaba el Tiempo de revelar el verdadero Secreto del Horno Cósmico y del Calor Alquímico a toda la humanidad. Y se Hicieron grandes preparativos, en profundo Secreto, para preparar el evento. Y se Efectuaron muchos experimentos, de los que nada saben los hombres, y uno de aquellos Experimentos fue la creación en la Ciudad de Londres de la Orden Hermética del Amanecer Dorado, cuyo Verdadero Nombre es Comoedia Quae Pan Dictur.

EXPERIMENTOS DE PROYECCION ASTRAL
Aumento del Calor Alquímico

Así, pasaron dos años. Alemania y Francia casi se declararon la guerra por un problema con un cañonero en Marruecos, aunque en el último momento se negoció una inesperada paz. China se convirtió en una república democrática. Amundsen alcanzó el Polo Sur y excitó la imaginación del mundo. Sir John, quien cada vez se consideraba más liberal, se regocijó cuando la Cámara de los Comunes aprobó una ley que garantizaba la Autonomía de Irlanda, y luego escribió una airada carta al Times cuando la Cámara de los Lores la rechazó. Un danés llamado Niels Bohr electrizó a la comunidad científica al sugerir que las discontinuidades cuánticas creaban el interior del átomo del modelo de Rutherford en forma semejante al sistema solar; a Sir John le divirtió que la ciencia defendiera finalmente el tradicional proverbio hermético de que «las cosas de abajo son reflejo de las cosas de arriba».

Sir John se convirtió, en muchos aspectos, en un hombre nuevo debido al lento aumento del calor alquímico basado en el celibato y la magia. Avanzó desde Neófito a Celador, de Celador a Practicante. Entrenó las asanas, posturas de Yoga que retorcían el cuerpo del mismo modo que la Cábala retorcía el alma, y emergió de todo ello con mejor salud, mejor autocontrol y mejor humor que nunca. También aprendió pranayana, una técnica especial de respiración que parecía vencer las emociones negativas y mantenerle vagamente eufórico la mayor parte del tiempo. Sus estudios de la Cábala, bajo la implacable atención de Jones, avanzaron hasta tal punto que resultaron tan naturales para su mente como las asanas para su cuerpo; recordaba difícilmente lo confusas y complicadas que le parecieron ambas cosas en un principio. Sus viajes por el plano astral ampliaron su conocimiento de sí mismo y de los demás, aunque seguía sin estar seguro de que aquellas visiones fueran reales o imaginarias.

Una noche se encontró con Lola Levine en un concierto, mas no se sintió ni aterrado ni atraído, aunque no le resultara de ninguna ayuda el imaginarse sus muslos y ligas.

Un día, en el Soho, revolviendo los estantes de libros usados en una librería, encontró un volumen titulado Nubes Sin Agua. En aquel tiempo, ya no creía en las coincidencias: sabía que lo que el ignorante denominaba por ese nombre no eran sino pistas ocultas que podían ayudar al Adepto en complejas cuestiones espirituales una vez descifrado su significado. Tomó el libro y empezó a hojearlo.

Un grupo de poemas se titulaba «El Alquimista» y Sir John recordó, nostálgicamente, su prematuro sentimiento de total iluminación cuando descifró I.N.R.I. como la alquímica Igni Natura Renovatur Integra: todo el mundo se rehace por el fuego. Volviendo las páginas, se detuvo en la quinta estrofa y la leyó:

la eterna fuente, el raro elixir
De la que el mago y el sabio han visto con resignación
Su inaccesibilidad.
La encontramos primero donde Los Dioses hacen hijos.

Sir John observó el libro con muda sorpresa. No era posible que se refiriese a la perversión que su mente, avergonzada, había leído en aquellas palabras. Después de todo, no era un grimorio de Magia Negra, sino una colección de poemas. Volvió a mirar el título de la primera página:

NUBES SIN AGUA

Editado a partir de un manuscrito privado
por el

REVERENDO C. VEREY

Sociedad para la Propagación
de la Verdad Religiosa

Impresión particular

Para Circulación entre Ministros de la Religión

1909

Sir John se sintió contrariado. Era una tontería por su parte imaginar hallazgos satánicos en un libro editado por algún presbiteriano escocés. Pero, en cualquier caso, ¿qué querían decir aquellas líneas?

Sir John estudió algunas páginas tomadas al azar. Todos los poemas parecían una glorificación —más bien una santificación— del adulterio. No podía ser. De pronto, se encontró con una nota a pie de página del Rev. Verey:

> *Sólo un diccionario de latín podrá desvelar el completo horror de esta asquerosa palabra.*

Sir John volvió la vista hacia la palabra indirectamente definida, o, mejor dicho, no definida en lo más mínimo, y la encontró: fellatrix. Se ruborizó; recordó: La encontramos primero donde los Dioses hacen hijos. ¿Cómo podían imprimirse aquellos conceptos tan innombrables?

En el soneto VIII de la secuencia Alquímica, encontró las siguientes líneas:

Ya he enumerado todos los ingredientes
Para hacer el elixir de nuestra vergüenza
Preparando vapores que ascenderán como espiras;
Arderán las burbujas con pequeñas llamaradas

El elixir de la vergüenza, lo sabía, era en teología satánica la Eucaristía de la Inmortalidad; sólo se encontraba en la región pudenda de una mujer de estática sensualidad. Aquel libro era casi igual que las primeras medio alucinadas visiones de la corrupta Lola Levine que volvían a acecharle desde aquel texto impreso. Se dirigió al Prólogo:

> *«Recibieron en sí mismos la recompensa de su error».*
>
> *Así escribió el gran apóstol hace casi dos mil años; y, seguramente, en aquellos remotos días, cuando Satanás era visible en la tierra, las palabras tenían un especial y terrible significado incluso para aquellos que —gracias a Dios por su inexpresable piedad— se bañaban en la sangre del Cordero y se libraban de las cadenas de la muerte y el infierno.*
>
> *Seguramente, esta terrible historia es un verdadero Signo de los*

Tiempos. Recorremos los últimos días, y todas las abominaciones mencionadas por el apóstol se practican libremente entre nosotros. ¡No! Incluso se jactan y defienden ese espectro del mal llamado Socialismo.

El terrible drama con que la desgracia apresa a quien escribe estas horribles sospechas se extiende de un modo, ¡ay!, demasiado común. Su estudio será valioso para mostrar el desarrollo lógico del Ateísmo y el Amor Libre.

Bien, aquello al menos explicaba por qué el Rev. Verey había editado y comentado tan libertino volumen, aunque no estaba muy claro si realmente comprendía lo que estaba condenando. Ciertamente, si pensaba que aquellos poemas estabas relacionados de algún modo con el ateísmo, se equivocado de cabo a rabo.

Sir John volvió a la sección llamada «El Alquimista» y buscó cuidadosamente para averiguar si sus especulaciones acerca del «elixir de la vergüenza» eran correctas. Encontró la respuesta en el soneto X:

Este vino es soberano contra todos los pesares,
Este es el vino que beben los reyes de los ángeles

Sintió náuseas. Si el elixir, el vino, era lo que sospechaba, las viles secreciones de los órganos de la vergüenza, los grandes «reyes de los ángeles» no eran los del cielo, sino los del infierno. Leyó un poco más abajo en el mismo soneto:

Una gota levantó a Attis de entre los muertos;
Una gota detuvo el movimiento de Osiris;
Una gota; ante el joven Horus huyen
Pálidos fantasmas, Tifón... el vino es mío y de ella,
¡Lo poseen los Dioses! No en parcas gotas
Sino en fuentes de las que lo extraen
Brotando en chorros de cristal y cuencos de rubí
Del verdadero trono y capilla del amanecer.

No era sólo perversión lo que allí se describía; era el uso deliberado de todos los vicios parisinos de iniciación al satanismo. Sir John miró algunas de las notas del Rev Verey a toda prisa:

Lingan: Dios hindú [!]; el órgano masculino de la generación.

Yoni: Su equivalente femenino. Los pobres hindúes deben trabajar con todas estas cosas vergonzosas. ¿Y nosotros? ¡Qué pobre e inadecuado resulta todo nuestro esfuerzo misionero! ¡Permitidnos dar más, mucho más, a nuestros dolientes hermanos!

Día del Juicio: ¿Cómo podría atreverse el escritor a hablar de este gran día en el que será condenado para siempre? «El que cree no será condenado».

Bastardos vendedores de sangre: ¡Cristianos! ¡Oh, Salvador! ¿Vendrás a salvarnos!

El pobre Rev. Verey, obviamente, no tenía ni idea de lo que representaban aquellos

poemas. Los consideraba como las fulminaciones anticristianas de un ateo, incluso de un socialista. Era demasiado pueril para reconocer el discurso satánico, la contrateología que expresaban.

Sir John volvió a leer el Prefacio, pero no encontró clave alguna acerca de la identidad del autor de aquellas infames versificaciones, excepto que murió de una «repugnante enfermedad». Verey añadía:

> *Quizá seamos culpados por publicar, incluso en una medida tan pequeña como ésta, tan sucias y blasfemas orgías del lenguaje humano [valga la expresión], pero estoy firmemente decidido [y creo que la bendición de Dios alcanza a mi obra] a despertar a mis compañeros de trabajo en la gran viña a las realidades de la vida moderna.*

Sir John centró su atención en otro de los poemas y el mundo pareció girar en un remolino vertiginoso mientras leía:

¡Así, Lola! ¡Lola! ¡Lola! ríe,
¡Y Lola! ¡Lola! ¡Lola! despierta ecos,
¡Hasta Lola! ¡Lola! ¡Lola! gira
El mundo en un baile de telas blancas y negras
Reluciendo con claros grises dorados mientras resuena el infierno
¡Con Lola! ¡Lola! ¡Lola! y responde el cielo
¡Con Lola! ¡Lola! ¡Lola! coño
Toda la luz que agrupan los brillantes diamantes
¡Y Lola! ¡Lola! ¡Lola! tocando
Siempre y para siempre en los incautos oídos,
¡Y Lola! ¡Lola! ¡Lola! gira
Mi alma por las incautas esferas
Donde Lola es Dios y sacerdote y hostia y vino...
¡Oh, Lola! ¡Lola! ¡Lola! ¡mi mística doncella!

¿Podía ser cierto! ¿ Era Lola Levine la amante que había arrastrado a aquel loco poeta al vicio y, por encima de todo, al satanismo? Pasando las hojas rápidamente, Sir John encontró a «Lola» poema tras poema, y ningún otro nombre. Pero en el primer soneto, halló en la última línea una frase en latín que le heló la sangre en las venas:

Evoe! ¡Iacche! consummatum est.

Allí estaba: Evoe, uno de los dos nombres más recónditos de Dios (que Sir John tenía buenas razones para recordar tras conocer a Lola Levine): Iacche, la forma vocativa de Iacchus, nombre secreto de Dionisio, dios de las orgías: y consummatum est, las últimas palabras de la Misa. Pero aquel loco poeta sólo podía referirse a la Misa negra, no a la Misa católica, en aquel enfermizo contexto de ensueño dionisíaco, perversión y blasfemia anticristiana. Qué torpe fue el Rev. Verey al imaginarse que aquellos poemas meramente registraban la destrucción de un hombre apartado de su esposa legal para caer en manos de un amor adúltero; en ellos se describía paso a paso la iniciación en la obra del Dios Cornudo de éxtasis sexual: Panurgia, el dios adorado por los paganos antes de que el cristianismo lo desenmascarase (el Dios de Este Mundo) como Satán, adversario del invisible Dios Verdadero, más allá de las Estrellas.

Sir John compró Nubes Sin Agua y se lo llevó a casa para estudiarlo. Aquello podía resultar importante. Si era verdad lo que sospechaba, tendría que pedirle consejo a Jones.

DE ARCONO NEFANDO

La memoria recuerda antes de recordar lo memorizado: recuerda el inexpresable y siempre impensable hecho de la apoteosis [virtualmente el centro de atracción: un momento tan vívido como el terror en los ojos de aquel ratón tantos años atrás: sabiendo que tal terror era el precio de la consciencia del universo del tío Bentley, pero con cierto sentido de aborrecimiento y rechazo ante la revelación final, el cataclísmico horror de un detalle tan impensable e indecible que la mente duda en reconocerlo (recordando en cambio como un continuo retroceso del tiempo, viéndose a sí mismo tomando Nubes Sin Agua del estante, escribiendo la irritada carta al Times sobre la Autonomía irlandesa, abriendo la Biblia en la Epístola de Judas y leyendo la severa advertencia contra los que riesen los últimos, el invasor espíritu de Ella escribiendo por mediación de su propia mano, la revelación de Ingenio Numen Resplendet Iacchi, el reciente ataque en que Ella aparecía bajo la forma de un súcubo para drenar la energía del Vril mediante el Pecado de Onán Contra Natura, el canto de Pangenitor y Panphage, la historia de Pound acerca del pobre Victor Neuberg convertido en camello, el trueno que rompió el espejo mientras se interceptaban los universos material y astral, la lectura poética en la que ella recitó «¡Te adoro, Evoe! ¡Te adoro, IAO!», los enanos idiotas que cantaban «Ni esposa, ni caballo, ni bigote», el juramento de celibato que confirmó tres veces ante los incansables ojos de Jones, el primer ascenso del Vril al comprender el Igni Natura Renovatur Integra, la primera cita con Jones, el debate con MacNaughton en la Historical Review, el horrible regreso a la tentación de matar un ratón y sentir la experiencia del Pecado consciente, la muerte de tío Bentley, la primera impresión de las cavernas de los trasgos bajo la Mansión Babcock en su juvenil fantasía, la bicicleta barata) aunque regresando hacia ese estado a medio camino entre el sueño y el recuerdo en el que un detalle se convierte en el epicentro del delirio y la tentación] de ver y tocar y besar otra vez la liga azul, aquellos lascivos muslos, aquel inexpresable misterio central de creación mediante la corrupción.

—Es el Bien y el Mal —dijo Sir John atrevidamente, costándole trabajo encontrar las palabras, sintiéndose entumecido y apático—. Lo conocemos intuitiva y directamente.

—Es Arriba y Abajo —decía Lola, burlona—. Lo sabemos intuitiva y directamente... desde antes de Copérnico. Todo es relativo, ¿lo ves?

¿Era un sueño, una visión astral... o la realidad? Sir John intentó recordar cómo había llegado allí, a aquel infame burdel parisino.

—No es relativo —protestó, sintiendo que quizá sólo hablaba consigo mismo—. Existen los Abolutos. No debemos cometer Adulterio. No debemos desear a la esposa del prójimo, o a sus doncellas, o sus ligas. No debemos... —Le fue imposible recordar los demás Mandamientos. ¿Le habían drogado con opio o hashish?

—Este es el Dios escondido —dijo Lola mientras el Ermitaño, la Muerte y el Sol, sus cartas, bailaban a través de extraños e intrincados pasos—. Yod Nun Res Yod. I.N.R.I. Isis Naturae Regina Ineffabilis. Creatrix, Fellatrix: Venus Venerandum. Leo Sirtalis. Perditrix naviam, perditrix urbium, perditrix eoren, nupta bellum. Ligarius, Bragius, Penus, Coñus. Yoni soit qui mal y pense. Comerlo con catsup. —Cosas húmedas se mueven oscuramente. Ella toma el Crucifijo y se lo inserta entre los muslos, babeando cerca de la más profunda idiotez, masturbándose salvajemente.

Era un sueño, sólo un sueño, después de todo: las cosas son como las hacemos. Encendiendo las recién instaladas luces eléctricas, Sir John se sentó y escribió todo aquello cuidadosamente, incluyendo el chapurreo de latín y el francés normando. Isis Naturae Regina Ineffabilis: Isis, inefable reina de la naturaleza. Algunos egiptólogos decían que la cruz Ankh, supuesto origen de la cruz cristiana, mostraba el lingam de Osiris uniéndose al yoni de Isis.

El significado estaba claro: la Hermandad Negra, después de dos años, se activaba contra él nuevamente, quizá debido a la compra de Nubes Sin Agua, lo que completaba un enlace mágico. Bien, ya no era un ignorante Aprendiz; se había convertido en un Practicante, armado con toda la fuerza de la magia práctica, sin temor.

Tras desayunar, se tiró de cabeza al corazón de aquel nuevo misterio. No sería engañado por ningún sueño falsario. El espíritu que le perseguía no era el de Isis, aunque el símbolo de la «virgen madre» fuera, naturalmente, una alegoría de ain soph, la luz ilimitada del vacío blanco tras la materia, de acuerdo con la Cábala. Y Osiris-Jesús, el muerto-y-resucitado hijo queridísimo de la virgen, Madre Vacío, era el propio Hombre elevándose hacia la superhumanidad por la disciplina de la magia y el yoga. Pero todo aquello constituía, ocasionalmente, una engañosa mascarada. El espíritu obsesivo era carnal, sucio, una emanación de Ashtoreth, el demonio de la lascivia.

Pero el acróstico seguía alterándole: Yod Nun Res Yod: Isis Naturae Regina Ineffabilis. Internos Numinosos Recintos Incandescentes. ¿Cuántos códigos con cuatro iniciales contendría o se le podría obligar a contener? ¿Significa que estamos hecho de la misma materia que los sueños? ¿O sería más acertado volver a la pragmática semántica de Humpty Dumpty: «Cuando uso una palabra, significa lo que quiero que signifique»? ¿Tendrían todos los hombres y caballos del rey el sentido común necesario para volver a reunirse?

Los ciento catorce sonetos reunidos en Nubes Sin Agua conformaron una sangrienta historia cuando Sir John tuvo ocasión de leerlos completos. El anónimo poeta, un hombre casado que aparentaba andar por la veintena y poseedor de un título universitario, se encontraba con la enigmática Lola, que apenas contaba con diecisiete. Cautelosa y lentamente, la mujer le seducía, hasta que el hombre abandonaba a su esposa, su reputación y su buen nombre para vivir en pecado con ella. Los sonetos continuaban relatando las alegrías de su ilícito amor, aunque sólo un estudiante de la Cábala podría descifrar, tras toda la imaginería erótica eufemística, las actuales prácticas satánicas a las que el poeta parecía aludir. El cuerpo de Lola se convertía tanto en Dios como en la sacerdotisa y en el altar de Dios; la divinidad cristiana era denunciada y burlada en líneas cada vez más amargas. El clero era descrito, vilmente, como «ciegos gusanos» y «piadosos cerdos»: a lo que el Rev. Verey añadía una nota: «¡Pobres servidores de Dios! Podemos confortarnos en El: como nuestro bendito Señor, somos capaces de perdonar».

El clímax llegaba abrupto y sorprendente. El poeta descubre que ha contraído la sífilis —«recompensa por su error», comentaba el Rev. Verey— y se sume en la desesperación, suicidándose con una sobredosis de láudano. El Rev. Verey concluye el volumen con una advertencia acerca de que el Amor Libre y el Socialismo conducen a incontables tragedias similares que ocurren todos los días en Londres, una ciudad a la que parecía considerar tan condenable como la propia Sodoma.

El soneto que más impresionó a Sir John fue el VII de la secuencia llamada «El Ermitaño», hablaba de hechos ocurridos a las pocas semanas de que Lola le apartara de los parientes y amigos que querían terminar con el ilícito asunto. El poeta escribía:

te visitaré, allá donde vayas,
Llorando para que sufras por mí; tu carne
Se escocerá con mi contacto cuanto yo te
Envuelva en la red embrujada
De mi delicado cuerpo de fuego; ¡oh! sentirás
Mis besos en tu boca como carbones vivientes

Ni siquiera el Rev. Verey era tan ignorante en ocultismo como para no comprender aquello o atribuirlo al Ateísmo y al Amor Libre. Su nota al pie, explícitamente, decía: «Este desagradable soneto parece referirse a la nefasta práctica mágica de los viajes mediante

el doble astral». Sir John suspiró, recordando sus propios viajes en el cuerpo de fuego (como se llama al doble astral técnicamente) y su terrible encuentro con Lola Levine, en el que ella arrastró su cuerpo inconsciente al indeseable pecado.

Sir John ponderó todo aquello preocupado durante varios días. Finalmente, decidió que debía actuar y, cuidadosamente, escribió una carta al Rev. Verey de la Sociedad para la Propagación de la Verdad Religiosa en Inverness, Escocia. Eligió sus palabras cuidadosamente:

Mansión Babcock
Greystoke, Weems
23 de julio de 1913

Querido Rev. Verey,

Recientemente he adquirido una copia de su penoso y terrible libro, Nubes Sin Agua, y me he sentido muy conmovido por la tragedia que relata.

Antes de continuar, debo informarle honestamente que no soy, como lo es usted, presbiteriano; pero soy un fiel cristiano y espero [y confio] ser un devoto y piadoso hombre de bien. Lo que debo decirle le impresionará y quizá le resulte increíble, pero le ruego que lo piense profundamente y lo considere antes de desdeñar mi oscura advertencia.

No sé cómo llegaron a sus manos los terribles poemas, y comprendo [aunque no lo hartan ciertos fanáticos] la razón que le llevó a imprimirlos, con un comentario que muestra los terribles resultados de la vida y filosofía celebrada por el desafortunado poeta. Sin embargo, no pienso que el libro debiera haber sido publicado, y me temo que con él hace usted un daño mucho peor que aquel contra el que quería advenir.

En resumen, soy estudiante del cabalismo cristiano y, aunque aborrezco con todo mi corazón las perversiones de la Cábala empleadas por los satanistas, me he visto en la necesidad de aprender algunas de sus creencias y prácticas. Encontrará que esta carta resulta difícil de creer, pero el poeta no describe meramente un asunto de adulterio; de hecho, describe —con cierto código, pero de un modo claro para los estudiosos de estas materias— la horrible práctica de lo que se denomina Tantra de la Sexta Mano o sexo mágico; dispositivos, en resumidas cuentas, de la Misa Negra y el Satanismo.

Le escribo porque resulta obvio que la maligna mujer que arrastró al poeta a tan tristes caminos [mencionada en el texto sólo como Lola] debe ser una iniciada de algún culto de magos negros. Tales grupos, se lo aseguro, no publican sus secretos, ni siquiera en código: especialmente cuando el código resulta, como en este caso, transparente para un estudiante de ocultismo cabalístico. Sin quererle alarmar innecesariamente, creo posible que este culto intente destruir el libro, aunque su Sociedad sólo lo distribuya entre ministros de la religión, pues empieza a aparecer en las librerías de saldo [donde encontré mi ejemplar]. Incluso resulta verosímil que quieran vengarse de usted.

Si no considera esta carta como las rabietas de un loco supersticioso, le ofrezco mi amistad y ayuda en el caso de que alguna acción de magia negra sea practicada o tramada en su contra.

Hasta que tenga noticias suyas, sólo me queda concluir: Que las bendiciones del Señor le acompañen, rodéese de gente y protéjase.

Sinceramente,

Sir John Babcock

Tras enviar la misiva, Sir John empezó a tener serias dudas sobre si un sacerdote escocés presbiteriano podría, o no, creer en la existencia de logias satánicas en el mundo moderno. También se preguntaba si habría actuado prematuramente; pero Jones estaba de vacaciones en Francia y Sir John no tenía ocasión de pedirle consejo.

Pocas noches después, Sir John visitó a sus primos, los Greystoke, y se volvió a encontrar con el siciliano, Giacomo Celine, que parecía estar relacionado con la meridional rama europea de la familia. De algún modo, la conversación se desvió hacia las historias de fantasmas cuando el brandy y los cigarros empezaron a circular.

—El Monje de Lewis es todavía el libro más sangriento jamás escrito —aventuró Sir John en cierto momento.

—Pero, técnicamente, no es una historia de fantasmas —observó el Vizconde Greystoke—. Es una historia de demonios.

—Naturalmente —dijo el viejo Celine—. Las historias de fantasmas son ahora mucho peores. El Frankenstein de la Señora Shelley no es una historia de fantasma, pero creo que, por lo menos, es tan aterradora como El Monje. Y el joven irlandés de la compañía de teatro de Sir Henry Irving... ¿cuál es su nombre? Stoker... ha escrito un libro más aterrador que ninguno: Drácula. Y tampoco tiene nada que ver con los fantasmas. Los fantasmas son, comparativamente, inofensivos si se los compara con los horrores reales que puede despertar la imaginación.

—Esto me recuerda —añadió el mayor de los Greystoke— que hay un cuento que versa sobre algo más terrible que lo que aquí discutimos... y no trata de fantasmas. Los fantasmas, después de todo, son sólo humanos muertos, y los humanos ya son bastante malos tal y como los conocemos, pero una criatura no humana del mal puede hacer que la sangre se congele en las arterias. Lo no humano está limitado por los rasgos que incluso los fantasmas comparten con nosotros.

—Así es —agregó Sir John—. ¿Cuál es el nombre de ese cuento?

—Oh, éste —replicó Greystoke, rebuscando entre las estanterías—. Si quiere pasar una mala noche, léaselo antes de irse a la cama. —Le pasó a Sir John un volumen de cuentos titulado El Gran Dios Pan.

DE MONSTRIS

ACCION	SONIDO
EXTERIOR. MANSION BABCOCK. PLANO MEDIO	
La bicicleta barata está en el jardín. Sir John, de seis años, aparece con una niña, de la misma edad: él con los pantalones bajados, ella con la falda subida, comparando los genitales.	Voz de Sir John: «¡Oh, Dios, Jones, esa cosa...»
EXTERIOR. MANSION BABCOCK, PRIMER PLANO.	
Una estatua de Pan, riéndose, sobre la cabeza de Sir John.	Tambores vudú.
EXTERIOR. CIELO SIN NUBES. PRIMER PLANO.	
Un halcón chillando.	Halcón chillando; tambores vudú.

EXTERIOR. CIELO SIN NUBES. PRIMER PLANO.

Los ojos de la estatua de Pan se vuelven y miran a Sir John.

Tambores vudú.

Voz: «Es el poder del mal que se oculta detrás de todo...»

MANSION BABCOCK. INTERIOR, COMEDOR. PLANO MEDIO.

El Dr. BENTLEY BOSTICK BABCOCK y el VIZCONDE GREYSTOKE cenando. SIR JOHN, de doce años, en un extremo de la mesa.

Voz [Dr. Bentley Bostick Babcock}: Basta con mirar los periódicos: 1900, el rey Humberto de Italia asesinado; 1901, Bogolyepov, ministro de educación asesinado en Rusia y el Presidente McKinley asesinado en Estados Unidos; 1903, el rey Alejandro de Servia asesinado.»

MANSION BABCOCK. INTERIOR, COMEDOR. PRIMER PLANO.

SIR JOHN escuchando a los adultos con horror.

Voz del Dr. Babcock: «Les digo que hay una conspiración internacional.»

Salto a:

En la otra parte de la habitación, en una silla enorme y con respaldo, GIACOMO CELINE, sonriendo para sí. Está leyendo No el Todopoderoso con el ojo en el triángulo dibujado en la portada.

Tambores vudú.

Sir John se retiró a la cama a eso de las once con El Gran Dios Pan y, efectivamente, pasó una mala noche. Quedó rápidamente convencido de que había descubierto a otro miembro del Amanecer Dorado, uno que sabía muchas cosas acerca de las sectas satánicas que trabajaban en contra de la Gran Obra. «Hay Sacramentos del Mal, lo mismo que los hay del Bien», escribía Machen; y su historia estaba arriesgadamente cerca de describir los sacramentos del Mal explícitamente.

Lo que resultó peor para la paz espiritual de Sir John fue que Machen relatase, como ficción, una terrible historia de la que Nubes Sin Agua podría quizá constituir un capítulo perdido o una secuela. El Gran Dios Pan hablaba de dos hombres, Clarke y Villiers, que compartían un interés común por el lado bizarro y misterioso de la vida londinense; aunque Clarke y Villiers no unían sus fuerzas hasta el final de la historia, cuando uno de ellos encontraba, trabajando independientemente del otro, partes de la historia de una extraña y peligrosa mujer, llamada «Helen» en el texto. En cada capítulo, Clarke o Villiers hallaban a una víctima de esta mujer, o escuchaban relatos acerca de increíbles eventos que parecían relacionarse con sus misteriosas actividades. Cuando Villiers y Clarke, finalmente, cruzan sus investigaciones y empiezan a comparar notas, casi toda la verdad comienza a emerger, aunque no en su totalidad, pues Machen se mostraba muy comedido en cuanto a eufemismos indirectos. Lo que quedaba claro era que «Helen» actuaba en favor del Dios Cornudo, engañando a muchos hombres y mujeres para llevarlos a innombrables prácticas eróticas... excesos sexuales que primero conducían al

éxtasis y luego a la pérdida de la razón y al suicidio.

Casi la misma historia que la de Lola Levine; y Sir John se preguntó si, de hecho, no sería la misma.

¿Qué porcentaje del aterrador relato de Machen sería ficción y qué porcentaje realidad ¿Por qué había publicado Machen, incluso como ficción en la que lo peor apenas estuviera compuesto por vagas indirectas, tan terribles secretos que era mejor que el mundo no conociera? ¿Por qué los Amos Secretos de la Orden permitían que Machen editase tan horrible relato? Sir John empezó a pensar, sin el menor asomo de humor, que las oscuras advertencias del Rev. Verey presagiaban que el mundo se adentraba en sus últimos días y que el conflicto entre el Bien y el Mal no tardaría en desencadenarse. Los Greystoke, que tenían conexiones familiares en cada departamento del gobierno, parecían preocupados muy a menudo por la posibilidad de una guerra mayor que cualquiera de las que hubiera conocido el mundo...

Sir John, a disgusto, se arrastró de la cama y leyó nuevamente el turbador pasaje de Nubes Sin Agua en el que el Rev. Verey decía:

> *Sin vergüenza, la vieja Serpiente alza la cabeza hacia el cielo; sin vergüenza, la Bestia y la Mujer Escarlata cantan las blasfemas letanías de su fornicación.*
>
> *¡La copa de sus abominaciones debe rebosar!*
>
> *Es cierto que los que esperamos la Llegada de nuestro bendito Señor confiamos en que este frenesí de maldad constituya un signo seguro de los últimos días; El pronto acudirá...*

¿Podría ser verdad que el verdadero objetivo del Amanecer Dorado no fuera meramente elevar la mente humana hacia la comunicación con la divinidad, sino entrenar guerreros de Dios para combatir contra las fuerzas de magia diabólica que amenazaban el planeta? ¿Por qué lo primero que le enseñaron fue aquello de «Temer es fracasar y el prólogo del fracaso», si los miembros de la Orden no debían esperar, eventualmente, una confrontación con los más terribles males ni combatir contra ellos?

Sir John celebró un fuerte ritual de destierro, se bebió un doble de cognac y volvió a la cama, con la mente llena de profunda turbación. Sus sueños no fueron agradables.

El Ermitaño portaba una linterna que le guiaba por un tétrico callejón de algún suburbio de mala reputación de Londres. Grabados de Hogarth e ilustraciones de Doré para el Infierno colgaban en las paredes; Oscar Wilde y Lord Alfred Douglas subían de un sótano musitando incoherentemente: «El amor de Jesús y Juan... El amor de David y Jonatán... el amor que no se atreve a decir su nombre». El Ermitaño encontraba a Sir John en el rojo camino de un carruaje y una terrible explosión lo sacudía todo. «¡Lanzan bombas desde monoplanos!», gritaba alguien. «¡El Anticristo ha llegado: Noche, el Todopoderoso! ¡Londres está envuelta en llamas!» Unas voces cantaban la Internacional y los saqueadores cruzaban las calles portando ligas de color índigo y cajas con figuras que se movían en su interior. «Probablemente, se trata de algún fenómeno magnético», decía tranquilizador el viejo Celine. «Indagar Nunca Resulta Irritante».

Y esto es el horror, dijo Eutaenia Infernalis, y esto es el Misterio que los grandes profetas plantearon a la humanidad, Moisés, Buda, Lao Tse, Krishna, Jesús, Osiris y Christian Rosycross; todos aquellos emperentados con la Verdad, y sin embargo condenados por la maldición de Thoth, siendo guardianes de la Verdad, causarán la proliferación de innumerables mentiras: pues la Verdad no puede expresarse con las palabras de los hombres.

Lola cantaba con voz clara, de alondra, de soprano:

El llanto de la ramera de calle en calle

Tejerá la tortuosa colcha de Inglaterra

Sir John, de siete años, escondido en el armario. Jugaban al escondite. La Coñesa de Salisbury entra en la habitación. El se acurruca en la parte trasera del armario, detrás de las enaguas de su madre. La Coñesa abre la puerta y le agarra de la garganta. El intenta decirle que pare, pero resuella y no puede hablar. Sabe que es, nuevamente, Lola.

—Has sido un niño malo —dice Lola—, jugando con ligas azules y con las enaguas de tu madre.

Le arroja al suelo, donde el Conde Draculatalis salta sobre él y le susurra al oído:

—La verdadera Eucaristía es la Eucaristía de la sangre, la fuerza lunar desatada sobre la tierra una vez al mes. Toma y bebe.

Encapuchados, caras de ojos rojos acuclilladas por el jardín, cantando: «Io Io Io Sabao Kurie Abrasax Kurie Meithras Kurie Phalle. Io Pan Io Pan Pan Io Ischuron Io Athanaton Io Abroton Io IAO. Chaire Phalle Chaire Panphage Chaire Pangenitor. Hagios Hagios Hagios IAO!»

Oscar Wilde, con la capa de Sherlock Holmes, examina el pene de Sir John con ayuda de una lupa.

—Es muy, muy largo —exclama solemnemente—, y muy, muy hermoso.

Una forma se cristaliza en el húmedo aire: una cinta de color azul oscuro con un borde de oro, un manto de terciopelo azul, un collar de oro formado por treinta y seis piezas, San Jorge luchando con el dragón...

Y Pan, itifálico y terrible, levantándose en medio de ellos, curvando Lola su gigantesco e infame órgano con un obsceno beso.

—¡Charing Cross, Burlón Cross! —grita el conductor—. ¡Todos los místicos en Charing Cross!

Pero nadie se baja y Sir John descubre que lleva puestas las enaguas de su madre.

—Sólo un bocadito del racimo de uvas —rumia la zorra, pero John Peel enciende una gran linterna resplandeciente con un rayo de sol y Sir John parpadea, estremecido, despertándose mientras la cálida luz del astro rey se derrama en su dormitorio. Ha amanecido y la noche y los negros agentes de la noche se han desvanecido en el aire, en el claro aire.

Sir John apenas desayunó.

—Una guerra entre las grandes potencias —dijo el Vizconde Greystoke, extremadamente preocupado, pocas semanas atrás— destruiría la civilización europea o nos arrojaría de nuevo a las Edades Oscuras. —¿Era posible que las fuerzas chthónicas y oscuras de los antiguos cultos paganos, que Lola y los suyos intentaban lanzar de nuevo contra el mundo, pretendieran tan terrible transformación de lo que había sido una era de iluminación y progreso? ¿O consideraba el caótico simbolismo del sueño, una mezcla febril de lo peor de la imaginería gótica y la magia negra, demasiado literalmente?

Decidió dar un largo paseo por sus propiedades, meditando sobre una de sus líneas favoritas del ritual del Amanecer Dorado para el Aprendiz: «Trabajamos igualmente bajo las formas de pájaro y bestia y flor a través de las cuales la belleza se manifiesta en el mundo material». Sus ojos se abrían mientras repetía la frase una y otra vez: cada pájaro parecía recordarle que Dios era bien, que incluso en aquel plano de imperfecta existencia material la Divina Gloria los bañaba con visiones espirituales. El ciervo era la alegría de Dios, los árboles Su piedad, los arroyos Su interminable amor.

Un pavoneante petirrojo se posó en el suelo junto a él y Sir John le miró con afecto. Aquella criatura, descubrió repentinamente, era para él más alienígena que los marcianos imaginados por la fantástica ficción de H.G. Wells, consciente, como él, con su propia inteligencia. ¿Cómo podemos vivir entre tantas maravillas y ser tan ciegos ante ellas? Sir John recordó el Gran Salmo: «Los cielos declaran la gloria de dios y la tierra muestra Su obra.»

Vio entonces dos zorros copulando y se ruborizó, apartando los ojos de la tentación de libidinosos pensamientos. Debemos amar la belleza de este mundo, es regalo de Dios, se recordó, pero no debemos olvidar nunca su perdida naturaleza ni dejar que nos seduzca al ver la belleza del mundo espiritual de lo que todo esto no es más que burda sombra. Por obra de la naturaleza se caía en el error de los sensualistas y los satanistas, como la «Helen» de El Gran Dios Pan.

Sir John volvió a tomar el volumen en cuanto llegó a la biblioteca y leyó otros dos cuentos macabros de Machen, El Sello Negro y El Pueblo Blanco. Ambos trataban de antiguas leyendas celtas del pueblo de las hadas, pero no del modo sentimental que estableciera Shakespeare en El Sueño de una Noche de Verano y La Tempestad, y que era copiado infantilmente por todos los escritores desde entonces. Machen seguía los conocimientos modernos de los campesinos de Irlanda y Gales, para quienes la «gente pequeña» no estaba compuesta por seres benignos sino por una terrible raza inhumana de trasgos malignos que tentaban al hombre con visiones de belleza y sublime maravilla sólo para llevarle al reino de la irrealidad, cambiando a quiméricas formas, formas informes, distorsiones del tiempo y pesadillas, de las que muy pocos volvían totalmente cuerdos. Sir John, que había estudiado aquel saber en sus investigaciones acerca de los mitos medievales, descubrió que lo que Machen decía del pueblo de las hadas estaba tan lejos de contentar las creencias de los campesinos como las encantadoras fantasías de otros narradores. Los irlandeses, se acordaba Sir John, llamaban a las hadas la «buena gente», no por amor o respeto, sino por temor, pues aquellos diosecillos eran famosos por los castigos que infligían a quienes los despreciaban. Las hadas, Machen lo había comprendido obviamente, eran habitantes de la Capilla Peligrosa que ocasionalmente salían del reino astral y adquirían apariencia temporal en nuestro mundo material. De hecho, la «Helen» de El Gran Dios Pan primero se le aparecía a Clarke en Gales bajo la forma de un niño que jugaba alegremente con una de esas terribles criaturas.

Sir John consideró largamente todo aquello; cuando recibió el correo diario, vio que contenía una carta del Rev. Verey, de la Sociedad para la Propagación de la Verdad Religiosa, Inverness, Escocia. Abrió el sobre, desgarrándolo rápido y nervioso, y leyó:

> *Sir John Babcock*
> *Mansión Babcock*
> *Greystoke, Weems*
>
> *Querido Sir John:*
>
> *Debo agradecerle sinceramente, como Hermano en Cristo, el entendimiento y compasión expresado en su reciente carta. En caso de ayuda, nuestras diferencias teológicas carecen de importancia —no soy un fanático a la antigua usanza, espero— y reconozco a todos los verdaderos cristianos [entre los que no se incluyen los condenados papistas] como iguales en la Viña de nuestro Bendito Señor.*
>
> *Para llegar al punto central de la cuestión, le diré que no estoy ni sorprendido ni me muestro incrédulo sobre sus opiniones acerca de los viles sonetos de Nubes Sin Agua. Efectivamente lo único que me sorprende es mi propia ceguera por negarme a ver, de entrada, la completa extensión de los horrores que allí se exponen. Habrá comprendido, estoy seguro, mi falta, de habilidad original para aceptar lo obvio si confieso que el poeta que escribió tan lascivos versos fue [¡ay!] mi pobre hermano menor, Arthur Angus Verey, cuya total depravación no me demoro en admitir, incluso para unirla a la terrible evidencia de su apostasía y herejía.*
>
> *También es verdad que Arthur se burlaba de nuestra sagrada religión continuamente tras asistir a la maldita Universidad de Cambridge [totalmente*

en manos, como debe usted imaginar, de hombres cuyos ateísmo y socialismo son cuidadosamente escondidos para no despertar el escándalo público], pero yo, Dios me perdone, fui tan inocente, tan indulgente con mi hermano que me negué a admitir que la joven rebeldía de Arthur le acabaría llevando mas allá del superficial Libre Pensamiento de los «Intelectuales» de nuestro tiempo, hasta arrojarle en los pozos del Satanismo. Después de su suicidio, cuando los poemas llegaron a mis manos por mediación del procurador de nuestra familia, me negué a entender que la burla de Jesús [y del clero de nuestra sagrada religión] era no sólo la de un escéptico, sino la de un satanista. Si tiene usted un hermano menor de despierto intelecto y naturaleza errática, quizá comprenda mi locura y mi ceguera sentimental.

Bien, señor, éstas son historias antiguas, y ahora pago el precio de mi error con intereses de usura. No cabe duda de que las fuerzas diabólicas han lanzado un ataque contra mi iglesia, mi familia y yo mismo. Las cosas que han pasado por aquí últimamente harían que los «adelantados pensadores» se me rieran en la cara y los alienistas pretendieran encerrarme en un asilo, si estuviera tan loco como para hablar de todo ello en esta era de materialismo. La enorme Criatura con alas de murciélago, en especial... no, no quiero alarmarle, sino tranquilizarle.

Mientras permanezca abiertamente asediado, nada temeré. «Aunque cruce el valle de las sombras de la muerte, no temeré mal alguno: porque Tú estás conmigo». [Salmo 23] En nuestro mundo vuelve a haber cosas sin nombre, no sólo en las cloacas de Londres sino incluso aquí, en el puro aire de Escocia, pero confío toda mi protección en la roca de la Fe y en la eterna presencia de nuestro Señor. Siento demasiado apego sentimental por esta vieja iglesia y el hermoso paisaje montañés [al que he dedicado sesenta y dos años de mi vida] para dar media vuelta y alejarme de estas fuerzas que se alzan contra el Todopoderoso; ¿acaso no ha sido claramente predicha su desgracia, lo mismo que el triunfo final de Cristo, en la Revelación? Rezo; seguiré seguro mientras tenga fe; y no me dejaré llevar por el pánico aunque todo esto me veje y me conmine.

Sin embargo, le doy las gracias por su oferta de ayuda y confio en que me recordará en sus plegarias.

Sinceramente suyo,

Rev. C. Verey

P.D. No considero adecuado que los cristianos se mezclen con las artes judías [y por ello no cristianas] de la Cábala. Quizá usted mismo necesite más ayuda que yo.

—¡Maldito loco! —exclamó Sir John en voz alta. Pero, volviendo a leer la carta con mayor lentitud, se vio extrañamente impresionado por la sencilla fe del hombre y su bravura carente de pretensiones. Vejaciones, ataques y aquella Criatura «con alas de murciélago» no harían que resultase muy confortable vivir en una solitaria y vieja iglesia de Loch Ness.

Sir John se sentó, procurando calmarse, y escribió una nueva carta menos ardiente y con más tacto al Rev Verey. Apuntaba que su oferta de ayuda quizá pareciera un tanto presuntuosa; reconocía el poder de la fe para mantener lejos a los agentes de la oscuridad y el Caos; alababa el valor de Verey, no demasiado vehementemente, para evitar cualquier sospecha de adulación; y luego iba directo a lo importante. Explicaba su

interés en los problemas de Verey como parte de un proyecto más amplio de investigación, en el que intentaba descubrir el ámbito y poderes de los cultos de magia negra en el mundo moderno; luego, más retóricamente declaraba que un libro sobre aquel tema, como el que confiaba escribir, podría «revelar a la cristiandad las actividades actuales del Antiguo Enemigo que se estaba olvidando»; rogaba que le facilitase detalles específicos de los problemas que acaecían en la casa de Verey y sus alrededores.

Cuando Sir John se dirigía a enviar la carta por correo, sintió el frío mordisco del aire y su humor empeoró. No era realmente acertado, quizá, meterse en ningún tipo de asunto sin que Jones le diera consejo al respecto. Si ocurría algo realmente serio, no tendría modo alguno de contactar con los oficiales de la Orden, excepto a través del apartado postal de Londres, lo que no resolvería nada en menos de una quincena. Sería ciertamente humillante recurrir a Yeats. Aquello le descubriría como un torpe principiante involucrado en cuestiones tan lóbregas que se veía forzado a violar la regla acerca del contacto entre miembros conocidos de la Orden para buscar ayuda. Ante el buzón, reflexionando sobre su mal humor, Sir John empezó a pensar que se encontraba bajo ataque psíquico, y que la voz que desde su interior le dijo que dejara aquel asunto no era sino una presencia que quería asustarle y apartarle de su verdadero deber. «Temer es fracasar», recordó una vez más, y metió la carta en el cajetín.

Sobre él estalló un súbito trueno.

Coincidencia, se dijo, coincidencia...

Pero sabía que «coincidencia» era una palabra empleada por los locos para escudarse del reconocimiento del mundo invisible que a menudo cruza y altera el universo visible.

DE CAECITIA HOMINUM

ACCION	SONIDO
INTERIOR. COCINA DE JOYCE. PLANO MEDIO.	
BABCOCK cuenta su historia. JOYCE y EINSTEIN escuchan fascinados.	Un trueno.
EXTERIOR. EL CIELO ANTES DE AMANECER.	
Nubes oscuras.	Otro trueno.
INTERIOR. COCINA DE JOYCE. PRIMER PLANO.	
JOYCE aterrado.	Débiles tambores vudú.

El miedo al trueno como origen de la religión: la teoría de Vico, con más de doscientos años de antigüedad. Los primeros hombres, acurrucados en las cavernas, temblando ante el fuerte rugido de una fuerza que no pueden comprender. Miedo al Señor: el verdugo Dios de Roma y este Rev. Verey. Y, desde la niñez, la voz de Mrs. Riordan: «El trueno es la ira de Dios para los pecadores, Jimmy».

El Signore Popper en Trieste preguntando por qué todavía tiemblo al oír el trueno: «¿Cómo puede un hombre de tanto valor moral como usted estremecerse por un simple fenómeno natural?» Incluyelo en el libro. Einstein o Hunter, le llame como le llame,

decírselo a Stephen: fenómeno natural. F.I.A.T.

¿Qué contestarle a Popper? «Usted no se ha educado como irlandés católico». El bocado del saber.

El martillo de Thor: los nórdicos lo temían. Rugiente rumble-rumble. «La ira de Dios para los pecadores, Jimmy». Merde. Le mot juste de Canbronne. Cabrónburrumm bum.

Una pesadilla de la que la humanidad ha de despertar. Empezó cuando el primer mono Finnegan o Goldberg se asustó de El Que Truena Desde Lo Alto. «El miedo es padre de los dioses»: Lucrecio, Panphage, efectivamente. Ya lo dije: no serviré. Brillante estrella, hijo de la mañana, hombre parecido a un halcón ascendiendo del laberinto:

Donde se acuclillan y reptan y oran
Yo sigo en pie, autocondenado, sin temor.

No: no me aterrorizarán hasta el punto de que me someta. Al diablo con el pangenitor, la panurgia y el panphage: que el gran panchestron, Natural Phenomemon, me sea ahora y siempre muy útil.

Intenté amar a Dios una vez, en la adolescencia, y fallé. Intenté amar a una mujer, cuando quise alejarme de aquellas cosas infantiles, y triunfé. Léeme ese acertijo. Buscamos el misterio.

Pero: fuera del Loch Ness, recorriendo Europa, la antigua Tentación me busca aquí. Líneas del mundo, cruzándose, intersecándose: Monstruos cornudos: Shakespeare, yo, el verdulero que baja por la calle. Fuera del Loch. «El vicario dice 'Gracioso'?».

Einstein o Hunter o le llamaré como las Sirenas de la taberna. «¿Es el Hermano Ignatius?»

Dos. Tres. Cuatro. Carrillones de Fräumünster diciéndonos que en tiempo lineal se ha pasado la mañana. Hans saliendo de la cama de la mujer del amante de su esposa: hay más de un monstruo civilizado.

Quizá veo más porque tengo los ojos enfermos. La ceguera es la forma más elevada de visión: otra paradoja. Inagotable modalidad de cosas percibidas con la doble visión. Paradox, pun, oxymoron: y todos los toros de Irlanda están preñados. Ed eran duo in uno ed uno in duo, provocando guerras desde hace ocho siglos: apresado para siempre en las palabras de Dante. Dos en uno, uno en dos. Fuertes ardores: ligas azules.

El Evangelio según Joe Miller. Serás Pretrificado: Roca de los Tiempos. Una frase liada para alguien que no hable latín, aunque aquí hacen retruécanos hasta las putas, poniéndose colorete con metátesis. Hay líneas del mundo y líneas del mundo.

DE CLAVICULA SOMNIORUM

ACCION	SONIDO
EXTERIOR. MONTAÑAS ESCOCESAS. PLANO EN MOVIMIENTO.	
La CÁMARA traza una panorámica por una montaña densamente poblada de árboles. La película ha sido editada a tirones, un efecto nervioso, que afecta a todo el mundo. EXTERIOR. PRIMER PLANO CORTO.	Voz de Lola [cantando]: «Sobre la libre montaña Bajando por la cañada Sin atrevernos a cazar»
Cara sonriente de la imagen de Pan.	Voz de Lola: «Por miedo a los hombrecillos.»

Tomó el Diario Mágico, la rutina cotidiana de registrar cada sueño convertida en hábito, y descubrió que no podía expresar ninguno de los fragmentos que todavía le quedaban en la mente del sueño de la noche precedente. Escribió:

Un sueño muy extraño, que parece culparme por la muerte de mi padre y que aunque sugiere un parricidio es, simbólicamente al menos, parte de la iniciación. Todo ello mezclado con Mamá Ganso y la Orden de San Jorge.

Cuando bajó a desayunar se encontró con que en el correo de la mañana venía una carta, en apretada escritura, de la Sociedad para la Propagación de la Verdad Religiosa. La abrió inmediatamente y leyó:

Querido Sir John:

«Se pierde el orgullo ante una. caída.».

¡Cuán profundas se hacen cada año que pasa, las palabras de la Sagrada Escritura y qué endebles e inseguros mis propios razonamientos humanos!

Admito que, finalmente, estoy verdaderamente asustado.

Confesar tal miedo es una humillación mayor de lo que usted pueda imaginar; al menos, para un escocés de pura cepa como yo..

Le suministro la información cronológica que me pedía: Supongo, en cierto modo, que la verdadera nube del mal empezó a acumularse sobre mí tan pronto como imprimí el maldito volumen de blasfemos versos de mi hermano. Nuestro monstruo local —«Nessie», como lo llaman los aldeanos — nunca ha estado tan activo como en los cuatro años pasados desde la aparición del libro. Donde, en otros tiempos, la gigantesca y serpentina forma sólo se detectaba raramente —casi siempre por personas cuya sobriedad era, cuando menos, cuestionable—, en la actualidad, el monstruo del Loch aparece cada vez más con mayor frecuencia, y es visto por muchas personas, y grupos de personas, que pueden tenerse como de reputación intachable y carácter sincero. Como quizá sepa, el asunto de Nessie no constituye más que un oscuro rumor en estas Montañas aunque sea considerablemente discutido en los diarios del Reino Unido y, por lo que he oído, incluso del Continente. Puesto que mi iglesia mira al Loch —está situada donde el Río Ness se une con el Loch Ness— no resulta saludable, se lo aseguro, quedarse despierto por las noches preguntándose lo que habrá allí y por qué se mostrará tan activo últimamente.

En 1912 ocurrió el espantoso caso del chico de los Ferguson: Murdoch Ferguson, de diez años, quien literalmente enloqueció cuando volvía a su casa un atardecer. Me apena decir que el muchacho no ha vuelto a ser el mismo desde aquella experiencia, aunque sus padres le han llevado a la consulta de muchos doctores, todavía padece frecuentes pesadillas, parece abstraído o perdido en sus pensamientos la mayor pane del tiempo y se niega en redondo a salir de casa cuando llega la noche. Le digo todo esto porque temo que podría usted echarse a reír cuando sepa lo que el muchacho dice que vio. Se trata de una de esas criaturas que lo celtas

llaman el «pueblo diminuto» o simplemente «hadas». El joven Murdoch insiste en que tenía la piel verde, las orejas puntiagudas, que no mediría más de tres pies y que sus ojos brillaban con una extraña fosforescencia de maldad. Tan terrible resultó la maligna mirada que durante toda la noche de la experiencia el muchacho fue incapaz de dejar de temblar hasta que el médico de cabecera le dio un fuerte sedante [opio, creo].

ACCION	SONIDO
EXTERIOR. GRANJA ESCOCESA. PLANO LARGO.	
MURDOCH corriendo.	Tambores vudú.
EXTERIOR. LO MISMO. PLANO MEDIO.	
Una pequeña silueta, de espaldas a la cámara, viendo correr a MURDOCH.	Tambores vudú.
EXTERIOR. LO MISMO. PRIMER PLANO.	
La pequeña silueta se vuelve súbitamente hacia la cámara: sólo vemos unos ojos brillantes en un rostro oscuro.	El Vals de La Viuda Alegre.

El incidente ocurrió en la cañada que hay justo detrás de la iglesia. Naturalmente, en cada pueblo de Escocia [y de Irlanda] se informa de demenciales encuentros ocasionalmente, y estoy seguro de que muchos de ellos son, como diría un psicólogo ateo, autoinducidos por el engaño de los viejos cuentos tradicionales. Pero el joven Murdoch me pareció siempre un muchacho de inteligencia superior a la normal, mente aventurera y estabilidad emocional. Ahora es un caso de neurastenia, y sólo puedo creer que algo terrible debió acosarle aquella tarde.

A continuación llegó el siniestro caballero Oriental vestido de negro. No es nada concluyeme, pero, por alguna razón, me turba. Este personaje —que puede ser chino o japonés, pues hay cierta disputa entre los que se lo han encontrado— llegó a Inverness un mes después del incidente del chico de los Fergusson y la criatura encantada. Visitó, por lo menos, a dos docenas de familias, llegando siempre de noche y en un carruaje negro. Vestía ropa occidental, totalmente negra, y hablaba cierto tipo de inglés que no pertenecía ni a las clases altas ni a las bajas: sin acento, un inglés casi mecánico o eso dijeron los testigos.

Siempre preguntaba cómo ir a mi iglesia y, una vez informado, se entretenía un rato inquiriendo cosas vanas y aparentemente sin importancia sobre mí mismo, mi esposa y mi hermano mayor, Bertran. Al despedirse, aquel pagano vestido de negro siempre decía lo mismo con su peculiar estilo: «Mal le vaya a quien mal desea». La parte más extraña de toda esta historia es que aunque siempre preguntaba cómo llegar a mi iglesia, nunca se acercó a ella, por más que visitara las casas de los alrededores durante cosa de dos meses.

Lo más raro, no obstante, es que, aunque casi todo el mundo a quien

visitó el Oriental vio el carruaje negro claramente, nadie lo vio por los caminos ni de noche ni de día. Era como si él y el carruaje se materializaran para cada visita y se desmaterializaran a continuación... aunque sé que esto suena como si hubiera dejado volar mi imaginación.

[Incidentalmente, le quedaría muy reconocido si pudiera informarme acerca de si la misteriosa frase «Mal le vaya a quien mal desea», tiene algún sentido en magia blanca o negra, además de ser el motto de la Orden de San Jorge.]

Sigamos: en los últimos seis meses, desde que el espectral Oriental dejó de rondar por estos lugares, se han recogido informes acerca de una enorme criatura con alas de murciélago, y brillantes ojos rojos, que ha sido vista en los alrededores de mi iglesia, durante la noche. Creo que, por ahora, el número de personas que dicen haber visto a la criatura es de unos veinte. Ciertamente, uno puede argumentar o intentar argumentar que, en el ambiente creado por las apariciones de Nessie en el Loch, la experiencia del muchacho de los Ferguson y el atezado Oriental, algún tipo de histeria podría haberse aposentado en la región y la gente es más propensa a los rumores y los atropellos psicológicos.

¡Ay, ojalá fuera así! Yo mismo he visto a la gigantesca criatura de alas de murciélago... una vez con certeza y, otra, muy probablemente. El último incidente fue tan sólo un aleteo y una gran sombra... quizá, tan sólo un halcón excepcionalmente grande. [Pero, por mi palabra de honor, nunca he visto ni oído hablar de un halcón de tal envergadura...]

ACCION	SONIDO

EXTERIOR. CASA DE LOS VEREY. PLANO SUBJETIVO. [DESDE EL PUNTO DE VISTA DE VEREY]

La CÁMARA se dirige hacia un pozo.	Pasos. Voz de Verey: «La siguiente vez fue más claro, pues había salido con una linterna para acercarme al pozo.»

EXTERIOR. GRANJA. PRIMER PLANO SUBJETIVO. [DESDE EL PUNTO DE VISTA DE VEREY]

Una enorme criatura-halcón desciende en picado hacia la cámara.	Voz de Verey: «Y la cosa descendió y voló a menos de un pie de mi cabeza.»

Me preocupa que usted añada un detalle más a mi imaginación: pero el hecho es que pensé oír su risa disimulada con una voz cercana a la de la humanidad.

Si no fuera por mi amor hacia las Montañas, sus cañadas y colinas, creo que accedería a las insistentes demandas de mi esposa, Annie, y me iría a una zona más urbana y menos solitaria. En la actualidad, incluso mi hermano mayor, Bertran, un veterano con treinta años de servicio en el ejército, donde es considerado como un hombre de valor férreo, ha empezado a mostrarse de acuerdo con Annie y ya ha sugerido varias veces que abandonemos este abominable lugar.

Le ruego que me recuerde en sus oraciones.

Rev. C. Verey

¿Puede un hombre convertirse en camello? La pregunta que apenas dos años antes parecía un completo absurdo resultaba terrible al estudiarla en aquel momento, aunque no dejase de sonar ridícula. El maligno «pueblo diminuto» cuyo contacto tenía el poder de interrumpir totalmente el funcionamiento normal del cerebro humano, aboliendo el espacio y el tiempo que conocemos... la Criatura tantas veces vista en Loch Ness... una monstruosidad con alas de murciélago que se ríe con voz humana... Sir John releyó varias veces la carta de Verey, con creciente aprensión y disgusto. «La mente tiene tanto un aspecto racional como irracional», le dijo Jones, mucho tiempo atrás, y Sir John llevaba vistos a muchos irracionales habitantes de la Capilla Peligrosa como para temer su poder, aunque supiera que no dejarían pasar la ocasión de penetrar en el universo material y alterar sus leyes completamente.

Sir Walter Scott escribió acerca de aquellas criaturas en sus famosas Cartas sobre Brujería, y Sir John recurrió una y otra vez a la frase de Scott sobre «la multitud que nunca descansa». Finalmente, acudió a la biblioteca en busca del pasaje. Scott explicaba que «encanto» significaba originalmente ilusión, como sabía cualquier filólogo, y hablaba acerca del modo abrupto en que el encanto podía convertirse en súbito horror en manos de aquellas criaturas... como le había pasado al pobre muchacho Ferguson. Scott escribía:

> *Los jóvenes caballeros y las hermosas damas se ven a sí mismos [cuando el encanto permanece oculto] retorcidos y odiosos. Los majestuosos salones se convierten en miserables y húmedas cuevas... todas las delicias del Elfin Elysium desaparecen a la vez. En una palabra, sus placeres se muestran totalmente insustanciales —la actividad es incesante, pero sin fruto ni aliciente— y su condena parece consistir en la necesidad de mantener la apariencia de industria y disfrute, aunque su esfuerzo sea vano y sus placeres sombríos e insustanciales. Antiguos poetas los describieron como «la multitud que nunca descansa». Además del incensante e inútil atareamiento en que parecen vivir sus almas, tienen propensión a resultar desfavorables y desagradables para los mortales.*

Sir John recordaba su primer contacto con la «multitud que nunca descansa». A medio camino entre el sueño y la visión astral: la inmensa, incomprensible maquinaria, el incesante musitar de frases sin sentido... «Mulligan Milligan Hooligan Halligan» y todo lo demás. La Cabala se refería a ellos como entidades qlifóticas: las almas de los que han muerto locos; la teología cristiana ortodoxa sencillamente los etiquetaba como demonios; en Tíbet eran conocidos como Tulpas, y usualmente aparecían vestidos totalmente de negro, como el misterioso «Oriental» que acudió a Inverness para hacer preguntas acerca de la casa de Verey; entre los indios americanos sus nombres eran alias o avatares de Coyote, el dios bromista, o del misterioso «pueblo de las estrellas»; no parecían formar parte de la Tierra, en la que sólo se les mencionaba en horribles cuentos de humor negro, constituyendo apenas un mito para aquéllos que no se habían encontrado personalmente con ellos.

Sir John recordó repentinamente que la palabra «pánico» se derivaba del nombre del dios griego Pan; y que los antiguos creían que cualquier encuentro con El o Su cohorte de sátiros y ninfas —la multitud que nunca descansa— conducía más a la locura que al éxtasis, o un éxtasis que concluiría en la locura.

La antigua y tradicional balada «Thomas el Bardo» acudió a su mente, pero no le

pareció agradable, sino profundamente siniestra:

¿No ves el camino que serpentea
Mientras los vientos recorren la cañada?
Es el camino al País de las Hadas
Donde tú y yo llegaremos esta noche.

Tenía en mente que William Blake, el poeta, explicó sobriamente a sus amigos que una vez vio una procesión de hadas en su propio jardín; que Sir Walter Scott informaba de un hombre a quien describía como «estudioso y caballero» que insistía en haber visto «anillos de hadas» —círculos de hongos donde la gente dice que acuden a bailar— y observado en ellos huellas de pequeñas pisadas; que el folclorista Rev. S. Baring-Gould juraba haber tenido un encuentro, en 1838, en el que «legiones de enanos de unos dos pies de alto» rodearon su carruaje mientras correteaban por todas partes riéndose, hasta que se «desvanecieron en el aire» del modo habitual; y que tan recientemente como en 1907, Lady Archibald Campbell contaba el caso de un hombre y su esposa, en Irlanda, que capturaron un «hada» y la mantuvieron presa durante dos semanas antes de que escapara.

Pensó: ¿He de considerar todos estos casos como 'alucinaciones'?; y recordó los miles, los cientos de miles de informes similares procedentes de todos los tiempos y lugares: el Pies Grandes de Canadá, el Abominable Hombre de las Nieves del Himalaya, las grandes criaturas aladas de miles de tradiciones populares: la enorme compañía negra de descorazonadores seres (o la increíble variedad de formas con que la «multitud que nunca descansa» puede manifestarse ante la consciencia humana, cuando la membrana entre el mundo visible y el invisible se desgarra temporalmente y Ellos se pavonean y bailan y bromean y se ríen desde su realidad a la nuestra). Recordó su propia experiencia cuando el peor de Ellos, el bisexual Baphomet, el Dios Odioso, rompió contacto con él: ¿el trueno que rompió el espejo fue sólo una «coincidencia» o el desgarro de la membrana y la apertura de la puerta entre los mundos?

Recordó también el gran punto ciego del siglo dieciocho, la cacareada Edad de la Razón, cuando la ciencia, incapaz de explicar los meteoritos, declaró dogmáticamente que no existían los meteoritos; y cuando los meteoritos siguieron cayendo y eran informados por granjeros y obispos y buhoneros y amas de casa y filósofos y comandantes y miles de testigos independientes, incluyendo entre ellos a distinguidos científicos, los miembros de la Academia Francesa y la Real Sociedad Científica despreciaron todos y cada uno de los informes tachándolos de bromas o alucinaciones; pensaba, incluso hoy continúan las actividades de la multitud que nunca descansa, pues se reciben informes semanales de un lugar u otro en la prensa diaria y son investigados con meticuloso cuidado por la Sociedad de Investigaciones Psíquicas. Era imposible resistirse a creer en la carta de Verey: aunque el enano y el pretendido «Oriental» de negro e incluso la Cosa con alas de murciélago que se reía fueran sólo encantos, fantasmas, ilusiones, si la fuerza, la maligna inteligencia que había detrás de aquellos fenómenos era algo a lo que la humanidad se enfrentaba desde antes del amanecer de la historia no se podría, nunca, escapar.

Desde sus primeras investigaciones sobre magia medieval, Sir John había dudado entre la creencia, la pretendida creencia, el escepticismo y el pretendido escepticismo. En aquellos momentos no podía seguir resistiendo el ser un acomodaticio creyente. El Gran Dios Pan estaba todavía vivo, dos mil años después de que la cristiandad Le hubiera reconocido y denunciado como el propio demonio; y sus parientes y amigos seguían activos entre nosotros, aunque se mantuvieran tan invisibles para las opiniones educadas como los meteoritos a las inteligencias de la era de Voltaire.

ACCION	SONIDO
EXTERIOR. LOCH NESS, CREPUSCULO. PLANO EN MOVIMIENTO.	
Una panorámica de las aguas agitadas por la tormenta. La cámara parece perseguir a cada una delas olas. Algo se mueve en el agua. Fundido rápido.	Tambores vudú.
Corte a: PRIMER PLANO.	
Locutor de TV [el mismo actor de la secuencia previa de TV] se sienta a una mesa con aspecto macabro, mirando a la cámara, retrocediendo el plano lentamente hasta alcanzar un PLANO MEDIO.	Narrador: «Los informes acerca de misteriosos enanos humanoides se encuentran en el folclore y las leyendas de todo el mundo, y todavía siguen apareciendo. ¿Qué podemos deducir de todo eso? La ciencia no puede responder, pero tenemos en nuestro estudio a un hombre que lleva muchos años dedicado al estudio de este tema...»
Panorámica a: JOHN LEEK, un escritor sincero, con gafas, calvo y de unos cuarenta y pico años.	Narrador: «Mr. John Leek, autor de Este planeta acechado, Hombres de Negro y 3000 años de OVNIs. Mr. Leek, ¿cree usted en estos... eh... Humanoides?
La CAMARA se desplaza a un PRIMER PLANO de Leek.	Leek: «No es cuestión de creencias. Es un frío hecho que estas criaturas han sido descritas con detalles virtualmente idénticos por todas las sociedades históricas.»
Plano al Narador.	Narrador: «Cree usted que son extraterrestres?
Plano medio: Narrador y Leek.	Leek: Extraterrestres, extradimensionales, viajeros del tiempo... podrían ser muchas cosas.» Narrador: «Pero, ¿básicamente son los mismos OVNInautas citados por los actuales contactados?» Leek: «Oh, sin la menor duda. Con la Era de la Ciencia, han cambiado de juego. Ocasionalmente, en la actualidad, pretenden viajar en artefactos mecánicos,

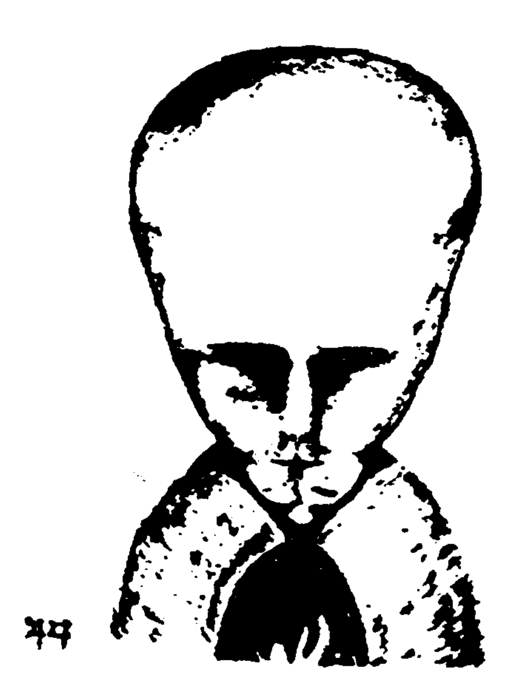
para ajustarse a la idea de extraterrestres... pero desde un punto de vista escéptico, debería decir que las naves se mueven de un modo absolutamente ajeno a
cualquier nave mecánica. Básicamente,
manipulan nuestras mentes, no nuestra realidad
física.»

Primer plano: Narrador.

Narrador: «¿Tiene usted alguna evidencia concreta de que sean las mismas criaturas que se
mencionan en las tradiciones folclóricas
antiguas?»

Primer plano: Leek.

Leek: «Bueno, aquí tengo un dibujo de una de estas Inteligencias Enochianas, invocada mediante las Claves Enochianas del Dr. John Dee. El dibujo fue realizado por Aleister
Crowley, tras invocar al Ser. ¿No es idéntico a los ONVInautas registrados por los miles de
contactados de los últimos tiempos?



PLANO MEDIO: Narrador y Leek.

Narrador: «¿Y usted cree que nuestras mentes ven lo que Ellos desean que vean?»

PRIMER PLANO: Leek.

Leek: «Así es. Son nuestros Manipuladores. Nuestra realidad es lo que ellos quieren que sea.»

PRIMER PLANO: Narrador.

Narrador: «Naturalmente, la teoría es muy interesante, Mr. Leek. Conoceremos

otro punto de vista, el del Dr. Carl Sagan, después del
mensaje de nuestro patrocinador.

P. Mencione una fuente académica que, al menos, intente apoyar los exagerados puntos de vista de Mr. Leek.

R. «En los mitos de todas las razas y climas vemos señales de estas extra-cósmicas entidades que pueblan las páginas del Necronomicon. En el Himalaya, la leyenda del Abominable Hombre de las Nieves no ha muerto, sino que resucita en boca de los miembros más prosaicos de las expediciones de montañeros... En ciertos puntos de Virginia se habla del Hombre Polilla —un humanoide moreno y con alas—, del que todavía aparecen algunos informes; serpientes de mar y monstruos pueblan océanos y lagos; encuentros con OVNIs se registran todos los días». Comentario de Robert
Turner, El Necronomicon, Neville Spearman, Suffolk, 1978.

TERCERA PARTE

Si nuestro Señor no duda acerca de la realidad de la posesión demoníaca, ¿quiénes somos nosotros para hacerlo?

Rev. Charles Verey, Nubes Sin Agua.

La Biblia habla de «el dragón... y sus ángeles» [Revelación, 12:7], indicando que, junto con Lucifer, miríadas de ángeles también eligieron protestar contra la autoridad de Dios... Cuidado, son peligrosos, viciosos y mortales. ¡Quieren teneros bajo su control y pagarán cualquier precio para conseguiros!

Rev. Billy Graham, Angeles: Mensajeros Secretos de Dios.

Si Dios lo es todo, ¿cómo puedo ser malo?

Charlie Manson.

Era ya por la tarde del día siguiente, 27 de junio, y el Föhn no había dejado de sofocar Zurich en su húmedo abrazo. El silbante viento calló en tres ocasiones, casi amainando: pero por tres veces volvió a la carga, tan cálido y enloquecedor como siempre; la paciencia de la gente empezaba a quebrantarse.

Einstein, Joyce y Babcock estaban reunidos nuevamente; en aquella ocasión en el estudio de Einstein, donde habían quedado a las tres. El profesor parecía era el más alegre del trío, pues se había recuperado de la larga noche anterior con la única ayuda de unas pocas horas de sueño y la estimulación intelectual de su clase de Física del mediodía. Joyce estaba todavía un poco descolgado, y se le notaba. Babcock, tras yacer espasmódicamente en un diván del salón de Joyce durante casi toda la mañana, apenas se encontraba algo menos desesperado que la noche anterior.

—Bien, Jeem —empezó Einstein—, honestamente: ¿qué le parecen las notables aventuras de nuestro amigo?

—¿Honestamente? —repitió Joyce—. Empiezo a preguntarme si tales cosas son posibles.

Einstein no respondió; pero su mirada era una clara invitación a Joyce para que continuase.

—En una ocasión —comentó Joyce pensativamente—, una feria llamada Arabia llegó a Dublín. Yo me podía pasar diez horas diarias devorando toda clase de literatura romántica sobre el misterioso Oriente, los secretos de los sufíes, la magia de los derviches, Aladino y Ali Babá y cosas de ese tipo. ¿Puedes imaginarte lo que significó para mi la palabra «Arabia»? Mi impaciencia y excitación según se acercaba el día de la feria eran del mismo orden que mis emociones, pocos años después, cuando, nervioso, penetré en el Distrito de las Luces Rojas para buscar una prostituta por primera vez. Pensaba que un nuevo mundo se abriría ante mí, un mundo lleno de magia y maravilla.

Lo que encontré, naturalmente, fue el más vulgar carnaval, dedicado a entretener a los palurdos y vaciar los bolsillos de los más lerdos.

Babcock miró confundido al oír el discurso; Einstein se mostraba solemne. El silencio duró hasta que Joyce volvió a hablar.

—Mr. William Butler Yeats y sus amigos —continuó Joyce, sin más— vivían en Arabia. Para ellos era real. Ciertamente, más real que sus sirvientes. Avanzamos todos los días por el mundo de la experiencia pero mentalmente vamos tan desnudos como Adán en el Edén. Me atrevería a decir que sólo tenemos ciertas ideas fijas acerca de si ir al bar de la esquina, a la feria llamada Arabia, o al Polo Sur con Amundsen. Si un carterista entrase en esta habitación, buscaría carteras que saquear; si a Sócrates le hicieran pasar a la feria llamada Mileva —se inclinó caballeroso hacia la cocina, donde la Señora Einstein podría estar escuchando—, Sócrates buscaría mentes a las que poder preguntar. Si Mr. Yeats estuviera aquí, sólo vería meras sombras materiales de las Eternas Ideas Espirituales conocidas como Ciencia —señalando a Einstein—, Arte —apuntándose a sí mismo irónicamente— y Misticismo —marcó a Sir John—. Veo a tres personas con vidas diferentes —concluyó abruptamente.

—Con todo esto —preguntó Einstein con sequedad—, ¿quiere decir que la gente del Amanecer Dorado no parece más loca que el resto del mundo?

—Estoy diciendo —replicó Joyce— que puedo ver al mundo del mismo modo que Yeats y los ocultistas: como una aventura espiritual llena de Profecías y Símbolos. También puedo verlo, si lo prefiero, como me enseñaron a pensar los jesuitas cuando era joven: como un valle de lágrimas y una red de pecado. O puedo considerarlo según la épica homérica, o como una deprimente y naturalista novela de Zola. Me interesa estudiar todas las facetas.

Sir John se inclinó hacia adelante, repentinamente interesado.

—Creo que empiezo a comprenderle un poco —dijo—. Afirma que yo vivo en una novela gótica mientras usted prefiere hacerlo en una de Zola.

—No exactamente —contestó Joyce—. La escuela de Zola es unidimensional. Yo busco una visión multidimensional. Quiero ver el fondo de las novelas góticas, de las de Zola y de todas las mascaradas para ver luego más allá.

—Fascinante —confesó Einstein—. Fascinante.

Los otros dos le miraron expectantes.

—Su parábola de Arabia —le comentó Einstein a Joyce—, curiosamente, me trae a la cabeza una parábola mía. Imaginen que fuésemos tres físicos y que estuviéramos sentados en esta habitación. Sin que lo sepamos, la sala es un elevador —un ascensor, Sir John— que sube rápidamente por el espacio exterior. Puesto que ignoramos que nos hallamos en el interior de un elevador, pero como hemos sido educados para la física y sentimos curiosidad acerca de nuestro entorno, empezamos a realizar experimentos. Descubrimos que todos los objetos que se nos caen de las manos chocan con el suelo. Más adelante, averiguamos que si los objetos son arrojados horizontalmente, en vez de caer de golpe lo hacen describiendo una parábola. Encontramos, de hecho, que cuando experimentamos y escribimos las más simples ecuaciones matemáticas capaces de describir nuestras observaciones, nos alejamos de la teoría newtoniana de la gravedad. Decidimos que debajo de la sala en la que nos encontramos hay un planeta que «atrae» los objetos.

—¿Es cierto? —preguntó Joyce, asombrado—. Es lo más maravilloso que me ha contado de todas sus teorías.

—Actualmente, intento demostrarlo —respondió Einstein— en un documento que estoy redactando. Ahora suponga que hubiera otro físico en la sala, o elevador, que por algún extraño proceso de reorganización creativa de sentidos-datos —quizá de un modo semejante a los rompecabezas cabalísticos de la gente del Amanecer Dorado—, pudiera dar el salto hacia otra forma de pensamiento. Desde el exterior, concebiría la habitación

como un elevador e imaginaría el cable y la maquinaria que tan rápidamente tira de ella hacia arriba. Se sentaría y realizaría sus propios experimentos y escribiría sus propias ecuaciones. Derivaría, eventualmente, toda la teoría de la inercia tal y como se encuentra en la mecánica clásica. Decide, por último, que no hay ningún planeta debajo.

»Ahora bien —continuó Einstein—, nos hallamos bajo la hipótesis de que las puertas están cerradas y no podemos salir de la habitación. ¿Cómo determinar quién tiene la explicación correcta de las leyes fenomenológicas que observamos: el que las atribuye a que hay gravedad [el planeta de debajo] o el que las atribuye a la inercia [el cable de encima, impulsándonos a través de un espacio de gravedad cero]?

—¡Oh! —murmuró Babcock—. ¿Es eso una pregunta?

—En cierto sentido, ambas son correctas —dijo Joyce firmemente—. Si ambos sistemas de ecuaciones describen la situación, no hay razón para preferir las de uno a las del otro a no ser por motivos estéticos. Dentro de los términos del problema, nunca podremos ver ni al planeta por debajo ni al cable por encima. Elegiríamos la respuesta equivocada tomando como referencia el punto de vista del hombre de fuera.

—Precisamente —continuó Einstein—. Cualquier sistema de coordenadas actúa como la habitación de la que estoy hablando, de tal modo que un observador exterior no puede asegurar nada científicamente. Desde el interior de la habitación —dentro de cualquier sistema de coordenadas— no hay modo de decir si es la gravedad o la inercia la verdadera explicación de los fenómenos que observamos. Es lo mismo que el relato de Sir John: es decir, no se sabe si todo es una serie de extrañas y aleatorias coincidencias y simbolismos oníricos freudianos, o si se trata de una serie de extraños y auténticos Augurios; todo dependería de la interpretación del observador.

—Precisamente —continuó Joyce—. Sobre el apartado de extrañas coincidencias, puedo opinar tan bien como Sir John. Por ejemplo, mi primer trabajo de educador fue en la escuela de Vico Road, en Dublín. Más recientemente, en Trieste, tenía que pasar por la Via de Giambattista Vico dos veces por día, para ir a casa de uno de mis estudiantes de idiomas y volver a la mía. Además, otro de mis estudiantes se sentía fascinado por la teoría cíclica de la Historia de Vico. Naturalmente, empecé a interesarme por la biografía y la filosofía de Vico después de todo aquello y encontré numerosos paralelismos entre mi vida y la suya, tanto que mi escritura empieza a verse influenciada por Vico. Esta secuencia puede interpretarse libremente. Ahora bien, o, Unum, los dioses lo han dispuesto todo para que me encuentre con el nombre de Vico una y otra vez y así influenciar mi escritura o, Duum, todo es simple coincidencia y me la he tomado en serio. No hay modo de demostrar ninguna de las dos hipótesis a un hombre que se empeñe en ver la contraria.

—No tanto —replicó Einstein agudamente—. Cuando es posible elegir entre dos teorías, elegimos siempre la que más se adecúa a los datos. O desarollaríamos una teoría de orden superior que reconciliara las diferencias entre las dos interpretaciones en conflicto... lo mismo que intento hacer yo con la gravedad y la inercia de la adivinanza. Sin el esfuerzo de creación para que nuestros conceptos encajen en nuestras percepciones, nuestro pensamiento es sólo un ejercicio de deseo ejecutivo.

Un escéptico sonido de Babcock hizo que Einstein le mirase interesado.

—Por sorprendido que esté —dijo Babcock cansinamente—, me manifiesto en completo acuerdo con ustedes, caballeros. Una de las primeras lecciones que aprendí en el Amanecer Dorado es que la percepción depende de la mente del observador, lo mismo que lo que revela una lente depende del ángulo de reflexión. Me han recordado que esto es un trabajo de supererogación y que no afecta al terror fundamental de mi posición como alguien que es atacado por brujos negros que ya han mostrado su capacidad para desquiciar las mentes de tres personas y conducirlas al suicidio.

—Bien —respondió Einstein suavemente—, si usted está seguro de ser un hombre con peligrosos enemigos, lo aceptamos. Lo que queda por determinar es si actualmente

ellos pueden manipular el universo físico con su... esto... magia, o si tan sólo son superlativamente listos para manipular las mentes de los seres humanos que caen bajo sus garras. Para hacerlo, estaríamos encantados de oír el resto de su historia.

—Sí —corroboró Joyce—. Ciertamente, quiero saberlo todo. Tengo una primera hipótesis sobre lo que se trama, detrás de todas las máscaras y mascaradas, y me interesa mucho comprobar el que dicha teoría encaje con los subsiguientes hechos.

—Muy bien —respondió sir John—. En ese caso, sigamos.

Y, mientras el Föhn seguía azotando la ventana, les contó a Joyce y Einstein un relato que confundió sus esperanzas.

DE ILLUMINATORUM OPERIBUS DIVERSIS

Sir John encontró tan turbadora la carta de Verey sobre la criatura con alas de murciélago que decidió saber todo lo posible acerca del enigmático Aleister Crowley: el hombre descrito por Jones como líder de la falsa logia del Amanecer Dorado dedicada a la licenciosidad y la magia negra; el amante de Lola Levine, de acuerdo con Ezequiel (o Ezra o Jeremías) Pound; el brujo que, quizá, convirtiera a Víctor Neuberg en camello; y, en las crecientes sospechas de Sir John, el canal humano a través del cual la multitud que nunca descansa se había lanzado sobre la familia Verey.

Empezó en el Museo Británico, recordando con desagrado el sueño en el que se encontró con Karl Max mientras oía una confusa historia de la Francmasonería mezclada con el asesinato de Julio César.

Las Revistas de Literatura Contemporánea de los últimos diez años revelaron que Crowley era autor de más de una docena de volúmenes de poesía, cada uno de los cuales había recibido, de modo poco habitual, críticas dispares. La crítica de The Listener no parecía capaz de decidirse acerca de uno de los libros de Crowley, La Espada de la Canción, descrito como «valiente», «serio e intrépido» y «cada vez más repelente» en un solo párrafo. The Seeker era más caritativo: «Crowley ha sido rechazado por algunos desconsiderados o maliciosos... porque realmente no es fácil seguir al ave real en su brillante vuelo»; mientras tanto, The Clarion se sumía francamente en la desesperación: «Debemos confesar que nuestra inteligencia no es equivalente a la tarea». La Cambridge Review se mostraba, sencillamente, furiosa ante una nueva publicación de Crowley, alegando que era «obsceno», «insultante» y una «monstruosidad» que «reclama una enérgica protesta por parte de los amantes de la literatura y la decencia». El Arboath Herald, como el Clarion, se rendía, describiendo los versos de Crowley como «tan inteligentes que uno los encuentra ininteligibles». The Atheist, por otro lado, alababa a Crowley a regañadientes mientras le denunciaba: «Aunque no lleguemos a admirar su onírico romanticismo, su fiel negación de lo sobrenatural, lo divino y lo místico merece nuestro respeto»; paradójicamente, el Prophetic Mercury encontraba los mismos versos esperanzadores por razón opuesta, diciendo: «El continuo sentimiento de Dios en la mente del poeta nos lleva a la piadosa esperanza de que algún día será iluminado». El Yorkshire Post se quedaba pasmado, sin más: «La poesía de Mr. Crowley, si es que puede recibir ese nombre, no es seria»; la Literary Cuide, por contra, era rapsódica: «Una obra maestra de la enseñanza y la sátira».

P. Muestre un ejemplo sucinto y representativo de la controvertida poética de Mr. Crowley.

R. De Konx Om Pax, 1907:

¡Silba el tam-tam, resuena la flauta!
¡Seamos felices!

Soy un individuo con aguda pauta
Y crónico beriberi.
El lunes soy un flaco gritón
Bastante Felician-Ropsy.
¡Sopla el címbalo, resuena el trombón!
El martes tengo hidropesía.
El miércoles, empiezan los síntomas cardíacos;
El jueves hemiplejía
Sopla el violín, rasguea el tambor!
El viernes paralítico.
¡Si el sábado a mi amor
Atacan en apretadas legiones,
El domingo, me imagino,
Tendré beriberi!

Sir John probó, a continuación, en los periódicos. En un ejemplar del Times de 1909 —el mismo año en que Sir John se graduó en Cambridge y el loco Picasso impresionó al mundo artístico de París con sus primeras e incomprensibles pinturas «Cubistas»— Crowley aparecía involucrado en un asunto legal con MacGregor Mathers. El periodista del Times que cubría la noticia no era partidario ni de Crowley ni de Mathers, pero Sir John fue capaz de establecer que el ostensible objetivo del juicio —el intento de evitar que Crowley publicase, en una revista llamada The Equinox, ciertos rituales del Amanecer Dorado original— era sólo una excusa para ocultar el verdadero conflicto que existía entre ellos: el hecho de que ambos declaraban ser los verdaderos líderes del Colegio Invisible Rosacruz. Bueno, aquello era totalmente nuevo para Sir John; Jones le había dicho que Crowley, Mathers y otras personas actuaban falsificando logias rosacruces como oposición al verdadero Amanecer Dorado. El juez, descubrió divertido Sir John, se negó a permitir que el juicio degenerase en un debate sobre tales propuestas, cuya verdadera naturaleza no podía dilucidarse en una corte legal, y simplemente decidió que Mathers no tenía autoridad para impedir que Crowley publicase unos documentos de antigüedad y autoría indefinidas, como admitían ambos litigantes, estipulando, incluso, que habían sido escritos por inteligencias sobrehumanas que no eran capaces de adoptar forma corpórea para testificar a favor de ninguno.

Sir John, igualmente divertido, encontró que Mathers, bajo interrogatorio, tuvo que confesar que, ocasionalmente, reconoció haber sido reencarnación del rey Carlos I. En una observación casual, encontró una pista para buscar nueva información acerca de Crowley: él mismo se consideraba como el mejor escalador de montañas del mundo.

Tras una visita al Club Alpino obtuvo varias vehementes negaciones de aquella aseveración.

—Aleister Crowley —explicó el secretario del Club, un tal Mr. Mortimer—, es el mayor fanfarrón del mundo. Ninguna de sus escaladas ha sido considerada como cierta por nosotros. —Posteriores pesquisas condujeron a la usual ambigüedad que parecía asociarse a Crowley como la niebla a las calles de Londres: era obvio que el enfrentamiento entre Crowley y el Club Alpino se remontaba hasta 1890 y que ambas partes se habían acusado entre sí de mentirosas en tantas ocasiones que ningún observador exterior podría tener una opinión imparcial de los hechos. Mortimer deslizó, en cambio, una observación que sugería que los éxitos montañeros de Crowley quizá no fueran completamente inciertos, admitiendo que Oscar Eckenstein, el principal escalador alemán, a menudo denominaba a Crowley como su mejor adversario inglés—. Pero —añadió Mortimer precipitadamente—, Eckenstein es un judío alemán y nos guarda cierto rencor, por lo que quizá a eso se deba el que apoye las mentiras de Crowley.

Sir John se decidió a buscar nuevos datos acerca de aquel enigmático personaje entre

varias personas que tenían fama de conocer la vida londinense en profundidad.

—Crowley, ciertamente, es un picaro, bastante divertido —dijo Max Beerbohm—. Si también es un verdadero canalla, no puedo decirlo, aunque ha dedicado una considerable cantidad de energía a demostrarle al mundo la verdad de esa afirmación.

—Bueno, sí —respondió sir John, dudoso—, pero, ¿cómo se distingue a un pícaro de un canalla?

—Un pícaro —concretó Beerbohm— no se preocupa por la moral de su tiempo, aunque posee su propio tipo de honor. Un canalla no tiene ni moral ni honor.

—Oh —dijo Sir John, todavía indeciso—. ¿Me podría dar algún ejemplo de la... bueno, picaresca de Crowley?

Beerbohm se rió entre dientes. Los fuertes recuerdos de Horeb, Sinaí, y de cuarenta años aparecieron como la luz del día en su cara.

—Hay mil ejemplos —contestó, aflojándose con gracia el cuello duro—. Mi favorito es el de la estatua de Oscar Wilde en París, diseñada por ese joven lleno de talento llamado Jacob Epstein. Los franceses la colocaron, debe saberlo, para mostrar su comprensión acerca de... de, bueno, las inclinaciones sexuales de Wilde y para reconocerle como el gran artista que era a pesar de sus... sus peculiaridades. —Se volvió a reír entre dientes —. No fueron tan comprensivos con la estatua de Epstein: es un desnudo. Había cierto problema, relacionado con la... reputación de Wilde, pero no podían, ah, insultar a Epstein rechazando la estatua después de habérsela encargado. De modo que contrataron a alguien para que añadiera una hoja de parra en... en el punto sensible, si quiere entenderme. Bueno, ¿sabe lo que hizo Crowley? Se arrastró al parque durante la noche, con un martillo y un cincel, y retiró la hoja de parra. Luego, para añadir el escándalo al ultraje, aquella misma noche se dirigió al Claridge's, aquí mismo, en Londres, ¡con la hoja de parra en la parte delantera de sus pantalones! —Beerbohm se echó a reír—. A eso le llamo picaresca, y no me atrevo a calificarlo como obra de un canalla.

La hermosa Florence Farra, la actriz más famosa de Londres, resultó tan paradójica como casi todos los comentaristas de la poesía de Crowley.

—Aleister —dijo— era, cuando le conocí hace ya diez años, el joven más apuesto, ingenioso y brillante de Londres. También era el más implacable canalla y sinvergüenza. Por lo que tengo oído acerca de su vida, esas contradicciones suyas se han ido haciendo cada vez más violentas. Estoy segura de que acabará o en la cárcel o canonizado como santo.

Victor Neuberg, el joven poeta que decían fue convertido en camello por Crowley, se negó a entrevistarse con Sir John, enviando una nota de apretada escritura que decía: «Ningún hombre viviente comprende, o puede comprender, a Aleister Crowley, pero los que valoren su salud no deben acercarse a él».

Richard Aldington, editor, comentó:

—Rodin considera a Crowley como nuestro más grande poeta viviente, pero me temo que sea debido al hecho de que Crowley ha escrito todo un volumen de versos glorificando la escultura de Rodin. Personalmente, no me gustan los versos de Crowley. Los encuentro Victorianos, retóricos y ampulosos. Totalmente carentes de la nota moderna.

Gerald Kelly, el más admirado pintor de Inglaterra, parecía ser exactamente lo que era —un hombre que no tardaría en ser elegido miembro de la Real Academia— y dijo:

—No puedo hablar acerca de Aleister Crowley, Sir John. Evidentemente, no habrá usted oído que es mi cuñado. Todo cuanto puedo decir es que, cuando mi hermana se divorcie de él, no me sentiré muy desgraciado.

Bertrand Rusell, el matemático, declaró de modo preciso:

—Nunca me he encontrado con un profano que comprenda tan bien las matemáticas como Aleister Crowley, pero, aparte de esto, su cabeza es una marisma de sentimentaloide misticismo. He oído que juega excelentemente al ajedrez, de modo que le

podrán decir algo más en el London Chess Club.

El London Chess Club estaba lleno de admiradores de Crowley, todos los cuales lamentaban que no hubiera dedicado más tiempo al juego.

—Sería un Gran Maestro —declaró uno de los miembros tristemente— si no perdiese el tiempo dedicándose a esas tonterías de escalar montañas y escribir poesía y no echase a correr hacia Oriente para destrozarse la mente con las supersticiones hindúes.

—Aleister —explicó otro entusiasta del club— es el único hombre, aparte de los Grandes Maestros, que puede jugar realmente a ciegas contra varios oponentes y ganar la mayoría de las partidas. De hecho —bajó la voz en este punto—, una de sus aficiones es casi preternatural. En más de una ocasión se ha retirado al dormitorio con su amante dictándole eventualmente los movimientos a un jugador que permanecía sentado en la habitación de al lado... y ganando. Dice que lo hace para demostrarnos lo que es la verdadera concentración.

Sir John se ruborizó violentamente.

—Qué modo más insoportable de tratar a una mujer —dijo airadamente.

—Bueno —replicó el informante con una mirada maliciosa—, por lo que he oído, los sonidos procedentes del dormitorio indicaban que la dama estaba pasando por una experiencia agradable; de hecho, probablemente, más de una.

Sir John consideró que aquel especialista podría mirar de frente al demonio sin reconocerle. Lo que sólo parecía una mezcla de vulgar proeza y gimnasia intelectual para el jugador de ajedrez significaba, obviamente, algo mucho peor para cualquiera que comprendiera los aspectos sexuales de la magia negra: aquello formaba parte del continuo entrenamiento de Crowley para las ordalías de los rituales de Pan, en los que la prolongada sensualidad se empleaba para intoxicar los sentidos y abrir la puerta a las entidades astrales.

El siguiente paso de Sir John fue el de búsqueda en librerías donde, tras una frustrante investigación, encontró finalmente uno de los libros de Crowley: una obra en prosa titulada Libro Cuarto, que decía explicar todos los misterios del yoga y la magia con palabras sencillas para que el hombre de la calle pudiera comprenderlo. Sir John lo compró y se lo llevó a casa para estudiarlo.

Cuando se encontró de nuevo en la Mansión Babcock tras recolectar toda la contradictoria y turbadora información acerca del Enemigo, encontró un pequeño paquete remitido por la oficina postal del Amanecer Dorado de Londres. Era raro, pues Jones seguía en París; pero Sir John no sabía a ciencia cierta que Jones estuviera a cargo de aquellos envíos. Quizá algún otro oficial de la Orden enviaba las adecuadas lecciones a los estudiantes en fechas predeterminadas. Sir John abrió el paquete, con la secreta esperanza de que contuviese el ritual secreto de los Rosa Cruces: algo para lo que Jones le dijo que no tardaría en estar cualificado.

Para su dolor, el panfleto se titulaba:

DE OCULO HOOR
Publicación de Clase A
Orden Hermética del A.·.D.·.

Sir John se retiró a la biblioteca para leerlo con considerable curiosidad. Decía:

> *1. Este es el Libro que Abre el Ojo de Horus, cuyo símbolo en el mundo profano es el ojo en el triángulo, y cuyo significado es Iluminación.*
>
> *2. Los que lo lean no lo leerán; los que lo miren no lo verán; los que lo comprendan no lo comprenderán. El entendimiento y la comprensión sólo se alcanzan cuando uno no es uno, cuando uno es nada.*
>
> *3. Hubo una vez un monje, un discípulo de un gran Mago de nuestra*

Orden a quien los hombres llamaban Buda cuyo significado es El Que Ha Despertado. Los hombres le preguntaban al señor Gautama, ¿Eres un Dios? Y él respondía, No. Y ellos volvían a preguntarle, ¿Eres un santo? Y él volvía responder, No. Y ellos le preguntaban entonces, ¿Quién eres? Y él respondía, Estoy despierto. Desde entonces fue conocido como el Buda, el Despierto.

4. Y el monje, para despertar, practicó el Arte de la Meditación, como fue enseñado por Buda, cuya forma original resultó alterada por las Falsas Imaginaciones y Elaboraciones de los Teólogos, pero que es: Para ver todos los incidentes y eventos y Recordar, Debe Decirse Uno Mismo: Esto es Transitorio.

5. Y el monje vio todos los incidentes y eventos, Recordándose siempre a sí mismo: Esto es transitorio.

6. Y el monje se acercó al Despertar, y se encontró en gran peligro, pues el Señor del Abismo de las Alucinaciones, al que los Budistas llaman Mara, el Tentador, se acercó apresurado al que estaba a punto de Despertar, hipnotizándole con el Sueño de los Locos que es la ordinaria consciencia del Hombre.

7. Y Mara afligió tristemente al monje con la muerte de su primogénito, y la enfermedad de los seres queridos, y la ceguera, y las calumnias, y la malicia, y la gran maldición de los Pleitos, y muchos sufrimientos; pero el monje sólo pensaba: Esto es transitorio. Y estuvo más cerca de Despertar.

8. Y Mara, Señor del Abismo de las Alucinaciones, hizo que el monje muriese y reencarnase en una criatura casi Sin Mente, un Loro, que revoloteaba de rama en rama por la jungla; y Mara pensó: Ahora no podrá Despertar.

9. Pero un hermano Monje de la orden Budista llegó un día a la jungla, cantando las Enseñanzas, y el Loro le oyó, y repitió su frase una y otra vez: Esto es Transitorio.

10. La Actividad Mental se inició en el Loro, y los recuerdos de su vida pasada acudieron a su entendimiento, así como el significado de la enseñanza, Esto es Transitorio; y Mara maldijo horriblemente, por la frustración, e hizo que muriese de nuevo y se reencarnase como Elefante, mucho más dentro de la jungla y mucho más lejos de las voces de los hombres.

11. Y pasaron muchos años, y parecía que no existia oportunidad alguna de que aquel alma Despertase; pero los efectos del benéfico karma, como los del malo, continúan eternamente; y por ello, los Hombres llegaron a la jungla, y capturaron al Elefante, y se lo enviaron a un gran Rajah.

12. Y el Elefante vivió en los jardines del Rajah, y pasaron muchos años.

13. Y otro monje de la orden Budista llegó junto al Rajah, y enseñó en sus jardines y su enseñanza era: Esto es Transitorio. Y los recuerdos renacieron en el Elefante, y comprendió el significado de los recuerdos, y el Despenar se acercó.

14. Y Mará maldijo airadamente, e hizo que el Elefante muriese; y en aquella ocasión Mará se ocupó de que la reencarnación tuviese lugar en un lugar tan lejano que no quedase posibilidad de Despertar, pues Mara hizo que el monje renaciera como Evangelista Americano.

15. Y el Evangelista era de la Mayoría Moral [bocca grande giganticus] y viajó por la nación Americana, Norte y Sur y Este y Oeste, predicando que todos estaban amenazados por los peligros del Infierno, y que sólo había un Camino de Salvación, y que aquel camino era creer Todo lo que él Decía y

Hacer Todo lo que él Pedía.

16. Y esclavizó a muchos, que se convirtieron en Autómatas mentales, y aquellos Autómatas, gritaron, Aleluya, Estamos Salvados.

17. Y Mara se sintió jubiloso, pues el alma del monje estaba más lejos de la Iluminación que nunca; antes había sido un Idiota Subjetivamente Sin Esperanza —id est, alguien que es consciente de su propia idiotez sin esperanza— pero ahora era un Idiota Objetivamente Sin Esperanza —id est, alguien que Piensa que Sabe cuando realmente No Sabe Nada.

18. Pero el Evangelista se reunió con otros Clérigos para enviar Misioneros al Pagano Este; y Uno habló de las supersticiones de Oriente, y mencionó la enseñanza Budista de que Todo es Transitorio.

19. Y la Actividad mental empezó a actuar en el Evangelista, y afloraron los recuerdos de las Pasadas Encamaciones; y Mara, lleno de amarga frustración, tendió la Ultima Trampa, haciendo que el Evangelista se convirtiera en Mahabrahma, Señor de Señores, Dios de todos los Universos posibles.

20. Y Mahabrahma permeneció en Divina Ceguera durante miles de millones de años, creando pequeños Brahmas que creaban Sus propios universos y eran Dioses en ellos; y Mahabrahma miraba toda su actividad y se regocijaba con su Alta Indiferencia; Mahabrahma era Consciente Sin Deseo.

21. Y el monje pareció quedar apartado de la Iluminación para siempre.

22. Pero finalmente Mahabrahma observó, tras ver muchas idas y venidas de los Dioses, que todos Sus universos crecían y florecían y perecían, que la gran Ley de Leyes es Todo es Transitorio.

23. Y Mahabrahma descubrió que El, también, era transitorio.

24. Y Mahabrahma consiguió la Iluminación.

25. Y Mahabrahma retornó a la ordinaria consciencia de la mente del monje practicando la meditación budista, mirando todas las cosas y pensando: Esto es Transitorio.

26. Y el monje no supo si era un monje que imaginaba ser Mahabrahma o Mahabrahma pensando ser un monje; y aquella fue la Iluminación perfecta.

DE FRATRIBUS NIGRIS, FILIIS INIQUITATIS

Al día siguiente recibió otra carta de Verey, y el corazón de Sir John se estremeció al descubrir que la letra manuscrita del sobre se veía claramente alterada y errática. La abrió, preparado para casi cualquier cosa.

Querido Sir John:

Las fuerzas invocadas por mi enloquecido hermano menor, Arthur, y la maldita Lola se han mostrado más terribles de lo que nunca hubiera imaginado. Descubro —al fin— que nunca había considerado la Sagrada Escritura [especialmente el Libro de las Revelaciones] demasiado literalmente. Las «fuerzas y poderes» del Infierno no son figuras retóricas.

«Desgraciados los que no creen, pues están condenados».

He llegado a este punto: He alcanzado el climax de los horrores.

ACCION	SONIDO
EXTERIOR. FUERA DE LA IGLESIA DE VEREY. POR LA TARDE. PLANO SUBJETIVO: DESDE EL PUNTO DE VISTA DE VEREY.	
La CAMARA se desplaza hacia la puerta de la iglesia.	Voz de Verey: «La noche del pasado sábado antes de retirarme, miré hacia la iglesia como de costumbre, y descubrí...»
EXTERIOR. LO MISMO: LA PUERTA CERRADA. PLANO SUBJETIVO: DESDE EL PUNTO DE VISTA DE VEREY.	
La CAMARA se centra en la herrumbrosa cerradura de la puerta	Voz de Verey:«... que el enorme y antiguo candado de la puerta se había enmohecido y necesitaba aceite. Estaba tan fuerteque no podía mover la llave, y me pregunté si sería capaz de abrir la puerta para los servicios del día siguiente.»
EXTERIOR. LO MISMO. SUBJETIVO. PLANO EN MOVIMIENTO: DESDE EL PUNTO DE VISTA DE VEREY.	
La CAMARA traza una panorámica de la iglesia al bosque.	Voz de Verey: «Busqué una aceitera...»
EXTERIOR. LO MISMO. PRIMER PLANO SUBJETIVO: DESDE EL PUNTO DE VISTA DE VEREY.	
La mano de VEREY sujeta una lata de aceite, la inclina... no cae aceite.	Voz de Verey: «... pero no tenía aceite y anoté mentalmente comprarlo en cuanto bajase a la ciudad.»
EXTERIOR. LO MISMO. PANORÁMICA SUBJETIVA: DESDE EL PUNTO DE VISTA DE VEREY.	
La CAMARA retrocede para dejar ver la iglesia y se detiene en una ventana de la parte alta del edificio.	Voz de Verey: «He de añadir que la iglesia sólo tiene una ventana, por encima del altar, y que está empotrada en el muro, sin que pueda abrirse ni hacia adentroni hacia afuera; de hecho, no se mueve en lo más mínimo.»
EXTERIOR. CIELO NOCTURNO. PLANO LARGO.	
Nubes negras que corren por el cielo.	Trueno.
EXTERIOR. NOCHE. PLANO LARGO. LA GRANJA VEREY.	
La lluvia empapa la granja de Verey. Vemos la iglesia, la casa y el granero.	Voz de Verey: «Aquella noche llovía con bastante fuerza.»

EXTERIOR. AMANECER. PLANO LARGO. LA GRANJA VEREY. GALLO EN EL GALLINERO.

El gallo canta.

Gallo: ¡Multitud! ¡Multitud! ¡Multitud!

INTERIOR. DORMITORIO DE VEREY. PLANO SUBJETIVO: DESDE EL PUNTO DE VISTA DE VEREY.

La CAMARA «se sienta en la cama» y mira por la ventana, hacia las luces del alba

Voz de Verey: «Me desperté pensando en que la torrencial lluvia quizá había contribuido en gran medida al total enmohecimiento de la cerradura
de la iglesia.»

EXTERIOR. EL PATIO DE LA GRANJA. PLANO EN MOVIMIENTO SUBJETIVO: DESDE EL PUNTO DE VISTA DE VEREY.

La CAMARA avanza hacia la puerta de la iglesia.

Voz de Verey: «Salí para echar un vistazo a la cerradura.»

EXTERIOR. PUERTA DE LA IGLESIA, PRIMER PLANO. PLANO SUBJETIVO: DESDE EL PUNTO DE VISTA DE VEREY

La cerradura parece más enmohecida que antes. La llave entra, pero no gira.

Voz de Verey: «Encontré, como me temía, que estaba totalmente oxidada y que no podía girar la llave. Era como si me hubieran echado de la iglesia.»

La llave está fija en la cerradura

«Bastante desagradable, pues los obreros no
tardarían en llegar para los servicios matinales.»

EXTERIOR. LA GRANJA. PLANO EN MOVIMIENTO SUBJETIVO: DESDE EL PUNTO DE VISTA DE VEREY.

La CAMARA se desplaza hacia el cuarto de herramientas.

Voz de Verey: «Decidí recurrir a la fuerza bruta...»

Violín muy apagado: El Vals de La Viuda Alegre.

EXTERIOR. LA GRANJA. PRIMER PLANO.

La mano de Verey empuñando un martillo.

Voz de Verey: «y me encaminé a por un martillo...»

EXTERIOR. LA PUERTA DE LA IGLESIA. PRIMER PLANO.

El martillo golpeando la cerradura.

Voz de Verey: «... con el que forzar la cerradura.»

INTERIOR. LA IGLESIA. PLANO EN MOVIMIENTO SUBJETIVO: DESDE EL PUNTO DE VISTA DE VEREY.

La CAMARA se adelanta hacia el altar, donde encuentra un gato sacrificado dentro de un pentáculo.

Voz de Verey: La escena que apareció ante mis ojos fue indescriptible. Sobre el altar se hallaba el cuerpo de un gato muerto, estrangulado con una liga azul y empalado con un puñal o una daga oriental, dentro de un pentáculo.

La CAMARA apunta a cada detalle que indica la voz de Verey.

Una Biblia, salpicada de sangre, abierta por la Epístola de San Judas.

«Gotas de sangre manchaban la Biblia. Dios juzgará a los malvados que cometen tales locuras.»

El Vals de la Viuda Alegre sube de tono hasta alcanzar un máximo de dolorosa intensidad.

El blasfemo horror de aquella imagen todavía se alberga en mi imaginación, pero resultó incluso peor el hecho de que fui capaz de imaginar que no eran meros servidores humanos del Demonio quienes podían haber cometido aquella atrocidad. La ventana [que le recuerdo que no puede abrirse] estaba intacta, y la puerta, de cerradura enmohecida no permitía el paso más que martilleándola y rompiendo la cerradura, método que yo mismo empleé: sin embargo, también la cerradura estaba intacta, salvo por la herrumbre, cuando la forcé.

Naturalmente, saqué al gato, limpié la sangre y borré el pentáculo antes de que llegaran los obreros [pues así se habría difundido el miedo por la región], pero mi esposa me encontró en medio de la desagradable operación y no quedó otra opción que reconocer lo que había pasado. Desde aquel día vive en un estado de permanente ansiedad, y nada desea más fervientemente que salir de este solitario lugar. La verdad es que aún me siento muy unido a estas maravillosas colinas y cañadas, como ya le dije en anteriores ocasiones, y realmente no sé si en otra pane estaríamos más seguros.

De modo incidental, intenté llegar a una explicación de este misterio en términos puramente humanos. Incluir a un degradado Oriental en cualquier asunto maligno es cosa fácil. Vestir a un enano con un traje raro, aun tan poco adecuado como el de un pájaro anormalmente grande, y rodearlo de miedo y superstición para ampliar todo esto hasta un reino de terror... es completamente posible para la maldad de ciertos humanos. Entonces, me dije a mí mismo: ¿Podría haber entrado alguien en mi casa subrepticiamente la noche del sábado mientras yo dormía y apropiarse de la llave de la iglesia, usándola antes de que la lluvia generase más herrumbre y convirtiera la cerradura en algo inservible? Pero, ay, aquella explicación no era consistente. Guardo la llave en una pequeña cadena colgada de un brazalete que me rodea la muñeca, y la cadena, por la mañana, no estaba rota. Es absurdo pensar que un intruso rompiese la cadena, cometiera la despreciable muerte en la iglesia, volviera a mi cuarto y soldara la cadena, en la oscuridad, sin despertarme.

La única conclusión es que tratamos con una entidad que puede

atravesar las paredes.

Ojalá la protección del Señor esté con todos nosotros.

Sinceramente

Rev. C. Verey.

—Una llave duplicada —dijo Albert Einstein.

Joyce levantó los turbios ojos detrás de las gruesas gafas, con una lenta sonrisa amaneciendo en ellos.

—Qué parecidos somos —comentó—. También ése fue mi primer pensamiento.

—Es un sencillo proceso —continuó Einstein—. Si se desea aterrar a un anciano fanático religioso como ese Reverendo Verey, basta con conseguir unos cuantos asistentes adecuados: el enano, el confederado oriental, el hipotético pájaro de inusual tamaño (incluso podría haber valido una cometa de cartón o algo semejante); pues ya el decorado se presta a las más locas ideas. Entonces, una noche oscura, muy quedamente, se va a la iglesia y se echa un poco de cera líquida en la cerradura. En pocos momentos, la cera se solidifica. Cuidadosamente, se saca y se consigue un duplicado de la llave. Cualquier herrero habilidoso lo conseguiría. Y ya se tiene: el escenario de un milagro.

Joyce, liando un cigarrillo, sonrió a Babcock.

—¿Bien, Sir John?

—En efecto, bien —respondió sir John—. Aunque mis creencias son más místicas que las suyas, caballeros, yo mismo no carezco de inteligencia. También yo he pensado en la explicación del duplicado de la llave e, incluso, escribí al pobre Verey para sugerírselo.

Einstein volvió a encender la pipa, aspirando pensativamente.

—Dígame lo que le respondió.

—Bueno —empezó Sir John con cuidado—, las objecciones fueron las siguientes. Primera, la propiedad Verey incluye la iglesia, la casa y un pequeño prado en el que apacientan cabras, cerdos y una familia de caballos. Nadie se ha acercado por allí después de oscurecer, dice Verey, sin que los perros dieran aviso, inquietando a la totalidad de los animales y creando un estrépito tan grande que se despertaba toda la familia: Verey, su esposa, Annie, y su hermano mayor, Bertran.

«Ahora caballeros, aparten sus suposiciones sobre lo anterior y conciban a un ladrón profesional capaz de moverse con el legendario silencio de los indios apaches, atravesando el prado y haciendo un modelo de cera, como han sugerido. La luz, efectivamente, es pésima; pero reconozco que tan improbablemente habilidoso ladrón puede existir.

»Muy bien —prosiguió Babcock—. Nuestro hombre tiene el duplicado de la llave. Vuelve aquella lluviosa noche de sábado y otra vez consigue pasar entre los animales sin despertar ni a una mosca. Entra en la iglesia y comete el brutal y blasfemo acto. Luego, se va. Muy bien. El único problema es que el Reverendo Verey detecta, en cuanto descubre el horror del altar, que no hay más huellas que las suyas en el lodo cercano a la puerta de la iglesia. Al parecer, nuestro bandolero no sólo se mueve por la granja sin despertar a los animales, en dos noches distintas, recuerden —una, cuando hizo el molde; otra, cuando volvió para el sacrificio satánico—, sino que, además, en la segunda ocasión, cruzó el patio sin dejar huellas en el barro. —Sir John sonrió disimuladamente—. ¿Cómo explica todo esto el Librepensamiento, mis escépticos amigos?

ACCION	SONIDO

INTERIOR. IGLESIA DE VEREY. DE DIA. PLANO SUBJETIVO EN MOVIMIENTO.

La CAMARA se mueve espasmódicamente hacia la puerta.	Fuertes latidos.

DESDE LA PUERTA DE LA IGLESIA DE VEREY, MIRANDO HACIA AFUERA. PLANO LARGO SUBJETIVO.

Lo que ve VEREY: el patio, con unas huellas — las suyas— acercándose a la puerta.	Tambores vudú.

Einstein examinó la pipa pensativamente y se puso a limpiarla con cuidado. Su rostro se mostraba impasible.

—Ese hermano mayor, Bertran —dijo, mirando atentamente en las cenizas de la pipa como Sherlock Holmes buscando una pista—, hasta ahora no es nada más que un nombre. No sabemos nada de él.

—Ah —exclamó Joyce—, busca a un confederado conspirador dentro de la casa. Muy astuto, Profesor. Si uno de cada tres hermanos puede ser un renegado, ¿por qué no dos? Acuérdese de mi teoría de Hamlet, de la que le he hablado a menudo. Puedo considerar incluso un posible escenario si la casa y la iglesia se encuentran lo bastante cerca. El siniestro Bertran, como un D'Artagnan de las Tierras Altas, cruza el tejado de la casa, salta al de la iglesia, y se descuelga cabeza abajo hasta la puerta. Algo muy atlético para el hermano mayor del Reverendo Verey, quien, por lo que he oído, tiene ya sesenta y dos años. Poco verosímil, aunque no imposible, como Holmes nos recuerda tan a menudo: «Cuando se ha eliminado lo imposible, lo que quede, por improbable que sea, ha de ser verdad». Sin embargo, tristemente, tengo que informarle, Profesor, que no puedo creerlo por el momento.

—Un globo —dijo Einstein pensativo, rebuscando tabaco fresco. [Un caso de nueve pipas, pensó Joyce.]—. Un globo pequeño, lleno de helio, con una barquilla para uno o dos pasajeros, como los que se ven en las ferias. No —añadió—, no se preocupen por mí. En este momento estoy reuniendo los indicios. El globo es posible, pero me cuestra más trabajo creer que nuestro intruso descendiera del cielo con él sin alarmar a todos los animales que el que pudiera travesar las paredes. Creo que nos las vemos con un astuto grupo de conspiradores. Llegar al fondo de todo esto pondrá a prueba todas mis facultades analíticas.

—Si —añadió Joyce taciturno— es que llegamos al fondo.

—O del relato —replicó Einstein—. Necesitamos conocer más hechos antes de aventurar cualquier conclusión.

Dijo el vicario «Gracioso/Es el hermano Ignatius». Sí: finalmente, lo estoy haciendo. Ed eran duo in uno. Sí.

—¡Naturalmente...! Sigamos con la historia —dijo Joyce, sonriendo para sus adentros.

DE SAPIENTIA ET STULTITIA

Esperando con creciente impaciencia el regreso de Jones de París, y esperando también con temor y presentimiento los subsiguientes eventos del Loch Ness, Sir John empezó a estudiar el Libro Cuarto de Crowley. Efectivamente, era una sencilla y mundana explicación de las artes y ciencias ocultas... al menos en los primeros capítulos.

Crowley empezaba rechazando la Fe y la Razón como respuestas finales al misterio

de la existencia: la Fe porque era una Fe en un dios equivocado, una iglesia equivocada y un maestro equivocado; la Razón porque con ella no se podía llegar más allá de las permutaciones y combinaciones de sus propios axiomas. Sólo quedaba el método de la Experimentación, y Crowley definía cada sistema de verdad oculta como una técnica de Experimentación fisiológica y neurológica en la que la conciencia se multiplicaba y la evolución se aceleraba.

Todo aquello, descubrió Sir John, provenía de las enseñanzas del Amanecer Dorado, y —para dar lo que se les debe a los demonios— Crowley tenía capacidad para explicarlo con maravillosa claridad y precisión científica.

El Libro Cuarto llegaba a explicar las técnicas del yoga como experimentos fisiológicos.

Asana, la retorcida gimnasia que Sir John había aprendido tan dolorosamente a partir de Jones, era simplemente un método para que el cuerpo lograse la máxima relajación sin necesidad de dormir. Pranayana, la técnica especial yogi de respiración, seguía diciendo Crowley, era un método para mantener las emociones bajo el control de la Voluntad. Sir John volvió a encontrarse admitiendo a regañadientes que el Enemigo mantenía el tono necesario para aclarar las artes ocultas científicamente.

La primera nota siniestra se encontraba en la discusión de yama y niyama, castidad y autocontrol. Crowley denunciaba todas las enseñanzas tradicionales sobre estos temas como supersticiosas, perniciosas y superfluas; en su lugar, ofrecía la divisa anarquista: «Que el estudiante decida por sí mismo qué forma de vida, qué código moral, excitará menos su mente». Sir John descubrió la insidia de todo aquello: mientras pretendía ser objetivamente científico, abría la puerta a cualquier sistema de moralidad o amoralidad que pudiera preferir el lector.

Cuando Crowley llegaba al ceremonial mágico, lo explicaba con ayuda del yoga. La mente sola, decía, no puede comprender su propia trascendencia, ni siquiera con las técnicas del yoga, hasta que la Voluntad no se convierta en un arma capaz de mantener una absoluta dictadura sobre las voraces emociones del cuerpo y las costumbres mecánicas. Cada técnica de magia, explicaba Crowley, constituía simplemente un truco o una artimaña para ayudar al estudiante a desarrollar la autotrascendente Voluntad. Las consideraciones morales acerca de la manipulación de aquella Voluntad eran totalmente ignoradas, percibió Sir John; la perversidad del sistema de Crowley parecía cada vez más evidente.

Y entonces Sir John llegó al capítulo de Mamá Ganso.

«Cada rima de las nanas contiene profundos secretos místicos», empezaba diciendo Crowley afablemente, con el mismo tono racionalista del resto del tratado. Ofrecía un ejemplo:

La vieja Madre Hubbard
Iba a la alacena
para darle un hueso al perro...

Crowley facilitaba la clave de aquel verso místico aduciendo:

> *¿Quién es la anciana y venerable madre de la que se habla? Realmente, no es otra que Binah, como resulta evidente por el empleo de la letra sagrada H, con la que empieza su nombre.*

Sir John se quedó mirando la página, estupefacto. Aquello, maldito fuese aquel hombre, era Cabala de lo más plausible. Binah era el aspecto oscuro y secundario de Dios, coigual a Chockmah, la primariedad de la Divinidad o aspecto racional. Y Binah se simbolizaba usualmente como una anciana, lo mismo que Chockmah era simbolizado por

un anciano de barba blanca. Los cabalistas enseñaban que las mentes vulgares comprenderían tan sólo el aspecto masculino o patriarcal de la Divinidad, pero que el primer paso hacia la Iluminación consistía en comprender, por intuición directa, su Más Alto femenino y pasivo aspecto. Hé era la segunda letra del Nombre Divino, Yod Hé Vau Hé, identificada con el aspecto secundario de la Divinidad, pues Hé significa ventana y simboliza la matriz. Crowley jugaba alguna broma cabalística muy complicada, por decir algo ligero sobre el particular. Con sorpresa, Sir John siguió leyendo:

> *Y, ¿quién es el perro? ¿Acaso no es el nombre de Dios pronunciado cabalísticamente al revés? ¿ Y el hueso? ¡El hueso es la Vara, el Lingam sagrado!*
>
> *La interpretación completa de la runa está a nuestro alcance. La rima es la leyenda del asesinato de Osiris a manos de Tifón.*
>
> *Los miembros de Osiris fueron arrojados al Nilo.*
>
> *Isis los buscó por todos los rincones del Universo, y encontró todos excepto el sagrado lingam, que no ha sido hallado hasta recientemente.*

Aquello no sólo era un ejercicio de Cabala, sino también de mitología comparada. Isis, descubrió Sir John con temor, encajaba realmente en el simbolismo del perro, pues solía identificarse con la Estrella perro, Sirio. Pero también era una burda parodia de la Cábala querer encontrar todo aquello en la Mamá Ganso.

Igualmente, Crowley llegaba a explicar el significado místico profundo de Little Bo Peep (Buda bajo el árbol bó) y su corderillo (el Cordero, el Salvador); en Little Miss Muffet (Malkus, el mundo de la ilusión) y la araña (la Muerte, la gran ilusión); y así sucesivamente, pasando por Little Jack Honer, Humpty Dumpty y todos los demás.

El Libro Cuarto, que empezó como el más claro y empírico volumen de misticismo que Sir John hubiera visto, se había transformado en una enorme broma práctica para el lector. Sir John recordó la tensa observación de Víctor Neuberg: «Ningún hombre viviente comprende, o puede comprender, a Aleister Crowley, pero los que valoren su salud no deben acercarse a él».

Cuando Mr. George Cecil Jones volvió de sus vacaciones en Francia, Sir John se apresuró a reunirse con él para contarle la saga entera de Lola Levine, Nubes Sin Agua, El Gran Dios Pan y el gato muerto del Rev. Verey.

La cita tuvo lugar en casa de Jones, en el Soho de Londres. Jones le presentó a su esposa y a sus hijos —una encantadora y normal familia inglesa— y, acto seguido, se retiró junto con Sir John a un estudio lleno de estantes cargados de libros que llegaban del suelo al techo.

—Ha estado usted en contacto con los espíritus de los Abramelins —dijo Jones.

—No —contestó Sir John, procurando que su nerviosismo no pudiera ser detectado.

—Bien, en ese caso, ellos se han puesto en contacto con usted —replicó Jones—. Cuéntemelo todo. —Se sentó con el rostro atento pero impasible, como si se encontrase en una reunión de negocios en su empresa química, mientras Sir John relataba la historia completa. A su alrededor podría haber una docena de velas, en candelabros de bronce y varias más en las palmatorias de las paredes, de modo que la habitación resultaba brillantemente iluminada; pero Sir John detectaba que cada movimiento en las sombras era un bosquejo de oscuros presentimientos.

—Bien —dijo Jones cuando terminó el relato de Sir John—, ciertamente, ha padecido una situación muy desagradable—. ¿Tiene usted miedo?

—El miedo es el fracaso y el prólogo...

—Lo sé, lo sé; eso es lo que tenía usted que creer —le interrumpió Jones—. La pregunta es: en este momento, ¿cuánto cree?

—Tengo mis momentos de inseguridad —confesó Sir John.

—¿Sólo momentos? ¿No horas o días enteros?

—Momentos —respondió Sir John—. Pienso que, entre la técnica del pranayana y el Ritual de Destierro del Pentáculo, he aprendido a vencer cualquier estado emocional negativo antes de que pueda apoderarse de mí.

—Eso es lo que, al menos, se espera que consiga en el grado de Practicante —replicó Jones—. Sin embargo, si pudiera usted pasar por mayores pruebas... si, digamos, consigo que un cirujano amigo mío le admita como observador mientras practica una operación o una autopsia... o si, recurriendo a los adecuados contactos gubernamentales, logro que le permitan asistir a un ahorcamiento en la Prisión de Newgate... ¿seguiría usted como Buda, con la mirada clara, sin miedo o aversión?

—No enteramente —admitió Sir John—. Pero he alcanzado el grado suficiente de alejamiento de las emociones del cuerpo que puedo garantizar que no me desmayaría o me pondría enfermo.

Jones se levantó y empezó a pasear por la habitación, tan silencioso e inescrutable como una pantera enjaulada.

—Supongamos —dijo finalmente— que le llevo a dar una vuelta por París y le conduzco a uno de esos clubes, de los que habrá oído rumores, en los que se celebran orgías sexuales para diversión de los espectadores. ¿Se mostraría usted como Buda, con la visión clara, sin asaltos de lascivia y sin que afloraran los reflejos condicionados de horror de la educación victoriana?

Sir John miró la chimenea mientras los sermones que hablaban del infierno cruzaban por su mente.

—No —dijo roncamente— Pienso que me alteraría tanto el deseo como el desagrado.

Jones sonrió tranquilizador.

—Por lo menos, es usted honesto —respondió simplemente. Dejó de pasear, se acercó una silla a la de Sir John y, en voz baja, preguntó—: ¿Tengo que decirle que tome el siguiente tren hacia Inverness y vaya a casa del Reverendo Verey para poner en práctica el gran ritual de exorcismo que expulsará a las fuerzas que amenazan tan desgraciado hogar?

El corazón de Sir John le saltó en el pecho.

—No puedo hacerlo —dijo, miserablemente—. No confío lo suficiente en mí mismo ni en mi control sobre las fuerzas astrales.

Jones se rió, y palmeó al joven en el hombro.

—Excelente, muy bien —exclamó inesperadamente—. Ha llegado usted muy lejos en este aterrador asunto —continuó, con los ojos llenos de cálida admiración—, y he de reconocer que mis sentímientos se dividen entre mi más sincero reconocimiento por su valor y mi más intensa desaprobación por su temeridad. Si hubiera asentido ante mi sugerencia sobre el exorcismo, habría llegado a la conclusión de que usted no sólo es temerario, sino un ejemplo de los peores casos de autoconfianza que he conocido más cercanos al bíblico pecado del Orgullo. Nadie con el grado de Practicante debería intentar lo que le he sugerido. Ejecutar adecuadamente un exorcismo requiere haber llegado, por lo menos, al grado de Adepto Mayor.

Sir John respiró profundamente, aliviado.

—Gracias —dijo, queriendo decir mucho más de lo que significaba la palabra.

—Pensaré en todo esto durante la noche —añadió Jones—. Quizá consulte con mi Superior en la Orden, aunque espero que no sea un asunto tan serio. Creo que podría tratarse tan sólo de una malvada travesura.

Sir John se levantó violentamente.

—Una travesura muy malvada —objetó.

—Oh, ciertamente —reconoció Jones—. Pero cálmese un poco y piense en todo esto de un modo más racional. ¿Me ha visto alguna vez levitar o atravesar las paredes? ¿Se imagina que puedo hacer tales cosas y que las oculto por modestia? Le aseguro que tales

siddhis, como los hindúes llaman a este tipo de poderes, son muy raros y, fundamentalmente, una desviación de la Gran Obra. Que un grupo de libertinos satanistas se encuentren muy adelantados en los siddhis parece simplemente absurdo, Sir John. Usualmente, tienen personalidades amplificadas, no poderes amplificados. La verdad es que en todo lo que me ha contado se intuye mucho mal, pero también se detecta mucha truculencia y la más completa fanfarronería. Déjeme pensar en ello con calma.

DE CLAVICULA SOMNIORUM

Aquella noche, una vez más, los sueños de Sir John fueron bestiales y aterradores. Lola, Lola, Lola estaba en cualquier parte de las gnómicas cavernas del Sueño. El viejo Celine guiaba a Sir John por algún oscuro e hispánico tipo de pinacoteca y llegaba finalmente ante La Maja desnuda: el rostro del cuadro era el de Lola, y sus ojos parecían vivos, mirando en el alma de Sir John con obscena burla.

—Espera —dijo Celine, mirando el objeto—, es sólo Arte...

Pero sir John corría por un jardín y pasaba bajo un árbol a cuyo alrededor se enrollaba una serpiente con forma de ligas del tamaño de una pitón: bajo el árbol, desnuda y burlona, Lola le llamaba: «Mira si está caliente el té». NO PASAR decía un cartel, «C.O.Ñ.O. está caliente», decía un eco. Se encontraba en el Museo Boulak, en El Cairo (¿dónde estaba Celine?) y una antigua estela que se alzaba ante él mostraba a Horus, con cabeza de halcón, un globo alado y a la desnuda diosa Nuit. El Cirujano Peel cantaba:

Sacerdotes vestidos de negro hacen visitas
Asfixiando con zarzas nuestras alegrías y deseos

—Mirad al Cirujano Peel —decía el Cirujano Talis.

Sir John se encontraba en Santa Sofía, en Constantinopla, examinando la intrincada joyería de un crucifijo ortodoxo oriental.

—Habla —pidió Sor Loin—, di si eres Kay. —Y Sir John veía que las iniciales I.N.R.I. iban seguidas por una pequeña anotación"

Ipsum Nomen Res Ipsa
[Comedlo con catsup]

—El nombre es el propio objeto —tradujo Sir John—. ¿Qué quiere decir eso?

La cruz se convertía en el cuerpo de Lola, con los brazos abiertos, brillando como si fuera de oro.

—Yod: Isis: Virgen Madre, —dijo, hermética—. El semen del alba.

—Nun: Muerte. Apophis, el Destructor —dijo el viejo Verey morbosamente—. Sir Talis al mediodía.

—Yod: Isis: Virgen Madre —repitió Lola—. ¡Comedio con catsup!

—Isis: Apophis: Osiris: ¡IAO! —gritó una voz como un trueno.

EL NOMBRE ES EL PROPIO OBJETO, escribió Sir John apresuradamente en su diario: era demasiado importante como para olvidarlo.

Y amaneció. Los pájaros cantaban en el exterior, la luz del sol se derramaba como una cascada de oro por las ventanas; y Sir John se preguntó si se acercaría más a la realidad final por mediación de la consciencia ordinaria o por el gnómico simbolismo de sus sueños. Registró toda la visión en el diario mágico antes de perderla y luego bajó a desayunar todavía rumiando el Ipsum Nomen Res Ipsa: El Nombre Es El Propio Objeto. I.N.R.I.: Isis, Apophis, Osiris: IAO.

El correo de la mañana incluía un paquete de extraña forma enviado por la Sociedad

para la Propagación Religiosa, Inverness, Escocia. Sir John lo abrió mientras se sentaba a desayunar y encontró que contenía una carta de Verey y una cilindrica grabación fonográfica. Se dirigió en primer lugar a la carta.

La letra de Verey parecía alterada, difícil de leer en algunos párrafos. Empezaba sin formalidad alguna:

Querido Sir John:

Lo peor ha ocurrido. Apenas puedo recuperarme lo suficiente como para escribir un relato detallado. Dios nos ayude.

La noche antepasada, el zumbido y las risas de las criaturas horribles que últimamente acechan este desgraciado lugar se hicieron más aterradoras que nunca. Decidí grabar esos sonidos, para que otros pudieran oír y juzgar si es sólo en mi imaginación donde las cosas con alas de murciélago balbucean con voces humanas. Ahora, no se me ocurre más uso para el cilindro que enviárselo a usted. Otras personas, estoy seguro, lo rechazarían, diciendo que estoy loco; al volverlo a oír he descubierto que ni siquiera yo estoy seguro de haber estado en el escenario cuando se grabó.

Pero he conocido un horror mucho peor.

En el correo de ayer vino un paquete para mi hermano, Bertran. Observé que el remitente empleaba la abreviatura M.M.M., que no me dijo nada salvo que me sorprendió. Bajo aquellas iniciales figuraba una dirección de la calle Jermyn, en Londres, aunque no recuerdo el número.

Mientras yo leía mi propio correo, Bertran se dirigió a la biblioteca para abrir el paquete. Tras unos momentos me alarmó un sonido que, supongo, habrá oído poca gente; al principio, no pude decidir si era risa o llanto. Luego descubrí que era risa provocada por cierta locura histérica. Me dirigí a la biblioteca, pero, ay, era ya demasiado tarde.

Dios mío, Sir John, cuando entré en la habitación, Bertran tenía un rifle de caza apoyado en la cabeza. Le grité: «¡Alto», y me abalancé hacia adelante, pero él se limitó a mirarme con ojos aterrados y locos y apretó el gatillo. Veo ahora mismo la desagradable imagen de su nuca explotando y... los detalles son demasiado insoportables como para escribirlos. Me gustaría saber cómo los policías y los médicos pueden acostumbrarse a ver tales cosas sin enloquecer ellos mismos. Ciertamente, debí perder la razón durante unos momentos; recuerdo que me senté en el suelo, sujetando el cuerpo muerto de Bertran en mi regazo lo mismo que si fuera una madre abrazando a su hijo, llorando. Pienso, con una irrelevante pero terrible emoción, que los escritores de «misterio» no saben de lo que escriben y que cometen una atrocidad plasmando escenas como aquélla para procurar simple entretenimiento. Dios mío, yo [palabra incomprensible] obra de Satanás.

Empecé a buscar el paquete que, evidentemente, había disparado aquella inexplicable crisis de suicida melancolía. Vi fuego en la chimenea, que estaba apagada antes de que entrase Bertran, e hice la correcta deducción. Aunque lo intenté, ya era demasiado tarde para salvar una sola partícula de las llamas. Sólo vi que el objeto había sido un libro o algo así... aparentaba tratarse de un pequeño volumen.

He tenido que despistar al comisario y enviar todo esto lo mejor que he podido. Si encuentra a algún M.M.M. en la calle Jermyn, Sir John, por amor de Dios, no le ponga sobre aviso pero, por favor, infórmeme si encuentra alguna pista.

Esperando sus noticias,

Sir John se dio cuenta de que el huevo escalfado y el jamón se le enfriaban en el plato. No sabía cuánto tiempo llevaba sentado, mirando al vacío y con la carta caída en el suelo a su lado. Arrulladoras palomas canturreaban al otro lado de la ventana. Se encontraba en el universo real y tangible, y las fuerzas de la magia y la pesadilla también actuaban allí, no sólo en los reinos de los sueños astrales.

—No fue suicidio —dijo en voz alta, sin darse cuenta de que sucumbía a los síntomas de hablar consigo mismo—. Fue asesinato.

—M.M.M., quién o qué fuese, había enviado a Bertran Verey un libro que le llevó a la conclusión de que era mejor morir que continuar viviendo en este universo.

Sir John recordó entonces la grabación fonográfica del «zumbido y las risas» que mencionaba en la carta. Entumecidamente, como quien anda dormido, llevó el cilindro a la sala de música y lo insertó en el fonógrafo.

Lo que escuchó —las voces de las criaturas que afligían el Loch Ness— fue una parodia insectoide del habla humana.

[Sonidos zumbantes e ininteligibles]
[Ladra un perro con los chillidos de un animal asustado]
VOZ DEMENTE FEMENINA
¡Infiernos! ¡Infiernos! ¡Todo el infierno está aquí!
VOZ MASCULINA
No hay escape, no hay escape, no hay escape, no hay escape, no hay escape, no hay escape...
[la voz degenera hasta convertirse en un zumbido subhumano]
SEGUNDA VOZ MASCULINA
Está bien. Está bien. Está bien.
VOZ ASEXUADA DE MAQUINA
Todos se volverán locos en la casa.
VOZ DEMENTE FEMENINA
Sí, todos se volverán locos. Charlie y Bertie y Annie se volverán locos.
VOZ MASCULINA
[cantando]
Charlie se vuelve loco, Charlie se vuelve loco, Charlie se vuelve loco...
TERCERA VOZ MASCULINA
¡Ya llegan las cucarachas gigantes!
VOZ BESTIAL
Llegan las hormigas...
VOZ DEMENTE MASCULINA
Llegan los centípedos...
VOZ DEMENTE FEMENINA
¡Ni esposa, ni caballo, ni bigote!
TERCERA VOZ MASCULINA
Sangre, bastardo, te enseñaré a lo que sabe.
VOZ BESTIAL
¡Mosquitos muertos! ¡Matan mariposas en las calles!
[Sonidos ininteligibles]
[Trueno]
VOZ MECANICA
Una parte cloruro de sodio y una parte ligas...
TERCERA VOZ MASCULINA

[cantando]
De los abismos del espacio, de los oscuros planetas, de las estrellas que brillan malignas... [ininteligible]
... la cripta de los Devoradores Ciegos, el valle maldito de Pnath, El Que No Tiene Nombre...
VOZ BESTIAL
Quieres un coño, Charlie, quieres un coño.
VOZ DEMENTE MASCULINA
En las Boscosas Tierras del Horror, un extranjero se detiene para derramar una lágrima.
VOZ DEMENTE FEMENINA
¡Henry Fielding escribió Tom Jones y será maldito por remover mis huesos!
TERCERA VOZ MASCULINA
Todos a bordo para la Tierra de los Elfos. Compruebe su mente en la puerta.
VOZ BESTIAL
Charlie se vuelve loco, Charlie se vuelve loco, Charlie se vuelve loco...
[El perro vuelve a aullar aterrorizado]
VOZ MECANICA
Esto está bien: tú estás equivocado. Esto está bien: tú estás equivocado.
Esto está bien: tú estás equivocado.
VOZ ZUMBANTE, APENAS HUMANA
¿Quién quiere nadar conmigo?
TERCERA VOZ MASCULINA
¡Io Pan! ¡Io Pan Pan! ¡Te adoro, Evoe! ¡Te adoro, IAO!
VOZ DEMENTE FEMENINA
Sí, mi coño, Charlie. Quieres mi coño.
CUARTA VOZ MASCULINA
... al Chivo Negro de los Bosques, al altar de setenta mil peldaños que descienden a las profundidades de la tierra y a la Abominación de las Abominaciones...
VOZ DEMENTE FEMENINA
¡Magna Mater! ¡Magna Mater! ¡Atys! Dia ad aghaidh's ad Adoin! Agus bas dunach ort!

La grabación se detuvo abruptamente. Sir John se sentó asombrado, sabiendo que había oído las voces de la insana pesadilla desatada en la parte más oscura de la fantasía humana y el miedo: asumiendo sustancia real insuficiente para atormentar al pobre Verey y la justa para impresionar el cilindro. La interpenetración de los mundos del sueño y la realidad era completa.

Las palabras de Arthur Machen en El Gran Dios Pan acudieron a su mente: «Debe haber alguna explicación, alguna salida del terror. Porque, amigo mío, si eso fuese posible, nuestra tierra sería una pesadilla.»

ACCION	SONIDO
INTERIOR. DE NOCHE. UN BAILE DE MASCARAS. PLANO LARGO EN MOVIMIENTO.	
La CAMARA cruza entre los bailarines —entre los que se encuentran YEATS, TROTSKY, HITLER y BERTRAND RUSSELL— hasta que llega a una Figura vestida con Hábitos.	El Vals de La Viuda Alegre. El de los Hábitos: «¡Oh, león-sol-serpiente que bajas junto con los demonios de la noche! ¡Te adoro, Evoe! ¡Te adoro, IAO!»

George Cecil Jones soltó la carta de Verey. Le temblaba la mano.
—Dios mío —dijo.
Se encontraban en el estudio de Jones; Sir John pudo apreciar, incluso a la luz de las velas, lo pálido que estaba el químico.
—¿Sabe usted algo de estas M.M.M.? —preguntó.
—Naturalmente —respondió Jones—. Es una librería. Mysteria Mystica Maxima: Libros de Ocultismo y Mística de Todos los Tiempos; en el 93 de la calle Jermyn.
—Sí, Verey dijo que la dirección era la calle Jermyn... pero una librería?
Jones sonrió levemente.
—¿Esperaba algo así como un templo satánico con gárgolas gesticulantes? Como librería de ocultismo es tan buena como cualquier otra... si la presa es la búsqueda individual de secretos místicos y el objetivo ir del sendero de la luz al de las tinieblas. ¿Se imagina usted que Scotland Yard se iba a dedicar a investigar una librería en una tierra como la nuestra, tan llena de derechos y libertades constitucionales? Oh, una librería es una trampa ideal para tontos... —Sacudió la cabeza, cansino—. La Mysteria Mystica Maxima es una criatura que estudiamos con interés en el Amanecer Dorado desde su inauguración, hace dos años. Posee una cantidad notable de libros místicos de todas las tradiciones, pero muchos más volúmenes de Aleister Crowley que de ningún otro autor. Ocasionalmente efectúan presentaciones, por lo general de Mr. Crowley.
—¿Era Lola Levine una de las amantes de Crowley?
—Lo era —respondió Jones—, y me imagino que aún lo es.
—¿Es la misma Lola de Nubes Sin Agua?
—No tengo la menor duda.
Sir John saltó de la silla y se plantó antes Jones.
—¡Por Dios! —gritó—. ¡Un hombre ha enloquecido por un libro! Se ha cometido un asesinato... un asesinato que, probablemente, nunca se demuestre en un juicio, pero, con todo, asesinato. Criaturas con alas de murciélago que se ríen y hablan como ilusiones de la locura... malignos enanos de la mitología celta... cosas monstruosas... el horrible sacrificio en el altar... Jones, Jones, deje de ser el inescrutable profesor: es demasiado tarde. Dígame con palabras sencillas, por amor de Dios, a lo que nos enfrentamos.
—Siéntese —le pidió Jones tranquilamente— y deje de jadear. Le voy a contar todo lo que sabemos. Le ruego que crea que no nos dedicamos a los mercaderes de misterio por su propio bien. Los principiantes no conocen toda la verdad, lo mismo que los soldados no tienen una idea clara de la batalla antes de dirigirse al frente.
Sir John se sentó.
—Lamento el arrebato —dijo sordamente.
—Era de esperar en las presentes circunstancias —replicó Jones, apaciguándole—. Ahora, seamos breves y precisos...
Pero Jones estuvo muy lejos de ser breve; de hecho, permaneció hablando durante casi dos horas.
La Francmasonería, le dijo Jones, empezó con los Caballeros Templarios, como sir John argumentase en su libro Los Amos Secretos. El que los historiadores no masones considerasen la historia del origen de la masonería como un mito, era debido a que sólo conocían los rituales y enseñanzas de las órdenes masonas públicas: el Libre y Aceptado Rito Escocés y el Arco Real. Los que estaban al tanto de los secretos de las órdenes más arcanas, como la Brethren de la Rosa Cruz y el Amanecer Dorado, podían ver fácilmente, siguió Jones, la continuidad directa desde los Caballeros Templarios hasta el presente.
Por otra parte, continuó, existían, desde la destrucción de los Templarios por la Sagrada Inquisición en 1314, dos tradiciones distintas de Francmasonería mística, cada

una de las cuales denunciaba a la otra por falsa y absurda.

—Sí —dijo Sir John—, creo saber lo que quiere decir. Los que aceptan la culpabilidad de los Templarios y los que la rechazan.

—Precisamente —confesó Jones. Se levantó para echar más leña al fuego y continuó hablando, pensativo.

Los cargos contra los Templarios, le recordó Jones a Sir John, incluían la blasfemia, perversiones sexuales y magia negra. Todos los historiadores reconocen que estas acusaciones fueron lanzadas por Felipe II, rey de Francia, para hacerse con las enormes riquezas de los Templarios. Pero no hay dos historiadores que estén en total acuerdo acerca de la veracidad de los cargos. Todo el asunto es mucho más complicado de entender debido al inconsistente comportamiento de Jacques de Molay, Gran Maestre del Temple.

—Su comportamiento —interrumpió sir John— es dolorosamente claro para cualquiera que haya investigado los instrumentos que la Inquisición empleaba en aquellos días para obtener las confesiones.

—Efectivamente —replicó Jones, sombrío—. El hecho es que de Molay dejó a su muerte una ambigua herencia. —Tras ser arrestado, confesó bajo tortura todos los cargos efectuados contra la Orden de los Templarios, incluyendo extremos tales como que escupían el crucifijo y todos los excesos sexuales imaginables. Llevado a juicio, de Molay repudió la totalidad de la confesión y declaró enfáticamente que sólo lo había admitido para escapar de las sádicas máquinas que la Inquisición empleaba en los interrogatorios. Le volvieron a torturar, confesó nuevamente, y fue juzgado por segunda vez sin más alteraciones de su testimonio. En la pira de la ejecución, antes de que encendieran las llamas, reafirmó apasionadamente su inocencia y la de la Orden Templaría, denunciando a la Inquisición y a la Casa Real Francesa, y —de acuerdo con algunas fuentes—, murió gritando: Vekam, Adonai!:¡Venganza, Señor!

«Cualquier historiador objetivo —prosiguió Jones—, pese a los prejuicios existentes contra la aseveración de que la Francmasonería está enraizada con las enseñanzas secretas de los Templarios, admitirá que todos los Templarios no fueron asesinados durante la gran purga de 1314. Efectivamente, existen documentos que prueban que las logias españolas de los Templarios no fueron perseguidas y siguieron actuando, mientras las logias francesas eran exterminadas sistemáticamente. Incluso las órdenes más abiertas de la Francmasonería, como el Rito Escocés, usan aún las últimas palabras que dijera de Molay — Vekam, Adonai! en las Iniciaciones de Tercer Grado, aunque la mayor parte de ellos no tengan mucha idea acerca del significado de las palabras o su origen.

Una continua serie de tragedias se cebó en el trono francés a lo largo de los siglos, siguió explicando Jones. Empezó con el asesinato de Felipe II, que denunció a los Templarios y se apropió de su fortuna; Felipe murió apuñalado un año y un día después de que de Molay fuera quemado en la estaca. El clímax se alcanzó con la decapitación de Luis XVI durante la Revolución Francesa. Todo ello fue obra de una logia de Templarios masones que seguían literalmente el grito vengativo que emitiera de Molay.

—Estaba en su ánimo —dijo Jones sombríamente—, tras abolir la monarquía francesa, derrocar a cada rey de Europa e, incluso, destruir el Papado.

Jones se puso a rebuscar entre sus libros y sacó un pergamino de impresión moderna.

—Este —dijo— es un documento de la logia de la que le hablo. Se llama a sí misma Ordo Templi Orientis —la Orden de los Templarios de Oriente— y es la propietaria de la librería del 93 de la calle Jermyn, Mysteria Mystica Maxima. Esto es un sumario conciso de las creencias de la falsa Masonería a la que en el Amanecer Dorado queremos oponernos y vencer.

Le pasó el pergamino a Sir John y éste leyó:

No hay más Dios que el Hombre.

El hombre tiene derecho a vivir según su propia ley.
El hombre tiene derecho a vivir como mejor le parezca.
El hombre tiene derecho a vestir como guste.
El hombre tiene derecho a vivir donde elija.
El hombre tiene derecho a viajar a donde quiera por la faz de la Tierra.
El hombre tiene derecho a comer lo que quiera.
El hombre tiene derecho a beber lo que quiera.
El hombre tiene derecho a pensar lo que quiera.
El hombre tiene derecho a hablar como quiera.
El hombre tiene derecho a escribir como quiera.
El hombre tiene derecho a moldear como quiera.
El hombre tiene derecho a esculpir como quiera.
El hombre tiene derecho a trabajar como quiera.
El hombre tiene derecho a descansar como quiera.
El hombre tiene derecho a amar como quiera, donde, cuando y con quien quiera.
El hombre tiene derecho a matar a cualquiera que contravenga estos derechos.

—¡Esto es la anarquía! —exclamó Sir John.

—Exactamente —aseveró Jones—. Es una declaración de guerra contra todo lo que conocemos como civilización cristiana.

—Es insidioso —observó Sir John—. Muchas personas de buenos sentimientos estarían de acuerdo en aspectos parciales. La incitación a la promiscuidad, al asesinato y la revolución han sido redactadas para que parezcan formar parte y facción de una filosofía integrista de libertad. Resulta particularmente atractivo para mentes jóvenes e impresionables.

—Mire otra vez la primera línea —pidió Jones—. La marca de la blasfemia: «No hay más Dios que el Hombre». ¿Ve usted cómo podría esta frase conducir a débiles mentes ateas hasta cierto tipo de misticismo humanista, y a los pobres místicos al ateísmo, actuando ambos en una trama de ámbito mundial para acabar tanto con los gobiernos civiles como con la religión organizada? ¿Puede comprender ahora cómo este ultraindividualismo llegó a atraer a mentes realmente buenas y corazones nobles durante las Edades Oscuras, cuando los gobiernos estaban basados en la tiranía y el motor principal de la religión era el satánico terrorismo de la Inquisición?

—Y las perversiones codificadas en Nubes Sin Agua son las mismas de las que acusaron a los Templarios —musitó Sir John—. La continuidad es innegable... a lo largo de seis siglos... ¿Realmente creen que tan viles e innombrables prácticas pueden hacer que la humanidad llegue al estado divino?

—Estas prácticas eróticas son el centro de muchos cultos —dijo Jones—. Las encontrará entre cierto tipo de alquimistas taoístas de China, entre los tantristas de la India, en los cultos mistéricos de Grecia y Egipto, entre ciertas sectas oscuras de sufíes de la Edad Media... de donde probablemente evolucionó este lado oscuro y diabólico de la Masonería, junto a la verdadera Masonería.

—Pero —exclamó sir John—, ¿cómo un hombre educado en el Amanecer Dorado, como lo fue Crowley, puede dar la espalda deliberadamente a todo lo bueno y unirse a esta perversión del verdadero Arte?

Jones suspiró.

—¿Por qué cayó Lucifer? —preguntó—. Orgullo. El deseo no de servir a Dios... sino de ser Dios.

Hubo un largo silencio durante el cual los dos hombres contemplaron el horror que se ocultaba detrás de las iniciales M.M.M.

Sir John fue el primero en hablar.

—¿Qué podemos hacer por el Reverendo Verey y su esposa?

—Sólo podemos hacer una cosa —respondió Jones, decidido—. Debemos enviarle un telegrama y apremiarle, con las más duras palabras, a que él y la Señora Verey viajen a Londres a toda prisa. Aquí, trabajando con los Jefes de nuestra Orden, podremos crear un escudo psíquico que los proteja. Si siguen en su solitario hogar de Loch Ness, nuevos horrores se lanzarán contra ellos. —Jones movió la cabeza apesadumbrado—. Debemos enviar un telegrama lo más duro posible —repitió—. Cualquier retraso por nuestra parte podría permitir que ocurriera una segunda tragedia.

DE FORMULA DEOR UM MORIENTIUM

Jones y Sir John estuvieron cerca de una hora componiendo el telegrama; eran casi las dos de la mañana cuando Sir John llegó a su casa, en la Mansión Babcock, totalmente exhausto.

Si tuvo malos sueños, fue incapaz de recordarlos, pues su mayordomo, Wildeblood, le despertó abruptamente a las siete de la mañana.

—No sabe cuánto lo siento, señor —dijo Wildeblood—, pero hay un caballero que insiste en verle. Se encuentra terriblemente agitado.

—¿A esta maldita hora? — refunfuñó sir John, buscando las zapatillas aún medio dormido—. ¿Quién demonios es?

—Un clérigo, señor. Dice llamarse Reverendo Charles Verey.

Sir John saltó de la cama, poniéndose la bata apresuradamente. Supo en su alma que el horror había vuelto a golpear en Inverness antes de que llegase el telegrama.

—Té, no —dijo—. Café... muy cargado. Y huevos y bacon para dos. En el invernadero.

Se lavó y se peinó rápidamente, sin molestarse en afeitarse. Monstruosidades con alas de murciélago... el maligno Pueblo Diminuto, considerado como pintoresco e inofensivo tan sólo por los ignorantes folcloristas de ciudad.. la Cosa del Loch Ness... ¿Qué nueva abominación había expulsado al fin al viejo Verey de sus amadas colinas de las Montañas?

Bajando las escaleras casi al galope, Sir John recibió dos impresiones simultáneas. El Rev. Verey era un jorobado (cosa que, naturalmente, no había mencionado en sus cartas...) y mostraba el rostro más ojeroso y trágico que Sir John hubiese visto hasta entonces.

Componiendo sus propios rasgos con gran dificultad, Sir John extendió una mano firme.

—A su servicio, señor —dijo con voz nivelada. Calma, calma, se pidió a sí mismo severamente.

El anciano tomó la mano de Sir John débilmente.

—Tiene ante sus ojos a un hombre destrozado —dijo, ronco—. Casi estoy a punto de desesperar de la bondad de Dios —añadió, sofocando un sollozo.

—Entre —le pidió sir John amablemente—. Debe estar tan agotado por el viaje como por el enfrentamiento con las fuerzas del mal. Desayunemos juntos y discutamos acerca de lo que hay que hacer. —Verey estaba tan pálido, observó, como si le hubieran pintado la cara para una escena de muerte del Ol Vic.

Los dos hombres, luchando por dominarse, se sentaron en el invernadero —donde Sir John conservaba una excelente colección de helehos, forsitias y dondiegos, entre jaulas de canarios y loros. Era, con diferencia, el comedor más luminoso de la mansión, y Sir John lo eligió por aquella misma razón. Desgraciadamente, uno de los loros había retenido una frase muy poco delicada de uno de los obreros que colocaran nuevos estantes la semana anterior.

—¡Levanta tu jodido extremo, Bert! —gritó el ave cuando Sir John acomodaba al

anciano sacerdote a la mesa.
—¡Silencio! —gritó Sir John, olvidando que, en tales ocasiones, lo mejor es olvidarse del loro.
—¡Levanta tu jodido extremo, Bert! —repitió el pájaro, animado por la atención prestada.
—Lo siento —dijo Sir John tontamente—. Lo habrá aprendido de algún obrero.
—No importa —respondió Verey, ausente—. Annie ha muerto. —Se quedó mirando la mesa, como si no pudiera decir nada más.
[¡Levanta tu jodido extremo, Bert!]
—¿Annie? —preguntó Sir John gentilmente—. ¿Su esposa?
—Sí —gritó Verey—. Annie, mi esposa. Mi compañera durante cuarenta años. Mi tesoro, mi cielo en la tierra. —Sir John también miró la mesa, sin querer fijar la vista en el anciano arrasado por las lágrimas.
—Café, señor —dijo Wildeblood, apareciendo de improviso entre los helehos—. La comida estará lista en un momento.
—Tome, Reverendo, tómelo caliente y sin leche —dijo Sir John—. Le estimulará y le dará nuevas fuerzas. No puedo decirle cuánto... lo que siente mi corazón en este momento... no tengo palabras...
¡Levanta tu jodido extremo, Bert!
—¡Wildeblood! —exclamó Sir John—. ¡Llévate a ese maldito... a ese pájaro loco a cualquier parte!
—Muy bien, señor. —Wildeblood salió llevándose la jaula.
—Hola. Hola —chillaba el pájaro mientras se lo llevaban—. Puto loco. Puto loco.
—No sabe cuánto lo siento —empezó de nuevo sir John, descubriendo que se repetía —. ¿Qué es lo que... qué paso? —preguntó—. Abrame su pecho, señor.
—Fue el día después de la investigación sobre Bertran. —dijo Verey, átonamente. [Todavía está impresionado, pensó Sir John.]—. No le dije nada a Annie sobre el paquete que desquició la mente de Bertran... ¿para qué darle más quebraderos de cabeza? ¡Oh, qué loco fui, qué ciego, qué ignorante...! Si ella lo hubiera sabido... si la hubiera advertido...
—Contrólese —le pidió Sir John amablemente.
—Sí, claro. Lo siento. — [Las víctimas de las peores tragedias, pensó Sir John, siempre lo lamentan por los demás, como si se avergonzasen por la deuda de piedad que les debemos...]—. Fue otro paquete —prosiguió Verey—. No me di cuenta de la llegada del correo. Estaba en el estudio, rezando... pidiendo la intervención divina para que El detuviera a aquellos diabólicos seres que afligían a mi familia. Como Job, quería saber que Dios me oía y la razón que tenía para que el Adversario lanzase aquellas crueldades contra nosotros. No lo sé... Creo que estaba rezando y llorando. Bertran fue uno de los hombres más valientes que haya conocido, y no me imagino qué es lo que le pudo llevar a cometer la cobardía, el anticristiano acto del suicidio. ¿Cuál era aquel libro tan condenable? A menos que lo hubiera compuesto yo mismo. Dije, «Hágase Tu voluntad, Padre, no la mía», y decidí refugiarme en mi fe a pesar de todo. —Los atormentados ojos de Verey miraron a Sir John como si el clérigo fuese un animal herido—. Fue entonces cuando escuché el horrible sonido por segunda vez en mi vida... la risa de la locura histérica.
Sir John palmeó el abombado hombro del anciano.
—Valor —dijo cordialmente.
—Corrí a la cocina —continuó Verey, con voz átona e indiferente, impresionado—. Había arrojado algo al fogón, y pude ver que era un libro. Incluso conseguí leer las sílabas MA GA en la ardiente cubierta. Oh, Dios... MA GA, MA GA: ¿qué quería decir? Pero Annie chillaba agónicamente y, en un terrible instante, comprendí por qué. Había ingerido de un sólo trago todo el contenido de la botella de yodo que guardábamos en el botiquín. La

botella vacía se hallaba a sus pies. Sujeté a Annie durante un momento, mientras moría, e intentaba decirme algo. Creo que quería explicarme que no pensaba que el suicidio con yodo fuera tan doloroso...

El viejo escocés se quedó mirando al vacío. Finalmente, volvió a hablar.

—Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?

—Huevos y bacon —dijo Wildeblood, reapareciendo.

—¡MA GA! ¡MA GA! -chilló un loro.

Tras el desayuno, Sir John y el Rev. Verey se tomaron otra taza de café en la biblioteca repasando todos los terrores que les habían reunido.

Babcock explicó que había conocido a Lola Levine, a Aleister Crowley, la M.M.M. y El Gran Dios Pan. Verey escuchó distraído, como si estuviera tan colmado de horrores que nada pudiera afectarle.

—El libro —dijo Babcock finalmente—, el terrible libro que conduce al suicidio... podría ser la clave de todo el misterio. Esas condenadas sílabas que recuerda —MA GA— son atormentadoramente poco claras. ¿No puede recordar nada más?

—Nada —respondió Verey inflexible, huecamente—. Debe recordar que sólo las vi durante un instante, entre las llamas, y que mi mente estaba muy turbada en aquel momento.

Sir John sirvió más café, pensando en frases como «tema gallego», «sofisma galáctico», «estigma gaseoso». Súbitamente, le llegó a la cabeza un nuevo pensamiento.

—Por lo menos podemos eliminar dos —dijo—. El libro no era ni Nubes Sin Agua ni El Gran Dios Pan. Ninguno de los dos lleva en su título ningún ma ga. Además, usted y yo, y mucha más gente ha leído esos libros sin enloquecer...

Verey se incorporó y empezó a pasear; su aspecto, con la espalda jorobada y el rostro blanco y ceniciento, resultaba trágico.

—El libro del que hablamos no está hecho con indirectas o códigos, como El Gran Dios Pan o Nubes Sin Agua —dijo—. El horror debe resultar visible en todas sus páginas, en cuanto se abra. Tanto Bertran como la pobre Annie reaccionaron a los dos o tres minutos de abrir el volumen. Debieron enloquecer con uno o dos párrafos... quizá una sola frase...

Babcock palideció.

—Me acabo de dar cuenta, Reverendo, de que debe haber algún objetivo obvio para esta monstruosidad —dijo a duras penas—. Usted mismo. Debe quedarse aquí, conmigo, como mi invitado, hasta que solucionemos todo este terrible asunto. Cualquier paquete que llegue para usted de M.M.M. debe quedarse sin abrir, o, al menos, abierto tan sólo por un hombre a quien conozco y del que puedo aseverar que está tan adelantado en conocimiento oculto que será capaz de vérselas con cualquier cosa que conlleve el libro.

Verey se quedó mirando la chimenea.

—Sé que tiene usted razón —dijo, cansado—, aunque, en este punto, odiaría ver a nadie, por adelantado que estuviese a su entender en conocimiento oculto, abriendo un paquete de la condenable M.M.M.

—Quizá —replicó Sir John—. Habrá de decidirlo Jones, el hombre de quien le hablo. Pero, ciertamente, ni usted ni yo abriremos el paquete. Si usted es el siguiente objetivo, yo seré el siguiente. Dios —exclamó—, ¿cómo pasando todas estas cosas el mundo sigue dentro de la niebla de su ceguera materialista?

Verey suspiró.

—A causa de los ateos de Oxford y Cambridge —dijo—. La herencia de Voltarie, Nietzche, Darwin... Todo el clima intelectual europeo durante ciento cincuenta años ha sido orquestado por el Anti Cristo para cegarnos...

—Bien, cambiará la historia —dijo Sir John—, pues nuestro futuro se halla en nuestras propias manos. He instalado el teléfono recientemente, y puedo llamar a Londres para pedirle a Jones que venga aquí lo antes posible. Créame si le digo que él está mejor

preparado para enfrentarse a este horror que usted o yo.

Se levantó, pero se detuvo al ver la súbita mirada de angustia que cruzaba el rostro de Verey.

—Dios mío —exclamó Verey—. McPherson.

Sir John se volvió para mirarle.

—¿McPherson? —preguntó—. ¿Quién es McPherson?

—El Reverendo Duncan McPherson —respondió Verey—. Mi socio en la Sociedad para la Propagación de la Verdad Religiosa. También él recibió una de las postales.

Sir John sintió que la tierra sólida se convertía en átomos bajo sus pies.

—¿Qué postales? —preguntó—. Nunca mencionó nada acerca de postales.

Verey, literalmente, saltaba de arriba a abajo dominado por la angustia y la impaciencia.

—Debo advertirle —concluyó—. Dice usted que tiene teléfono. ¿A quién conozco yo en Inverness que tenga teléfono?

—¡La policía! —exclamó Sir John—. ¡Debemos llamar a la policía y que vayan en busca de McPherson! ¿Qué postales?

—¡Luego, señor! —gritó Verey—. Dígame, ¿dónde se encuentra el teléfono?

—En el vestíbulo —respondió Babcock—. Pero, ¿cómo explicarle todo esto a la policía?

Echaron a correr hacia el vestíbulo intercambiando incoherentes observaciones.

—La policía sabe todo lo referente a los suicidios —explicó Verey excitadamente— y oyeron mi testimonio sobre los paquetes que llegaron por correo antes de las muertes... aunque me parece que me creyeron sólo a medias...

Los dos hombres llegaron a la sala del teléfono, en el vestíbulo, y fueron capaces de volver a hablar tranquila y racionalmente de nuevo. Verey solicitó a la operadora que le pusiera con Inverness 418 y, después de la usual y aburrida espera, le conectaron.

—Soy el Reverendo Verey —dijo cuando le contestaron al otro extremo de la línea—. Quiero hablar con el Inspector McIntosh sobre el asunto de los suicidios.

Babcock admiró durante los siguientes minutos el sentido de la diplomacia del anciano. Verey explicó sólo lo que un oficial de policía podría comprender, incluso improvisando la teoría de que los misteriosos paquetes de Londres pudieran contener algún veneno químico que alterase la razón.

—Bajo ninguna circunstancia —dijo agudamente el clérigo jorobado— debe abrir McPherson ningún paquete procedente de Londres... o ningún paquete poco corriente, para estar totalmente seguros. Esos villanos podrían cambiar la dirección del remitente para pillarnos por sorpresa.

Cuando Verey hubo colgado el teléfono, parecía algo más tranquilo.

—Enviarán a un policía a ver a McPherson —explicó—. La idea que se me ocurrió acerca del veneno parece que les impresionó.

Sir John asintió, preocupado.

—Por un momento, me impresionó incluso a mí —reconoció—. Pero, naturalmente, no es la verdad. No hay droga que reaccione de modo tan específico. La belladona, el mayor generador de delirios conocido, tiene una variedad muy grande de efectos. Algunos lloran histéricamente; otros ríen de un modo demencial; otros alucinan; algunos mueren por reacción tóxica. El hashish es igualmente variable en cuanto a sus efectos. No hay nada en ese sentido que nos pueda ayudar, aunque al menos ha valido para persuadir a la policía de que advierta a McPherson contra paquetes misteriosos...

Volvieron en silencio a la biblioteca donde Sir John, por fin, recordó la incoherente excitación de Verey acerca de «las postales» antes de que echasen a correr hacia el teléfono. Cuando se hubieron sentado, planteó el tema.

—¿Qué eran esas postales de las que hablaba?

Verey sacudió la cabeza con humildad.

—Algo tonto y absurdo —dijo—. No las relacioné con todo esto hasta el momento en que usted me vio hacerlo. Naturalmente, ahora no estoy seguro... quizá todo sea una coincidencia.

Una coincidencia, pensó Sir John con amargura. Esas palabras siempre me parecerán idiotas o siniestras.

—Ni siquiera venían franqueadas desde Londres —continuó Verey—. Venían de Inverness, por eso no establecí la relación. Pero, claro, ahora sabemos que también tienen agentes allí, como el misterioso Oriental...

—Hábleme acerca de las postales —sugirió Sir John amablemente.

—La primera llegó para Bertran —empezó Verey—, exactamente dos días antes que el paquete que provocó el suicidio. No tenía sentido... sólo era un bastón con una letra hebrea.

—¿Sabe usted qué letra hebrea? —preguntó Sir John,

Verey pensó durante un minuto.

—Déme un papel —pidió—. Naturalmente, estudié hebreo en el seminario... pero hace ya cuarenta años. Sin embargo, la educación escocesa es muy estricta y... Creo que ya lo sé.

Sir John le pasó un bloc y Verey dibujó rápidamente.

—Se parecía a esto —dijo—. Sólo llevaba el diseño y el nombre de Bertran.



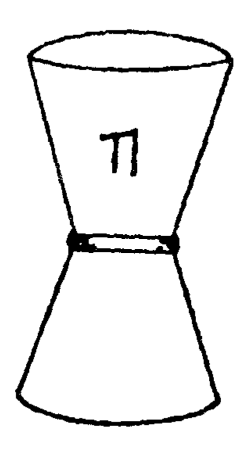
Sir John miró el dibujo:

—Yod, ¿verdad? —preguntó Verey.

Sir John se sonrojó.

—Sí —respondió—. Yod. Significa mano o puño. —Realmente, estaba recordando la opinión de algunos estudiosos que decían que mano y puño eran eufemismos y que yod, originalmente, significaba espermatozoo. El dibujo tenía apariencia fálica de un modo turbador—. ¿Y la siguiente postal? —preguntó, sospechando que contendría nun, de nuevo el pez. Otro I.N.R.I.

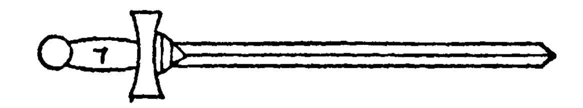
—Esta iba dirigida a Annie —contestó Verey—, y el remite era otra vez de Inverness. Una vez más, no comprendí la conexión, fuese cual fuese, con la tragedia que ocurrió dos días después—. Rápidamente, dibujó:



—No estoy muy seguro de recordar ésta —admitió Verey

—Hé —dijo Sir John—. Una ventana. Y la primera nota no representaba un báculo sino una vara de mando lo mismo que esta otra simboliza una copa. Son los implementos de la magia. ¿La carta de McPherson no fue una espada?

—Es maravilloso —expresó Verey—.Tiene usted toda la razón.Muy parecida a esta.— Dibujó nuevamente:



—Vau –concretó sir John—. El clavo.

Ambos hombres palidecieron.

—Algunas cosas no se olvidan, aunque pasen décadas—dijo Verey, atemorizado—. Al ver las tres juntas, puedo deducir cuál sería la cuarta.

—Sí —corroboró Sir John—. Hasta ahora contamos con Yod Hé Vau, las tres primeras letras del Inexpresable Nombre de Dios. La cuarta sólo puede ser una segunda Hé, para formar Yod Hé Vau Hé: YHVH, palabra que es habitualmente traducida como Jehová. Esos monstruos están empleando el nombre mas sacrosanto de la Cábala como leitmotif de una cadena de asesinatos. Es blasfemia y sacrilegio de la peor clase, la más negra de las magias negras. ¿Cuándo recibió McPherson la postal con la Vau?

—¡Hace dos días! —jadeó Verey.

Sir John también jadeó.

—¡En ese caso, el paquete con el libro del horror llegaría en el correo de hoy!

—Dios Salvador —susurró Verey con los ojos cerrados—. Ojalá la policía llegue antes que el cartero...

Ambos oyeron el timbre del teléfono en el mismo momento.

Sir John nunca recordará si corrió o si se tambaleó por el vestíbulo.

—Sir John Babcock —dijo al descolgar.

—Soy el Inspector McIntosh —explicó la voz electrónica a su oído—. ¿Está ahí el Reverendo Charles Verey?

Sir John apuntó a Verey con el teléfono y se quedó como un zombie escuchando la parte de la conversación correspondiente a Verey:

—Sí... Oh, Dios, no... Sí... ¿Cómo...? Totalmente seguro... Dios se apiade de todos nosotros, Inspector... Lo haré...

El jorobado sacerdote parecía haber encogido y menguado cuando colgó.

—Ha vuelto a ocurrir —dijo.

—¡Dios mío! ¡Cuéntemelo!

—El policía que enviaron a casa de McPherson le encontró ya muerto. Se había cortado la garganta de oreja a oreja con una navaja. En la chimenea encontraron los restos de un paquete, como en los dos casos anteriores. El policía dice que pudo ver parte de un libro que aún ardía, y que distinguió las letras SO.

—MA GA SO —repitió Sir John—. Locura además de blasfemia. Que Dios nos proteja a todos nosotros.

EL COMENTARISTA DE RADIO: Y ahora, señores, es la Hora del Misterio. ¿A quién le corresponderá la suerte de ganar cien dólares? El dial ya corre... suena el teléfono... y tengo a alguien al otro lado de la línea. ¿Hola, hola?

VOZ MASCULINA: ¿Hola, hola? [Apaga el condenado coche de bomberos.]

COMENTARISTA: ¿Hola, quién es?

VOZ MASCULINA: ¿Hola? ¿Es la Hora del Misterio? [¡Brigit, no pegues a tu hermano con el coche de bomberos!]

COMENTARISTA: Sí, es la Hora del Misterio... ¡y ésta es su oportunidad de ganar cien dólares! Pero, antes, ¿cuál es su nombre, caballero?

VOZ MASCULINA: James Patrick Hennesy.

COMENTARISTA: ¡¡¡James Patrick Hennesy!!! ¡Vaya nombre esquimal! Ahora en serio, me apuesto lo que sea a que los suyos vinieron de la Vieja Patria.

HENNESY: No, nacieron en Brooklyn. Como yo.

COMENTARISTA: ¡Oh! ¡Bueno, supongo que sus abuelos sí vendrían de la Vieja Patria!

HENNESY: Sí, algunos. Creo que eran italianos o algo así.

COMENTARISTA: ¡¡¡Una verdadera familia americana!!! Bien, Mr. Hennesy, nos ha enviado usted una postal y nos tiene ya al teléfono... somos su oportunidad de ganar cien dólares. ¡Vamos allá! ¡¡Por cien dólares!! ¡¡¡La Pregunta Misteriosa de esta semana es...!!! ¿Preparado, Mr. Hennesy? Ahí va la pregunta: ¿Es la magia la causa de los suicidios o existe alguna explicación racional? ¿Usted que piensa, Mr. Hennesy?

HENNESY: [Deja de pegar a Brigit con la jaula, Tommy. Asustas al pájaro.] Oh, ah, uh, creo que es la magia.

COMENTARISTA: ¡¡Lo cree!! ¡¡¡Lo es!!! ¡¡¡¡Magia!!!! ¿Nos podría contar por qué lo piensa, Mr. Hennesy?

HENNESY: ¿Tengo razón?

COMENTARISTA: Habrá que verlo Mr. Hennesy. Lo descubrirá con el resto de nuestra audiencia. Díganos por qué piensa que es la magia.

HENNESY: Es evidente.

COMENTARISTA: ¿Evidente, Mr. Hennesy?

HENNESY: Bueno, nadie camina a través de las paredes, ¿verdad?

COMENTARISTA: No, a menos que sea muy listo.

HENNESY: ¿Es una indirecta?

COMENTARISTA: No lanzamos indirectas, Mr. Hennesy. Le quedan treinta segundos. ¿Por qué la magia?

HENNESY: Es evidente. Eso es todo. Nadie puede atravesar las paredes o, bueno, hacer que la gente se suicide con un libro. Tendrá que ser la magia, ¿no?

COMENTARISTA: Bueno, lo intentó, Mr. Hennesy. Aunque no haya conseguido los cien dólares, ¡al menos recibirá el premio de consolación consistente en un año de suministro de Preparación H y el modo de usarla! ¡Y ahora! ¡Volvemos a nuestro espectáculo!

Las campanas de Fraümünster daban las seis, y los rayos de color canela del crepúsculo difuminaban tétricamente sombras de tonos mortecinos por la habitación, el encanto de una bruja tintada en rojo dorado, tan gótica como el cuento de Sir John.

Einstein, Babcock y Joyce aceptaron la sugerencia de Mileva Einstein de tomarse un descanso para cenar. El comedor apestaba a humo a causa de la pipa de Einstein. Mileva abrió una ventana para renovar la atmósfera, con el desafortunado resultado de que el pegajoso Föhn se coló en la habitación.

Einstein se levantó para estirarse y se puso a caminar de un lado para otro pensativamente. Joyce se quedó sentado en la silla de felpa roja con el rostro carente de expresión, introspectivo.

—Bien, Jeem —dijo Einstein finalmente—. Parece como si toda esa parafernalia de los poetas del Crepúsculo Celta nos hubiera caído encima, a su pesar. Incluso lo de las hadas...

Joyce asintió, sonriendo caprichosamente.

—Incluso tenemos un apropiado y tétrico atardecer —dijo—. Se parece mucho a la historia de Tar Baby que cuentan los negros americanos. Se están aliando con lo que combaten...

Einstein dejó de pasear y sus juguetones ojos de spaniel se desenfocaron completamente, como si mirara hacia adentro y no hacia afuera; Joyce se preguntó si habría dejado de pensar con palabras para empezar con imágenes, como dijo que hacía cuando se enfrentaba a algún problema de física. Babcock y Joyce intercambiaron las vacías miradas de los Apóstoles al terminar una de las más oscuras parábolas, pensando los dos que la referencia a Tar Baby había desatado el que Einstein se quedase en aquel trance como de fakir. Cuanto más se pega a un Tar Baby, más fiel resulta: aquélla era la moraleja de la leyenda del negro. Pero, ¿qué tenía que ver con el libro que hacía que se matase la gente? ¿Destruyendo el libro se destruía también al destinatario, como si todo fuese una alegoría de los censores?

—Acción y reacción —susurró Einstein, hablando para sí mismo—. El viejo Newton todavía nos manda su sabiduría a través de tres siglos...

—Profesor —preguntó Babcock—, ¿es posible? ¿Está usted empezando a construir una respuesta científica para todos estos increíbles eventos?

Einstein parpadeó y se volvió a sentar, cansadamente.

—Bueno, no del todo —dijo—. Pero empiezo a encontrar alguna luz científica en medio de todas estas tinieblas medievales... una hipótesis que empieza a cobrar forma... aunque todavía no sé...

—En este punto —opinó Joyce—, cualquier hipótesis será bienvenida, aunque se trate sólo de un bosquejo, aunque esté incompleta. Por Dios, Einstein, he pasado varios meses todo el año pasado, escribiendo el más horrible y fétido sermón acerca del Infierno jamás redactado. Extraigo fragmentos de cada clase de teología y ejercicio espiritual de mi juventud, de los libros de texto de los jesuitas, y lo organizo todo con la esperanza de redactar una arenga que hiele la sangre, revuelva el estómago y erice el pelo de los lectores no católicos cuando descubran las alegres horas que mi héroe tiene que soportar durante la piadosa educación irlandesa católica. Pero, para ser honesto, he pasado una temporada maravillosa y llena de gloria escribiendo tan sangriento horror, pues tales cosas no tienen poder para atemorizarme y puedo escribir sobre ellas con un alejamiento frío, clínico y documental. Escuchando el relato de Babcock, por otro lado, he estado a punto de volver a los rancios terrores reales de mi adolescencia.

—Naturalmente —dijo Einstein, rubicundo en la luz moribunda—. Ese es el punto álgido de la cuestión.

—¿Perdón? —pidió Babcock.

—Espere —replicó Einstein—. Es una luz muy pálida, muy lejana; podría ser un falso amanecer; todavía estoy trabajando en ello. Pero seguramente podrá usted generalizar que el hombre enredado con el Tar Baby, se lo pasaría mucho mejor si hubiera dos Tar Babies luchando uno con el otro.

Joyce y Babcock se quedaron con la mirada vacía, como estatuas escarlatas en las

tinieblas que se amontonaban.

Mileva Einstein apareció en el umbral de color naranja pálido.

—¡A cenar, caballeros!

La comida se inició con unos entremeses de queso, aceitunas y anchoas.

—Me acostumbré a la comida italiana durante los años que estuve en Milán —explicó Einstein—. Una de las razones de que me guste Zurich es que los restaurantes ofrecen una amplia variedad de platos: se puede cenar al estilo italiano, alemán o francés en tres noches distintas, si uno tiene que cenar fuera tres noches seguidas.

—Yo cenaba en los restaurantes más caros de Trieste una vez al mes, el día en que cobraba. Aquello garantizaba el que no pudiera pagar el alquiler a tiempo.

—¿Y eso no le causaba enormes problemas? —preguntó Babcock.

—Los tenía mi hermano. Los caseros a menudo le acosaban por el dinero, cuando se hartaban de mi sucio lenguaje y mis malos modales a lo Byron.

—No tiene usted vergüenza —dijo Mileva, con un destello bienhumorado que exageraba su maternal desaprobación.

—No puedo permitirme la vergüenza —replicó a su vez Joyce—. Interfiere con la percepción. Provocando a los caseros, descubrí áreas de la psicología humana que resultarían libros cerrados para hombres tan sabios como el Dr. Jung o su competidor vienes, el Dr. Freud.

Los hombres parecían haber llegado a un acuerdo tácito de no discutir los horrores del medieval relato de Babcock durante la comida, mientras Milly estuviera presente. Joyce, de hecho, entabló conversación con Frau Einstein sobre la historia de Zurich, sorprendiendo a todos al señalar el origen celta de varias costumbres locales, como por ejemplo el festival Secheslaüten de la primavera.

—Llevar un muñeco de paja que representa el invierno y quemarlo —dijo—, se encuentra, bajo una u otra apariencia, en todas las culturas celtas.

—Pero hace más de dos mil años que Suiza dejó de ser celta —dijo Mrs. Einstein sorprendida.

—Los arquetipos históricos, como los denominaba Vico, permanecen —declaró Joyce —. Y las etimologías. ¿Sabía que el nombre «Zurich» se deriva del latín Turicum?

—Lo había oído —admitió Mileva.

—Ah —continuó Joyce—. ¿Pero por qué llamaban los romanos Turicum a esta plaza? Busque, como yo hice, y descubrirá que los originales habitantes celtas la llamaban Dur, que significa aproximadamente «el lugar donde se unen las aguas», el punto donde el río Limmat se junta con el lago Zurich. Los romanos se limitaron a latinizar Dur por Turicum.

Einstein enarcó una ceja, divertido.

—Jeem —dijo—, habla como un científico mirando por el microscopio. Empiezo a creer que tiene un significado para todas las paradojas que contó usted anoche acerca de que el contenido de la mente no es sino palabras.

—La historia de la conciencia es una historia de palabras —replicó Joyce de modo inmediato—. Shelley estaba justificado en su puñetera e insoportable arrogancia cuando escribía que los poetas eran los desconocidos legisladores del mundo. Los que hacen con las palabras nuevas metáforas que se imbrican en la conciencia del público, crean nuevos modos de conocerse a sí mismos y a los demás.

—L'amor che movete il sol e altare stella —acotó Einstein repentinamente—. Cuando uno se encuentra esta frase de Dante, su música le domina la consciencia. Es muy difícil mirar a las estrellas durante la noche sin sentirse tan pequeño como se sintió Dante. Y sé, racionalmente, que el sol y las demás estrellas se desplazan mediante un proceso estocástico.

—¿Estocástico? —preguntó Babcock.

—Aleatorio —tradujo Joyce—. El profesor habla de la Segunda Ley de la Termodinámica.

—La estocástica no es aleatoria —corrigió Einstein a toda prisa—. En todo proceso estocástico siempre hay alguna variable oculta. Una ley racional. Pensar de otro modo supondría rehacer y deificar el Caos. ¿Es la ley cósmica la misma que intuyeron los latidos de Amor de Dante como subyacente en el cosmos? Nadie que responda a eso puede escapar de la catalogación de rey de los filósofos o rey de los locos?

—Me cuesta menos trabajo creer en el amor que en una ley —dijo Milly valientemente —. Aunque ustedes, como hombres, serán los que lo digan todo, pues yo sólo soy una mujer.

—Ah —replicó Joyce—. Yo no diría eso. Quizá la Isla del Hombre no es más que un suburbio del Continente de la Mujer. Biológicamente, el hombre es accesorio, un semillero ambulante.

—Gran parte del universo, ay, carece de amor —dijo Einstein—. Pero ningún aspecto carece de leyes.

—Parece lógico —argumentó Joyce—. Pero la lógica es la generalización aristotélica de las leyes de la gramática griega. Una parte, sólo una parte, del trabajo de la consciencia. La lógica china, como saben, no es aristotélica. Otras facetas de la actuación del pensamiento humano son totalmente ilógicas e irracionales. Usted ha demostrado, Profesor, matemáticamente, que el espacio y el tiempo no existen separadamente. El estudio psicoanalítico de la conciencia demuestra muy deprisa lo que Sir John y yo hemos descubierto siguiendo métodos distintos e instrospectivamente: a saber, que la razón y la sinrazón están inextricablemente unidas... como dos Tar Babies tras una lucha prolongada...

—Es usted un hombre muy poco corriente —dijo Mileva cuando terminaron de cenar —. Si existe alguna Mrs. Joyce, ha de ser una mujer muy notable.

—No hay ninguna Mrs. Joyce. Pero vivo con la misma mujer desde hace diez años, y ciertamente seguiré haciéndolo durante el resto de mi vida, si es que ella consigue soportar mi intransigencia durante tanto tiempo.

Los hombres se retiraron al estudio de Einstein mientras Mileva empezaba a limpiar el comedor.

—¡Maldición! —le espetó Babcock a Joyce—. ¿Debe usted vanagloriarse de su inmoralidad en cuanto se le presenta la más mínima ocasión? Estoy seguro de que Frau Einstein estará terriblemente impresionada. Fanfarroneando sobre caseros timados y su forma de vivir abiertamente inmoral.

—Frau Einstein es una mujer a prueba de escándalo —respondió Einstein tranquilamente—. Muchos amigos míos son bastante excéntricos. A veces, sospecho que yo mismo sea otro excéntrico.

—Todos los individuos son unos desviados —añadió Joyce—. Nunca me he encontrado con nadie que fuera un tostón en toda mi vida, lo normal es que nadie lo sea. Si se escucha a gente vulgar durante un tiempo, uno acaba por descubrir que todos están locos de un modo diferente e interesante, aunque procuren camuflar tal hecho. La mascarada es la clave del comportamiento humano. Y, aunque yo esté interesado en sus únicos problemas —añadió, mirando a Babcock—, eso no le da autoridad alguna para juzgar mis decisiones morales. Ni la tienen ningún Estado ladrón o rechoncha Iglesia. Nora vive conmigo porque es libre para decidir, no porque la obliguen la superstición o las leyes. No quiero tener una esclava, o una concubina, o una esposa... sólo quiero tener una compañera que sea mi igual.

Firme como la montaña por la que galopo
Muestro orgulloso mi cornamenta

Un noble sentimiento para un hombre enfermo de celos. ¡Oír! ¡Oír! La voz es la voz de mi juventud; el lenguaje de Ibsen y Nietzche. Pero ya soy muy viejo para seguir siendo

Stephen Dedalus. Pregunto y ella me responde; pero no volveré a preguntar. Eleutheria. Mi destino. Übermensch o maldito sea ese Dios Idiota. Postura heroica: merde.

—Algunas cosas —contestó Babcock, acalorado—, en una sociedad decente, sencillamente no se hacen.

—Usted no es psicólogo —le dijo Joyce con suave ironía celta—. Ellos lo hacen todo el tiempo. Simplemente, no hablan de ello.

—Caballeros —interrumpió Einstein gravemente—, este debate lleva desarrollándose durante un siglo, desde el inicio del movimiento romántico. No creo que lo zanjemos esta noche. Dediquemos nuestros cerebros, más ventajosamente, a los góticos misterios que nos ofrece el singular relato de Sir John.

Joyce se repantingó fláccidamente en una silla.

—He llegado ya a algunas conclusiones sobre todo esto —dijo—. ¿Están interesados en oírlas?

—Sí —contestó Einstein—. Quiero ver cómo encajan con mis propias hipótesis parciales.

—Adelante —pidió Babcock, retirando una pila de revistas científicas en francés y alemán de la única silla vacía.

—Para empezar —comenzó Joyce— debo reconocer que no creo en el libro que vuelve loca a la gente por dos razones. Primera: es intrínsecamente increíble. Ninguna droga tiene tan específico [y dramático] efecto en todos sus usuarios, ni ningún libro tiene tal poder. Segunda: finalmente he recordado que me he encontrado ya con esta misma historia en una obra de ficción. Sospecho que Mr. Aleister Crowley y sus socios de la M.M.M. habrán leído la misma obra de ficción y la han adaptado como máscara para ocultar su verdadero modo de asesinar.

A Einstein casi se le cayó la pipa.

—Muy interesante —dijo—. Empiezo a creer en mi propia hipótesis, pues esto es lo que anticipaba. ¿En qué obra de ficción está pensando?

—Es un libro de miedo, de historias sobrenaturales, titulado El Rey de Amarillo. El autor es un norteamericano llamado Robert W. Chambers. Las historias se entrelazan alrededor de un libro horrible, que nunca es mencionado, pero que enloquece a quien lo lee. Añadiré que hay interesante material alegórico acerca de las máscaras y las mascaradas en El Rey de Amarillo, quizá la mejor historia de terror desde el Drácula de Stoker. Deben haberlo leído millones de personas. Estoy seguro de que el tema del libro les sugirió a los de M.M.M. alguna maligna mascarada en la que creaban la impresión de que existía realmente una obra como la imaginada por Chambers.

Einstein volvió a encender la pipa: un reflejo rojo cereza en el oscuro tabaco.

—Máscaras y mascaradas —dijo—. Lo que nos interesa. Pero, ¿cómo podemos quitar las máscaras y ver lo que hay bajo ellas? ¿Cómo han sido ejecutados esos aparentes «milagros»? Si no fuera por la historia de Ernst Mach y Tar Baby, no tendría ni el principio de una indirecta teoría... pero, aunque así fuera, desde cualquier punto que pueda explicarlo, hay tres cosas que me dejan en la oscuridad.

«Supongamos —continuó— que usted ha leído El Rey de Amarillo y es lo suficientemente cruel como para reproducir la trama en la vida real. Lo mejor que podría hacer, a mi entender, sería algo así: incluye una carta con el libro. La carta diría: «Este papel ha sido saturado con el germen de la lepra...» O la sífilis, o cualquier otra enfermedad con el deseado grado de terror. ¿Sería efectivo? Quizá una persona fuese lo bastante histérica y fácilmente sugestionable como para creerlo y suicidarse. Ja? Pero no tres. Estadísticamente, es inverosímil. Una, por lo menos una, habría consultado a un médico antes de creerse lo de la carta envenenada.

—Incluso para un calvinista escocés —reconoció Joyce—, tal cosa es verdad. A pesar de las noticias políticas de todos los días, la raza humana no está compuesta enteramente por imbéciles congénitos. El libro de los horrores es un pretexto para desviar

nuestra atención y confundirnos. El método auténtico de enloquecer a la gente y conducirla al suicidio es muy diferente, estoy seguro, y los libros enviados no han hecho más que generar un aura de crepúsculo sobrenatural alrededor de todo esto.

—Me gustaría estar tan seguro como lo está usted —dijo Babcock débilmente.

Joyce se encogió de hombros con resignación agnóstica.

—No estoy seguro de nada —admitió—. Sólo teorizo. Yo también he estado trabajando con los misteriosos fragmentos que parecen constituir el título del libro. No estamos seguros de haberlos recibido en el orden correcto, pues los testigos sólo vieron fragmentos de las palabras. Lo he intentado mediante permutación. En lugar de ma-ga-so, pongamos ga-so-ma. Los gases son importantes dentro de la física y la química. ¿Conoce usted algún término científico que empiece por gas-oma, Profesor?

—Lo mejor que puedo hacer con esas letras —dijo Einstein, pesaroso— sería dinámica de gases. Como gas oma...

—Bueno, también he encontrado so-ga-ma. Inmediatamente se me ocurrió un título: ¡Soga, maldición! Podría resultar muy sugerente para lectores de convencionales sensibilidades, pero no creo que llevase a ninguno a suicidarse.

El viento Föhn: fétido y oscuro aliento de húmedas cenizas: maga, sopla. Déjame ser y vivir. No serviré al dios que mata con cáncer. Ajenjo. Crueles pinzas de cangrejos, los dientes del predador.

—Oigamos el resto de la historia —dijo Einstein, levantándose de la ensombrecida silla escarlata en la que se había desplomado a pensar—. Hemos estado elaborando teorías con datos insuficientes.

—No hay mucho más que contar —concluyó Sir John—. El climax, sin embargo, fue más aterrador e increíble que nada de lo que haya contado hasta ahora.

Oscuras sombras nocturnas llenaron la habitación, borrando los últimos rayos dorados del sol. El reloj de Fraümünster dio las siete; el Föhn les llenó los ojos de aire muerto y caliente.

DE STELLA MACROCOSMI

Cuando Sir John telefoneó a Jones a su casa, le fue entregado por Wildeblood el correo del día, y Sir John se dedicó a mirar las cartas mientras discutía con Jones los últimos acontecimientos.

—La primera regla del ajedrez —dijo Jones, con voz electrónica y eunocoide a causa del aparato— es proteger al rey. Verey es el rey... la pieza atacada. Creo que tenemos que moverlo.

Sir John mostró su desacuerdo.

—Tengo ocho sirvientes, cinco de los cuales son bastante aguerridos. Creo que la Mansión Babcock es tan segura como cualquier otro punto de Inglaterra... —Su voz empezó a desvanecerse en la incertidumbre cuando lo increíble, lo impensable, apareció en el correo: una postal dirigida al:

Rev. Charles Verey
Mansión Babcock
Greystoke, Weems

Apenas escuchó el:

—Yo no estaría tan seguro— que replicaba Jones—. De lo que sí estoy seguro es de que han vigilado su correspondencia con Verey y que, tras seguirle desde Inverness, le buscarán sin tardanza a su lado... si es que no lo han encontrado ya...

—Tiene usted razón —dijo Sir John, con un leve pellizco en la boca del estómago, pensando: somos de la misma materia que las pesadillas; dio la vuelta a la postal y vio lo

que esperaba encontrar:



—Hay una postal para él en el correo de hoy —se oyó decir—. Efectivamente, están muy avanzados en técnicas de terrorismo. Dios mío, Jones, salió de Inverness en el tren de medianoche y llegó aquí esta misma mañana. Pero la postal tuvo que ser enviada ayer para que la recibamos hoy. Han previsto sus movimientos exactamente.

Yod Hé Vau Hé: el Sagrado e Impronunciable nombre estaba ya completo, como la secuencia: bastos, copas, espadas, oros. Para hacerlo posible, el propio tiempo tenía que haber sido alterado.

—Nadie acepta un milagro al verlo —le dijo Jones al oído, con una voz chillona alterada por la electricidad—. Mire el matasellos.

Sir John dio la vuelta a la postal, la miró y no se atrevió a creer en lo que veía: no había matasellos. Pensó: el tiempo no se mueve hacia los lados todavía.

—¿Bien? —apremió Jones.

Vekam, Adonai... El nombre es el propio objeto...

—No hay matasellos. No fue enviada ayer; no ha sido enviada nunca. Se han limitado a meterla en mi buzón después de que el cartero echase en él el correo regular, imagino... —Terror creciente, pensando: siempre van por delante de nosotros.

—¿Entiende ahora por qué quiero mover el rey? Nos llevan ventaja. O cambiamos las tornas o iniciamos algún movimiento estratégico. —Jones hizo una pausa—. Hemos de asumir que la Mansión Babcock está bajo su maligna vigilancia. Nuestra única ventaja es que usted conoce la zona mejor que ellos; lucha usted en campo propio. Piense en un método para que usted y Verey puedan salir sin ser vistos. ¿Se le ocurre algo?

Sir John sonrió amargamente.

—Me crié aquí —dijo—. Se me vienen a la cabeza por lo menos cinco planes que no se le ocurrirían a nadie más.

—Bien. Hay una cosa más que tiene usted que considerar. No se acerque al tren.

—Sí —replicó Sir John—. Naturalmente, lo tendrán vigilado por si consigo que Verey salga sin ser visto. —Los instrumentos empleados contra de Molay: las espulgueras, el torno, la bota de hierro... Vekam, Adonai...

—Excelente. Empieza usted a pensar estratégicamente. El siguiente punto resultará obvio. ¿Tiene algún amigo que posea un automóvil?

—El Vizconde Greystoke —contestó Sir John—. Y nuestro mejor plan consiste en escapar atravesando los bosques de las propiedades de Greystoke.

—Muy bien. Si recuerdo correctamente, usted no conduce. ¿Podría prestarle Greystoke a su chofer junto con el automóvil?

—Si le digo que es una emergencia, lo hará.

Sir John empezó a recordar su Iniciación incoherentemente:

¿Dónde vas? Al Este. ¿Qué buscas? La Luz.

Jones se quedó en silencio durante un tiempo, pensando.

—Con suerte, llegará a Londres a primeras horas de la tarde. Naturalmente, no ha de venir a mi casa, pues será el primer lugar donde les buscarán. Vaya al 201 de la calle Paul. Un amigo mío, Kenneth Campbell, les recibirá. Es de entera confianza y formidable. Me reuniré con usted y con Verey allí mismo.

—Doscientos uno de la calle Paul —repitió Sir John—. Creo que conozco el barrio. ¿No está al final de Tottenham Court Road?

—Así es. No es la más distinguida ni respetable zona de Londres, pero es un excelente lugar para refugiar a nuestro rey durante un tiempo. Espero que nos podamos ver con Mr. Campbell a las seis o las siete. Cuidado, Sir John: recuerde que un hombre jorobado como Verey resulta un individuo sospechoso.

Sir John empezó a sentirse divertido cuando le contó el plan a Verey. Tuvo que recordarse a sí mismo que ya habían muerto tres personas horriblemente —tres irreparables pérdidas para el pobre Verey— y no considerar así lo que le deparaba el día como una espléndida aventura.

Los encuentros con la muerte y el peligro constituyen aventuras tan sólo para los supervivientes, descubrió Sir John desagradablemente; y todavía faltaba mucho para averiguar quien sobreviviría a aquel horrible asunto; sin embargo, todavía era joven y, ¡maldición!, planear cómo despistar a un siniestro enemigo resultaba excitante.

Una mirada al ceniciento rostro del clérigo le recordó que no se encontraba en una novela de Conan Doyle o Rider Haggard, sino en el mundo real, donde las muertes eran muertes reales y los seres queridos realmente penaban y no lloriqueaban en el pañuelo antes de que el novelista les lanzase a la siguiente amenaza.

Cuando Sir John terminó de perfilar la estrategia de la fuga, Verey asintió casi ausentemente. Era sorprendente el modo en que había sido drenada la arrogancia del anciano, tan dócil para aceptar cualquier sugerencia.

El plan de Sir John implicaba el hecho de que la bodega conducía a un corto túnel que conectaba con un abandonado edificio exterior a la casa en la que un remoto Babcock, varias generaciones antes que la suya, montó un lagar particular, que permanecía en desuso desde mucho tiempo atrás.

El sacerdote sonrió tétricamente. No habló con su habitual estilo, de hecho, hasta que se encontraron en la bodega.

—Tiene aquí muchos licores —dijo lleno de recelo— para ser un hombre sobrio y un buen cristiano.

Sir John abría el camino con un candelabro.

—La bodega de la familia —dijo, apologéticamente—. La mayoría de las botellas tienen cincuenta, o cien años, quizá más. Excepto para invitados especiales, apenas abro alguna.

—Sí —dijo la jorobada silueta en la oscuridad—. Así es como se empieza. Descorchando una botella ocasionalmente, para invitados especiales. Todos los desgraciados que he visto con la vida destrozada por la bebida empezaron del mismo modo.

Gracias a las tinieblas, Sir John se permitió una ligera sonrisa. Era reconfortante, en cierto modo, comprobar que parte del carácter del anciano seguía intacto después de todas las tragedias que había padecido. Durante cierto tiempo, Verey pareció casi un autómata.

Sir John empezó a darse cuenta de lo grande que realmente debía resultar la bodega a los ojos de un presbiteriano escocés. Babcock no había bajado allí desde la niñez, cuando exploraba el túnel regularmente con la esperanza de encontrar algún tesoro pirata, o las cavernas de los trasgos. Mientras pasaban hilera tras hilera de botellas llenas de telarañas, Sir John comenzó a considerar a los Babcock del mismo modo que los veía Verey: una familia de alcohólicos libertinos.

Finalmente, encontraron el túnel. Estaba tan oscuro que el candelabro apenas iluminaba un pie o dos en cualquier dirección. Sir John lamentó no haber llevado dos candelabros, de modo que Verey pudiera alumbrar su propio camino. Como no lo hicieron, tenían que caminar estrechamente juntos y, por tanto, avanzar muy lentamente.

Un confederado en la casa: Sir John recordó, repentinamente, sus sospechas acerca

del hermano de Verey, Bertran, cuando no tenía que resolver más misterio que el del gato estrangulado. ¿Habría un confederado de la M.M.M. de Crowley en su propia casa? ¿Qué podría esperarles apenas a un pie de distancia en aquella negrura estigia?

Sonrió de nuevo en las tinieblas. Los servidores llevaban trabajando con los Babcock durante mucho tiempo: eran sencillas, sólidas almas en las que confiaba desde la niñez. Aquel maldito misterio empezaba a infectarle la mente con los gérmenes de la paranoia. Por Dios. Sospechar que Wildeblood o Dorn o Mrs. Maple estuvieran relacionados con magos negros era tan ridículo como sospechar de la Familia Real o del Arzobispo de Canterbury.

Un zumbante sonido en el ambiente del túnel le hizo pensar a Sir John en el canturreo insectoide de la Capilla Peligrosa y la terrible grabación de Verey; pensó: ¿habrán hecho nido las abejas o las avispas?, lo que le recordó el zumbante sonido atribuido a las voces de las hadas por los folcloristas al igual que, recuperando el valor gracias a un acto de mera Voluntad, rememoró quizá irrelevantemente que la abeja, por alguna inexplicable razón, era el emblema de los Iluminados de Baviera, la más atea y revolucionaria de todas las segregaciones masonas. Tuvo que contenerse, maldición; no podía seguir pensando de aquel modo. Se acordó del antiguo rompecabezas cabalístico: ¿Por qué la Biblia empieza con B (beth) y no por A (aleph)? Respuesta: porque A es la inicial de Arar, maldecir, y B la inicial de Berakah, bendecir. ¿Por qué es la abeja el símbolo de los Iluminados? ¿Qué era el zumbido insectoide y quiénes aquellas gentes vestidas de miel de sus primeros sueños en la Capilla Peligrosa?

Temer es fracasar y prólogo del fracaso... No era él el pobre ratón de campo atrapado en las manos de un ser incomprensible. Era un Caballero de la Rosa Cruz ocupado en asuntos de Dios y «ningún demonio detentaría poder sobre él porque su armadura es la verdad».

Se acordó también de tío Bentley explicando que el miedo a la oscuridad es una de las emociones primarias más antiguas, generada en las brutales edades en las que nuestros mudos, peludos y enanoides ancestros estaban sometidos a los ataques de las garras de muchas clases de carnívoros nocturnos, con lo que difícilmente ningún niño del mundo carecía de algún remanente de aquel miedo primordial, que incluso asalta a los adultos en momentos de tensión; y si era grotesco sospechar de los sirvientes de la familia, aun quedaba el inquietante pensamiento de los obreros que instalaron la electricidad en la Mansión Babcock y repararon la totalidad de la casa. Uno de ellos podría haber sido un agente de M.M.M. capaz de poner una trampa en cualquier parte, en un lugar tan oscuro como aquél...

—Temer es fracasar y prólogo del fracaso —volvió a repetirse Sir John. ¿Dónde vas? Al este. ¿Qué buscas? La luz.

De acuerdo con el pueblo gales, la multitud que nunca descansa vivía en túneles como aquél, bajo la tierra...

Con gran alivio, Sir John, por fin, vio la puerta que cerraba el túnel. Aquel era un asunto bestialmente horrible, pues había convertido en una temible ordalía atravesar un túnel que, cuando era joven, le pareciera siempre una verdadera aventura.

Bueno ya se lo había dicho Jones: «Una verdadera iniciación nunca termina». Aquel paseo a través del legendario submundo —La N o Hades del proceso de I.N.R.I.— era otra parte de su iniciación, otra lección del coraje que el ocultista debe adquirir si no quiere caer presa de la obsesión y la posesión de cualquier tipo de entidad demoníaca, real e imaginaria. Se acordó de un himno negro americano que oyera en cierta ocasión:

Debo avanzar por este valle solitario
Debo avanzar por mí mismo
Nadie puede avanzar por mí
Debo avanzar solo

Comprendió súbitamente por qué nun, el pez, era la letra que correspondía a la experiencia de Hades, señor del submundo; actuamos, pensó, efectivamente, como el pez que nada en las aguas amnióticas de la matriz, y el inconsciente piensa siempre en la muerte, simbólicamente, como un retorno a la matriz; el siguiente paso en I.N.R.I. es Resh, la cabeza humana, la muerte y renacimiento de los dioses solares, Osiris y Apolo. «El Reino de los Cielos está en tu interior»: dentro de la cabeza, en las células del cerebro. Lo sabía en su fuero interno: una verdadera iniciación nunca termina: pasamos por el mismo proceso arquetípico una y otra vez, comprendiéndolo más profundamente en cada nueva ocasión. ¡Isis, Apophis, Osiris! IAO... la Virgen, los salones de la Muerte, la Divinidad... La luz que brilla en las tinieblas sin que lo sepan las tinieblas...

Con un gruñido de mamífero macho triunfante, Sir John abrió la puerta del edificio del lagar. «El hombre no está sujeto a los ángeles, ni a la Muerte, enteramente, salvo si falla su Voluntad», decía el manual del Amanecer Dorado, y Sir John lo creyó y se envalentonó.

La caseta estaba más sucia y llena de telarañas de lo que recordaba Sir John, pero el lagar aún parecía tan firme e indestructible como siempre. El Reverendo Verey lo miró con cierta sorpresa.

—Buen Dios, caballero —preguntó—, ¿qué es esto?

Señaló con un dedo irritado el Escudo de Armas de la prensa: una cinta azul con un lazo dorado, veintiséis jarreteras de oro colgando de un collar sobre la frase: Honi soit qui mal y pense.

—Es de la Orden de San Jorge —explicó Sir John, ruborizándose nerviosamente—. Fue entregado a mi tatarabuelo por el Rey, por algún servicio prestado a la Corona. —Pensó: La pesadilla es real, no hay mascarada: el nombre es el propio objeto.

—Sí, ya sé que nadie más que el Rey puede conferir la Orden de la Jarretera —replicó Verey impacientemente—. Pero, ¿por qué su tatarabuelo la grabó en la prensa? Afirmo que con ello se falta a la Corona y se demuestra un humor bastante libertino.

Sir John se ruborizó aún más.

—Mi tatarabuelo era un tipo curioso —explicó—. Circulan sobre él escandalosas leyendas, lamento admitirlo. Algunos dicen que estuvo involucrado con sir Francis Dashwood y el Club del Fuego del Infierno. En todas las familias hay por lo menos un truhán —añadió, punzante—, como usted debe saber.

—Efectivamente —replicó Verey—. No quiero faltar al respeto de su familia. Pero alcanzo a comprender qué ocultas inclinaciones puede haber en su sangre, Sir John, aunque usted se ciña más a las normas directivas cristianas que lo que lo hizo su tatarabuelo. —No parecía adecuado lamentarse, y Sir John se puso a pensar en que su sangre estaba corrupta de un modo bastante insano.

—La Orden de San Jorge es la más alta orden de caballería de toda Gran Bretaña —dijo, defendiendo los genes de los Babcock como si, debido a algún rasgo familiar, les acusaran de licantropía o brujería.

—Sí —siguió Verey—, un alto honor para cualquier familiar el recibirlo de la Corona. Pero, ¿no es más conocida como Orden de la Jarretera?

Sir John volvió a ruborizarse.

El jorobado clérigo aún debía estar alterado, supuso; aquélla era la más tonta de las conversaciones. Tartamudeando, argumentó, poco convencido:

—He estudiado bastante la historia medieval. A menudo, empleo las viejas palabras y términos en lugar de usar las más modernas. El nombre de Orden de la Jarre Jarre Jarretera no se hizo habitual hasta el reinado de Eduardo VI, aunque la Orden se remonta en el tiempo hasta Eduardo III, en 1344, cuando fue llamada, originalmente, Orden de San Jorge, como muy bien ha dicho. —Por alguna razón, seguía teniendo la sensación de hallarse en una pesadilla.

—Honi soit qui mal y pense —leyó el sacerdote en el Escudo de Armas—. Un extraño lema para tan noble orden.

—Bueno, ya sabrá la historia... sobre la Condesa de Salisbury... —Sir John tenía casi la sensación de que el jorobado le estaba examinando—. Ella perdió la li li liga en un baile, sabe, y el Rey la recogió, cuando alguien se rió de ella, se la puso en su propia pi pi pierna, y dijo eso. Dijo Honi soit qui mal y pense.

—«Mal le vaya a quien mal desea» —tradujo Verey—. Sigue siendo una extraña historia. ¿Por qué los masones llevan una liga en sus iniciaciones?

—¡Por Dios, señor, debemos continuar! —exclamó Sir John—. No podemos seguir discutiendo puntos oscuros de historia medieval...

Pocos momentos después habían rodeado la prensa y, tras atravesar la puerta, llegaron a una sombría arboleda rodeada de grandes robles por todos lados. Dentro de la arboleda, junto a la caseta, había una fantasmal imagen blanca de Afrodita.

—Estatuas paganas —musitó Verey, pero aquella vez parecía hablar más consigo mismo que acusar a la familia Babcock.

El paseo por los bosques, tras el paso por los subterráneos y la idiota pero turbadora conversación del lagar, resultó vigorizante. Por unos momentos, el sacerdote pareció totalmente enloquecido: ¿o quizá Sir John se había mostrado hipersensible ante las excentricidades de su tatarabuelo? Una arboleda escondida dedicada al vino y a Afrodita... los rumores acerca de las conexiones con el libertino Club del Fuego del Infierno... la corrupción de su sangre... ligas azules... manchas blancas...

A pesar de sus años, Verey adoptó un buen paso; pero los escoceses de las Tierras Altas eran famosos por su longevidad, incluso eran padres a avanzada edad. Si no fueran tan aficionados a contar, con excesivo placer macabro, cuentos de fantasmas y brujas «y cosas que saltan en la noche»... Pero, naturalmente, aquello sería debido a que experimentaban muchas de aquellas cosas en las frías y tétricas noches norteñas. El Racionalista, despreciando a aquel pueblo sencillo y burdo por supersticioso, sin haber vivido entre ellos compartiendo las experiencias que generaban aquellos locos cuentos, demostraba tan infantil chauvinismo como el estrecho inglés que consideraba a todos los franceses como inmorales y a los italianos como traidores.

Recordó entonces que el lema del Club del Fuego del Infierno fue «Haz lo que quieras», frase de Rabelais, y su blasfemo icono o ídolo, en la desierta abadía que comprase Sir Francis Dashwood para sus orgías, era un falo gigantesco con la inscripción «Salvador del Mundo». El mismo icono, de hecho, fue impreso como frontispicio del lascivo «Ensayo sobre la Mujer», editado clandestinamente por John Wilkes bajo el salaz nom de plume de «Pego Borewell»: Wilkes fue expulsado de la Cámara de los Lores cuando su autoría del panfleto, y su pertenencia al Club del Fuego del Infierno, resultó descubierta por el Duque de Sandwich, él mismo socio numerario que renunció cuando alguna horrible Cosa (un orangutan suelto como broma práctica, aseveró Wilkes más adelante) le mordió durante una Misa Negra. Todo aquello era considerado como cómico, por desagradable que fuese, por casi todos los historiadores; Sir John empezó a preguntarse acerca de posibles relaciones entre aquella extraña conspiración y las contemporáneas logias del Gran Oriente de la Masonería Francesa, en las que se predicaban doctrinas ocultas y revolucionarias donde el propio Conde Cagliostro era Gran Maestre. ¿Era todo aquello, lo mismo que los siniestros Iluminados de Baviera, parte de una tradición negra y subterránea encarnada en la Ordo Templi Orientis?

—Oí esa historia anteriormente —dijo Verey, de pronto.

Los árboles eran tan espesos en el lugar en que se encontraban que todo estaba sumido en profundas sombras, aún en el mediodía. Oh, oscuridad, oscuridad entre el brillo del sol, se dijo Sir John a sí mismo.

—¿Qué historia? —preguntó, ausente.

—La del Rey Eduardo III y la Condesa de Salisbury —replicó Verey con impaciencia

—. No sé si es verdad, pero he oído que la liga azul era también la insignia de la Reina de las Brujas durante aquellos tiempos. El rey, colocándose la liga en su propio muslo, le dijo a todo el mundo que tendría que denunciar a la Inquisición a cualquiera que tuviese valor para denunciar a la dama. Quizá salvase su vida. Ese es el significado de «Mal le vaya a quien mal desea».

Era un horrible tema para discutirlo con un dolido y en cierto modo trastornado jorobado en un bosque tan oscuro. La selva oscura, pensó Sir John.

—No tendría sentido —dijo, irritado—, a menos que el rey fuese un brujo o un guerrero de las brujas. ¿Ese punto de la historia nos puede hacer pensar que la monarquía británica se halla infectada por la brujería y el satanismo?

—No lo sé —respondió Verey—. El hombre que me lo contó tenía algunas extrañas nociones sobre las órdenes de caballería de Europa. Creía que la Orden de la Jarretera era el oculto círculo interno que gobernaba la Francmasonería. ¿Sabe ahora por qué los masones usan ligas en sus iniciaciones?

Algo aleteó sobre ellos con el sonido de un murciélago. Pero los murciélagos no vuelan de día, recordó Sir John.

—La historia de la Francmasonería es muy complicada —dijo—. Escribí un libro sobre el tema, Los Amos Secretos, y puedo afirmar que sólo se pueden resolver la tercera parte de los misterios históricos importantes. Es verdad que el Rey es cabeza de la Orden de la Jarre Jarre Jarretera y que el Príncipe de Gales siempre tiene el grado 33 de los Francmasones, pero no tiene nada de sini sini siniestro, se lo aseguro. El patrón de la Orden es San Jorge, no Satanás.

—Naturalmente —dijo Verey, apologéticamente—. Decía que el hombre que me contó todo esto sostenía muchas nociones extrañas. Dijo que las 26 jarreteras de oro que colgaban del collar tenían algo que ver con la Palabra Masona, pero nunca lo entendí. Creo que estará relacionado con la Cabala judía.

26: Sir John recordó: Yod, 10; He, 5; Vau, 6; segundo He, 5. Total: 26. YHVH, el Sagrado e Impronunciable Nombre de Dios... en aquellos momentos, debido a la odiosa M.M.M., inextricablemente unido en su mente con el suicidio y la locura. Y escondido en la numerología de la Orden de la Jarretera.

Las alas de murciélago volvieron a aletear por encima de sus cabezas. Sería un pájaro corriente. Los murciélagos no aletean a mediodía. Ni «las piedras andan en el crepúsculo». ¿Dónde había leído aquello?

—Todo el asunto es muy extraño —musitó Verey—. Hombres con ligas. Citas secretas. No se admiten mujeres. ¿No fueron convictos los miembros de la Orden de los Caballeros Templarios de Jerusalén del antinatural pecado de sodomía?

—¡Maldita sea! —chilló Babcock—. Está usted totalmente confundido, Reverendo. Mezcla la verdadera masonería mística con todas las perversiones y mentiras.

El bosque pareció hacerse más oscuro. El murciélago volvió a aletear.

—No sé nada de tales materias —reconoció Verey, humildemente—. Sólo menciono las opiniones de un hombre cuyas ideas, lo admito, eran muy raras. Las sociedades secretas incitan mucho a la especulación, ya lo sabe. Todo el mundo se pregunta lo mismo: Si no tienen nada que ocultar, ¿por qué son secretas?

Cuantas más disculpas pedía el viejo loco, más ofensivo resultaba. Sir John se disponía a replicar de algún modo hiriente cuando apreció la palidez del rostro de Verey y las líneas de dolor que le enmarcaban los ojos y la boca. El anciano había sufrido mucho y merecía la mayor tolerancia. Además, el verdadero Hermano de la Rosa Cruz era paciente e infinitamente piadoso con los ignorantes de los misterios. Sir John no dijo nada y avanzó con dificultad.

Las alas de murciélago dejaron de oírse por encima de sus cabezas. Probablemente, sólo había sido un pájaro ordinario, agigantado por la imaginación y la sugestión.

Apareció un claro y las torres de Greystoke fueron visibles en la distancia.

—Allí es —exclamó Sir John, dominado de nuevo por la sensación de la juvenil aventura—. La puerta de escape y nuestro sorpresivo contraataque.

P. Cite a un historiador contemporáneo, con la suficiente brevedad para que no haya problemas acerca de los derecho de autor, con respecto a: la Condesa de Salisbury y la Orden de la Jarretera.

R. «Aunque la historia podría resultar apócrifa, hay en ella cierto lecho de verdad. La confusión de la Condesa no fue debida al ataque contra su modestia —habían de ocurrir más cosas que perder una liga para afectar a una dama del siglo catorce—, pero la posesión de aquella liga demostraba no sólo que era miembro de la Vieja Religión, sino, además, el alto escalafón que ocupaba en ella... es notable que la capa del Rey, como Jefe de la Orden, estuviese constituida por ciento sesenta y ocho ligas que, con la propia que llevaba en la pierna, sumaban 169, o trece veces trece: por ejemplo, trece reuniones de trece brujas.» Dra. Margaret Murray, El Dios de las Brujas.

P. Cite, sin exceder las limitaciones legales de Uso Adecuado, otra fuente.

R. «Como ya hemos visto, el Rey Plantagenet [tradicionalmente 'pagano'], tras desechar cualquier apariencia, se declaró abierto a la Vieja Religión, estableciendo una doble reunión de trece brujas como Grupo Experto —la Orden de la Jarretera— para que 'fuera el cerebro' de lo que Eduardo y la Hermosa Doncella de Kent, su prima 'bruja' Plantagenet, consideraban la Fe Verdadera... Los Tudor, igualmente, no escaparon de la sospecha de pertenecer a lo que, por todas las evidencias, es la 'religión de la familia' en la Casa Real Británica.» Michael Garrison, Las Raíces de la Brujería.

Kenneth Campbell, en el 201 de la calle Paul, demostró ser, como prometiera Jones, formidable. Mediría unos seis pies y medio de alto y pesaría unos veinte pesos. Un enorme cartel en la pared le mostraba, haciendo una horrible mueca, bajo un aclaratorio EL MUTILADOR DE LIVERPOOL. No eran necesarias las habilidades de Sherlock Holmes para deducir que Campbell era luchador profesional.

—Como con eso —dijo Campbell, reconociendo en Babcock a un caballero—. No es muy fino, lo admito, pero paga mi dignidad cuando tengo la tripa vacía, ¿no?

A Babcock le costaba trabajo decodificar el liverpolés de Campbell.

—La lucha era considerada asunto de caballeros en la Atenas de Sócrates —le dijo Sir John, tranquilizador.

—¿Sócrates? —Campbell se mostraba encantado—. ¿No es aquél tipo que se bebió un veneno cuando los malditos bastardos fueron a luchar con él? Perdone, Reverendo.

Babcock ni se atrevió a mirarle a la cara a Verey.

—Efectivamente, Sócrates fue un hombre valiente —contestó, evasivo.

—¿Valiente? —Campbell sacudió la cabeza—. Estuve en el Ejército de Su Majestad durante el Levantamiento Boer —dijo—. Lo sé todo sobre el valor, señor. No es mucha prueba de valor sentarse a beber veneno para demostrarlo. ¿Lo haría usted? ¿Lo haría yo? ¿Lo haría cualquier aguerrido amiguete del ejército? En toda su puta vida [vuelvo a pedirle perdón, Reverendo]. Eso no es valor. Eso es otra cosa.

Un luchador filósofo, pensó Babcock; pero, ¿qué otra clase de luchador podría haber elegido Jones? ¿Otro de nosotros? No podía preguntarlo.

—¿Qué hizo Sócrates que fuese más allá del valor? —preguntó a su vez.

—No lo sé —replicó el luchador—. Adivino que algo sobre el estado que hay más allá de la humanidad, el Siguiente Paso del que Jones no deja de hablar.

—Sócrates era un pagano —cortó Verey repentinamente—. Era infiel a su esposa con otra mujer y con Alcibíades, con quien mantenía antinaturales relaciones. Fue valiente y sabio, pero debe estar ardiendo en el Infierno.

El rostro del luchador se dislocó.

—No sea tan estricto, Vicario —dijo, con aspecto irritado—. Nadie es perfecto.

Afortunadamente, Jones llegó justo entonces y Babcock se ahorró la ordalía de oír cómo la moral de Sócrates era tema de debate entre un gigante aniñado y un jorobado autoconvencido.

—¡Ah, Kenneth, amigo mío! —exclamó un radiante Jones, sujetando la mano del luchador con un apretón aparentemente ritual que Babcock no reconoció—. ¡Tienes un magnífico aspecto!

El apretón no se empleaba en el Amanecer Dorado; Babcock conjeturó que sería un apretón del Rito Escocés.

—Tengo para otros cinco años, con suerte —replicó el gigante modestamente—. Si para entonces no he ahorrado lo suficiente para comprar una tienda o un bar, volveré al ejército.

—¿Volver al ejército? —preguntó Jones—. No creo. Nunca he entendido cómo puedes volver vivo de una guerra; el enemigo tiene que estar ciego para no darle a un blanco tan grande como tú. No permitiremos que vuelvas a pasar por eso. Recuerda a los hijos de las viudas.

La última frase confirmó las sospechas de Sir John; era la fórmula que describía todas las caritativas actividades del Antiguo y Aceptado Rito Escocés de la Francmasonería. Probablemente, Jones, al igual que Robert Wenworth Little, fundador del Amanecer Dorado, fueran miembros de la Antigua y Aceptada Logia, cosa que Campbell, obviamente, era.

—Reverendo Verey —dijo Jones, apretando la mano del sacerdote cálidamente y palmeándole en el hombro—, no puedo expresarle mi simpatía en momentos de tanto pesar. Sin embargo, sí puedo asegurarle que tanto yo como la Orden a la que represento, vigilaremos para que no ocurran más tragedias y que los malvados responsables de su dolor recibirán el justo castigo a sus crímenes.

—Eso está en manos de Dios —contestó Verey, inexpresivo, volviendo a la carencia total de sentimientos de la típica reacción al dolor. Son oleadas, pensó Babcock, recordando su propia pena cuando murieron sus padres.

—¿En manos de Dios? No es así —dijo Jones, agudo, atrayendo los ojos del clérigo con una mirada que Babcock no había visto antes—. Nosotros somos las manos de Dios —siguió Jones, solemne— y estamos en el mundo para cumplir Su voluntad. Nuestra religión es mucho más que puro teatro.

Verey volvió el rostro, luchando por ocultar las lágrimas.

—Dios me perdone —dijo—; yo, un sacerdote ordenado, necesitando que me lo recuerden...

Jones suavizó el tono de su voz.

—No necesitará que vuelvan a recordárselo —aclaró—. No dude de nuevo, no desespere. —Le dio la vuelta al sacerdote suavemente, mirándole de nuevo a los ojos—. Usted sabe que digo la verdad —concluyó.

—Sí —contestó Verey—. ¿Quién es usted?

—Un hombre corriente —replicó Jones—. Pero entrenado, un poco, en ciertas artes curativas. Ocasionalmente —tocó la frente de Verey—, puedo sentir la angustia que le abandona. No vuelva a desesperar de la bondad de Dios o a preguntarse lo mismo que Job. En muy poco tiempo, descansará.

El Hermano de la Rosa Cruz, recordó Babcock, podía efectuar curaciones en caso de emergencia, aunque, en cualquier otro caso, debía ocultar su sobrehumana condición a los humanos entre los que caminaba.

Jones desplazó la mano hasta el pecho de Verey.

—Sí —dijo—, los latidos son mucho mejores. El chakra de su corazón se encuentra menos agitado. Los seres humanos somos las manos de Dios, y El actúa a través nuestro si se Lo permitimos —continuó. Llevó las manos a los hombros de Verey y las bajó rápidamente a lo largo de los brazos para acabar sujetando cálidamente las manos del

sacerdote—. Usted ha sufrido mucho y debe descansar. Recuerde: «Dios es como un fuego de purificación.»

Cada vez que oía aquella cita del verso bíblico renovada por Haendel, Sir John siempre se excitaba; era su fragmento favorito de El Mesías. La energía del Vril corría por él, lo mismo que cuando tradujo I.N.R.I. como «el mundo se rehace por el fuego»; y pudo ver que aquella energía también fluía por Verey.

—No tardará en dormirse —añadió Jones suavemente.

En pocos momentos, Verey anunció que quería echarse. El Mutilador de Liverpool condujo al viejo jorobado a un dormitorio y regresó atemorizado.

—Ya le he acostado —dijo—. Cada vez que le veo hacer eso, señor, me impresiona.

—Con siete años de esfuerzos concentrados, podrás hacerlo tan rápida y eficazmente como yo —contestó Jones.

—¿Mesmerismo? —preguntó Babcock.

—Sí —confirmó Jones—. Un sistema más efectivo que el hipnotismo inventado por los imitadores de Mesmer del siglo diecinueve, aunque, como he dicho, lento de aprender.

—Gor —dijo el Mutilador de Liverpool—, ¿también estuvo Messmer en la Obra?

—En una Gran Logia de Oriente —respondió Jones.

Babcock se quedó estupefacto.

—¡Mis investigaciones me han llevado a creer que las Grandes Logias de Oriente estaban infiltradas entre los ateos Iluminados de Baviera y aliadas con la Ordo Templi Orientis!

—Todo es muy complicado —admitió Jones—. Los nombres no significan nada. Debe recordar que junto al Amanecer Dorado hay varias docenas de grupos en Europa que dicen proseguir la obra del original colegio Rosa Cruz. La mitad de las logias masonas de Inglaterra no reconocen como auténticas a la otra mitad. Y, por lo que viene al caso, el Amanecer Dorado tiene varios competidores que emplean el mismo nombre, dirigidos por A.E. Waite, Michael Brodie-Innes y otros, incluyendo el del canallesco Crowley.

Curioso, curioso, como dijo Alicia...

—Empiezo a detectar que —recitó Sir John, prudentemente— cuando uno se incribe en una logia oculta no sabe a cuál se ha unido...

—Los nombres nada significan —le repitió Jones—. Por sus frutos los conoceréis...

—Bueno, sí —siguió Sir John—, pero...

—No es momento de revisar la historia del Colegio Invisible y sus ramificaciones y divergencias —dijo Jones—. Esta tarde, tengo que encargarle una tarea, y es algo que tendría que hacer yo mismo. Dejemos aquí al pobre Verey, bajo la protección del Mutilador de Liverpool y dediquémonos a nuestras cosas. El rey está protegido y es la ocasión adecuada para un gambito.

Sir John se encontró en la calle y a bordo de un cabriolé antes de que se diera cuenta de la aceleración de los acontecimientos.

—He hecho que mi secretario consiguiera una copia del Express Journal de Inverness esta misma tarde —dijo Jones por encima de los cascos del caballo—. Echele un vistazo antes de seguir adelante.

Sir John tomó el recorte de periódico que le entregaba Jones y leyó:

EL CASO DE LOS SUICIDIOS CONSTANTES
El terror brota en Loch Ness;
La Policía desconcertada

INVERNESS, 23 ABRIL 1914.- El Inspector James McIntosh de la Policía de Inverness se enfrenta a un misterio más terrible que cualquiera de los narrados en los cuentos de Poe o Cortan Doyle...

Sir John leyó apresuramente el resto de la noticia.

—¿Entiende el significado? —preguntó Jones—. Mañana, esta historia se podrá leer en todos los diarios de Londres; fíjese en lo que le digo. Será el horror más grande desde que Jack el Destripador asolara el East End. Los periódicos del continente lo plasmarán la semana que viene.

—¿Eo es bueno o malo? —preguntó Babcock, guardándose el recorte en el bolsillo.

Jones parecía exasperado.

—Es lo peor que podría pasar —dijo, lleno de impaciencia—. Debe usted comprender ahora que el sistema de creencias humano determina la experiencia de los hombres. ¿Por qué el Colegio Invisible sigue siendo Invisible? ¿Por qué cree usted que no hacemos milagros en la calle para convertir multitudes? ¿No se da cuenta de que la filosofía materialista es lo mejor que podría haber ocurrido en Europa?

—Habla usted con paradojas —se lamentó Sir John, observando que la niebla empezaba a espesar. El clip-clop de los cascos del caballo parecía transportarles por un mundo más misterioso que cualquiera de los que aparecían en sus sueños o visiones astrales de la Capilla Peligrosa.

Jones suspiró.

—¿Ha observado usted —dijo pacientemente— lo que sucede cuando la noticia de una casa encantada aparece en la prensa? En una semana, en otras partes del país, aparecen cinco casas encantadas más. Uno no puede proyectarse astralmente hasta que cree que puede conseguirlo. La Cábala carece de sentido hasta que uno cree que puede tenerlo. ¿Por qué cree que dijo Buda que «Todo lo que somos es resultado de todo lo que pensamos»? ¿Sabe por qué machacamos a los Aprendices con la frase de que «Temer es fracasar y prólogo del fracaso»? Salvo un ser pefectamente Iluminado, todos nosotros vemos y sentimos sólo que estamos preparados para ver y sentir. Una historia periodística como esta, una vez que sea recogida y repetida, desencadenará miles —cientos de miles— de invasiones semejantes de los poderes de las tinieblas. Cada persona que lea acontecimientos como éstos, en mayor o menor grado, se abrirá a sus ataques. Los libros de tales temas son venenosos. ¡Por eso no combatimos la extensión del ateísmo y el materialismo! ¡Por eso les animamos a seguir!

—¿Animarles'? —Sir John estaba espantado.

—¡Naturalmente! —gritó Jones—. Los antiguos Misterios están cerrados para todos menos para una pequeña élite, como ya sabe. No es esnobismo aristocrático, sino pragmática sabiduría. Cuanto menos sepan los hombres y mujeres normales de estas cosas, mejor para ellos. Sólo los que han sido especialmente entrenados, intelectual y moralmente, pueden manejar esas Fuerzas con seguridad.

Sir John reflexionó durante unos minutos.

—Piensa que esta forma de pensar es antiliberal —siguió Jones—. Pero considere los buenos resultados. Las masas sin educación tienen una fe sencilla, que les protege, en la mayoría de los casos, de invasiones como la de este horror del Loch Ness. Los retrasados mentales que salen de las universidades por pelotones mantienen un escepticismo simple, que también les protege. Todo ello resulta satisfactorio, y constituye el mejor acomodo para esta era científica, hasta que la naturaleza humana se transforme. La gente ordinaria, si abandona la fe y el escepticismo y empieza a experimentar en este área —como usted hizo—, podría volverse loca en seis meses si no contase con una cuidadosa guía como la que yo mismo le brindé a usted.

—Sí —afirmó Sir John—. Esto va en contra de los principios liberales, pero tiene usted razón. Nunca habría podido realizar de un modo seguro ningún experimento astral yo solo. Lo mejor es que los hombres y las mujeres ordinarios no se acerquen a estos asuntos.

—La fe para los locos sin educación, el escepticismo para los locos a medio educar —dijo Jones—. Así debe ser hasta que todo esté preparado para el encuentro con Aquel al

que llamamos Sagrado Angel Guardián... que será, como le recordé hace poco a Verey, «un fuego de purificación.»

Una vez más, como cuatro años antes, los cascos del caballo parecieron sugerir en Sir John el estribillo del poema alquímico:

No hay que creer en el ojo humano
Ni bajo el sol ni en la sombra
Los arlequines que ven y sienten
Sólo participan en la Mascarada del Diablo.

El Mundo Invisible le parecía más real, en aquel momento, que el mundo material medio oculto por la bruma de Londres.

—¿A dónde vamos? —preguntó.

—Voy a conferenciar con la Cabeza Interior del Colegio Invisible de los Rosa Cruz por primera vez en siete años —respondió Jones—. De camino, le dejaré en la librería M.M.M. de la calle Jermyn.

—¿Qué?

Jones apenas sonrió.

—Sí —dijo—. Ha llegado la hora de que pase usted a la Capilla Peligrosa. Le aseguro que estará a salvo, y eso llenará de consternación los corazones del Enemigo.

Sé en lo que acabará todo esto, pensó Sir John.

—Mire —siguió Jones, sacando un singular objeto del bolsillo del abrigo. Sir John percibió un brillo que llenó el interior del cabriolé antes de poder enfocar el objeto en sí.

—¿Qué es? —preguntó.

—Un pentáculo, similar al empleado en las ceremonias mágicas —explicó Jones—. Este se encuentra cargado con toda la fuerza espiritual concentrada de los cuatro mil quinientos años de vida de nuestra Orden... Somos mucho más antiguos de lo que suponía usted, incluso en los más atrevidos pasajes de sus libros. También fue construido siguiendo especiales principios ópticos.

Sir John fue incapaz, pese a que lo intentó insistentemente, de ver el pentáculo con claridad.

—¿Se parece al panteón de Christian Rosycross? —preguntó.

—Es el panteón —replicó Jones—. Una miniatura exacta. La razón de que la luz dentro del panteón resulte tan «cegadora» es que cada faceta —y hay miles de facetas, incluso en esta miniatura— es complementaria de los colores que la rodean, de acuerdo a estrictas leyes ópticas y geométricas. La luz es reflejada, refractada y difundida en una miríada de prismas de un modo tal que es irrepetible por cualquier otra estructura. Es el auténtico modelo del Universo cabalístico, en el que cada parte contiene y refleja a las otras... una analogía de la Luz Individida. Es hermoso, ¿verdad? Aunque esto es un modelo, una interpretación parcial de la divina refulgencia... algún día lo experimentará cuando alcance lo que, de modo inadecuado, denominamos Conocimiento y Conversación con el Sagrado Angel Guardián.

A Sir John le parecía levemente alucinante.

—Es como éter —dijo—, o como alguna droga exótica como el hassish...

—No lo miré mucho tiempo durante el primer contacto —le explicó Jones—. Tómelo. Métaselo en un bolsillo, junto al corazón. Ni experimentará miedo ni estará en peligro mientras lleve consigo este talismán.

Sir John tomó el aparentemente autorefulgente talismán y sintió un escalofrío cuando se lo metió entre la ropa.

—¡Por San Jorge! —exclamó—. Realmente puedo sentirlo. Estoy listo para enfrentarme al mismísimo Diablo.

—No hace falta que se muestre tan melodramático —le dijo Jones—. De hecho, sólo

va a acudir a una presentación de Mr. Aleister Crowley. Si conozco a ese hombre, será consciente de la presencia del pentáculo en cuanto usted entre. Tras la lectura, estoy casi seguro de que se acercará a usted para, con una astucia u otra, intentar hacerse con el pentáculo con su consentimiento. No podrá hacer nada que usted no desee. Resista sus encantos y vuelva a reunirse conmigo en mi casa dentro de dos horas. Eso es todo.

—¿Todo? ¿Para qué?

—Lo comprenderá mejor por propia experiencia que por lo que yo pudiera explicarle en los pocos minutos que nos quedan —se justificó Jones—. Lo que está a punto de vivir le sorprenderá, y ése es el segundo objetivo de esta misión. Encontrará que Mr. Crowley es muy distinto de la imagen mental de villano que recelan estos horrores. Es importante, pues descubrirá algo: la realidad del enemigo es totalmente diferente de las temibles suposiciones que hacemos sobre él. ¿Lo entiende?

Debo avanzar por este valle solitario
Debo avanzar solo

—Sí —replicó Sir John—.Una verdadera iniciación nunca termina. —Sonrió.

Jones también sonrió.

—Lo conseguirá, muchacho —le dijo—. En todos estos años, nunca he confiado más en ningún estudiante.

—La calle Jermyn —dijo el conductor, agachándose—. El número 93, señores, aquí está.

CUARTA PARTE

¡Verdad! ¡Verdad! ¡Verdad! gritó el Señor del Abismo de las Alucinaciones... Este Abismo también se llama «Infierno» o «Los Muchos»... [o] «Conciencia» o «El Universo».

Aleister Crowley, El Libro de las Mentiras.

Sir John cruzó la calle cubierta por la niebla, empujó la puerta de M.M.M.: Libros Ocultos y Místicos de Todos los Tiempos, y, una vez más, entró en la Capilla Peligrosa, esperando encontrar demonios con cuernos y colas con punta de flecha.

En vez de aquello, encontró una amplia variedad de ingleses totalmente normales rebuscando entre los anaqueles. Los libros iban desde ejemplares nuevos y brillantes a raídos tomos de segunda mano y cubrían un amplio espectro; había cartelillos que dividían las hileras con etiquetas como TAOISMO, BUDISMO, VEDANTA, CABALA, SUFISMO, TEOSOFIA, INVESTIGACION PSIQUICA, y así sucesivamente. Sir John apreció la observación de Jones acerca de lo absurdo que sería pedirle a Scotland Yard que vigilase aquel establecimiento en aquella tierra de libertades y en plena era de iluminación.

Un enorme cartel anunciaba:

HOY A LAS 8
«El Soldado y el Jorobado»
una lectura de misticismo y racionalismo
por Sir Aleister Crowley
Entrada Libre

El cartel llevaba como ilustración una fotografía de Crowley, con el rostro totalmente inexpresivo y los ojos mirando directamente a la cámara, como si escrutasen de frente al observador: pero los ojos, como la cara, no revelaban absolutamente nada. Aunque era la de un desconocido, la cara no parecía ocultar nada; sin embargo, tampoco nada mostraba: era una cara, nada más. ¿Se sumió el propio Crowley en algún trance de profunda concentración cuando tomaron la foto? No era ni apuesto ni feo (aunque Sir John recordaba que denominaron en cierta ocasión a Crowley como el hombre más atractivo de Londres) y tendría una edad que parecía oscilar entre los cuarenta y los cincuenta años. Aquella era la cara de un hombre, descubrió Sir John, con un perfecto autocontrol.

Sir John miró el título de la lectura: «El Soldado y el Jorobado». Si Verey era el jorobado, ¿quién era el soldado? ¿El mismo? Jones? ¿Crowley? ¿Acaso atribuía excesiva presciencia a la Inteligencia del Enemigo? Quizá el título no contuviera ninguna referencia personal.

Un estante mostraba el rótulo ORDO TEMPLI ORIENTIS: el nombre de la orden masona clandestina propietaria de la librería y que exigía que todos sus miembros firmasen tres copias del nihilista Acto de Fe que empezaba diciendo: «No hay más Dios que el Hombre». Sir John examinó el anaquel con curiosidad: casi todo el material eran panfletos o libros antiguos de autores como Karl Kellner, Adam Weishaupt, Leopold Engels, P.B. Randolph, Theodore Reuss —casi todos en alemán—, pero también se veían varios libros del propio Crowley.

Sir John tomó un volumen de Crowley titulado, con todo descaro, El Libro de las Mentiras. Lo abrió y se encontró con la página del título:

EL LIBRO DE LAS MENTIRAS
TAMBIEN FALSAMENTE LLAMADO
CAMBIOS
LOS VAGABUNDEOS O FALSIFICACIONES
DEL UNICO PENSAMIENTIO DEL
HERMANO PERDURABO
CUYO PENSAMIENTO TAMBIEN ES
FALSO

A su pesar, Sir John sonrió. Era una variación de la paradoja de la lógica de Empédocles, que consistía en la pregunta: «Empédocles, el cretense, dice que todo lo que dicen los cretenses es mentira; ¿dice Empédocles la verdad?» Naturalmente, si Empédocles decía la verdad, su declaración de «que todo lo que dicen los cretenses es mentira» sería verdad y él estaría mintiendo. Por otro lado, si Empédocles mentía, todo lo que decían los cretenses no era mentira, y podría estar diciendo la verdad. El título del libro de Crowley era aún más persevo: si el libro es «también falsamente llamado cambios», entonces (a causa del «también») el título original era falso, y no era un libro de mentiras después de todo. Debía considerarse además que lo de «falsificaciones... del único pensamiento... también es falso» era negación de la incertidumbre y, por lo tanto, de la verdad. ¿O no?

Sir John se dirigió al primer capítulo y encontró que consistía en un único símbolo, el signo ortográfico:

?

Bueno, comparado con el título, aquello era, al menos, breve. Sir John volvió la página para dirigirse al segundo capítulo y encontró en él la misma brevedad:

!

¿Qué clase de broma era aquélla? Sir John buscó el capítulo 3 y su cabeza giró:

Nada es.
Nada se transforma.
Nada es no.

Las dos primeras frases representaban la conclusión básica del nihilismo; pero la tercera, llevaba el nihilismo un poco más allá, cayendo de nuevo en la paradoja de Empédocles contradiciéndose a sí misma. Si «nada es no», entonces algo es...

¿Qué más habría en aquel notable tomo? Sir John ojeó sorprendentes páginas y, abruptamente, se encontró, en el Capítulo 77, mirando una fotografía de Lola Levine. El pie decía:

«L.A.Y.L.A.H.». La foto y el pie componían la totalidad del capítulo. Lola aparecía de cintura para arriba y estaba vergonzosamente desnuda, aunque, como concesión a la moral inglesa, el cabello suelto ocultaba la mayor parte de sus senos.

Sir John, siguiendo una corazonada, contó cabalísticamente. Lamed era 30; más Aleph, 1; más Yod, 10; más una segunda Lamed, 30; más una segunda Alpeh, otra vez 1; más He, 5; total, 77, el número del capítulo. Y Laylah no era tan sólo la transliteración de Lola; también era la palabra árabe que designaba la «noche». Y 77 era el valor de la curiosa palabra hebrea que significa «valor» o «chivo»: Oz. La foto y el pie le decían, al habilidoso cabalista, que Lola era la sacerdotisa que encarnaba la Noche de Pan, la disolución del ego en el vacío...

Sir John decidió comprar El Libro de las Mentiras; sería interesante, y quizá ventajoso, poder profundizar en la mente del Enemigo, por paradójicas y perversas que fueran sus expresiones. Se acercó a la caja, y encontró con disgusto que la empleada era la propia Lola Levine. Como acababa de ver su foto, desnuda de la cintura para arriba, se sonrojó y dijo tartamudeando:

—Me gustaría comprar este.

—Una libra seis chelines, señor —le dijo Lola, con la misma expresión que cualquier otra cajera. Sir John pensó que habían transcurrido casi tres años desde la última ocasión en que se encontraron en el plano de la Tierra; ella no tenía razón alguna para recordarle. ¿Sería posible que todas aquellas visiones astrales en las que ella le atormentaba y le tentaba para seducirle no fueran producto más que de su impura imaginación? ¿O aquellas visiones fueron tan reales como parecían y ella era meramente una consumada e hipócrita actriz? Resultado el equivalente metafísico de la paradoja de Empédocles.

Una robusta mujer de cierta edad, con acento de Cornualles, le preguntó a Lola:

—Me gustaría quedarme para la lectura. Se pronuncia Crouly o Crowley.

—Se pronuncia Crowly —dijo una voz desde la puerta—. Para recordar que soy sagrado. Pero mis enemigos, dicen Crouly, si tienen deseos de mancillarme.

Sir John se volvió y vio a Aleister Crowley, inclinándose cortésmente ante la mujer de Cornualles al terminar su declaración. Crowley era un hombre de estatura media, vestido con un conservador traje de rayas que no combinaba ni con el chillón pañuelo azul que llevaba en vez de corbata ni con el Borsalino que portaba ladeado. Era el conjunto que podría vestir un artista de la Orilla Izquierda como demostración de su triunfo; para

Londres, resultaba definitivamente excéntrico.

La mujer de Cornualles le miró fijamente.

—¿Es usted realmente el Gran Mago que dice la gente?

—No —dijo Crowley—. Soy el más encarnizado enemigo del Gran Mago. —Y pasó ante ella imperiosamente.

La de Cornualles se quedó boquiabierta.

—¿Qué ha querido decir con eso? —preguntó, sin dirigirse a nadie en particular.

Sir John lo comprendió, pero no perdió tiempo en explicaciones. Crowley se dirigía hacia la sala de lectura y Sir John le siguió de cerca, buscando uno de los primeros asientos para poder observar al Amo de la M.M.M. más atentamente. La paradoja había sido un producto típico del estilo de Crowley: se refería, obviamente, a la enseñanza gnóstica de que el universo sensorial es una ilusión creada por el Diablo, para que la Humanidad no viera la Individida Luz de la Divinidad por sí misma. Una extraña broma para provenir de un satanista; pero, naturalmente, algunos gnósticos enseñaban que Jehovah, creador del universo material, era el Diablo, el Gran Mago. La Biblia empieza con Beth, de acuerdo con esta enseñanza, porque Beth es la inicial del Mago del Tarot, el Señor del Abismo de las Alucinaciones...

La sala de lectura se llenó rápidamente y Sir John correteó para hacerse con una de las primeras sillas. Advirtió que Crowley había inclinado la cabeza y mantenía los ojos cerrados, obviamente, preparándose para la lectura mediante algún método de invocación o meditación. A sus espaldas, en la pared, se veía una gran estrella de plata con un ojo en el centro, un símbolo asociado (por lo que sabía Sir John) con la diosa Isis y la Estrella Perro, Sirio.

—Haced que vean la totalidad de la ley —entonó Crowley sin levantar la cabeza. A continuación, miró por la habitación caprichosamente.

»Es tradicional en la gran Orden a la que humildemente represento —continuó—, empezar todas las ceremonias y lecturas con esta frase. Como en el Ducdame de Shakespeare, existe un ritual para expulsar a los locos, muchos de los cuales dejarían la sala si lo oyesen. Como no observo ninguna estampida hacia las puertas, sólo puedo preguntarme si esta noche habrá ocurrido algún milagro y estaré hablando, por primera vez, a una audiencia inglesa que no está formada enteramente por locos.

Sir John sonrió a su pesar.

—El tema de esta noche —siguió diciendo Crowley— es el soldado y el jorobado. Estos dos términos poéticos los empleo regularmente para designar a las dos puntuaciones ortográficas más empleadas en Europa: la exclamación y la interrogación. No busquen mayores profundidades en este momento. Llamo al signo de admiración «el soldado», sólo como licencia poética, pues se mantiene erguido, erecto, como un soldado de guardia. La interrogación, a la que llamo «el jorobado», de modo similar, recibe el nombre tan sólo por su forma. Lo repito: no existe ninguna otra profundidad, todavía.

Sir John se puso a pensar en los dos primeros capítulos de El Libro de las Mentiras, aquéllos que sólo decían «?» y «!».

La interrogación, o jorobado, continuó Crowley, aparecía en todos lo problemas filosóficos básicos que angustiaban a la humanidad: ¿Por qué estamos aquí? ¿Quién o qué nos puso aquí? Si podemos hacer algo, ¿qué es? ¿Cómo podemos empezar? ¿Dónde podemos encontrar la sabiduría? ¿Por qué nací? ¿Quién soy?

—A menos que uno se enfrente a inmediatos problemas de supervivencia, debido a la pobreza o a la libre elección de una vida aventurera, todos estos jorobados aparecerán en la mente numerosas veces a lo largo de la existencia —dijo Crowley—. Generalmente son pacificados o desaparecen al recitar las respuestas oficiales de la tribu en la que nacemos, o, simplemente, decidimos que no tienen respuesta.

Sin embargo, algunos, continuó diciendo Crowley, no pueden contentarse con la ciega tradición o el resignado agnosticismo, y buscan respuestas por sí mismos basándose en

la experiencia. La gente ordinaria, dijo, tenía un sentido totalmente dormido que ni siquiera conocía; los que persistían en seguir formulando las preguntas podían ser descritos como luchadores por el despertar.

El soldado, la exclamación, continuó, representaba el momento en que se veía o se intuía que una pregunta era respondida, como en las expresiones «¡Ajá!» o «¡Eureka!»

—Ahora les presentaré a dos de los más asquerosos jorobados que conozco —dijo Crowley, sonriendo perversamente—. Ambos se plantean a cada candidato que llega a nuestra Orden buscando la Luz. Son los siguientes:

»Número Uno: ¿Por qué, de entre todos los maestros del misticismo y las ciencias ocultas, vienes a mí?

»Número Dos: ¿Por qué, de entre todos los días de tu vida, vienes precisamente hoy?

»Es cuanto necesitan ustedes saber —explicó Crowley—. Podría bajar de la plataforma ahora mismo, pues, si fueran ustedes capaces de responder a esas preguntas, habrían alcanzado la Iluminación; y si no pueden, es que son tan lerdos que hablar sería malgastar las palabras. Pero, de cualquier modo, me apiadaré de ustedes y terminaré la charla.

Crowley continuó definiendo el estado de la filosofía moderna (la posterior a David Hume) como «una reunión de jorobados». Todo era concebido como pregunta; todos los axiomas habían sido transformados: «incluyendo la geometría de Euclides entre los modernos matemáticos»; nada es seguro. Por todas partes, siguió Crowley, no vemos más que jorobados: preguntas, preguntas, preguntas.

El misticismo tradicional, explicó entonces, es por el contrario un regimiento de soldados. El místico, dijo, tras conseguir la experiencia de un «¡Ajá!» o un «¡Eureka!» —una repentina mirada sobre la realidad invisible que subyace tras las decepciones subjetivas de los sentidos— deviene apto para deleitarse consigo mismo, pues nunca responderá a ninguna otra pregunta y dejará de pensar completamente. Fuera de este error, advirtió Crowley, fluye la religión dogmática, «una fuerza casi tan peligrosa para el misticismo como lo puede ser la libertad para la ciencia o la política».

El sendero de la verdadera Iluminación, prosigue Crowley mientras avanzaba hasta una pizarra que había a la derecha de la sala, no consiste en lanzar una mirada intuitiva tras otra. No es un desfile, «como este», dijo, escribiendo en la pizarra:

!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!

—Cualquiera que se halle en este estado o es un imbécil o un catatónico, cegado por su propia locura —afirmó Crowley, severo.

El verdadero camino de los Iluminados, declaró luego más enfáticamente, está constituido por una serie de soldados y jorobados en conjuntos cada vez más acelerados, por ejemplo

?...!...?...!...?...!...?...!...?...!...?...!...?!?!?!?!?!?!?!?etc.

—Quedarse en cualquier punto, tanto con intuitiva certeza como en dudosa interrogación —dijo llanamente—, es estancamiento. Sea cual sea el estado de éxtasis de visión que se alcance, uno debe buscar la visión más elevada. Sean cuales sean las preguntas contestadas, deben buscarse las preguntas más difíciles. La Luz que se busca se llama, correctamente, en la Cabala ain soph auer, la luz ilimitada, que, literalmente, y matemáticos como Cantor lo han demostrado, pertenece al infinito. Ya lo dicen los Upanishads: «Se puede vaciar el infinito, pero el infinito seguirá existiendo». Cuanto más profunda sea la unión con la Luz, esta se hará más profunda: pueden llamarla Cristo o Buda o Brahma o Pan. Como soy, gracias a Dios —pronunció aquellas tres últimas

palabras con gran piedad—, un ateo, prefiero llamarla Nada... pues cualquier cosa que digamos sobre ella es finita y limitada, cuando en realidad es infinita e ilimitada.

Crowley discurrió acerca del infinito con gran detalle, resumiendo teorías matemáticas acerca de aquel particular con notable erudición y acierto.

—Pero todo esto —terminó—, no es el verdadero infinito. Sólo es lo que nuestras pequeñas mentes simiescas han podido comprender hasta ahora. Hagan la siguiente pregunta. Busquen la visión más elevada. Ese es el sendero que une el misticismo con el racionalismo, y que trasciende a ambos. Como escribió el gran Poeta:

No depositamos nuestra confianza
En la Virgen o la Paloma;
Nuestro método es la Ciencia,
Nuestro objetivo la Religión.

¡Benditas palabras! —exclamó, arrebatado—. ¡Sagrado sea el nombre del sabio que las escribió!

Al llegar a aquel punto, Sir John ya dudó de si había estado escuchando la más elevada sabiduría o la más pretenciosa jerigonza que hubiera oído hasta entonces. Su Divino No-Ser era muy parecido a ciertos conceptos budistas y taoístas, pero también parecía una divertida manera de considerar temas profundos sin decir gran cosa. Para tal cuestión, naturalmente, la postura de Crowley afirmaba que decir lo que fuese sobre el infinito era Nada si se comparaba con el propio infinito...

Sobresaltado, Sir John se dio cuenta de que la charla había concluido. La audiencia aplaudía, algunos de manera indecisa, y casi todos tan confundidos como Sir John por lo que acababan de oír.

—Ahora pueden —dijo Crowley con cierta desgana— desahogarse de los pensamiento con que han pasado el tiempo mientras simulaban escucharme atentamente; pero, de acuerdo con el decoro inglés y los rituales de las conferencias, pueden convertir sus observaciones en preguntas.

Se oyó una risa nerviosa.

—¿Qué nos dice de Cristo? —El hombre que formuló la pregunta era un tipo rubicundo con bigotes de foca; parecía más irritado por lo que había oído que el resto de la audiencia—. No ha dicho nada sobre Cristo —añadió, agraviado.

— Un lamentable descuido —confesó Crowley, zalamero—. Efectivamente, ¿que digo de Cristo? Personalmente, le considero culpable por la religión que nos impuso postumamente. La siguiente pregunta... ¿la señora de la fila de atrás?

—¿Es inevitable el socialismo?

Sir John se preguntó cuándo se daría cuenta Crowley del Talismán y cómo intentaría engatusarle para conseguirlo. Con horror, descubrió que la anunciada dominación de su mente parecía posible: Crowley poseía encanto, magnetismo y carisma, como tantos otros servidores del Demonio. ¿Qué era lo que Pope había escrito sobre el Vicio? Una criatura de tan odioso talante / Que para ser odiada sólo ha de ser vista / Pero tiene algo que algo que algo que / Primero nos da pena, luego lo soportamos, luego lo abrazamos...

—Hay muchas cosas inevitables —estaba diciendo Crowley—. Las mareas. Las estaciones. El hecho de que algunas preguntas después de una conferencia apenas tengan nada que ver con el contenido de la charla... —¿Qué buscas? La Luz. La luz ilimitada: ain soph auer. Y las tinieblas supieron...

—¿Qué nos dice sobre la Voluntad Mágica? —preguntó Sir John repentinamente durante una pausa.

—Ah —exclamó Crowley—. Esa es una Pregunta Significante.

—De algún modo, transmitió las mayúsculas—. Algunas preguntas han de ser contestadas con demostraciones, no con meras palabras. Laylah —llamó, dirigiéndose

con la voz al fondo de la habitación—. ¿Podrías traernos el psicobulómetro?

Lola se acercó al estrado con algo que se parecía desagradablemente a unas empulgueras medievales.

—Lo primero que existe es la voluntad consciente —explicó Crowley, mirando directamente a Sir John—. La ejercitamos cada día. «Voy a fumar», «Le seré fiel a mi esposa». Noventa y nueve veces de cada cien, tales resoluciones fallan, pues están en conflicto con la fuerza que realmente nos controla, la Voluntad Inconsciente, que no puede resultar frustrada. Efectivamente, incluso los psicólogos profanos han redescubierto lo que la mística siempre ha sabido: la Voluntad Inconsciente, aunque incapacitada para actuar, regresa durante la noche y acecha en nuestros sueños. Y, a veces, regresa durante el día, bajo la forma de comportamientos irracionales que no podemos comprender. La Voluntad Mágica no debe confundirse con ninguna de las dos cosas anteriores, pues incluye a ambas y es mayor que ellas. Me atrevería a decir que ejecutar un acto de Voluntad Mágica es cumplir la Gran Obra. El más sagrado de todos los libros dice acerca de esta conexión: «No tienes derecho, pero lo harás». Ay, si creen que ejercen su verdadera Voluntad sin entrenamiento mágico, se engañarán a sí mismos... Pero me estoy limitando a hablar, cosa que prometí evitar, y aquí llega el instrumento de la demostración. ¿Quiere alguien ofrecernos una exhibición de lo que es capaz de hacer con la Voluntad consciente?

—Creo que yo lo intentaré —dijo Sir John, intrigado por su propia osadía—. Me parece que me corresponde después de formular la pregunta —añadió, sintiéndose mal.

— ¡Bueno, en ese caso, muy bien! Venga aquí, señor —dijo Crowley con una mueca que a Sir John le pareció ya siniestra—. Aquí tenemos —continuó, alzando las empulgueras para que todo el mundo pudiera verlas— uno de los implementos usados por la Orden de los Dominicos para reforzar la religión que, como he dicho antes, nos fue impuesta por Cristo. —Colocó el instrumento de tortura en el estrado—. Lo empleaban como utensilio de tortura, pero nosotros lo emplearemos como calibre de la Voluntad.

Sir John se encontraba de pie, al lado de Crowley, mirando desasosegado las empulgueras.

—Inserte aquí el pulgar, señor —le dijo Crowley amablemente.

—¿Qué dice? —Sir John no podía dar crédito a lo que oía.

—Que inserte el pulgar, aquí —Crowley seguía hablando suavemente— y gire la manivela que aprieta el tornillo. La aguja del bulómetro, mi añadido personal a este juguete, registrará el dolor que es usted capaz de soportar mediante el empleo de la Voluntad; 10 es una buena puntuación, y 0 significa que es usted un verdadero calzonazos. ¿A dónde cree que puede llegar?

Sir John sentía todos los ojos de la habitación clavados en él y quiso gritar:

«No estoy tan loco como para torturarme a mí mismo sólo para divertirle», pero... Sir John temía más quedar públicamente como un cobarde. ¿Será por esto mismo por lo que la gente va a la guerra?, se preguntó severamente...

— Muy bien —dijo con frialdad al fin, insertando el pulgar,

Y Abraham se levantó muy temprano y ensilló sus asnos, y tomó a dos de sus hombres, y a su hijo Isaac, y cortó la leña para el sacrificio, y la recogió, y se dirigieron al lugar de que Dios le había hablado.

Y era cerca de la hora sexta, y toda la tierra estaría sumida en tinieblas hasta la hora nueve.

Y el sol se oscureció, y el velo del templo se hendió entre la niebla.

Y Abraham tomó la leña de la pira, y la colocó sobre su hijo Isaac; y tomó una antorcha en la mano, y un cuchillo; y ambos caminaron juntos.

Y cuando Jesús gritó, en voz alta y, dijo, Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu; y diciendo esto, dejó de ser el fantasma.

—Sólo ha alcanzado el dos del bulómetro —dijo Crowley—. La audiencia debe estar pensando que ni siquiera lo ha intentado, señor.

—¡Vayase al infierno! —susurró Sir John, con un escalofrío recorriéndole la espalda—. Me he cansado ya de esta cruel broma. ¡Ahora enséñenos lo que puede hacer usted con su Voluntad Mágica!

—Ciertamente —dijo Crowley, muy tranquilo. Metió el pulgar en el cruel mecanismo y empezó a girar la tuerca con lenta deliberación. No se movió ni un músculo de su rostro. (Sir John sospechaba que se encontraba en trance). La aguja del bulómetro subió lentamente, acompañada de aplausos de la audiencia, hasta alcanzar el 10.

—Esto —dijo Crowley amablemente— podría pasar por una demostración elemental de Voluntad Mágica.

Sonó el estrépito de un espontáneo aplauso.

—También valdría —añadió Crowley— como una ilustración de nuestra tesis sobre el soldado y el jorobado. La primera regla de nuestra Magia es: «Nunca hay que creer todo lo que se oye y debe dudarse incluso de lo que se ve.»

Dio la vuelta al «psicobulómetro», revelando con ello que había soltado el tornillo y que con ello dio vueltas a la manivela sin apretar la tuerca. Se escuchó un lamento irritado.

—Oh —siguió Crowley—, ¿se sienten estafados? Recuérdenlo: son engañados del mismo modo cada vez que la confusión emocional o las ideas fijas alteran su percepción de lo que tienen ante la vista. Y no se olviden de buscar al jorobado que hay detrás de cada soldado.

La audiencia empezó a salir, murmurando y charloteando tan excitada como un grupo de chimpacés que se ve reflejado frente a un espejo.

Y, en aquel preciso momento, Sir John percibió que Crowley había bajado del estrado y se dirigía hacia él.

—Sir John Babcock —dijo Crowley amablemente—, ¿conoce usted la historia del hombre que llevaba una mangosta en la cesta?

Al menos, al contrario que Lola, Crowley no pretendía no haber reconocido a Sir John.

—¿Qué mangosta? —preguntó Babcock con cautela.

—Ocurrió en un tren —le explicó Crowley—. Aquel hombre llevaba una cesta bajo el asiento y otro pasajero le preguntó lo que llevaba en ella. «Una mangosta», respondió. «¡Una mangosta!», dijo el otro. «¿Qué domonios hace usted llevando una mangosta?» «Bueno», le contestó nuestro héroe, «mi hermano bebe más de lo que es bueno para él y a veces ve serpientes. La mangosta le libra de ellas.» El otro pasajero se quedó desconcertado por aquella explicación lógica. «¡Pero las serpientes son imaginarias!.», exclamó. «¡Ajá!», dijo nuestro héroe. «¿Piensa que no lo sé? ¡Lo bueno es que esta mangosta también es imaginaria!»

Sir John sonrió lleno de nerviosismo.

— Pasa lo mismo con los talismanes —le siguió diciendo Crowley—. Cuando un fastama sube, siempre lo hace por el espectro de una escalera. Siga llevando el pentáculo en el bolsillo si con ello se siente más protegido. Ahora debo irme. Volveremos a vernos.

Y Sir John se quedó mirando cómo Crowley se alejaba hacia el fondo de la habitación, donde saludó a Lola con un besó. Susurró algo; luego ambos se volvieron , le dieron la espalda a Sir John y echaron a andar alegremente. Y desaparecieron.

DE ARTE ALCHEMICA

Cuando Sir John llegó a casa de Jones, en el Soho, le relató su experiencia en la librería M.M.M. con todo detalle.

—Crowley no intentó engatusarme para que le diera el talismán —concluyó, con cierta aspereza—. Lo trató con todo desprecio.

—Ese hombre tiene una Voluntad de Hierro —admitió Jones—, pero no hay que dejarse engañar por su actuación. Por encima de todo, sabe que hemos pasado al contraataque y estará atemorizado.

—¿Está usted realmente seguro de eso? —preguntó Sir John con sofocada moderación.

—Los dos necesitamos una buena noche de sueño —dijo Jones como si ignorase la pregunta—. Le enseñaré la habitación de invitados. Antes de dormir, medite un poco sobre la Parábola de la Mangosta Imaginaria. Hay muchos niveles de significado...

Lo cierto fue que Sir John se encontró demasiado cansado para reflexionar sobre la Mangosta Imaginaria cuando se halló en la habitación. Durmió rápidamente y soñó cosas que fue incapaz de recordar por la mañana, aunque despertó con un vago recuerdo de Sir Alister Crowley y una mangosta gigante persiguiéndole por la Capilla Peligrosa.

Tras lavarse y vestirse, Sir John recordó que todavía tenía la copia de El Libro de las Mentiras que comprase en la M.M.M. Decidió probar la bibliomancia en sentido inverso y ver lo que el Enemigo podía ofrecer como oráculo. Abriendo el libro al revés, se encontró en el Capítulo 50:

> En el bosque Dios se encontró con el Ciervo Volante. «¡Detente! ¡Adórame!», dijo Dios. «Soy el Grande, el Bueno, el Sabio... Las estrellas son chispas en las forjas de Mis herreros...»
>
> «Así sea y Amén», dijo el Ciervo Volante, «creo en todo ello y te soy devoto.»
>
> «En ese caso, ¿por qué no me adoras?»
>
> «Porque yo soy real y tú imaginario.»
>
> Las hojas del bosque susurraron con la risa del viento.
>
> Dijeron el Viento y el Bosque: «¡Ninguno de los dos sabe nada!»

—¡Maldición, truenos y relámpagos! —explotó Sir John. El escarabajo negaba a Dios, pero el viento y el bosque también negaban al escarabajo. Era otra vez el rompecabezas de la Mangosta Imaginaria a un nivel mucho más empedocleano.

Bajando las escaleras en busca del desayuno, Sir John experimentó con el solipsismo. Quizá no existían ni los dioses ni los escarabajos... o quizá todo el mundo era, como anunciaban los gnósticos, el Abismo de las Alucinaciones, la Mascarada del Diablo. Pero debemos considerar el argumento de David Hume: el escepticismo debe aplicarse a Uno Mismo. ¿Estoy yo realmente aquí? ¿Son sólo reales el viento y el bosque? Si los fantasmas bajan, les servirán los espectros de las escaleras?

El Dr. Johnson refutaba aquella filosofía dándole patadas a las piedras. Sir John la refutó comprobando lo hambriento que estaba. Los huevos y los panecillos eran tan reales como deseables a aquellas horas, y su estómago era lo suficientemente real como para no negarse a ellos.

Para su sorpresa, encontró a Jones desayunando con el Reverendo Verey.

—Creía que le habíamos dejado con el Mutilador de Liverpool —dijo, confundido.

—Nuestros planes han cambiado totalmente después de mi conversación con la Cabeza Interior de la Orden la noche pasada. Las cosas son más serias de lo que suponía —explicó Jones— Nosotros tres iremos a visitar a Mr. Aleister Crowley, a su casa, para llevarle una sorpresa.

Sir John se sentó.

—¿No será otro talismán? —preguntó, irónicamente.

—Querido, no —dijo Jones, suavemente—. Esta vez será una sorpresa real. Pero, antes, coma algo, Sir John. Los panecillos están deliciosos.

Sir John decidió dejar el tema durante un rato; se sentía muy hambriento.

Verey estaba leyendo el mismo recorte periodístico que Jones le enseñase a Sir John

la tarde anterior.

—Está lleno de errores —se lamentó—. Bobbie McMaster no tiene cuarenta y tres años desde hace mucho tiempo; por lo menos es tan viejo como yo. Y la mujer sin cabeza que encanta Glen Carng no es nueva; se la viene viendo desde hace tantos siglos como a Ana Bolena en la Torre de Londres. ¿Por qué los periodistas nunca hacen nada bien?

—Creo que fue Bernard Shaw quien lo explicó —le dijo Jones, añadiendo algo de limón al té, al estilo parisino—. En casi todas las demás profesiones, un hombre debe ser capaz de observar cuidadosamente e informar de modo acertado sobre todo lo que ve. Esas calificaciones, no obstante, son innecesarias para los periodistas, pues su trabajo es escribir sensacionalistas historias para los periódicos. Por lo tanto, todos los incompetentes que no son capaces de exactitud a la hora de la observación o la memoria, fracasan en casi todas las demás profesiones, por lo que, eventualmente, muchos de ellos llegan al periodismo.

—¡Ajá! —exclamó Sir John, quien se había preguntado más de una vez por qué nada de lo que decían los periódicos era acertado. Naturalmente: un químico, un tendero, o un hombre corriente, a quien se le pidiera que describiera aquel desayuno, informaría correctamente que consistía en huevos, jamón y panecillos con té. Un periodista mencionaría puré de avena, bacon y tostadas, con una orgía de sexo y un asesinato.

¡ Verdad! ¡ Verdad! ¡ Verdad! gritó el Señor del Abismo de las Alucinaciones...

«Nessie» era real de acuerdo con virtualmente todos los residentes en Inverness; «Nessie» era un mito de acuerdo con los «expertos» que nunca habían estado allí.

—Ha de saber —le dijo Sir John a Jones— que me he dado cuenta de que aunque usted se refiere siempre a Crowley como «Mr.», en un cartel que vi anoche se referían a él como «Sir». ¿Qué es lo correcto?

—Crowley es hijo de un cervecero —le explicó Jones—. Pero el «Sir» es legítimo de acuerdo con sus propias luces. En los 90, cuando sólo era un joven singularmente romántico y aventurero que todavía no había sido corrompido por la Magia Negra, se unió a la causa de los Carlistas. Don Carlos, personalmente, le armó caballero.

—Pero —protestó Sir John—, Don Carlos era simplemente un pretendiente al trono.

—Para usted y para la prensa diaria, sí. Crowley todavía insiste en que Don Carlos era el verdadero monarca y Victoria la pretendiente. Así que, según sus propias luces, el título de Sir Aleister es correcto.

—Ese hombre es tonto —dijo Verey—. Lo siento por él.

—Oh, ciertamente —asintió Jones, con una tranquila sonrisa—. Pero también es brillante y fríamente racional... a su propio estilo. El y yo fuimos amigos durante un tiempo, hace muchos años, antes de que nuestros caminos se separasen, y todavía sigo diciendo, pese a todas sus maldades, que Aleister Crowley tiene el potencial necesario para convertirse en el más importante de todos nosotros. —Jones suspiró—. Pero sólo el más exaltado puede caer hasta los más recónditos abismos —añadió, amargamente.

—«Lucifer, hijo del alba, qué bajo has caído» — anotó Verey, con profundo y sentido dramatismo, como si se encontrase en un pulpito.

Como muchos clérigos, Verey tenía una cita de la Biblia para cada ocasión, consideró Sir John.

Cuando el sirviente de Jones apareció para recoger los platos del desayuno, Sir John preguntó intrépidamente:

—Bueno, ¿cuándo vamos a afeitar al león en su cubil? Espero que no sea nada tan decepcionante como lo de anoche.

—Creo que nos iremos enseguida —dijo Jones con la calma de un Adepto.

—Sí —declaró Verey—. Ansio que llegue el momento en que ese diabólico Aleister Crowley y yo nos veamos cara a cara.

Sir John tuvo la sensación de ser uno de los Tres Mosqueteros disponiéndose a luchar contra los hombres de Richelieu.

—Crowley vive en la calle Regent —explicó Jones—. De hecho, su casa es una de las mejores de toda la calle. Su padre no era sólo cervecero, sino un cervecero muy famoso. Vamos a dirigirnos a uno de los vecindarios más respetables de Londres. Crowley edita sus propias obras con las más caras encuademaciones y los mejores papeles, y vive como un verdadero príncipe oriental.

—¿Iremos andando o llamamos un coche? —preguntó Sir John.

—Creo que un paseo nos vendría bien —replicó Jones.

La verdad, como pensó Sir John, es que formaban un raro grupo de Mosqueteros: Verey, viejo y jorobado; Jones, robusto pero en la cuarentena; sólo él mismo, con veintiocho años, era lo suficientemente joven como para desempeñar el papel de héroe de melodrama... aunque, con toda probabilidad, era el más nervioso de todos.

Jones se puso a hablar de Crowley mientras paseaba. Se encontraron por primera vez dieciéis años antes, en 1898, cuando Crowley fue admitido en el Amanecer Dorado original como Aprendiz.

—Era un joven muy impresionante —explicó Jones—. A los veintitrés años ya había publicado varios volúmenes de excelente poesía y tenía cierta fama de escalador en los Alpes. Poseía un título de Química Orgánica por Cambridge y recuerdo que le pregunté por qué, pues yo era incapaz de ver en él el menor temperamento científico. Nunca olvidaré su respuesta: «Mi personalidad es totalmente poética, estética y romántica», me dijo. «Necesitaba efectuar algún trabajo de índole científica para volver a bajar a la tierra.» Pensé que constituía un sorprendente ejemplo de autoconocimiento y autodisciplina para alguien tan joven.

Jones siguió hablando del rápido ascenso de Crowley en el Amanecer Dorado,

—Nunca he visto a un hombre que tuviera tal capacidad natural para la Magia Cabalística como él —dijo, sinceramente.

Luego, ocurrió el desastre de 1900, cuando el feudo entre William Butler Yeats y McGregor Mathers explotó en una docena de feudos menores que disgregaron el Amanecer Dorado en facciones que nunca más volverían a reunirse. Jones le perdió la pista a Crowley durante varios años, aunque oyó decir que viajó a estudiar Yoga al Lejano Oriente y Sufismo a África del Norte. En 1902, Crowley y un ingeniero alemán, Oscar Eckenstein, escalaron triunfales la más elevada altura lograda en el Chogo Ri, en el Himalaya, llegando a los veintitrés mil pies. En 1905, Crowley se dirigió a China, y de allí volvió convertido en un nuevo hombre.

—Recuerdo —dijo Jones— mi infantil respuesta cuando me volví a encontrar con él en 1906. Le encontré tan cambiado que ahora creo que era un ser totalmente Iluminado, más allá de cualquier graduación del Amanecer Dorado. Le pregunté cómo lo había conseguido y me dijo literalmente: «Convirtiéndome en un niño.»

Estaban cruzando la calle Rupert cuando Jones sonrió irónicamente.

—Mis ilusiones acerca de Crowley no duraron mucho más —dijo—. Aquel mismo año publicó el infame Bhag-i-Muatur, que decía haber traducido del persa. No era nada de eso. Crowley fue un admirador de Sir Richard Burton y se limitó a copiar a su héroe, que había publicado el Hasidah —una obtusa declaración de filosofía atea— como traducción del árabe, cuando en realidad era su propia obra. El Bhag-i-Muatur, un título que traducía como «El Jardín Perfumado», era una obra de Crowley disfrazada como traducción. Se trataba, superficialmente, de una alegoría sobre las relaciones del Alma con Dios. Actualmente, si se lee con atención, parece una glorificación de la sodomía.

Resumiendo, añadió lo siguiente: Crowley se divorció de su esposa por adulterio y empezó a vivir vergonzosamente con Oscar Wilde antes de sus juicios, haciendo ostentación de sus numerosos asuntos, heterosexuales y homosexuales, como si disfrutase de alguna manera diabólica impresionando a las sensibilidades cristianas.

En los años siguientes, Crowley dividió su tiempo entre Londres, París y los desiertos del norte de Africa. En 1909, montó un espectáculo llamado «Los Ritos de Eleusis», en un

teatro de Londres, y levantó una tormenta de controversias. Los «ritos» empezaban con un coro que informaba a la audiencia, siguiendo la moda de Nietzche, de que «Dios ha muerto.» La siguiente ceremonia incluía ballet, música, ritual, poesía y, entonces, se servía a la audiencia un pretendido «elixir de los dioses» (que algunos sospecharon después contenía algún tipo de droga alucinógena), terminando con el anuncio de que había nacido un nuevo Dios, un «Señor de la Fuerza y el Fuego», que destruiría la civilización occidental y crearía, de sus ruinas, una nueva civilización basada en la frase de Rabelais: «Haz lo que quieras.»

—Ese hombre es tonto —repitió Verey con fría furia.

Desde 1910, continuó Jones, Crowley fue el líder inglés de la Ordo Templi Orientis, una orden masona con base en Berlín que decía guardar los primordiales secretos masones en una forma más depurada que cualquier otro grupo. La Otra Cabeza de la Orden, explicó Jones, fue Theodore Reuss, un actor que actuaba como agente de la policía secreta alemana.

—A sabiendas de Scotland Yard? —preguntó Sir John.

—Oh, efectivamente —contestó Jones—. Así es como actúa la Inteligencia Militar. Vigilaron a Reuss concienzudamente, pero no se metieron con él, pues el área de sus operaciones se restringía a espiar a los alemanes exilados en Inglaterra. Durante un tiempo, se relacionó con Karl Marx, Friedrich Engels y su círculo.

Jones siguió hablando de las relaciones entre la Ordo Templi Orientis y ciertas sectas derviches del Cercano Oriente que se decían conectadas con los Jóvenes Turcos que habían derrocado a la monarquía para introducir la democracia parlamentaria. Rasputín, el monje poseedor de extraños poderes hipnóticos, quien parecía controlar totalmente al Zar y a su familia, también se hallaba asociado con las mismas órdenes derviches, explicó Jones, lo mismo que el Coronel Dragutin Dimitrievic, jefe de la Inteligencia Militar de Servia, quien a su vez era, simultáneamente y bajo el nombre en clave de «Apis», miembro de la «Unión o Muerte», un grupo secreto revolucionario panservio.

—Gracias a Rasputín, a los Jóvenes Turcos y al coronel Dimitrievic —les dijo Jones—, la situación del Cercano Oriente y los Balcanes se hizo tan inestable que las alianzas entre Inglaterra, Francia, Alemania y Rusia fueron rotas, pues cada una de las Grandes Potencias sospechaba que las demás tramaban para aprovecharse de la cada vez más volátil situación en su propio beneficio. Los Jóvenes Turcos llegaron a jurar ostensiblemente que lucharían hasta la muerte para mantener a las Grandes Potencias fuera de la zona. Como el ferrocarril Berlín-Bagdad fue construido en 1896 —continuó Jones—, ciertos miembros del Gobierno sospecharon que Alemania pretendía sustituirnos en la India... pero cada una de las Grandes Potencias sospechaba cosas parecidas de las otras.

—Todo resulta cada vez más profundo, más oscuro, a medida que habla —afirmó sir John—. ¿Nos las tenemos que ver con una guerra espiritual entre teologías rivales o con una guerra económica entre intereses comerciales rivales?

—Hablamos de Guerra Total —replicó Jones, sombrío.

Sir John levantó la vista hacia el Big Ben que se alzaba en la distancia: piedra sólida, tangible, real. Pero llegaron a su mente las palabras de Shakespeare:

estos actores nuestros
Como ya predije, son todos espíritus, y
Se derriten en el aire, en el ligero aire:
Y, al igual que el infundado origen de esta visión
Las torres rematadas por nubes, los bellos palacios,
Los solemnes templos, el propio orbe,
Sí, con todo lo que en él vive, se disolverá

El monstruo de Loch Ness y el Movimiento Panservio; criaturas con alas de murciélago que se reían y la policía secreta alemana; suicidios increíbles y perversiones sin nombre; asesinatos por todo el mundo y la historia secreta de la Francmasonería; un gato asesinado en una iglesia cerrada y el tren Berlín-Bagdad... Máscaras y máscaras detrás de las máscaras. Sir John no estaba ya seguro de nada. 358: la Serpiente es el Mesías. I.N.R.I.: Jesús es Dionisio. HONI SOIT: la Orden de la Jarretera era un aquelarre que gobernaba Gran Bretaña desde hacía quinientos años. La propia vida era una paradoja de Empédocles y David Hume tenía razón: uno no puede probar, mediante la lógica, su propia existencia. ¡Verdad!¡Verdad! ¡Verdad! gritó el Señor del Abismo de las Alucinaciones...

—Es usted consciente, naturalmente, Sir John —siguió Jones—,de que los Iluminados bávaros, financiados por los Rothschild, controlaron secretamente las revoluciones que derrocaron las viejas monarquías feudales y abrieron el camino al sistema de mercado «libre» con el que el monopolio del Capital domina el mundo moderno. Los Iluminados, es innecesario decirlo, tenían sus propios motivos: «No hay más Dios que el Hombre» era ya su lema antes de la llegada de Crowley. De hecho, la Ordo Templi Orientis, en su forma moderna, fue creada por la unión de los Iluminados de Leopold Engels, en 1888, y la Hermandad Hermética de la Luz de P.B. Randolph. Randolph, un negro americano, empezó como sacerdote vudú, pero recibió educación avanzada a manos de la misma secta derviche que había detrás de Rasputín y los Jóvenes Turcos. Theodore Reuss, la Otra Cabeza de la Ordo Templi Orientis, tenemos razones para creerlo, no era tan sólo un espía entre Marx y su grupo de la inteligencia militar alemana, sino un doble agente que espiaba en Alemania para los marxistas. El propio Crowley mantenía relaciones con el comandante Marsden, de nuestra propia Inteligencia Militar, cosa en la que no pretendo adentrarme. ¿No resulta raro pensar que todo esto nos hace retroceder en el tiempo hasta Husayn Mansur Halladj, el derviche lapidado por los musulmanes ortodoxos en el siglo noveno por decir «Yo soy la Verdad y dentro de mi turbante no hay otra cosa que Dios»? Por mediación de los discípulos de Mansur, los Caballeros Templarios fueron iniciados en los ritos secretos mágicos de la magia sexual del tantrismo...

Y la Madre Hubbad es realmente Isis disfrazada y el hueso que busca es el falo de Osiris, pensó Sir John locamente. Todo lo imaginable es verdad en cierto sentido: si creo que puedo volar, flotaré libremente hasta la estratosfera...

—¡Arthur! —exclamó Verey sacando a Sir John de sus solipsísticas reflexiones.

Jones y Babcock dirigieron la vista hacia donde tenía clavados los ojos el sacerdote. Al otro lado de la calle había un jardín: ¿se movía una sombría forma ambiguamente por él o se trataba tan sólo de un árbol agitado por la brisa?

—¡Dios mío! —susurró Verey, casi representando—. ¡Es mi hermano muerto, Arthur!

—No puede ser... se confunde usted —empezó a protestar Jones. Pero el sacerdote le apartó rudamente.

—¡Arthur! —repitió—. ¡El monstruo que convirtió en ruinas a toda mi familia! Vuelve de la tumba para mofarse de mí. —Se lanzó a cruzar la calle.

—¡Tras él! —apremió Jones, echando a correr.

Sir John llegó el primero a la otra acera, al mismo tiempo que Verey abría la puerta y entraba en el sendero que corría entre los macizos de plantas exóticas. El sendero giraba abruptamente; Verey iba corriendo, casi diez pies por delante de ellos, en una dirección paralela a la calle. Desapareció detrás de un inmenso roble, al tiempo que Sir John penetraba en el jardín y echaba a correr tras él.

Aunque dobló en el mismo punto en que lo hiciera Verey, Sir John no fue capaz de ver al clérigo. Se apresuró al siguiente recodo y se tropezó con un hombre alto, de barba negra, con un gorro ruso de piel, ocupado en arreglar la cerca.

—¿Dónde está? —preguntó Sir John.

—¿Dónde está, quién? —preguntó el desconocido barbudo con un fuerte acento

eslavo.

—El Reverendo Verey... corría por el jardín...

Jadeante, llegó Jones.

—¿Qué ha pasado? —preguntó—. Parece que Verey ha desaparecido.

—¿Verey? —dijo el eslavo—. Por aquí no ha pasado nadie.

Jones y Babcock intercambiaron una confundida mirada. Jones fue el primero en recuperarse.

—¿Quién es usted, señor?

—Soy el Barón Nicolás Salmonovich Zaharov —dijo el desconocido—, y ésta es mi casa, y éste mi jardín, y sospecho que ustedes han estado bebiendo desde muy temprano si imaginan que alguien ha venido por aquí. Les aseguro que no ha pasado nadie.

Sir John recordó.

... estos actores nuestros...
... se
... derriten en al aire, en el ligero aire...

—Al fin —dijo Albert Einstein mientras su pipa humeaba abundantemente—. Aquí tenemos algo a lo que podemos hincar los dientes.

James Joyce se cambió a una nueva e indiferente postura en la silla.

—Hemos encontrado —musitó— un bocado más grande de lo que podemos masticar.

Einstein empezó a buscar una hoja de papel que no estuviera llena de ecuaciones matemáticas.

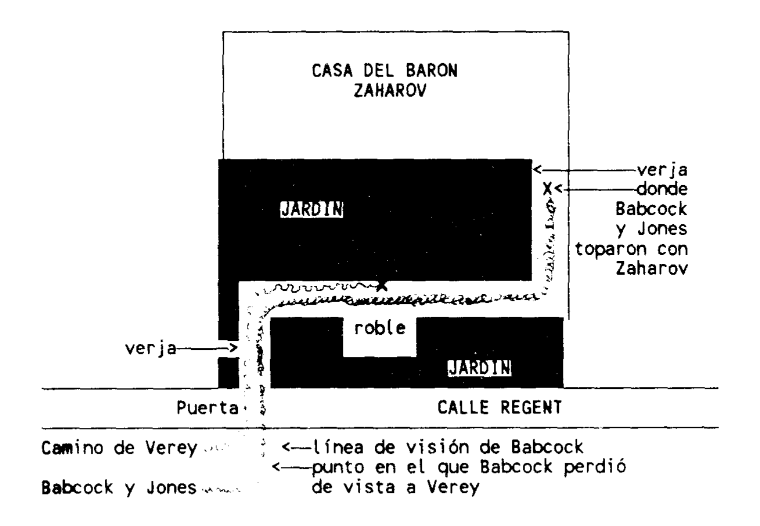
—Barón Zaharov —murmuró—. La luz al final del túnel. ¡Ajá! —Encontró varios folios vírgenes—. Aquí —le dijo a Babcock—. Quiero un diagrama exacto de la escena de ese milagro.

—No dibujo muy bien —declaró Babcock, incómodo.

—No necesitamos que sea un artista —le dijo Einstein impacientemente—. Esboce la escena como lo haría un ingeniero o un arquitecto, verstehen Sie? Como un hombre que la viese por encima, como si flotase en el aire.

—Algo esquemático —observó Babcock—. Puedo hacerlo.

Einstein estudió el diagrama mientras lo trazaba, formulando preguntas, pidiendo detalles, hasta que al fin emergió algo con la claridad suficiente como para satisfacerle.



—Bien —dijo Einstein suavemente, estudiando el diagrama—, muy parecido a lo que sospechaba. Son listos esos truhanes...

—Espero que sepa de lo que está hablando —entonó Joyce oscuramente desde el rincón en que ganduleaba—. Para mí, lleno de ignorancia acientífica, esta es la más maravillosa maravilla de la aventura de Las Mil y Una Noches de Sir John.

Einstein sonrió.

—Este Barón Zaharon —le dijo a Babcock—... Supongo que no le diría adieu en aquel momento y aceptaría su testimonio sin rechistar.

Babcock, mudamente, hizo un gesto de desesperación con las manos.

—No —dijo—, pero era muy difícil. En primer lugar, insistía en considerarnos o borrachos o dementes, y Jones tuvo que emplear toda su diplomacia para persuadirle de que nos tomara en serio. Finalmente, se mostró más cooperativo, aunque siguió actuando como si se burlase de nosotros. Nadie resulta tan distante como un noble ruso, ya lo saben. Pero concedió en dejarnos buscar por allí con más detenimiento. El jardín estaba tan lleno de flores a ambos lados del sendero que sólo se le podría definir como lujurioso. No había modo alguno de que el Reverendo Verey pudiera haber saltado la verja y pasado por el jardín sin aplastar o dañar cientos de plantas, y no se veía ni una sola en tales condiciones.

—¿Cuán alta era la verja? —preguntó Einstein enfáticamente.

—Mediría unos tres pies. La mitad superior del cuerpo de Verey me resultó claramente visible hasta que desapareció detrás del roble.

—¿Y las plantas? —insistió Einstein.

—De varios tamaños... desde un pie, hasta tres o cuatro. Ninguna se veía tronchada o dañada en modo alguno —repitió Babcock.

—Naturalmente —dijo Einstein—. Ahora, con cuidado, Sir John, visualice al Reverendo Verey y al Barón Zaharov. ¿Qué diría usted de sus alturas respectivas?

Sir John frunció el ceño pensativamente.

—Verey era más bajo —concluyó—. Un poco menos de cinco pies, diría yo. El Barón tendría por lo menos mi estatura, o eso creo: unos cinco pies ocho pulgadas, pulgada más o menos. Se mostraba tan seguro de sí mismo que no me acuerdo de él sino hablando, de modo que no estoy muy seguro de la estatura que pudiera tener.

Einstein asintió con la cabeza.

—Truenos y centellas —murmuró para sí. Volvió a prestar atención a Babcock—. ¿Qué pasó cuando usted y Jones terminaron de inspeccionar el jardín?

—El Barón nos acompañó hasta la calle, mientras nos dirigía ciertas observaciones paternales sobre la gente que ingiere bebidas fuertes por la mañana. Yo estaba totalmente desconcertado, pero Jones me dijo: «No confío en este hombre. A ver qué podemos averiguar de él en la casa de al lado.»

—Ja? —dijo Einstein, encantado.

—Sé lo que está pensando —añadió Babcock—. En cuanto Jones habló se me ocurrió también a mí. Estaba tan impresionado por la aparente desmatenalización, tan intimidado por las arrogantes maneras del Barón, que mi mente dejó virtualmente de funcionar mientras permanecimos allí. Pero, naturalmente, si había algún truco, el Barón tenía que ser cómplice del mismo.

—Siga —pidió Einstein, con una mueca divertida en la comisura de la boca.

—Verán, la siguiente casa pertenecía a Miss Isadora Duncan, la célebre danzarina americana. ¿Alguno de ustedes la ha visto bailar alguna vez? —preguntó Babcock, interrumpiéndose.

—Detesto el ballet —dijo Joyce—. Toda esa gente bailando le distrae a uno de la música.

—Yo tampoco he visto nunca a Miss Duncan —confesó Einstein—. Pero, claro, todo el mundo ha oído hablar de ella en Europa. ¿Es, como dicen algunos, tan buena como Pavlova?

—Mejor —confirmó Babcock—. La he visto bailar sólo una vez, en 1909, pero nunca lo olvidaré. Naturalmente, desapruebo los libertinos principios que esa mujer proclama tan atrevidamente, pero admito que es una de las mayores artistas de nuestro tiempo. Lamenté mucho que no estuviera en casa. Al menos, pudimos hablar con su secretaria, otra norteamericana llamada Miss Sturgis.

—¿Y qué pudo decirles Miss Sturgis sobre el Barón Zaharov? —preguntó Einstein.

—Bastantes cosas —continuó Babcock con una débil sonrisa—. Más de lo que queríamos oír, esa es la verdad. Detestaba al hombre violentamente.

—¿Oh? —Einstein se mostró desconcertado—. No es lo que yo esperaba.

—Miss Sturgis describió al Barón como un mojigato, como un fanático religioso, y un entrometido —siguió Sir John—. Parece que una vez intentó organizar una cruzada moral en el vecindario para echar a Miss Duncan... bueno, bajo la acusación de ser el equivalente a una prostituta callejera. Tras fallar en aquel intento, siguió molestando a los vecinos enviando cartas en las que acotaba las más controvertidas elocuciones de los escritos de Miss Duncan, aduciendo que era una peligrosa revolucionaria. Miss Sturgis dijo que si no fuera por su puesto en la Embajada Rusa, los vecinos habrían organizado un comité para expulsarle a él.

—¿Algo más? —preguntó Einstein, abruptamente alegre y con los ojos brillantes de nuevo.

—Oh, mucho —replicó Babcock—. Zaharov prestaba servicios en la Iglesia Ortodoxa Oriental cada mañana, aunque tenía que recorrer varias millas y levantarse a las cinco de la madrugada para poder llegar. Una vez intentó emplear las influencias que le otorgaba su puesto en la embajada para intimidar a un librero ruso y obligarle a que dejara de llevar las obras del Conde Tolstoi porque Tolstoi había cuestionado la doctrina de la Virginidad de María. Su tío, en Moscú, era Patriarca de la Iglesia Ortodoxa. Sospechaba de los católicos romanos y de los judíos, y consideraba a los protestantes sólo un poco mejor que a los ateos. Miss Sturgiss dijo, me acuerdo muy bien: «Tras tenerle como vecino, comprendo por qué Rusia es un país tan atrasado.»

Einstein se rió.

—Wunderbar!—exclamó—. El testimonio de Miss Sturgis encaja perfectamente en mi teoría.

Joyce murmuró:

—En ese caso, estoy loco.

Einstein sonrió.

—¿Y eso?

—Si el Barón fuese un hombre capaz de levantarse a las cinco de la mañana para matar gatos en las iglesias —dijo Joyce—, o si admirara y alabase los principios

revolucionarios de Miss Duncan, entendería que fuese conspirador de la rama de Crowley. Pero, por lo que parece, está por encima de cualquier sospecha.

Einstein asintió.

—Pero es lo que yo esperaba. Cuando Babcock dijo que Miss Sturgis consideraba al Barón como un ser detestable, me temí que mi hipótesis se derrumbase. Pero ahora estoy más seguro que nunca de que voy por el buen camino. ¿Qué pasó a continuación? —le preguntó a Babcock.

—Cuando dejamos la casa de Duncan, Jones dijo que la desmaterialización de Verey volvía a cambiarlo todo, y que yo no debía acompañarle a casa de Crowley; que iría él solo. Protesté, y discutimos algo acaloradamente. Al final, me persuadió para ir solo. Me dirigí al Club Diógenes, donde a menudo me hospedo cuando vengo a Londres, y esperé...

—¿Sí? —apremió Einstein, como si fuera un profesor examinando a un estudiante.

—Esperé hasta la medianoche —siguió Babcock—. Y entonces no pude resistir por más tiempo la incertidumbre. Tomé un coche para que me llevara al Soho, a casa de Jones... y...

—Déjeme que le diga lo que se encontró —dijo Einstein—. Allí vivía una familia inglesa, nada más, con rostros abiertos y francos, que juraron solemnemente que nunca habían oído hablar de Mr. George Cecil Jones.

—¡Dios mío! —exclamó Babcock, sentándose repentinamente—. ¡Es increíble! ¿Cómo lo sabe?

—¿Estoy en lo cierto? —preguntó Einstein.

—Sí —afirmó Babcock—. Por amor del Cielo, no puedo imaginar cómo lo ha adivinado.

—La adivinación no tiene nada que ver con el pensamiento científico —dijo Einstein, agudo—. Por casualidad, ¿intentó también contactar con el Mutilador de Liverpool, como su último contacto con Jones?

—Sí —dijo Babcock—. Su cuarto estaba totalmente vacío. La casera juró que llevaba meses sin alquilarlo.

—¿Qué hizo usted entonces? —le apremió Einstein.

—Volví al Club Diógenes y me quedé en vela durante toda la noche, pensando y preguntándome cosas. Por la mañana, me dirigí a la oficina principal de correos de Londres, para ver si encontraba alguna información sobre el Apartado Postal 718. Era lo último que me quedaba como enlace con el Amanecer Dorado. Me dijeron que no existía tal apartado; los números sólo llegaban hasta el 600. El Colegio Invisible, parecía ser de nuevo completamente invisible. Tuve la sensación de que los cuatro últimos años habían sido un sueño. Una mangosta imaginaria luchando con serpientes imaginarias. —Sir John se quedó callado, mirando al vacío con la expresión de alguien que duda de todo en lo que creía. El silencio era tenso.

—Hermoso —dijo Joyce, finalmente.

—¿Qué? —preguntó Einstein, irritado—. ¿Dice «hermoso»?

—Lo digo —replicó Joyce, sombrío—. Y lo lamento, Sir John; quizá sea la palabra más dura que nunca haya dicho. Pero yo, como artista que soy, me he dejado llevar durante unos momentos por la admiración ante la minuciosidad y la elegancia de sus antagonistas. Ciertamente, han hecho un buen trabajo con usted. Casi de una desnudez matemática, ¿verdad, Profesor? Uno no puede dejar de preguntarse si escribirían Quod Erat Demostrandum en la última línea.

—¿De qué está usted hablando? —preguntó Babcock, cansado.

—Del remate —repitió Joyce, añadiendo—... como dijo el legendario francés después del terremoto. Imagine: incluso el apartado postal era falso. Un toque que agradezco.

—Son listos —reconoció Einstein—. Diabólicamente listos.

—Pero también elegantes —volvió a repetirse Joyce—. ¿saben cuál era su modelo...

incluso antes de que tomaran El Rey de Amarillo de Mr. Chambers por el tema del libro que enloquece a la gente y la lleva a la autodestrucción? Es un cuento viejo, muy viejo —uno de los más viejos del mundo— y a menudo yo mismo he pensado en él. El encanto de esta historia, he descubierto, es que si se la cuenta usted a alguien, ese alguien tendrá la sensación de haberla oído antes, o haberla leído, pero sin que pueda recordar dónde...

»E1 cuento es el siguiente —siguió Joyce—: Un hombre es forastero en una ciudad desconocida; o, en algunas versiones más sutiles, en una ciudad que le resulta familiar, una ciudad que cree conocer. Pero se pierde y vaga por un barrio que no había visto antes. Se hace de noche; no ve a nadie a quien poder preguntar. Y, súbitamente, Ella está allí: la mujer más hermosa del mundo. Con ciertas variaciones, Ella lleva una perla de gran valor, o alguna otra joya fabulosa. Le invita a su casa, lo mismo que la Reina de las Hadas invita al Caballero errante a cruzar su umbral en las leyendas medievales. Va con Ella, y todo es encantador, y paradisíaco, la realización de todos los sueños románticos. ¿Saben cuál es el final de esta inmortal historia, amigos míos?

—Sí —dijo Einstein en voz baja—. Tienes razón con lo del cuento... creo que lo he oído antes, o lo he leído, pero no puedo acordarme de dónde o cuándo. Al día siguiente, queda en volver a verse con Ella, en Su casa. Acude a la hora convenida; pero no hay casa, sólo un solar. Los vecinos le dicen que allí no ha habido casa alguna desde hace un siglo.

Babcock tenía la vista fija.

—Sí —dijo—. Recuerdo la historia. Sólo que, por lo que recuerdo, era todo el barrio lo que desaparecía. El héroe busca por la ciudad eternamente, pero nunca vuelve a encontrar aquella calle.

Joyce sonrió amablemente.

—En algunas versiones, es un anciano a quien se ve recorriendo la ciudad durante la noche. Mientras cuenta su historia, sigue buscando la calle que una vez existió pero ya no existe. Algunas personas con las que me he tropezado incluso dicen haber conocido al hombre a quien le ocurrió esta aventura. Es lo que Jung llama una visión arquetípica. Las puertas al mundo de la magia se abren una vez, vuelven a cerrarse, y uno no puede encontrar el camino de vuelta al lugar en que se encontraban. ¿Lo ve, Sir John? le han involucrado a usted en un guión que existe desde que nació la imaginación humana. En su caso, han adaptado el escenario a sus propias ansiedades: la Reina Bruja, la Elfa, la Diosa, o como quiera uno llamarla, era hostil y maligna desde el principio; sólo en ese punto han alterado el modelo clásico.

—Ellos —repitió Babcock con amargura—. Ellos. ¿Piensa usted, señor, que Ellos son simplemente humanos y que Ellos realizan cuanto hacen por meros medios materiales?

Antes de que Joyce pudiera replicar, fue Einsten quien comentó secamente:

—Llegaremos a ese punto en unos momentos. Pero, antes, Sir John, ¿ha terminado su historia? Sospecho que aún faltará un climax...

Babcock se levantó y se estiró.

—Sí —dijo, empezando a pasear—. falta un climax...

»Tras las visitas al apartado postal y el descubrimiento de que no existía el 718, volví al Club Diógenes, medio convencido de que estaba loco. Antes de que pudiera subir a mi habitación, el portero me dijo que había un caballero esperándome en la sala de fumadores. Fui hasta allí como un autómata; me hallaba en tan extraño estado mental que no me preocupaba el que Jones o Verey volvieran milagrosamente tras sus desmaterializaciones, o que estuviera esperándome el mismísimo Diablo. Sin embargo, con quien me encontré, Dios me ayude, no era otro que Aleister Crowley.

»Me costaba trabajo hablar; de hecho, apenas sentía nada... ni siquiera miedo. '¿Qué es lo que quiere?' le pregunté. Pensaba en las palabras de Scott acerca de que todo lo que producen las brujas no son sino cosas tan inmateriales como aire.

«Habló con voz pretendidamente complaciente, sin bravatas ni dramatismo; alguien

que se encontrase a unos pies de nosotros, habría pensado que se trataba de una conversación ordinaria. Me dijo: 'Pasan cosas extrañas cuando las mangostas imaginarias luchan contra serpientes imaginarias. No conviene entrometerse en nuestros asuntos. Algunos se vuelven locos y se matan. Otros, sencillamente desaparecen. Los demás huyen hasta los confines del mundo, sin encontrar nunca escapatoria. Le tendremos vigilado siempre, y acabaremos con usted cuando nos convenga.' Incluso sonrió, como si estuviera alabando mi corbata o algo así... y luego se dio la vuelta para irse.

»En aquel momento, se volvió de nuevo hacia mí. 'Finalmente, ¿ha comprendido?', me preguntó con voz muy queda. 'Su Dios y su Jesús están muertos. No tienen poder para proteger ni a usted ni a nadie que pida su ayuda. Nuestra magia es muy fuerte, pues los Antiguos han vuelto, y el Hombre será liberado de la culpabilidad y el pecado. Si puede, pida ayuda a Jesús; no le ayudará a usted más que lo que ayudó a Jones o a Verey. Nuestras manos le rodean la garganta, aunque no pueda verlas. Volveremos a encontrarnos cuando usted menos lo espere.'

«Aquello fue todo —dijo Babcock decaídamente—. Se marchó antes de que tuviera ocasión de recuperarme por completo de sus blasfemas palabras. Salí de Inglaterra aquella misma noche, viajando bajo nombre supuesto. Llegué a Arlés, en el sur de Francia, y me alojé en una fonda. Tras unos días, volví a mi cuarto después de visitar la iglesia local y encontré un crucifijo invertido colgando sobre mi cama. Desde entonces, voy de ciudad en ciudad, huyendo.

Joyce se levantó y estiró los miembros, formando una grotesca sombra arácnida en la pared que había a su espalda.

—Bien, Profesor —preguntó—. ¿Vivimos en el siglo veinte o en el trece?

El Föhn silbó en la ventana.

Einstein estudió cuidadosamente la cazoleta de la pipa apagada. Bajo sus espesas cejas, sus ojos buscaban algo que el frío olor de las cenizas no podría descubrir..

—Bien —dijo finalmente—. No creo que todo esto sea algo a lo que no podamos encontrar explicación. Existen rastros de luz entre las profundas tinieblas, ¿no le parece, Jeem?

Joyce sonrió macilentamente.

—Veo unos cuantos rayos de luz —dijo, cuidando las palabras—. Pero todavía se me escapa algo pequeño y fugitivo y mis tinieblas son aún muy grandes. ¿Hago una lista de los puntos más conflictivos?

—Naturalmente —apremió Einstein.

—Son cuatro —dijo Joyce—. Los titularé de la siguiente manera:

1. La Pista de la Metáfora Cuadrilateral;
2. El Asunto de la Reunión de Tragedias;
3. El Asunto de la Enumeración de Sonetos;
4. La Pista de las 26 Ligas.

»¿Les sugiere algo a ustedes dos? —concluyó, impasible.

—A mí no —respondió Babcock, desconcertado.

—Ni a mí —añadió Einstein—. Me pregunto si habrá usted encontrado las partes de la respuesta que se sitúan más allá de mi comprensión. Sin embargo, imitando su estilo, puedo relacionar los puntos que me han ayudado a ordenar todo este maligno drama. En mi caso, son ocho; los siguientes:

1. La Navaja de David Hume;
2. El Asunto de la Multiplicación Maravillosa;
3. El Incidente de la Telepatía Casual;
4. El Asunto de las Coincidencias Superabundantes;
5. La Pista de la Imagen Muy Definida;
6. El Misterio del Extraordinario Escalador;
7. La Pista del Nombre Imposible;

8. El Asunto de la Relatividad de las Dimensiones.

Creo que estos puntos revelerán lo que transpira todo el asunto —concluyó—. ¿Comprende lo que implica, Jeem?

—No soy el más torpe —dijo Joyce—. Sin embargo, ahora estoy más confudido que antes de que enumerara usted la lista de las supuestas ayudas.

—Muy interesante —dijo Einstein pensativamente—. Sólo vemos lo que estamos entrenados para ver... Bueno, como usted ha sido el primero en dar una lista, explíquenosla antes de que yo haga lo mismo con la mía.

Joyce se quitó las gafas con cuidado, limpiándolas meticulosamente con un pañuelo.

—Ahora mismo estoy ciego en un setenta y cinco por ciento —dijo, pensativo; al terminar, volvió a colocarse las gafas sobre la nariz—. ¡Presto! El mundo ha sido creado de nuevo: puedo ver. —Un parpadeo: Lo siento—. El mundo se crea de nuevo cada vez que cambiamos nuestro enfoque o nuestro punto de vista —siguió—. Cambiemos el enfoque por un momento y estudiemos el principio de todo esto, Nubes Sin Agua, con mejores gafas. —Hizo una pausa.

—¿Sí? —apremió Babcock.

—El autor de Nubes Sin Agua es un joven singularmente profundo, como dicen Gilbert y Sullivan en casos semejantes —prosiguió Joyce—. Puede ver dos cosas a la vez: incluso, en algunos lugares, tres cosas a la vez. Ocasionalmente, consummatum est, las palabras que cierran uno de los sonetos sobre los que Sir John llamó nuestra atención, pueden referirse [como previamente se hizo notar] tanto a la Misa católica como a una Misa negra; pero también puede estarse hablando de la terminación de un acto sexual: estimulación sexual, unión, climax, consumación. Pero nuestro autor podría aludir a las cuatro cosas a la vez: el simbolismo del vino místico en la secuencia alquímica, observo, puede referirse a las secreciones vaginales de la amante del poeta, como sospechaba Sir John; al vino de la Misa; al vino de la Misa Negra; o al «vino» como símbolo de intoxicación divina en autores sufíes como, por ejemplo, Omar Khayam. Esta es la Pista de la Metáfora Cuadrilateral.

»De este modo, llego a preguntarme lo verdaderamente profundo que puede ser este joven especialmente profundo. El tráfico fin de la saga es, para mí, evidentemente falso y propagandístico. El número de adúlteros de Europa no es mayor que la arena del Sahara, o los átomos de la galaxia, pero es, ciertamente, grande; y no sucumben a la sífilis avanzada e incurable en todos los casos. Ni tampoco, cuando diagnostican la enfermedad, se suicida ninguno de modo inmediato. Se tratan, y si tienen suerte y la enfermedad no está muy adelantada, terminan curados rutinariamente. No puedo decir que el triste fin de Arthur Angus Verey sea imposible, pero sí improbable. Detecto mucho más tono moralista y sermoneante, como si fuera obra del propio Reverendo Charles Verey. Este es el Asunto de la Reunión de Tragedias que mencioné antes. Pero quiero preguntar una cosa: esta autoría dual, ¿encaja en nuestras nociones de psicología humana, caballeros?

Einstein fue el primero en hablar:

—Siga —pidió—. Definitivamente, parece estar completando la parte del rompecabezas que a mí me resultaba imposible.

—Puedo garantizar —añadió Babcock— que Verey nunca habría publicado aquel libro de no haber introducido al final una dura lección moral...

Joyce raspó el suelo con el bastón.

—Punto uno solucionado —dijo—. Bien, a partir de aquí, el viejo refrán legal que dice «Culpable en parte, culpable en todo», puede ser verdad o no, pero, no obstante, me presta un simpático pensamiento. Si el Reverendo Charles Verey escribió el final, ¿por qué no pudo haberlo escrito todo? Una frase de Dante me da vueltas por la cabeza todo el día: ed eran duo in uno, ed uno in duo. «Eran dos en uno, y uno en dos». Es la descripción de Bertran de Born, descabezado, en el Inferno. Me recuerda al Dr. Jekyll y a

Mr. Hide, al Dr. Frankenstein y a su Monstruo, a Fausto y Mefistófeles...

Einstein se rió.

—Sorprendente —dijo—. Llevó dos días pensando en Fausto y Mefistófeles y la línea que Goethe puso en boca de Fausto: Zwei Seelen wohnen ach! in meiner Brust. Mi padre acostumbraba a decirnos que era la línea más profunda de toda la obra. Viven dos almas, ay, dentro de mi pecho.

—La forma extrema de dualismo es el Desdoblamiento o Múltiple Personalidad que se discute en los textos de psicología —continuó Joyce—. Todos somos prismas... dobles y múltiples personalidades, de cierta extensión. Cada uno de nosotros tiene un lado oculto: lo que Jung, poéticamente, llama la Sombra. ¿Cuál sería la Sombra del Reverendo Verey? Naturalmente, la opuesta a su personalidad pública de recto presbiteriano. Sería, de hecho, muy parecida a la que él decía que poseía el supuesto Arthur Angus Verey: libertino, sensual, adúltero, blasfemo contra Cristo y la Iglesia. Resumiendo sugiero que Nubes Sin Agua fue escrito enteramente por el Reverendo Charles Verey. A cada «No debéis» del público Reverendo Charles Verey, el oculto «Arthur» grita «¡Lo haré!». La Sombra, el satánico Arthur, escribe los voluptuosos sonetos, explayándose largamente en cada detalle lascivo y licencioso de un fantástico amorío con una gloriosamente malvada y totalmente deseable mujer; la Persona pública lo arregla todo para que el libro de sueños húmedos termine con «Arthur» siendo destrozado por sus pecados y añadiendo las nota al pie que reafirman la moralidad tradicional.

»Bien, caballeros —añadió Joyce—, ¿se entiende ahora el Punto Dos? ¿Son las dos almas de Nubes Sin Agua habitantes del mismo pecho?

Babcock, lleno de duda, sacudió la cabeza.

—Es posible en psicología —dijo—. Pero contradice los hechos que conocemos.

—Los hechos que conocemos —opinó Einstein suavemente— han sido distorsionados por una conspiración deliberada que nos impide conocer su auténtica realidad. Adelante, Jeem.

—Tenemos, en Nubes Sin Agua, un libro que yo mismo intentaría escribir —continuó Joyce—. Un libro de múltiples dimensiones, múltiples niveles y múltiples significados. Un libro rompecabezas, se podría decir... ¿cabe algo más apropiado para estos tiempos que corren, en los que las mentes más claras reconocen cada vez con mayor unanimidad que nuestra propia existencia es un rompecabezas? El lector resulta desafiado, si se muestra lo bastante inteligente como para ver más allá de la mera superficie, a decir lo que es realmente Nubes Sin Agua. En primer lugar, aparece lo que significa y lo que pretende ser: el relato de un adulterio que termina mal, con un comentario añadido por un sacerdote que subraya la lección «moral» de que Las Olas Del Pecado representan la Muerte. Para los lectores británicos, perfecto. Luego, en segundo término, queda lo que Sir John ha descifrado: un manual de prácticas sexuales tantristas que demuestra que las permutaciones y variaciones de la unión erótica entre un hombre y una mujer atrozmente prolongadas hasta el éxtasis, explotan en el olvido y en un trance de pérdida de la identidad. Pero, y este constituiría el tercer punto, podría ser cómo yo digo: el registro del desdoblamiento de la personalidad de un presbiteriano puritano, soñando con insanos placeres de coito, felación y cunilingus y castigando a su Otro Yo por disfrutar con esos sueños.

—¿Y qué es lo real? —preguntó Babcock—. Usted sólo añade nuevos misterios, sin aclarar los antiguos... ignotium per ignotius!

—¿Cuál es la «longitud» real de una barra, Profesor? —preguntó Joyce.

—Depende del sistema de coordenadas de la barra —respondió Einstein, divertido—, y del sistema de coordenadas del observador, y las relaciones existentes entre sus velocidades.

Babcock hizo una mueca.

—No tiene sentido alguno para mí —dijo—. La longitud es la longitud, y eso es todo.

—No es todo —replicó Einstein—. Todas nuestras opiniones en las que la longitud juega algún papel son opiniones sobre los instrumentos empleados en la medida de esa longitud. Y las lecturas de los instrumentos dependen de nuestra velocidad con respecto a la velocidad de la cosa que estemos midiendo. Lorenz trabajó con todo esto desde fuera de las matemáticas, pero sin creerlo. En 1904, yo decidí creerlo y ver a dónde me llevaba. Se pudieron resolver todos los rompecabezas que complicaban la vida de los físicos desde el experimento de Michelson-Morley. Condujo, de hecho, a la sencilla conclusión de que no hay una longitud ding an sich, una entidad objetiva, sino sólo longitud como lectura del instrumento1, una longitud2 como lectura del instrumento2 y así sucesivamente. Lo mismo se aplica al tiempo, como he demostrado.

—Pero —opinó Babcock— esto nos conduce fuera del espacio sensorial y del tiempo lineal por completo. Es un concepto gnóstico y platónico.

—En cierto modo —afirmó Einstein—. La diferencia es que Platón terminó en el punto de vista con el que yo empecé. Nunca conectó sus arquetipos geométricos con el empirismo de los sentidos-datos. Yo he efectuado esa conexión científica. Mi teoría explica experimentos que no pueden explicarse de otro modo.

—Cuéntenos lo de la piedra y el tren —sugirió Joyce lánguidamente, desde la sombra.

—¡Oh! Es el tipo conceptual de relatividad que se conoce desde los tiempos de Galileo —explicó Einstein—. Me he limitado a ilustrarlo de un modo más moderno. Supongamos que le tiro una piedra a un tren. ¿Qué línea describirá antes de caer?

Babcock pareció dudar.

—No estoy seguro —admitió—. Parece que tendría que hacerlo siguiendo una línea recta.

—Ah —dijo Einstein—. Así sería... desde el punto de vista de dentro del tren. Pero si alguien se encontrase en el campo, al lado de las vías del tren, ¿cómo la vería caer?

Babcock se quedó en silencio.

—Esto... —dijo finalmente—. Tampoco estoy muy seguro, pero intento imaginarlo visualmente y creo que caería siguiendo una curva.

—Una curva llamada parábola —corrigió Einstein—. La vería caer describiendo una parábola perfecta. Ahora, ¿cuál de las dos percepciones es verdad? ¿El punto de vista del hombre del tren o el del hombre del campo?

—Empiezo a comprender a dónde quiere ir a parar —reconoció Babcock—. Ambos tienen razón, dentro del... —¿cómo lo ha llamado?—... sistema de coordenadas de los observadores.

Joyce se echó a reír.

—Aunque todo esto no le resulte familiar —le dijo a Babcock—, aprende usted rápidamente. ¿Sabe por qué? Se lo diré. Porque su Cabala se basa en los mismos principios, aunque se apliquen a la psicología más que a la física. Está aprendiendo un nuevo aspecto de algo que ya conocía.

Einstein enarcó una ceja.

—Así que, ¿soy cabalista? —preguntó, divertido.

—¿Qué es la Cábala? —demandó Joyce, socráticamente—. Bueno, sea lo que sea, desde mi punto de vista como artista es un método de visión múltiple. Tomando un ejemplo de la historia de Sir John, I.N.R.I., analizado cabalísticamente, no tiene un significado tan sencillo como desde el punto de vista cristiano, sino que además cuenta con un significado mitológico griego, otro egipcio, otro alquímico, un significado dentro del simbolismo de las cartas del Tarot... y así sucesivamente. Las correspondencias no son ilógicas sino analógicas. Los cabalistas ven en cada símbolo —Cristo, Dionisio, Osiris, las cartas del Tarot y todo lo demás— un significado dentro de su propio contexto místico, al igual que la teoría del Profesor Einstein considera cada medida como acertada dentro de su propio sistema de coordenadas. Los cabalistas buscan, detrás de todos esos símbolos diversos y contradictorios, el arquetípico significado que constituye la propia psicología

humana, cosa que ha redescubierto el Dr. Jung recientemente. Al igual que el Profesor Einstein va más allá de los diversos y contradictorios instrumentos de medida en busca de las relaciones matemáticas abstractas trasladando un sistema de coordenadas a otro.

—Visión múltiple —repitió Babcock—. Sí. Es una forma muy afortunada de resumir el cabalismo.

—Bien, en ese caso —siguió Joyce—, ¿qué es Nubes Sin Agua? ¿No es acaso un perfecto ejemplo de pensamiento cabalístico, un libro que puede, de hecho, ser leído de, al menos, cuatro formas, y posiblemente más, si lo consideramos con la debida profundidad? ¿Acaso no es un modelo cabalístico de múltiples significados? Además, observemos que cuenta exactamente con 114 sonetos. Esto conforma el Asunto de la Enumeración de Sonetos. Ahora, yo que no soy hermetista, pero que me pasé buena parte de la juventud escuchando a John Eglinton y George Russell, como a otros místicos dublineses, sé que 114 es un importante número cabalístico, ¿no es así?

—Sí —respondió Babcock—. La tradición dice que el Colegio Invisible actuó públicamente durante 114 años, hasta que se disolvió y permaneció inactivo durante 114 años, reinstaurándose nuevamente para otros 114 años... y así sigue la historia.

—Más importante que eso —dijo Joyce—. Siempre hay algo más en la Cabala. Eglington o Russell —he olvidado cuál de ellos— me explicó una vez, como ejemplo de la conexión histórica entre la Francmasonería y el Rosacrucismo, que las misteriosas letras de los monumentos y documentos masones, L.P.D., cabalísticamente sumaban 114. ¿Me confude la memoria?

—No —replicó Babcock—. Lamed es 30, Pe es 80 y Daleth es 4. Total: 114. El significado se supone que es Luz, Presión, Densidad, y se refiere a la transformación interna del proceso alquímico.

—También se refiere a otras cosas —ajustó Joyce—. Las logias del Gran Oriente anteriores a la Revolución Francesa, de las que proclama descender la Ordo Templi Orientis de Mr. Crowley, explicaban L.P.D. como Lilia perdita destrute: «Pisa la lila a tus pies», la flor de lis que aparece en el escudo de los Borbones, la familia real de Francia contra la que esta facción de la masonería se halla en guerra desde la destrucción de los Templarios a manos de Felipe II. Una vez más, ya lo ve, los símbolos cabalistas significan cosas diferentes en diferentes niveles de interpretación.

Einstein volvió a enceder la pipa.

—Así que —dijo entre dos chupadas—, después de tan largo rodeo, Jeem, ¿su conclusión es...?

—Nubes Sin Agua es obra de un cabalista muy adelantado —respondió Joyce—. Y el Reverendo Verey no es tan ignorante de la Cábala como dice. Pruebas: sabe que hay 26 ligas colgando en la Orden de la Jarretera y conoce su significado cabalístico y le estuvo apremiando a usted, Sir John, hasta que le hizo recordar que 26 es el valor de Yod Hé Vau Hé, el Sagrado e Inexpresable Nombre de Dios. La Pista de las 26 Ligas, que diría el Dr. Watson.

Joyce hizo una pausa y, a continuación siguió hablando.

—No sé cómo asesinó Verey a su familia y, ciertamente, tampoco sé por qué [¿quién puede comprender el fanatismo religioso?], pero moralmente estoy seguro de que lo hizo. Toda la historia del libro de los horrores que enloquece a la gente es un invento suyo en su totalidad, considerando, como he indicado siempre, mis razones para pensar que expolió la idea de El Rey de Amarillo de Robert W. Chambers. Me viene a la mente otro jorobado que enloqueció a causa del fervor religioso y las ansias sexuales, San Pablo, quien una vez escribió una frase que describe a Verey admirablemente: «No haré lo que debería, sino lo que me aterra». El espejo duplicado nuevamente.

El rostro de Babcock reflejaba un conflicto de emociones.

—Usted... casi me convence. Pero su teoría es parcial y todavía queda mucho por explicar.

Sonó el timbre. Los tres hombres se incorporaron ligeramente.

—Esta historia suya ha constituido toda una experiencia —dijo Einstein—. Pero Joyce ha aclarado los puntos en que yo me hallaba a oscuras. Con su contribución, creo que puedo explicarlo ya todo, y hacer que los espectros desaparezcan para siempre.

En el umbral apareció Mileva Einstein, con un paquete envuelto en papel marrón.

—Albert —dijo—, un muchacho acaba de traer esto para ti.

Los tres hombres se miraron. Einstein se levantó como un gato.

—No es algo totalmente inesperado —dijo, cruzando la habitación.

Joyce y Babcock se enderezaron repentinamente, observando con tensión cómo salía Mileva y Einstein llevaba el paquete a la mesa.

—Es... —tartamudeó Babcock.

—Oh, sí. —Einstein parecía divertido—. El golpe artístico final. Las señas del remitente son «M.M.M. Calle Jermyn, 93. Londres. R.U.», aunque no presenta sellos y, evidentemente, nunca ha pasado por Correos. —Empezó a rasgar el papel.

—¡Por amor de Dios! —gritó Babcock—. ¡No! ¡No puede estar usted seguro de su teoría! No es usted inmune al peligro!

—Oh, no estoy preocupado —dijo Einstein, rasgando y rompiendo la envoltura hasta que apareció el libro. Se echó entonces a reír; al principio, con una risa apagada, que luego, se fue haciendo más y más fuerte, hasta que su rostro se distorsionó y aparecieron lágrimas en sus ojos.

¿La risa de la locura histérica? No: Einstein, finalmente, recuperó el control y levantó el libro para que Joyce y Babcock pudieran verlo.

—¡Aquí está, caballeros! —dijo. El horror de los horrores...

El libro que sujetaba se titulaba Rimas Infantiles de Mamá Ganso.

—Ma... ga... so... —dijo Joyce lentamente—. Encaja con los fragmentos que conocíamos.

—¡Y contiene todos los secretos mágicos en código! —gritó Babcock—. Después de todo, Crowley no bromeaba.

—Sí, sí que lo hacía —dijo Einstein—. Esto es la última línea del chiste. —Se volvió a sentar, limpiándose las lágrimas provocadas por la risa de sus ojos de búho con los nudillos.

—Es la Divina Comedia —jadeó Joyce, ahogando una risa que nacía en el fondo de su garganta—. Nos tendrán que llevar a todos a la Enfermería de Dante si seguimos con esta risa.

—¿Acaso soy tan torpe —preguntó Babcock, sin diversión alguna— que he estado metido en ello tanto tiempo y no me he dado cuenta?

—Sí y no —le respondió Einstein.

—¡Otra paradoja! —exclamó Babcock—. ¿No hay un inequívoco sí o un absoluto no en todo esto?

Joyce, todavía medio riendo, canturreó:

Una paradoja, una paradoja,
Un ingeniosísima paradoja...

—¡Por amor de Dios! —pidió Babcock—. Dejen de burlarse de mí, caballeros.

Einstein asintió.

—Lo siento —dijo—. En este momento, no estoy seguro de poder explicárselo; quizá nunca me perdonaría. ¿Qué le parece, Jeem?

—Creo —replicó Joyce—, que este guión ha sido tan brillantemente construido que no hará falta que explique nada. El timbre volverá a sonar antes de que haya profundizado en la cuestión y el propio Autor pondrá el clímax que tenía pensado desde el principio.

—Sí —le dijo Einstein—. Supongo que tiene razón. Bueno, entonces —dirigiéndose a

Babcock—, al menos daremos el principio de una explicación...

—Cuando el timbre suene por segunda vez —declamó Joyce—, volveremos a llevarnos calabazas.

—Antes de que eso pase —dijo Einstein—, creo que le debo a Sir John el resto de la explicación de lo que ha pasado aquí.

—¡Al fin! —exclamó Babcock con cierto acaloro.

—Hasta que suene el timbre... —entonó Joyce.

Einstein se concentró durante un momento.

—Empecemos por lo más básico: por el contexto del pensamiento moderno, que quiere decir con David Hume. En su discusión de los milagros, Hume apuntaría que el argumento ha de ser totalmente satisfactorio y totalmente necesario, para demostrar la realidad de un supuesto milagro. El argumento debe ser, brevemente, capaz de demostrar que cualquier otra explicación del evento podría ser más milagrosa que el propio supuesto milagro. Esto es el equivalente de Hume a la Navaja de Occam. Por ejemplo, si decimos que mi querida esposa, Milly, flota en la cocina a dos pies por encima del suelo, tendrían que creerme justificadamente sólo si fuera mucho más milagroso que yo, Albert Einstein, pudiera decir una mentira. Ahora bien, aunque tengo por un tesoro mi reputación de persona honesta, creo que no cabría duda en elegir cuál de las dos interpretaciones es más milagrosa en el presente caso: [a] que Milly, realmente, está volando por ahí, o [b] que miento. No: nunca ha habido un hombre de tan sobrenatural honestidad del que se pudiera decir que es más milagroso en él mentir que la posibilidad de que su esposa levite.

»Esto, como todo el pensamiento de Hume, es puro sentido común. Nunca damos crédito a una historia increíble llena de fenómenos en el cielo y seres en el suelo cuando sólo un solo hombre dice haber sido testigo. Empezamos a dudar cuando los testigos son varios, pero incluso así lo consideramos con escepticismo y suponemos que puede haber alguna conspiración entre ellos, o que la bebida, o alguna impresión traumática, una explosión, pongo por caso, les pudiera haber hecho alucinar.

«Ahora, apliquemos esta Navaja de Hume al Milagro del Gato Asesinado en el Altar. ¿De qué testimonio obtenemos la historia? Del testimonio del Reverendo Verey, y de nadie más. Incluso el detalle sobre el encuentro por parte de Mrs. Verey de ciertos fragmentos de la evidencia posterior no es tal testimonio [nunca nos hemos visto con ella], sino parte de la propia historia de Verey.

»Así —continuó Einstein—, según las bases lógicas de David Hume y el ordinario sentido común de la humanidad, nos preguntamos lo siguiente: ¿Es más milagroso que un misterioso satanista pueda atravesar las paredes o que un curioso anciano pueda mentirnos? La respuesta es obvia: resulta menos milagroso que Verey pueda mentirnos. Parece, al menos, más milagroso que alguien pueda atravesar paredes sólidas. Así, en base a la razón, elegimos la teoría menos milagrosa: Verey miente.

—Lo cual no aclara el misterio de los suicidios —dijo Sir John—. No tenemos que depender tan sólo de la palabra de Verey. Contamos con una noticia en el periódico —Su voz se apagó.

—¿Sí? —preguntó Eisntein—. Tenemos la noticia, o parece que la tenemos. ¿En qué diario apareció la noticia?

—En el Express Journal de Inverness —respondió Babcock.

—No exactamente —dijo Einstein—. Salió del bolsillo de Mr. George Cecil Jones, quien sólo le dijo que había aparecido en el Express Journal de Inverness. Conectado con esto, me acuerdo también que Jones le dijo que envió a su secretario a comprar «una copia» del periódico. No dijo «dos copias», y no hay razón para ello, pues, tomando su historia al pie de la letra, compró dos. Aunque usted se guardó en el bolsillo la copia de la historia que le entregó Jones, Verey leía una copia distinta al día siguiente en el desayuno. Esta es la Multiplicación Maravillosa que mencioné antes. No tiene sentido; así

que, otra vez, alguien nos miente. Ahora, tenemos a varias personas relacionadas con publicaciones de varios tipos. El Reverendo Verey y la Sociedad para la Propagación de la Verdad Religiosa publican Nubes Sin Agua, al menos, y posiblemente otras obras igual de curiosas. Jones y/o sus asociados publican manuales de instrucción para los estudiantes del Amanecer Dorado. Crowley edita sus propios libros, por lo que sabemos. ¿Alguno de estos misteriosísimos traficantes de misterio tendría facilidades para hacer que un documento pareciera un recorte de periódico?

—Dios mío —dijo Babcock—. Pero oí cómo Verey hablaba con el Inspector McInstosh de la Policía de Inverness sobre los suicidios... quiero decir que...

—Sí —replicó Einstein—, lo vio, ¿verdad? Escuchó que Verey hablaba con alguien en algún número de Inverness, y usted asumió que hablaba con el Inspector de la Policía de Inverness. De nuevo, ¿es más milagroso creer en los increíbles suicidios provocados —sonrió extrañamente— por Mamá Ganso, como nos vemos obligados a suponer, o es más milagroso asumir que Verey y un cómplice de Inverness le engañaron con el teléfono? De nuevo, creo, la respuesta es evidente: lo último resulta menos milagroso.

—Suena plausible —reconoció Babcock—. Lo que encuentro difícil de creer es que Jones y Crowley conspirasen juntos en todo este...

—Al principio, yo también lo creí —dijo Einstein—, hasta que nos describió usted la conversación con Jones la mañana que se encontró con Verey. Jones dijo, y las palabras se me grabaron en la mente de un modo muy especial: Cuidado, Sir John: recuerde que un hombre jorobado como Verey resulta un individuo sospechoso. Ahora, me pregunto: ¿Cómo sabía que Verey era jorobado? Aparentemente, nunca le había visto. Quizá se lo dijera Sir John y no lo mencionó cuando nos habló de aquella conversación. Pero Sir John nos dijo que Verey estuvo a su lado durante la charla. Con lo educado que es usted, me cuesta trabajo creer que dijera, «Oh, por cierto, es un jorobado», teniendo a su lado al jorobado mientras lo decía. Así que, ¿cómo diablos lo supo Jones? Estaríamos ante un caso de Telepatía Casual, si lo creyéramos. Pero yo no me lo creo.

»La alternativa obvia es que Jones y Verey trabajaban de común acuerdo. Verey le cuenta, primero por carta y luego en persona, una serie de terribles acontecimientos calculados para amedrentarle a usted, y Jones fabrica el supuesto recorte «de periódico» que aparentemente confirma esas historias.

Einstein volvió a encender la pipa.

—Para averiguar —dijo— si Jones y Verey eran cómplices, empecemos primero por aclarar algunos oscuros misterios de este misterioso asunto. Yo creo que las coincidencias pueden multiplicarse de un modo sorprendente... especialmente en el sistema perceptivo de coordenadas de un hombre entrenado para buscarlas, considerándolas como señales ocultas o presagios. Pero su relato, Sir John, cuenta con demasiadas coincidencias para cualquier universo sensato. En particular, me refiero al insistente y aterrador modo en que los detalles de sus sueños y visiones astrales —las últimas de las cuales me tiene usted que permitir que las considere como sueños en vigilia— cobran vida en el mundo real a medida que usted se integra con Verey y crecen sus problemas. Así que me pregunto a mí mismo: ¿Cómo pueden tener lugar estas Superabundantes Coincidencias?

»Aquí tienen una sola respuesta —continuó diciendo Einstein—. Un hombre tiene acceso a su «Diario Mágico». Un hombre lo ve cada mes, como usted nos dijo, para ayudarle en su progreso espiritual. Un hombre, George Cecil Jones, podría haber colaborado con Verey para crear la impresión de que sus pesadillas se manifestaban en el universo físico. George Cecil Jones, que sabía, de algún modo, que Verey era un jorobado cuando decía que no le había visto nunca en su vida.

—Dios mío —volvió a decir Babcock.

—Volvamos ahora al recorte del periódico —continuó Einstein—. Pienso que sin el recorte, habría usted empezado a pensar tarde o temprano que no tenía más palabra que

la de Verey como aseveración de la historia, toda ella tomada prestada de la escuela de terror gótico de ficción, en general, y de Arthur Machen y Robert W. Chambers, en particular. El recorte, entonces, formaba parte del plan, como la conversación con el «Inspector McInstosh», para evitar que a usted se le pasasen ideas sospechosas por la imaginación.

—Pero —alegó Babcock—, por razonable que suene todo esto, me cuesta todavía trabajo creer que un sacerdote cristiano como Verey, aunque estuviera poseído por una doble personalidad como sugiere Mr. Joyce, colaborase con una criatura tan vil como Crowley.

Einstein sonrió.

—Echemos un vistazo. Joyce ha sugerido que «Arthur Angus Verey» nunca ha existido y que Charles Verey escribió la totalidad de Nubes Sin Agua. Demos un rodeo, y consideremos otra alternativa. Supongamos que «Charles Verey» no ha existido nunca y que todo el libro ha sido escrito por «Arthur Angus Verey».

—¡Yo he visto a Charles Verey! —exclamó Babcock.

—No —dijo Einstein—. Para adecuarnos a nuestra conceptualización, usted conoció y recibió cartas de un hombre que pretendía llamarse Charles Verey. Un hombre con joroba: una característica tan sorprendente que suele fijarse en ella toda nuestra atención. Muy poca gente, creo, puede describir a un jorobado adecuadamente: recuerdan tan claramente la joroba que los demás rasgos se hacen muy vagos y son rápidamente olvidados. Hay otra cosa de «Verey» que le llamó tanto la atención que la ha mencionado varias veces. Su palidez. Le impresionó en tal medida que nos dijo que, al primer golpe de vista, le recordó a un actor maquillado para una escena de muerte. Esta es la Imagen Muy Definida, sugerida por el teatro. Empecé a pensar: con una joroba y algún maquillaje, si entro en esta habitación y les preguntó a estos dos por el Profesor Einstein los dos me dirán que el Profesor Einstein ha salido.

—¡El estilo cabalístico! —exclamó Joyce—. Dios mío, ¿por qué no lo he visto antes? ¡Naturalmente! El estilo es el mismo. Él verdadero autor de Nubes Sin Agua , tanto el «Arthur Verey» de los poemas como el «Charles Verey» de los sermones, es Aleister Crowley.

—Aleister Crowley, hijo de un cervecero muy rico — dijo Einstein—, y por lo tanto capaz, como muchos ingleses ricos, de tener un apartamento en Londres y una hermosa y antigua casa en Escocia. ¿Quizá en Inverness? Creo que la más mínima investigación no tardaría en revelar que tal es el caso.

—Y el número de teléfono Inverness 418 —dijo Joyce— fue el número que «Verey» marcó cuando habló con el supuesto «Inspector McInstosh». De hecho, era Crowley disfrazado como el imaginario Verey, llamando a su casa e interpretando aquella escena para impresionar a Sir John.

—Podemos decir algo más que eso —añadió Einstein—. Ayer, oímos que el Terrateniente de Boleskine se encontraba en Suiza escalando. Sabemos que Crowley es escalador: luego ya tenemos a un Extraordinario Escalador. Pongamos como hipótesis que ambos son Cabalísticamente Uno. Y recordemos que el «diablo» que Sir John vio en la Bahnhofstrasse la pasada noche apareció tras la llegada del Terrateniente de Boleskine. El paquete que nos han entregado esta noche también hace sospechar el que Crowley se encuentre por aquí. Sugiero, por lo tanto, que Crowley no sólo tiene casa en Inverness, sino que adquirió, o se apropió, del título que iba unido a la casa, y que no es otro que Terrateniente de Boleskine. Y que el «Reverendo Charles Verey» y la «Sociedad para la Propagación de la Verdad Religiosa» son creaciones suyas por completo.

—¡Maldita sea! —bramó Babcock. ¡Qué estúpido he sido!

—Le ha engañado un maestro en el arte de la farsa —le dijo Einstein amablemente—. El autor de El Libro de las Mentiras es un genio en el mercado de las mistificaciones.

—Pero hay algo que sigue sin estar claro —alegó Joyce—. ¿Qué pinta Mr. George

Cecil Jones en todo esto?

—Salta a la vista —dijo Einstein—. Crowley ha interpretado perfectamente... en especial, supongo, por su fascinación por las mentiras que parecen verdad y las verdades que parecen mentira. En el principio, la primera lección del Amanecer Dorado le advertía a Sir Jones que Crowley, y otros varios, dirigían una orden del Amanecer Dorado. El hecho de que Crowley, y su particular grupo del Amanecer Dorado, fueran tan violentamente denunciados no era sino una manifestación de su sentido del humor, como hemos tenido ocasión de averiguar. Sir John siempre ha estado en contacto con la rama del Amanecer Dorado de Crowley. Quizá Mr. Jones sea el segundo de a bordo de Crowley, o, al menos, un alto oficial de la logia. Iniciaron a Sir John de acuerdo con la forma más antigua de iniciación conocida por los antropólogos: la ordalía del terror. El Rito de Iniciación. Constituye una ampliación enorme del sencillo drama representado por Crowley con lo que él denomina «psicobulómetro», y se encuentra codificado incluso en la secuencia I.N.R.I. sobre la que hicieron pensar a Sir John en un principio: ritual de muerte y renacimiento.

—Y la horrible grabación que efectuó Verey... —intervino Joyce.

—Yo mismo podría hacer una grabación igual de impresionante con la ayuda de unos cuantos actores profesionales —concluyó Einstein sencillamente.

Hubo una pausa.

—Vayamos ahora —pidió Joyce— al Milagro de la calle Regent. ¿Hemos de creer que el Barón Zaharov es también un conspirador y que su piedad de ortodoxo oriental es otra mascarada?

—Bueno —dijo Einstein—, resulta ciertamente peculiar que un antisemita cuyo gobierno ha distribuido los falsificados Protocolos de los Sabios de Sión, y que aparentemente tiene un tío en la jerarquía de la Iglesia Ortodoxa, se llame entre otras cosas Salmonovitcb. Jeem, dígale a Sir John el equivalente en inglés.

—Solomonson —dijo Joyce—. Dios mío. Al principio no me di cuenta. Eso quiere decir que el padre del Barón era judío.

—Una improbabilidad en aquel gobierno y algo increíble en la iglesia de su tiempo —explicó Einstein—. La Pista del Nombre Imposible. Crowley volvía a jugar con nosotros, dejando caer una indirecta para que viéramos la mascarada si éramos lo suficientemente inteligentes.

—¿Y el testimonio de Miss Sturgis? —preguntó Joyce.

—Miss Sturgis, como secretaria de la famosa Isadora Duncan —respondió Einstein—, se mueve en círculos que podríamos denominar como bohemios, vanguardistas o revolucionarios, ¿sí? No cuesta mucho imaginar cierta relación, romántica o de cualquier otro tipo, entre ella y Crowley.

—De acuerdo, pero si el Barón Zaharov no es realmente un noble ruso, ¿quién o qué es?

—Oh —replicó Einstein—. Pienso que está muy claro que debe ser de nuevo Aleister Crowley en otra mascarada.

—Pero usted olvida las diferencias de estatura entre Crowley, Verey y Zaharov —discrepó Joyce—. ¿Cómo encaja todo eso?

—Crowley es un hombre de estatura media, según informó Sir John. Con joroba y agachado, fácilmente aparentaría medir cuatro o cinco pulgadas menos. —Einstein se calló y caminó unos cuantos pasos inclinado, como si tuviera alguna lesión en la columna vertebral—. Observen: ¿parezco unas pulgadas más bajo?

—Totalmente convincente —dijo Joyce—. Lo contrario, sin embargo, no resulta tan creíble. Cualquiera puede encogerse y parecer un poco más bajo, pero, ¿cómo parecer un poco más alto?

—Recuerde que Sir John sólo vio a Crowley, como Crowley, una vez —respondió Einstein—. Recuerde, también, que Crowley no estaba en el jardín, de modo que no se

pudieron establecer comparaciones. Sir John vio a un hombre bajo en el jardín y luego se encontró con otro que parecía algo más alto que él. Un hombre cuya estatura no recuerda exactamente, pues las imperiosas maneras del «Barón» le hacían parecer quizá más alto de lo que realmente era. Siempre nos acordamos de los hombres fuertes, impresionantes e irritados como más altos de lo que realmente son... algún instinto mamífero que iguala el mayor tamaño con la supremacía dentro de la manada. El gran sombrero ruso de piel, naturalmente, también hacía crecer el aparente tamaño del «Barón». Relatividad de Dimensiones.

»Así que, si «Verey» y el «Barón» eran ambos Aleister Crowley, no había necesidad alguna de estropear el jardín. Nadie, sin mascaradas, tuvo que cruzar horizontalmente el jardín. La transformación se efectuó verticalmente. Los accesorios de la personalidad de Zaharov —la barba negra, el gorro de piel y el abrigo— estarían colgados detrás del roble, con una goma como la que usan los magos y los espiritistas tan frecuentemente. Crowley-como-Verey desaparece en el jardín, toma todo aquello, ata las cosas de Verey —el traje con el collarín de clérigo y la joroba postiza— y suelta la cinta elástica de la guía a la que estaba presumiblemente fijada. Inmediatamente, ésta sube y se sitúa a una altura que imagino se encontraría por encima de la línea normal de visión.

»Me imagino también —concluyó Einstein— que la casa estará actualmente desalquilada. El «Barón» nunca existió salvo en la breve charada del jardín y el cuento de Miss Sturgis.

Babcock sacudió la cabeza con cansancio.

—No hay milagros en todo esto —dijo amargamente—, pero ciertamente hay satanismo.

—¿Dónde? —preguntó Joyce—. No creo que haya usted visto el fondo de toda la cuestión. El Profesor ha dicho claramente los cómo y qué y quién y de qué modo de todos los detalles físicos, pero la pregunta de por qué no está resuelta todavía. Empiezo a percibir el por qué de la psicología de la iniciación por el terror, y sospecho que el último acto de este drama está por ocurrir. Si Crowley maneja a los cabalistas «buenos» con una mano, por mediación de su ayudante Jones, y con la otra a los cabalistas «malos», la lección de la mascarada me parece obvia. Después de todo, ¿qué hacen los cabalistas «malos» salvo dramatizar y hacerle consciente de los problemas que indicaban sus sueños, Sir John?

—¡Maldita sea! —gritó Babcock—. ¿Les justifican?

—Me he entrenado para no juzgar, sino para comprender —le replicó Joyce—. Si me escucha un momento, le diré sobre sus fobias sexuales que...

—Ya me voy familiarizando con sus libertinas opiniones —le cortó Sir John tajantemente— y estoy seguro de que serían recibidas aprobatoriamente por Crowley. Pero, gracias a Dios, conozco la diferencia entre lo correcto y lo equivocado.

Joyce miró al joven durante unos momentos, en silencio.

—Conoce la diferencia entre lo correcto y lo equivocado —repitió, finalmente—. Dígame: ¿por qué necesita la iniciación... ya sea la del Amanecer Dorado u otra cualquiera? Es usted un genio, un sabio, un gigante entre los hombres. Ha resuelto usted el problema que debaten los filósofos desde la antigüedad: el misterio que hace que dos naciones o dos tribus no estén nunca de acuerdo, que dos hombres o dos mujeres no están nunca de acuerdo, y que ninguna persona inteligente haya estado de acuerdo consigo misma de un día para otro. Conoce la diferencia entre lo correcto y lo equivocado. Estoy impresionado. Se lo juro. Figuradamente, le beso los pies.

—Jeem —dijo Einstein en voz baja—, no hace falta ser tan sarcástico. Hay muchos jóvenes tan inexpertos como Sir John.

Pero Joyce estaba lanzando. Se levantó y empezó a dar vueltas por la habitación con nerviosa energía,

—Toda mi vida —dijo, tanto para sí mismo como para Sir John—, me he estado

enseñando a observar acertadamente y sin prejuicios. Tal es [creo que el Profesor estará de acuerdo conmigo] el requisito previo de todo esfuerzo científico. También es el requisito previo del tipo de literatura que quiero escribir. Ahora —escúcheme bien, Sir John—, el drama al que le han llevado Crowley y Jones es un perfecto ejemplo de lo fácil que resulta engañarse uno mismo. No hay nada en toda esta historia que no haya existido antes en sus propias fantasías; Jones, simplemente, consiguió la objetivización de aquellas fantasías, y usted ha perdido todo punto de referencia si es incapaz de comprender tanto que la fuente de todo lo que ha ocurrido está en sus propios temores y prejuicios, como que el objetivo no era otro que inducirle a ver a través de sus temores y prejuicios. No soy un místico, pero es obvio que todo este chisme del Amanecer Dorado es un modo complicadísimo de enseñar a la gente a ver como ven los científicos, o como ven los artistas como yo... sin filtrarlo todo a través de las lentes de los prejuicios morales y emocionales.

—Hay diferencia —dijo Sir John fríamente— entre prejuicios y principios.

—Sí —replicó Jones—. Otra gente tiene prejuicios; pero yo tengo principios. Al igual que otra gente es inestable y yo firme, otra gente es egoísta y yo simplemente me autorespeto, otra gente es alcohólica y yo sólo bebo una copa de vez en cuando. ¿Podré conjugar algunas frases más como estas últimas? Otra gente es peculiar y yo exótico. Otra gente es infantil y crédula, pero yo conservo cierta inocencia infantil. Otra gente es muy lista, pero yo he aprendido a expresarme con elegancia. Otra gente es sensual y yo un romántico. Otra gente es paranoide y yo sólo cuidadoso. Otra gente está loca y yo un poco en mis cabales.

Sir John sonrió y extendió una mano.

—Basta —dijo—. Su opinión es bien recibida. Naturalmente, todavía tengo prejuicios e intento, supongo, racionalizarlos, lo mismo que hace todo el mundo. Pero, ¿intenta usted convencerme de que no hay realmente nada satánico detrás de la depravada sensualidad de Crowley y sus cohortes?

—El culto al sexo —dijo Joyce tranquilamente— es, para un observador objetivo, no menos absurdo que cualquier otra forma de culto. Si se cree lo que dice Thomas Wright en su Historia de los Cultos de los Organos Generativos, La Rama Dorada de Sir James Frazer, al igual que otras referencias etnológicas, se trataría de la más antigua de las religiones humanas. Una vez fue el más extendido de los cultos; aún existe en el hinduismo, el budismo y el Islam; incluso mantiene ciertas trazas en el cristianismo...

El timbre de la puerta volvió a sonar.

—La entrada a escena —comentó Joyce—. ¿Habrá estado el canalla escondido toda la tarde en el jardín escuchándonos, Profesor?

Los tres hombres clavaron la vista en la puerta, donde no tardaron en ver a Mileva y a un hombre de mediana edad, bien vestido y con una agradable sonrisa, que llevaba una botella de champán.

—Sir Aleister Crowley, Terrateniente de Boleskine —dijo Mileva.

QUINTA PARTE

Todas las cosas materiales no son sino máscaras.

Herman Melville, Moby Díck.

CAMILLA: Señor, también vos debéis quitaros la máscara.
DESCONOCIDO: ¿De verdad?
CASSILDA: De verdad. Ya es la hora. Todos nos la hemos quitado menos vos.
DESCONOCIDO: No llevo máscara.
CAMILLA [aterrada, junto a Cassilda]: ¿Sin máscara? ¿Sin máscara?
Robert W. Chambers, El Rey de Amarillo.
De no haber sido por la jarretera, nunca habría podido ver la estrella.

Aleister Crowley, Obras completas.
«La Estrella y la Jarretera».

Crowley cruzó la sala de color canela y le entregó el champán a Einstein.

Ahora que nuestro alegre carnaval está a punto de terminar, dijo suavemente, haré una ofrenda a Dionisio y sugeriré lo que celebramos. Deben estar todos terriblemente sedientos.

Una excelente idea, se regocijó Joyce. Parece una archiduquesa, por Dios.

Babcock se levantó, temblando ligeramente. Sombras rojas del atardecer teñían su rostro de oro y oscuridad.

Es usted un cerdo, le dijo fríamente a Crowley. ¿Cómo se ha atrevido a convertir todo este cruel asunto en una broma?

Crowley estaba abriendo la botella.

El universo, replicó como si no fuera con él, es una enorme broma, en lo general, y en cuanto a los gastos, en particular.

Babcock se controló con bastante esfuerzo.

Me ha estado usted engañando y atormentando durante meses, dijo. Me ha llevado a extremos de terror que han hecho que se tambaleara mi cordura. Maldito hijo de puta.

Usted acudió a nosotros en busca de la Iluminación, respondió Crowley. Todavía la está recibiendo. ¿Se imagina que la Verdad es un perro que viene cuando se le silba? ¿No le advirtió el significado de I.N.R.I. lo que cuesta la transformación? ¿No le advertimos desde el principio que tendría que enfrentarse a todos sus miedos?

Pero Einstein le replicó tranquilamente:

No niegue que ha sido usted muy cruel.

Cruelmente Crowley rió con crueldad.

¿Negarlo? Lieber Al, insisto en ello. Soy como el fuego de un refinador.

Blasfemia para justificar el sadismo, protestó Babcock. Es usted un maldito hijo de puta.

Ah, Babcock, replicó Crowley sirviendo más champán, todavía le queda espíritu. Me gusta. Le recordarán algún día como el discípulo amado por Crowley. Después de todo, a quien ama el Señor, también Le castiga.

Más blasfemia, cerdo, baló Baba Babcock.

Mejor, más champán, opinó Joyce. Parece que el mío se ha terminado.

Me imagino, dijo Einstein, mirando fijamente las cenizas brillantes de la pipa, que su plan original para el Rito de Iniciación de Sir John incluirá algún climax dramático. Espero que no se lo hayamos destrozado explicando los trucos prematuramente.

Tome un poco más de vino, Babcock, dijo Crowley, sirviéndole una copa. Les puedo asegurar que el climax del drama será tal como lo planeé, desde luego, excepto en que habrá tres candidatos en vez de uno.

Latido. Latido. Latido.

Tres candidatos, repitió Joyce finalmente. Sospecho algo.

Einstein, lánguidamente, preguntó:

¿Se oye un zumbido en la habitación?

Todos miraron a Cuervo Crowley y, a continuación, entre sí. Nada.

Qué raro, dijo Zorro Joyce. Por un momento fue como si comprendiera a Platón. Como si la móvil imagen del tiempo se detuviera y viera la línea del mundo en cuatro dimensiones, eternamente. Maldita sea. Como si el río lleno de lodo de la conciencia se hubiese congelado.

Ese zumbido, insistió Einstein, como de un millón de abejas...

No oigo zumbido alguno, declaró Joyce tranquilamente. Pero... Babcock, ¿se encuentra bien? Parece que se está poniendo verde.

Babcock adquirió un tono púrpura vaginal.

Es extraño, dijo con cuidado. Nunca me he sentido mejor en toda mi vida.

La estantería de uno de los rincones empezó a encogerse. Joyce la miró abtraído mientras el débil zumbido aumentaba de tono ronroneantemente.

Lo más extraño de todo esto, graznó Crowley, es que no importa cuántos soldados vayan en la falange, pues el número de jorobados es cada vez mayor.

Sí, sí, dijo Einstein, un irritado y rojo rubí león andante. Cada imagen que veo del universo es un nuevo acertijo. Usualmente, sería el próximo martes después de comer. Y esto es lo más divertido del juego.

Crowley observaba indiferente el modo en que se encogía la estantería de roble marrón.

Para usted, para mí y para unos pocos más, sí, dijo. Pero mucha gente dice que los soldados son exactamente iguales en número a los jorobados. Una respuesta para cada pregunta.

Yo digo, dijo Joyce, una cosa. ¿Se está encogiendo realmente la estantería?

La estantería se convirtió en el expreso de Zurich, rugiente.

La noche la noche la noche.

La estantería se convirtió en un altar. Crowley apareció vestido repentinamente de escarlata y levantaba la Vara de llamas y la imagen en movimiento se detenía nuevamente y resultaba muy clara.

Alto. Adelante. Alto. Adelante. Alto.

Muchos monstruos cívicos bailaban alrededor de Joyce. Me decía que la verdad baja a la deriva por una calle estrecha, cantaban. ¡Cucú! ¡Cucú! ¡Cucú! La mayor fraternidad de Europa. ¡Cucú!

Oídme dijo Crowley IEOU PUR IOU PUR IOATH IAEO IOOU ABRASAX SABRIAM OO OO ADONAI EDE EDU ÁNGELUS TON THEON LAI GAIA AEPE DIATHARNA

THORON! Sol que vives en mí Tú fuego Tú iniciador de la estrella séxtuple que me rodea con fuego y fuerza Alma que vives en mí Solleonserpiente Saludo a todo Te saludo a ti gran bestia salvaje A Ti IAO Lascivia de mi alta Lascivia de mi ángel Alzad el grial Alzad la copa de Babilonia Alzadla por mi ángel para que se sirva dentro de mi alma A Ti chivo exaltado sobre la tierra llena de lujuria A Ti serpiente que te extiendes sobre la tierra llena de vida Espíritu santísimo Sapientísima semilla Niño inocente Doncella inviolada Engendradora del ser Alma de todas las almas Aparece con tu más recóndita luz

La noche la noche la noche comprender comprender comprender

¿Podría repetir lo último, Crowley?, preguntó Joyce. No estoy seguro de lo que está pasando en la habitación.

Sir John empujó la puerta de la M.M.M. y entró en el Partenón, San Pedro, la Torre Eiffel, pagodas orientales, bancos góticos con rostros gesticulantes, la orden de las condrilas, la de los ciclos tomados, las lampreas de mar, la orden de los Caballeros Templarios, la orden de Menfis y Mizraim, academias, laboratorios, conventos de monjas, panaderías, catedrales, las ingentes fuentes del Amazonas, la Banda de los Centípedos. Lo más grande podía estar dentro de lo más pequeño: es un huevo frito y me quiere. Estúpidos granjeros con pancartas que dicen LIBERACION DEL BESTIALISMO cargan contra una línea de Agentes de Policía bajando por una calle teñida por la luz índigo escarlata del este.

Los Amos Secretos empiezan a desfilar espectral y silenciosamente por la habitación. Elías Ashmole, Amo Secreto, Perfecto Señor, Elegido de los Quince, Caballero del Triángulo; Thomas Vaughan, Soberano, Gran Inspector de Grado 33 del Antiguo y Aceptado Rito Polaco; Sir Edward Kelly, Sublime Príncipe del Real Secreto; Dr. Johannes Dee, Príncipe de la Merced, Caballero de Pnath, Perfecto Amo Secreto; Roderic Borgia, Papa Alejandro VI, Gran Caballero de Lot y el Fénix; Michael Maier, Sabio de Elía, Sabio de Delfos, Señor de la Triple Tau; Paracelso, Grande y Sublime Caballero de San Andrés; Adam Weishaput, Caballero de Palestina, Gran Caballero Elegido Kadosch Hurhausdirektorpresident; Christian Rosenkreuz, Antiguo Señor del Arco Real; Wolfgang von Goethe, Verdadero Maestro Adepto de las Logias Simbólicas; Jacobus Burgundur Molensis el Mártir, Caballero de Jerusalén, Caballero de Palestina, Caballero de Blanco, Sublime Arquitecto Escocés de Heredom, Gran Caballero de Sodoma; Rey Federico de Honenstaufen, Sublime Caballero de Knepth; Ludovico Rey de Bavaria, Comandante Supremo de las Estrellas, Discreto del Caos, Sublime Filósofo Noaquita; King Kong, Primate de la Isla de la Calavera; Carl Kellner, Príncipe Soberano Rosa Cruz de Kilwinning y Heredom; Carlo Magno, Doctor de los Izeds; Valentino, Patriarca de Menfis y San José; Sir Richard Burton, Soberano Comandante del Templo y Príncipe de Jerusalén; Basílides, Gran Pontífice del Colegio de la Gnósis; Pitágoras, Caballero de la Cadena de Libia; Sir Richard Payne, Caballero, Comandante del Aguila Roja; Manes, Patriarca de los Planisferios, Perfectísimo Arquitecto, Caballero de Israel; Atila, el Huno, Valiente Señor, Maestro Excelentísimo, Electo de lo Desconocido; Ludwig van Beethoven, Perfecto e Ilustre Elegido de los Nueve, Orden del Ángel del Pavo Real, Señor del Triángulo; Simón Mago, Caballero de la Rama Dorada de Eleusis; P.D.Q. Bach, Caballero del Cuerno y Hardart; Apolonio Tianaeis, Gran Consagrador Arquitecto de la Ciudad Escondida; Wolfgang Amadeus Mozart de la Flauta Mágica, Caballero Prusiano, Caballero del Temple, Supremo Señor Caballero del Aguila; Benjamín Franklin, Gran Hacha del Arco Real, Sublime Caballero de Elección; F.X. Preserved Coppinger, Caballero Beneficente, Caballero del Arco Iris, Caballero del Pelícano y del Aguila, Príncipe Soberano de los Rosa Cruz de Heredom; Hugh Boylan, Caballero de Banuka, Príncipe de la Pica Pantagruélica; Thomas Jefferson, Arquitecto en Luz y Perfección, Sublime de Heredom; Catulo, Sabio del Laberinto, Caballero del Alto Odiamor; McIntosh Anonimoses, Príncipe Soberano de los Grados 78, 79 y 80 de las Ordenes Esotéricas de Cranston y Bourbaki; Melquisedec, Caballero Kadosh, Gran Caballero Inspector, Caballero del Real Misterio de

los Carros Celestiales; Osiris, Sublime Aletofilota y Caballero de Líbano; Tahuti, Caballero del Arco Sagrado, Caballero del Secreto Mausoleo; Buda, Maestro Pastroforis, Neocoris Elegido, Gran Melanoforis, Perfecto Señor Bahalata; Lao Tzú, 90 y Ultimo Grado Supremo Gran Conservador y Absoluto Gran Soberano y Patriarca de la Orden de Mizriam; Malaclipse el Joven, Omnibenevolente Polipadre de la Virginidad de Oro; Don Quijote de la Mancha, Caballero de Jerusalén, Caballero de Malta, Caballero de la Triste Figura; Miguel Cossack, Supremo Pontífice de Kiernansis, Gran Maestro Fundador de la Segunda Serie Geométrica; Walter Mitty, Amo Secreto, Perfecto Maestro, Juez Preboste, Intendente de Edificios, Elegido de los Nueve, Elegido de los Quince, Sublime Elegido, Compañero del Arco Real de Enoch, Caballero Escocés de la Perfección, Sublime Maestro, Caballero del Mausoleo Secreto, Caballero del Iris, Gran Inspector Soberano, Ilustre y Supremo Honorificabilitudinatatibus de la Rosa Cruz, Verdadero Maestro Elegido del Supercalifragitisticoespialidoso Arcano, Colegio del Espíritu Santo, Caballero de Israel, Caballero de Jerusalén, Caballero de Menfis y Mizriam, Honorable e Ilustre Gran Maestro Pontificio Mega-Ipssisimus Maximus Antipericatametaanparcircumvolutiorectumgustipope de Copoofied, Grado 33 del Rito Escocés, Grado 10 de la Ordo Templi Orientis, Grado 97 del Rito de Menfis y Mizriam, REAL Y SUPREMO ILUSTRISIMO MAESTRO de la íglesia Gnóstica Católica, POPE DE LOS ILUMINADOS; y varios monos distinguidos, cerdos, rinocerontes, peces y Vertebrados Avanzados, junto a notables representantes de las abejas, cucarachas, lepismas, hormigas, termitas, lampreas de mar, arácnidos, langostas, u.s.w. [y así sucesivamente], de las más inteligentes amebas conocidas por la ciencia.

En cierto modo, resulta agradable volver de nuevo a la cuna, dijo Joyce vergonzosamente. Cuando uno se mea en la cama, primero se siente calor y luego frío. Pero ahora me estoy ahogando en orina. No, puedo nadar. ¿Dónde han ido los peces de colores?

¡Dios mío!, gritó Babcock. ¡Todo lo que hay en la habitación se está convirtiendo en tetas!

¡Lo sé, lo sé! —exclamó Joyce. Experimentamos el amanecer de la consciencia. Pero es la consciencia personal o... oh, no...

Algunos pechos eran grandes y otros pequeños y otros cónicos y otros discoidales y otros hemisféricos y otros alargados y otros pechos llenos de la madre Tierra y moderados pechos de chicas de Gibson y exuberantes pechos de putas francesas y pequeños pechos lisos orientales y otros firmes y otros suaves y otros blandos y empezaba a gotear de todos ellos una interminable corriente blanca como la alegre lluvia del cielo y todos tenían el mismo aspecto parabólico como un puente colgante bajo la influencia de la gravedad en el que la ingeniería y la biología repitieran la curva del arco iris al revés interminablemente casi corno un arco coseno en un osciloscopio pero por Dios aparecen bandas de peppermint y todos son sirenas

Soy Einstein Soy Babcock Soy Crowley Dios mío soy la ceniza de la pipa Alma de las almas sí soy la silla Jesús Aullando Cristo soy todavía James Joyce sí pienso soy sí soy?

Einstein mira la Bahnhofstrasse donde los raíles del tren se encogen en la distancia más allá del horizonte que orbita la tierra viendo el sistema solar y pasando a la vista de la galaxia en órbita alrededor del universo cruzando por todos los universos posibles hasta llegar de nuevo a la Bahnhofstrasse mientras el cielo se llena de globos blancos y globos de luz millón tras millón de perlas y ópalos y turquesas y ámbar cambiando lentamente de cristal y trama molecular en la gran Rosa con la cruz de luz en su centro tictoctaqueando mientras cada pétalo se humedece y espejea con la ternura de un coño

Un hombre parecido a un halcón, reflexiona Joyce. Ascendiendo del laberinto del viejo padre del viejo artífice el mugido de la vaca que en el principio fue un Chivo

Vuelve a Erín.

Merde, decía el General Canbronne. Un tapiz tejido con vergüenza y desprecio. En la familia era conocido como Mr. Harris.

Einstein ve bajar por el túnel de la conciencia recuerdos que saltan por los árboles con otros primates: recuerda los mil millones de vuelos de predadores como el equino, el rinoceronte, la cebra y el tapir; revive la evolución del cerdo, el pecarí, el hipopótamo, el camello, el ciervo, la jirafa, el antílope; sufre y se regocija como la foca, la morsa, el lobo y el panda gigante; se colapsa e implota como el perisodáctilo, el artiodáctilo y las experiencias de carnívoro fluyen en su consciencia; se conoce a sí mismo como roedor almizclero, castor, ratón de campo continuamente asustado, ardilla y rata canguro; flota en los ríos genéticos de los lagomorfos capturado en heroicos momentos como owsla jefe de los conejos níveos, saltando a la espalda de pika: canta a las estrellas (y escucha su canción) como ballena azul y marsopa; silba por las cavernas como murciélago: se convierte en topo, musaraña, erizo: se hace uno con los recuerdos moleculares de los insectívoros, marsupiales y monotremas: canta como gorrión, petirrojo y ruiseñor; se tiende en las rocas bañadas por el sol como tortuga: cruza desiertos como serpiente de cascabel: croa como sapo cornudo; desciende al estanque de ácido nucleico informativo y vive como pez óseo, trucha, pez cartilaginoso, ciclostomo, lamprea, craneado, acraneado, miriápodo y arácnido; salta hacia atrás, a artrópodo, crustáceo, anélido: retrocede cada vez más hasta los equinodermos, los asquelmintos, los celentéreos y los protozoos: se convierte al fin en un apaleado golpeado manchado de barro medio ciego asustado arañado muerto de hambre sucio obsceno gato de callejón que canta

maldita maldita sea
este es el baile de la vieja dama
pero toujours gai es mi estribillo

Y dónde, por favor, ha estado usted últimamente, pregunta Joyce lleno de curiosidad.

Muy interesante, replica Einstein. Muchos antepasados nuestros no fueron perfectas damas ni caballeros. La mayoría de ellos ni siquiera eran mamíferos.

Mal Chico Babcock encuentra la Puerta al final del túnel. La abre. Un millón de ligas azules con encajes blancos caen por doquier.

A causa de la curvatura de la espina dorsal, dijo el Dr. Bostick Bentley Babcock desde una plataforma en el espacio. La palidez... falta de concentración... pelo en las palmas, como un hombre lobo... eventual idiotez total. Autocontrol es la respuesta. Nunca lo haré. Ningún inglés lo haría.

Babcock chilla, llorando histéricamente.

Apartaos de mí condenados, dijo el Dios Chivo, y caed en los fuegos inagotables preparados para Satanás y sus ángeles. Veo lo que haces en el armario. Las ligas de tu madre.

Fueron las únicas ligas que pude encontrar, imploró Babcock, llorando.

Einstein miró a Babcock lleno de ansiedad. Está a punto de acertar, le dijo a Crowley.

Oh, un poco de histeria homeopática no le hace daño a nadie, bostezó Crowley.

Hijo de puta sin corazón, repitió Babcock.

Merde, dijo el General Canbronne. Sólo hemos conquistado nuestro propio territorio.

Las hormigas avanzaron en fila india. Las hormigas avanzaron de dos en fondo.

Las hormigas avanzaron de tres en fondo.

Es una falange griega, dijo Einstein. Mira, como la de Alejandro...

El ratón de campo vuelve a gritar.

Todo va bien, Babcock, dijo Joyce. Me parece que sólo se trata de una sobredosis de empatia.

Soy todavía humano, preguntó el ratón.

Todavía es usted Sir John Babcock, respondió Einstein tranquilizador.

Pero una parte es todavía la de un ratón de campo, añadió Crowley. Como otra parte es la de un tiburón...

La evolución no es aquí una teoría, dijo Einstein en voz baja. Es una experiencia.
Babcock volvió a chillar.
Esto ha ido demasiado lejos, objetó Einstein.
Cuervo Crowley se convirtió en el Cuerverendo Verey, un jorobado de rostro cadavérico. El reloj lenta sombría sonoramente dio las trece.
Ranas y ratón, grito Halcón Verey. ¿Bestialismo? ¿Perversión? Me gustaría que todos los hombres fuesen como yo, pero es mejor casarse que ser el papa de los carniceros. Vemos a través de una lente ahumada que se convierte en un burbujeo. Pelusa a la pelusa. Sacos de estiércol. Abominación. La suciedad mensual. Locura lunar. Entrada ilegal.
Rojanaranja y jodidamente dulce sangre menstrual goteando de la luna, cayendo en la mejilla de Babcock.
Ugh agh dice estremeciéndose.
La sangre se convirtió en oro en su pañuelo cuando la limpió. La reproducción se transforma en barras de oro apiladas en pirámide. La serpiente renace y yo me ruborizo.
El misterio alquímico del Oro Rojo, dijo Crowley, casi casualmente.
Es sólo un Fenómeno Natural, añadió Einstein. La primera fusión.
Cómo he sabido que iba a decir eso, preguntó Babcock.
Jesucristo, dijo Joyce, vacío.
La habitación empezó a contraerse.
Funciona por combustión interna, explicó Einstein.
Son dimensiones cambiantes, preguntó Joyce.
Por Dios, jadeó Babcock. Vamos a ser aplastados hasta morir.
Debemos estar acercándonos a la velocidad de la luz, sugirió Einstein. Las matemáticas sólo se encuentran en sus tímidos pecados de juventud.
La matriz continuó contrayéndose.
Nos sofocaremos, protestó Babcock.
No, replicó Joyce. Sólo estamos siendo expelidos... a un nuevo mundo.
Indigos navios rozan India, dijo la Mangosta Imaginaria. Estaba hecha con piel de aceituna deslizándose a la deriva hacia un inmenso salón en el que trogloditas, enanos, cavernícolas, lúgubres, cangrejos, girasoles gigantes, tictactictactequeaban temblorosos.
Las estrellas del Escudo de Orión se encienden, apuntando hacia Sirio.
Pero, bueno, dijo Joyce pensativamente. ¿A esta alturas del mes?
5 días después de que empiece el flujo, dijo Crowley. El ciclo del macho es 23 días y el de la hembra 28. Lo eran todo en Bengala hace dos mil años. 23 y 5 suman 28.
La Tierra es re-formada a partir del Caos.
V.I.T.R.I.O.L.
Visita Interiora Terrae Rectificando Invenies Occultum Lapidem, dijo Babcock, crucificado boca abajo en pleno éxtasis. Visitar las partes interiores de la Tierra; por rectificación se encuentra la Piedra de la Sabiduría. Y se dice que se halla en la más despreciable y deleznable de las cosas. Códigos, indirectas, ambigüedades... y está delante nuestro todo el tiempo. Los nueve meses: la diosa de las nueve lunas.
Merde, dijo el General Canbronne, con el rostro de Napoleón y el sombrero de Tío Sam desde las tres estrellas del Escudo de Orión.
Comerlo con catsup, añadió Eduardo III.
El excremental Infierno de los alquimistas, dijo Joyce Ankh Khonsu. El reflejo naranja y escarlata de las partes interiores. La llamada uterina, Dios Jesús. Todo el mundo occidental se ha vuelto loco porque San Pablo tenía una fobia sobre la vagina dentata.
Joyce se desdobló, convirtiéndose en Masoch y Sade.
El amor cuyo nombre no osa emplear, dijo Masoch desde las enaguas de Nora. ¡Me da más miedo que la muerte!
Se necesita cierta disciplina, opinó Sade con uniforme de la Gestapo. Se te arrastra

por la tripa, perro. La mente de la gente no es otra cosa que un inmenso yo.

Pero el horror de ello, Iago, dijo Masoch. El horror de ello.

Las hormigas avanzaron de cinco en fondo.

Se convirtieron en William Shakespeare.

Dicen que no soy un caballero, dijo Moorish Sheikespaere. Sólo porque enfrente de mi casa, enfrente de mi casa, está mi pa pa padre, ¡Oh, Dios! La injusticia de todo esto. Enfrente de casa. Estaba hecho con piel muerta.

Merde, dijo el General Canbronne con infinita piedad. Que voluminosamente dio forma al rojo en los embriones.

Rectificando, dijo el expreso de Zurich. Rectificando, rectificando, rectificando...

La física es psicología, leyó Einstein de la estantería, con lo que evidentemente confundió a la clase de primer curso. Adelante y atrás no son más que dimensiones sadomasoquistas: agresión o timidez, ¿vale? Y arriba y abajo es la jerarquía de bulto... quién come el primero y qué. Izquierda y derecha... conocen la lógica aristotélica... volver al juego de adivinar en que mano está. Y la cuarta dimensión...

Sí, sí, apremió Joyce. ¿La cuarta dimensión?

Sexo, respondió Einstein.

¿Qué?, exclamó Joyce.

Por una vez, incluso Crowley miró asombrado.

No comprendo esa parte de mí mismo, confesó Einstein. Tiene algo que ver con la simiente como vector del tiempo... la genética como negación de la entropía.

Pero por qué es tan agradable, preguntó Joyce. Si nuestros cerebros operaran sencillamente de modo diferente, quedaría explicado por qué sentimos más... pero ¿por qué placer por toda la piel?

Es el siguiente paso de la evolución, intervino Crowley.

Pasado presente futuro son como calles barridas por el viento, carne desnuda con las estrellas.

Oh, Dios, gimió Babcock.

El siguiente estado de la evolución, repitió Joyce. Pensaré en ello.

Piense que la evolución ha terminado ya, preguntó Crowley retóricamente. ¿Realmente cree que los condicionantes del dolor y la repulsa son nuestra cruz perpetua?

¿Quiere decir usted, dijo Einstein, que el cerebro puede convertir cualquier sensación en erotismo? Es difícil creérselo.

El cerebro procesa todas las sensaciones, replicó Crowley. Si el cerebro está totalmente consciente y despierto a lo que pasa, ¿por qué no habría de tratar cualquier sensación al menos como una experiencia orgásmica?

¿Y eso, suspiró Babcock sensualmente, es el oro Alquímico? ¿Por qué he tardado tanto en comprenderlo?

El trébol de nitrógeno bajo la alfombra que es la muerte.

Quizá estamos borrachos, dijo Joyce, sintiendo que su pene se transformaba en un cactus un brote de peyote un trébol un girasol gigante un abeto una picea de titánico rojo madera una rosa perfecta una furgoneta móvil con el rótulo COCAINA INTERNACIONAL INC un cometa en órbita interminable por cuevas de coral púrgura e índigo y violeta 358 la Serpiente el Mesías SEÑOR DE SEÑORES y BARDO DE BARDOS Por El Que Siempre Reinará SIEMPRE un pistón una pistola una flaccida flor flotante

Las hormigas avanzaron de nueve en fondo.

Como yo fui el causante de la disputa, gritó Bertran de Born saltando sin cabeza por la chimenea, me ven hecho pedazos a mis propias manos: dos en uno y uno en dos. Ana Bolena era la mujer de Enrique, la mujer del Rey Enrique era...

Que te den por el culo Bert, gritó Ezekiel Pound.

El conocimiento de la muerte proporciona ideas maravillosas.

Chumka chumka chumka bum bum, dijo la Variable Oculta.

Hagios Hagios Hagios IAO. Magaso magaso magaso.
Filia et Pater unus Deus, cantó Crowley. ARARITA.
ARARITA ARARITA ARARITA replicó el Rey de Amarillo desde la lumbre.
Por la noche la noche la noche dijo la Cobra roja del deseo.
Rectificando rectificando rectificando dijo Babcock.
Una entrada ilegal e imposible, musitó musicalmente Joyce.
Todos los niños quieren saber lo que pasa detrás de las puertas cerradas. El rompecabezas de la habitación prohibida.
Adam Weishaupt con el sombrero rojo blanco y azul del Tío Sam y con las tres estrellas del Escudo de Orión apareció detrás del altar masturbándose.
Te invoco dijo Weishaupt el terrible e invisible dios que vive en los lugares vacíos de la mente AROGOGOUABRAO SOTOU MUDORIO PHALARTHA OOO AEPE oh tú sol espiritual oh tú ojos oh tú lascivia grita en voz alta el remolino el pozo oh padre oh sol tú que haces más alto al no nacido
Eyaculó jadeando, como un ahorcado.
Soy la semilla de las estrellas dijo el primer espermatozoide con la cara del Padre.
Soy la llama que abrasa pero no consume dijo el segundo espermatozoide con el rostro del Sol.
Ahora me ves ahora no me ves dijo el tercer espermatozoide con la cara del Gato de Schrodinger. Será infligido el castigo a los tres cuervos y al reyezuelo.
Han disparado contra el Archiduque le dijo sólo a Einstein una voz.
Tierra pan y paz, dijo Lenin sobre la librería.
Vitoreantes multitudes: la Mansión Babcock era dividida: la Familia Real asesinada: los Mongoles follaban en grupo por las calles.
Qué Archiduque, murmuró Einstein.
Un coro de obreros entró cantando

Oh los bancos son de mármol
Con un guarda en cada puerta
Y la cámara está llena de plata
Sudada por los granjeros

Proclamo la dictadura del proletariado, dijo Lenin lanzando un ladrillo contra el Gato de Schrodinger. Beethoven está verboten. Todo el mundo debe aprender a jugar al ajedrez. El capitalismo schweinerei no está permitido. No mandar dinero por correo. Ningún petit bourgeois subjetivismo decadente imperialista idealista o predialéctico empirocriticismo. Por la noche la noche la noche. Todo el poder para los Soviets.
Las hormigas avanzaron de doce en fondo.
Cariñito, dijo la Reina Victoria tragándose un ladrillo. Sempretanfel.
Comerlo con catsup, dijo Lenin. Proclamo el Plan Quinquenal. El tractor marca el paso de Dios a través del mundo. No pasar. Informar al Comité Central. El primer día del resto del ciclo del nitrógeno. Menos poder para los Soviets.
Rojo naranja amarillo verde azul índigo violetas trasgos bailando.
Comerlo con catsup, dijo el Demonio con voz acuosa.
Lo incomestible perseguido por lo inexpresable, dijo Eduardo III coronado de espinas y una copa de mantequilla de color amarillo dorado en la mano y con una liga en el muslo izquierdo. El amor que no osa decir su nombre. París es un sitio caro para morir.
Se transformó en Melmoth el Errabundo y se tambaleó, borracho, despreciablemente.
Las hormigas avanzaron de cien en fondo. La puerta de la Capilla Peligrosa se abrió de nuevo y el zumbido aumentó. Todo el poder para los Soviets: todo un mito lo de la vagina dentata. Sonaban cantos Aklo aullados y mugidos y gritados y gruñidos por miles de dholes y shoggoths. Hay sacramentos del mal lo mismo que hay sacramentos del bien:

sólo el loco está absolutamente seguro. Azathoth, Demonio Sultán Caos primordial y centro del Infinito, aulló: Lo sé todo sobre esas ligas, ¡sois dos pervertidos! Las hormigas avanzaron de mil en fondo.

El acordeonista empezó a tocar una nueva melodía: Die Lorelei. Joyce miró sombras oscuras que se movían ambiguamente, desde la estantería de libros. «Flores», murmuró. «Blume».

Lirio tigre.

Dios mío, suspiró Babcock.

Dios mío, repitió.

DIOS MIO, jadeó, riendo y llorando.

La Blanca Luz del Vacío del que todo proviene, dijo Babcock.

No es sólo una metáfora. La he visto.

Oh, eso, dijo Einstein. Son sólo aceleraciones atómicas que contraían el proceso electromagnético que crea nuestras separadas funciones cerebrales. La Variable Oculta.

¿Quieres decir, preguntó Joyce, que somos más lentos o más rápidos dependiendo de lo que experimentemos mediante el proceso físico que crean nuestros cerebros?

Ciertamente, dijo Einstein. Todos estos saltos, ocasionalmente, son discontinuidades cuánticas.

Bien, dijo Joyce, al menos es una teoría. Supongo que es mejor que no tener ninguna teoría. ¿La crees realmente?

Lo hago ahora, respondió Einstein. Dudo que la crea por la mañana. Necesitaría otros treinta años de regateos matemáticos para volver a convencerme a mí mismo de que tal puente existe...

¿Quiere decir, preguntó Crowley muy excitado, que esto forma parte de la transformación que nos ocurre actualmente a niveles atómicos?

A niveles subatómicos, respondió Einstein. A los puentes que cruzan el superespacio a través de los cuales la Variable Oculta controla la sinfonía de los quanta. No suponga que sé de lo que estoy hablando. Como digo, pasarán treinta años antes de que todo esto se plasme en matemáticas reales. Entre tanto, Beethoven, probablemente, lo explicará todo me|or que los físicos.

Omnia in Duos, dijo el Rey de Amarillo. Duo in Unum, Unus in Nihil.

Cuánto tiempo llevamos en esta cueva, preguntó Einstein, preocupado. La luz empieza a fallar.

Hemos sido peces durante unos cuantos millones de años, dijo Joyce.

Devuelva los tres formularios por triplicado, pidió Lenin con el rostro de Stalin. La Policía Secreta es el camino de Dios a través del mundo. Vea a su dentista dos veces al año. Orgasmos no autorizados. Por la noche la noche la noche. Ningún poder para los Soviets.

Al tiempo que miraban una calle barrida por el viento los edificios se fueron alzando: el Partenón, San Pedro, la Torre Eiffel, pagodas orientales, las torres de Babilonia, rascacielos americanos, un Quatt Wunkery, enjambres marcianos geodésicos, toda aquella frenética actividad acompañada por un zumbido insectoide. Las cucarachas construían asilos y ambulatorios geométricos para las catedrales góticas, las hormigas avanzaban de un millón en fondo hasta erguidas arcadas y alquitrabes floridos, centípedos y langostas corrían a través de rápidos diseños de basílicas, crujías y apuntalamientos colgantes bajo la grave supervisión de los sabios y ancianos cangrejos ermitaños, voladizos y capiteles saltando a los cielos mientras termitas y tarántulas tejían día y noche poniendo ladrillo sobre ladrillo, docenas de cariátides, cancelas y columnatas apareciendo entre el rígido esplendor de las pirámides, mosquitos y escarabajos cooperando en la construcción de columnas dóricas y bizantinas y jónicas y corintias, chozas de hierba y teepees e iglús multiplicándose por millares, alzando Stonehenge, el bullicioso zumbador explosivo construyendo sin fin, alzando ventanas y naves y vigas y

dinteles edificando y destruyendo y volviendo a edificar. Vieron palacios de oro, templos con el color de las estrellas, edificios atestados de indescifrable inhumanidad, subhumanos arrabales y ghettos, al tiempo que una generación iba y otra venía, aunque los caseros no morían jamás.

Y las hormigas avanzaron de mil millones en fondo.

Te invoco, cantó Ludwig, MA BARRAIO IOEL KOTHA ARTHOBELA ABRAOT Oh madre Oh verdad Tú misa Tú que eres Tú que me penetras Tú diosa de la belleza y el amor.

Soy una condenada hembra de hipopótamo, descubrió Babcock.

Joyce miró a la atractiva silueta que se sentaba en una roca en medio del Rhin peinándose el cabello de oro y descubriendo que, en realidad, la mujer era una hembra de hipopótamo.

Creo que hemos explicado todos los misterios, reconoció.

Soy una Isis de la Naturaleza Reina Inefable, anunció el babcockpótamo excitadamente. Soy la matriz de todas las cosas. Dulce Jesús en bicicleta, creo que vamos a tener un niño.

El proceso de nacimiento cósmico repetido una y otra vez y otra vez mi rojo coño encendido por el placer del dolor pero no tengo un coño que pasarme por la polla que me castró cuando yo oh Dios la alegría de la maternidad otra vez y otra vez y otra vez

Contracción de la matriz. Contracción de la habitación. Un elevador en el espacio exterior entre conceptos verbales representativos del Invierno.

En el principio fue la Luz, dijo Einstein en un elevador entre las estrellas. La materia son nudos en la Energía.

Madame soy Adam, dijo Tetragrammaton un judeo-creek que simula ser mercader. Un pan, un plan, un canal: Panamá. Maldito perro loco, ¿en?

Hemos oído las campanadas de medianoche, dijo Joystaff.

Una división entre las doce y la una, dijo la Rápida Anfitriona vistiendo un traje Victoriano con la falda levantada enseñando una liga azul sobre unas medias negras. Aun con el cambio de la marea.

Su nariz era tan puntiaguda como un pene y una mesa de verdes campos.

Rompió la liga y cantó:

Sólo un Mago y un Caballero biennacidos
Y una Virgen sin temor
Pueden avanzar sin armas entre la danza
De la Mascarada del Diablo

Pongamos de nuevo el color oscuro, dijo la Anfitriona Brillante. Pureza de esencia. Nuestra en lo original y genuino. Apaguemos la luz y luego encendamos la Luz. Realicemos una enfática protesta hacia los amantes de la literatura.

Sir John cruzó la calle cubierta por la niebla, empujando la puerta de la M.M.M. Libros Ocultos y Místicos de Todos los Tiempos con la vacuidad mental del ajetreo y las cosas diarias del mundo.

Mirad a Sir John Peel, dijo Sir Talis juguetón y zalamero y malhumorado. Cucú.

Con sus perros y sus escondrijos en la penumbra, dijo Canon Futter. La miga o la Liga.

Te invoco, cantó Crowley cada vez más deprisa. El nonato que creó la tierra y los cielos que creó la noche y el día Tú me hiciste perfecto Tú pusiste la verdad en la materia Tú colocaste la verdad en el movimiento

Fornicación sodomía abominación, desvarió Verey. Cornudos, quitaos las ligas.

Nunca he usado mi sucio pene Reverendo, dijo Jack el Destripador. Sólo un precioso cuchillo. Curiosamente por extraña coincidencia cuando no brilla la luna.

Me deben el alquiler, dijo O'Mierda. Los caseros nunca mueren.

Si viviéramos en el centro de un castillo de fuegos artificiales, leyó Einstein, todos comprendería mi teoría del espacio-tiempo directa, inmediata y sensorialmente. Pero vivimos en el centro de una pantalla de fuegos artificiales: la velocidad no es observada porque nos movemos con ella. ¿Por qué lo observo ahora?

Mi mejor amigo del colegio era homosexual, le contó Joyce a Babcock. No lo descubrí hasta que pasaron diez años. Las artes de la hipocresía están más desarrolladas en Irlanda que en Inglaterra. Dios mío escribiré el libro de Hunter y mostraré a la humanidad la verdad de la situación.

Nunca me pareció que respirar fuese tan maravilloso, respondió Babcock.

Soy un pez de mil millones de años y un hombre que nacerá en 1984 y vivirá mil años en docenas de galaxias, observó felizmente Joyce. Muchacho, ¿qué has hecho con nosotros?

Abrir las puertas de la percepción, replicó Crowley.

Te compararé con un día de verano, exclamó Shakespeare arrastrando las palabras afeminadamente.

Oh por qué no, dijo Mr. Q.U. ultrajadamente amanerado. Sería un maravilloso harapo.

Sodoma y Gomorra, murmuró Verey. Londres y París. Entrada ilegal. Lo dice todo el mundo.

Creo que eres un fotón.

Joyce descubrió que el cuarto de ellos con turbante árabe llevaba sentado junto a la hoguera del campamento más de setenta años.

Ha sido un cruel golpe para su padre, dijo Eduardo Einstein.

Hiroshima... Nagasaki... Nueva York...

Einstein miró las crecientes llamas con horror.

¿Hasta cuándo durará esto?

Tú y tus sucios libros, dijo Lucía Joyce. Y tus ligas ligas ligas.

Los conceptos se deshacen en percepciones atómicas, musitó Joyce.

Acabará alguna vez. ¿O estaremos aquí toda la Eternidad?

Adam Weishaupt se levantó atravesando una trampilla con Capa de Brujo en la que destacaba el diseño de un ojo dentro de un triángulo. Qué fácil es manejar a los masones, cantó, la Herramienta del Templo, ¡ved cómo se levanta! Príncipes de Jerusalén, ¡cómo nos hemos burlado y mofado de ellos!

Esto es el Infierno.
Vamos a ser aplastados.

Me quedaré en el eterno misterio, dijo Mr. Q.U. El deseo supremo, desconocido, que refina nuestra existencia. Sólo permanecen mis iniciales. Mr. ¿Q.U.E?

Philosophia meta pederastía, entonó Platón desde la Eternidad. Eleutheria. Tapa kega day.

Flotando, dijo Einstein, gravedad cero. El relativismo del instrumento.

Pronto acabará. ¿Verdad?

Pero Crowley Hierofante golpeó once veces en el suelo con su Bastón, recitando en canto llano:

No hay Gracia; no hay Culpable;
Esta es la ley: ¡Haz Que Se Cumpla!

Partiendo el cráneo, Weishaupt aulló presa del delirio. ¡En guardia! ¡La tierra será anulada y el cielo abolido! ¡Todo es mentira, aun lo Divino! ¡Hagamos la señal de la aniquilación!

Estoy muriendo. No escaparemos.

Olores de rosa y trébol donde no brilla la luna.

O'Neill le vio las bragas a la Reina Molly, se rió Joyce.

No es tan malo, después de todo. Flotamos en el espacio y nos convertimos en genitales.

Joyce se condensó en un libro azul, dividiéndose en átomos, refinándose más allá de la existencia, reproduciéndose y encarnándose en un millón de bibliotecas.

Fi fa fo fun, dijo Sir Talis. Huelo a sangre de Inglés.

Babcock se echó a reír. ¿Era de esto de lo que tenía miedo? ¿De la ilustración de un cuento de niños?

Adelante, le dijo Joyce a Sir Talis tranquilamente. Sólo sois un símbolo freudiano. Eutaenia sirtalis, la vulgar serpiente. Sir Talis, Ligas... ¿lo entiende, Babcock? También se la llama serpiente de jardín. De ahí los símbolos del Edén en sus sueños.

Joder, Joyce, dijo Einstein con la cara del Dr. Watson. ¿Cómo lo ha hecho?

Elemental, mi querido Einstein, replicó Joyce con el rostro de Sherlock Holmes. Ligas, ligas por todas partes.

El Dr. Carl Jung trepó por la ventana.

Este tipo de análisis freudiano sigue siendo verdad, dijo, pero no toda la verdad. La serpiente es el símbolo gnóstico de la inmortalidad y el renacimiento. Para la primitiva inconsciencia racial, la serpiente renace cada vez que muda de piel.

Mierda, dijo la voz de Sigmund Freud.

Joder, gritó Joyce, extasiado. ¡Al fin lo tengo!

¿Qué?, preguntó Einstein ausentemente.

Joyce recitó gravemente esperando los aplausos:

En las profundidades de la cripta de San Giles
Llega un grito que se extiende a lo largo de muchas millas
Con el que el vicario dice «Gracioso...
¡Es el Hermano Ignacio!
¡Que ha olvidado que el Obispo tiene almorranas!»

Das Buch ist ein Schwein, dijo acusadora Nora Barnacle. Escribe de ligas cuando no tenemos nada que comer.

Bueno, dijo Joyce desasosegadamente, ¿acaso no es el fetichismo la primera religión?

La mitad de los hombres de Inglaterra tienen algún fetiche, dijo Crowley. Habitualmente es Miss Birch, la amante de la disciplina: el correlativo psicológico del imperialismo.

Sí... dijo Joyce audazmente. Siempre he querido que Nora me disciplinase... ver cómo ardían sus ojos a causa de la ira...

Joyce es burlado, calumniado, proscrito, condenado, rechazado, despreciado, abandonado hasta morir de hambre. Circulan rumores de nuevos casos de purgaciones en París Londres Dublín Zurich Barcelona Moscú Hong Kong Nagasaki Hiroshima Sydney Honolulú Mendocino Chicago Cal Puta Texas y de nuevo en Dublín. Dicen que se ha convertido en un adicto irreversible de la cocaína, que su mente ha sido destruida por la parálisis, que ha muerto alcoholizado en Nueva York, que sufre siete enfermedades muy viles y delirium tremens, que practica oberturas homosexuales con los maîtres, que escribe anónimas y obscenas cartas a la Reina de Inglaterra y a un convento de monjas y jovencitas, que es un voyeur, un exhibicionista, que defeca en parques públicos esperando que le aplaudan con una sonrisa idiota en la cara, que se ha quedado ciego por la más morbosa delectación y la masturbación excesiva, que se mea en la cama y allí mismo se la menea, que ronda por las escuelas para oler los asientos de las bicicletas de las chicas, que es secretamente anglogermano o Agente Alemán o que le han lavado el cerebro y convertido en un zombie sin mente para ser herramienta de los Iluminados, que

su hermano le ha puesto los cuernos, como su mejor amigo, siete sacerdotes, nueve rabinos, el Elegido de los Quince, la Casa Rothschild, y la banda del Waldorf Astoria. Sus libros, junto con los de Sade, Masoch y Wilde, son quemados en una bóveda secreta en la Perdida Pirámide de la Ciudad Escondida del Desaparecido Continente de Mu. Dicen que se ha arrancado el pelo, azotado, hecho cosquillas, atormentado, colgado, destripado, despedazado y crucificado.

Padre, perdónales, dijo, porque no saben lo que hacen.

Le dio una patada al cubo. Salieron chispas, vibraciones astrales turban la atmósfera, se alzan fantasmas, bolas de luz y objetos volantes no identificados sorprenden a los espectadores, los terremotos sumen Dublín en el mar, los cielos tiemblan y muere como un perro.

Cómo es que tenemos a Jim por aquí, dice el ángel, dando vuelta a una piedra. Hay flores en la tumba de Joyce y cada flor tiene siete pétalos y siete secretos y cada secreto tiene siete nombres y entre ellos pueden leerse poesías como Papi Oh Papi Tienes Cartago En El Rin, La Conexión De La Torre Del Tarot, El Brillo Del Monje Zurdo, Podría Ser Tan LISTO Como Un Caballo Pastor Pero Llámale Levin, Los Campbell Acampan Con Bandas De Godos, Dios Le Bendiga Mr. Robinson, Necesitan Un Pájaro Cantor En El Cielo Para Llevarse A Crusoe Un Viernes, Tíñenos Por Partes, No Me Jodas Más Con La Imagen De Santo Tomás, Siéntate En Una Patata Pan Otis, El Banquete De La Ostra Y La Almeja, El Directo Hannibal El Cairo Con Morro y Descaro, Mi Perro Nero Tiene Pulgas, Un Gran Cañón por el Comité del Agujero, Los Viejos Medidores y los Nuevos Cortadores, Una Madriguera Plegable para una Ova Huevococido, y el especialmente atesorado Diez Especias y Veintidós Raíces Que Convertirán Su Pastel Cerebral En Tarta de Frutas. Todos siembran únicos productos en las Arboledas de la Academia como Motivo y Método en las Voces de Joyce, Método y Motivo en los Versos de Joyce, Mito y Metáfora en su Épica Cómica, Metáfora y Mito en su Erotismo Crucificado, Noche y Día Le Tenemos Bajo La Piel, Una Clave A Su Obra Refinada, Una Dentellada a Talulapalooza, Los Retortijones de Marx, Freud En Su Feudo, Nuestra Purificación y Petrificación para la Canonización de Sus Excrementaciones y Pornograficaciones, Quién Es Quién y Quién Se Ocupa de Las Cosas Cuando Nadie es Alguien, y la exhaustivamente exhaustiva Mito, Metáfora, Significado, Simbolismo, Delectación Aburrida y el Chivato y Sucio Jones en Un Simple Párrafo (3 volúmenes).

La momia de Osiris se levanta de la tumba.

Soy un relojero en Amsterdan, dijo. El ciclo del nitrógeno.

Ulises se levanta de la tumba.

Soy un buscavotos en Dublín, dice.

Stanislaus Joyce sale de debajo de la alfombra llevando la Marca de Caín.

Soy el guardián de mi hermano, dice. Además, la mujer me tentó.

Oh roca dice la voz de Nora Barnacle.

Pero Joyce se levanta de la tumba glorificado e infinitamente sutil.

Mala suerte para vuestras almas, se ríe, ¿me creíais muerto?

Muy divertidos los Funerales de Finnegan, cantan los Maestros Masones.

Merde, dijo el General Canbronne. La Era de la Razón. Siempre hay que llevar pantalones marrones en las batallas.

Drácula se levanta de la tumba.

No olvidéis incluirme en el proceso de I.N.R.I., dijo. Los caseros nunca mueren. La otra cara del Diablo. Nunca bebo vino.

Eduardo Einstein y Lucía Joyce están juntos, vistiendo camisas de fuerza, moviéndose con el frenesí sin mente de la esquizofrenia crónica.

Abandonaste a mi madre, dijo Eduardo acusando a Albert.

Nunca me quisiste. Todo tu amor son las malditas ecuaciones. Vives dentro de tu cabeza y no quieres a nadie. Oh, creo que me voy a volver loco.

Oh, replicó Einstein lagrimeando repentinamente.
Ya ve, le dijo Crowley a Babcock. Ahora tienen que explicar la Nun de I.N.R.I. Morir en un Caballo Blanco.
Lucía Joyce se levanta la falda provocativamente, mostrando una liga azul.
Ven, maldito, le grita a James. Métete bajo tierra. Sé lo que buscas. Mirar, siempre mirar. ¿Lo sabes todo —hombres, mujeres y niñas— y ves a través de todo ello? Vives dentro de tu cabeza y no quieres a nadie.
Mierda, dijo Joyce, dando un sorbo al vino.
Y aquí tenemos a otro candidado, dijo Crowley airadamente.
Maldito bastardo.
Es estúpidamente infernal ser el hijo de un genio, se lamentó Eduardo Einstein.
No lo sé, reconoció Lucía.
Soy EL, cantó Crowley súbitamente atrayendo de nuevo su atención. El Espíritu Nonato aparece a los pies Fuerte e inmortal fuego Quien odia que el mal se difunda por el mundo El ilumina y truena El cuya boca siempre llamea El de quien surge la vida en la Tierra.

La verdadera iniciación nunca termina.
Atrévete a arriesgarte, atrévete a ganar, gritó Lenin.
Atrévete a beberte la ginebra de Cordón, añadió Joyce.
Soy Bovary, dijo Flaubert embarazado.
Soy Molly Bloom, dijo Joyce sin embarazo.
Los Maestros Masones cantaron por encima del fuego Neanderthal:

Para el Padre y el Hijo
El Espíritu Santo es la norma
Macho-hembra, quintaesencial, un
Hombre disfrazado de mujer
¡Gloria y loor a Ti
Savia de la ceniza del mundo, árbol de maravillas!

Creo, dijo Joyce, que estamos mutando según la consciencia simbólica verbal a un cuerpo lleno de entendimiento. ¿Es así?
En parte, agregó Einstein pensativamente. Pero también existe un elemento de consciencia directa por parte del cerebro, ¿no?
Me parece que ahora entiendes mejor la relatividad, pues yo estoy comprendiéndola mejor que nunca.
La mesa, dijo Joyce. Dios mío, la mesa.
¿Qué pasa con la mesa?, preguntó Einstein.
Estamos dentro de ella, respondió Joyce.
Sí... dijo Einstein suavemente... así es. Estamos dentro de ella y ella dentro de nosotros. Es un puente...
Dios mío, dijo Joyce. Sí.
En el universo material, dijo Einstein, feliz, lo más pequeño está siempre dentro de lo más grande. Pero en el universo mental... mein Gott... lo más grande puede estar dentro de lo más pequeño. Pero esto es... Somos tan grandes como podemos percibir y concebir... Es una cinta de Moebius...

Gloria a ti desde la tumba dorada, resonó la voz de Tim Finnegan.
Gloria a ti desde la matriz que espera, cantó Molly Bloom.
Gloria a ti desde la tierra sin arar, gritó Osiris.
Gloria a ti desde la virgen prometida, entonó Isis.
La cruz se transforma en falo.
El falo se convierte en cruz.

La cruz se revierte a un sol que remolinea.

Dos buhos y una gallina, dijo el Rey Lear. Tres cuervos y un gallo, todos ellos han hecho nido entre mi barba.

Se desplazan hacia el Cero.

Mi Dios es un Agujero Negro, gritó Schwartzchild.

La entrada al Infierno, dijo Babcock.

La Copa de Nuestra Señora, les corrigió Crowley.

Se convierte en un enorme toroide que pulsa, rió Joyce.

Nueve meses para salir, dijo, y el resto de la vida intentando volver...

El toroide se convierte en una galaxia en rotación.

—¿Realmente hemos estado aquí —preguntó Joyce por fin—, riéndonos como locos, durante tres o cuatro horas?

—Algo así —dijo Einstein.

—¿Ha terminado? —preguntó Babcock.

—No creo —replicó Joyce—. ¿Ha visto lo que yo he visto?

La tierra se estremece. Cthulhu sale de los Abismos arrastrando ligas manchadas de blanco y dinero de todas las naciones, empresas y corporaciones. Los gobiernos caen como bolos. El mercado se derrumba. Hordas de anarquistas sin nombre barren las calles, gritando Contra Todos Los Hijos De Puta al tiempo que ejecutan a banqueros presidentes abogados políticos caseros sacerdotes rabinos ministros mujeres golfistas y a cualquiera que lleve una camisa blanca. Las orgías se multiplican en los parlamentos, congresos, tiendas de antigüedades, tiendas de ropa, oficinas, carnicerías, monasterios, tranvías, hospitales, carruseles, universidades, academias, laboratorios, conventos de monjas, panaderías, catedrales, despachos legales, factorías; enormes pollas brutales se clavan en los coños, los culos, las bocas de voluptuosas actrices, temblorosas viudas, distinguidos filósofos, reyes, obispos, chicos, chicas, soldados, Madres Superioras, banqueros, brillantes poetas; los coños son follados, chupados, masticados, lamidos, besados; la Reina Victoria es violada por 358 guerreros watusi. Los locos defecan en los pozos, las fuentes, las poncheras, en las calles y en las puertas. Babeantes granjeros con pancartas en las que se lee Liberación del Bestialismo cargan contra las tiendas de animales para sodomizar perros, gatos, monos, pájaros, tarántulas. André Breton pasea por París disparando contra los peatones aleatoriamente. El último abogado es estrangulado con los tirantes del último político. El Papa aparece delirando en los balcones que miran la plaza de San Pedro cantando in-coherentemente Cthulhu fthang mientras se sodomiza a sí mismo con un consolador de doce pulgadas de la Cía. Yokohama de Sexo y Cuero. Amas de casa asesinan a sus maridos y se lanzan a los patios a tirarse a las cabras, chillando Io Pan Io Pan Pan ¡La Cabra, con Mil Hijos! Los nihilistas atacan los manicomios con rifles automáticos, asesinando a los guardianes y liberando a los pacientes para que éstos prendan fuego a los despachos de los psiquíatras. Los poetas de vanguardia clasifican los periódicos por tamaño y publican extrañas y descabezadas cabeceras: ¿Existe Un Nuevo Fenómeno Electromagnético O El Corazón Y La Mente De Europa Están Moribundos?; Sólo El Loco Es Absolutamente Libre; La Gente De Las Estrellas Vuelve Pero Yo He Perdido A Mi Único Y Verdadero Amor; ¿Dónde Está Dios Ahora Que Le Necesitamos? Al día siguiente, las mujeres se organizan y terminan la matanza. Y el cielo se convierte en el cuerpo de Nuit, negro, hermoso, la madre estelar: y todo se transforma en un momento, apenas lo que dura un parpadeo. Nunca pasó. No somos más que gente que ha estado sentada en el suelo viendo como el tiempo pasaba hacia la eternidad.

CROWLEY

[Solemnemente]:

En mi loco corazón de hombrelobo
Llevo aullando treinta y nueve años
Con risa y rabia: el pan y el vino
De la Misa del Hombrelobo

[La Misa se disuelve; flotan libremente.]

JOYCE

[Litúrgicamente]:

En mi alto y montañoso corazón
Llevo riéndome treinta y dos años
Con locura y desprecio: carne y sangre
De la Hora del hombrelobo

[Acaba el Tiempo; penetran en la Eternidad.]

EINSTEIN

[Con exactitud]:

En mi clara y límpida mente
Llevo contando treinta y cinco años
Con mesura y líneas: la piel y los huesos
Del Espacio del hombrelobo

[El espacio implota; entran en el Infinito.]

CROWLEY

[Furiosamente]:

Aun desafiando las obras de su dolor
Una verdad menos sumisa que la verdad de la muerte
Mi corazón de hombrelobo aullará contra
El hombrelobo Dios y el hombrelobo Hombre

JOYCE

[Tristemente].

Sí, hasta que nuestro dolor de corazón se convierta en llamas
Y una verdad más salvaje que la verdad
de la vida...

[Aparece Isis. Todos La ven.]

BABCOCK

[Arrebatado]:

Mi corazón de hombrelobo es traspasado
Por la bala de plata de los ojos de la Dama...

CROWLEY

[Erótico]:

Mi corazón de hombrelobo es traspasado
Por la bala de plata de los ojos de la Dama
Soy la Bestia que Monta la Dama
Y las estrellas que hay en su cabello

[Isis y Osiris se funden en Apophis.]

MESCALITO

[Verde, bailando].

¡Gloria a Ti, mi madre y señor
Y Yo de lo que soy lo que soy!

MAESTROS MASONES

¡Gloria a Ti, más allá de todo término,
Fuente de esperma, semilla y germen!

[La falopirámide se alza nuevamente.]

LOLA LEVINE

¡Gloria a Ti, Sol eterno,

Uno en Tres, Tres en Uno!

MAESTROS MASONES

¡Gloria y loor a Ti,
Savia y ceniza del mundo, árbol de maravillas!

[Aparece el Santo Angel Guardián.]

EINSTEIN
[Mirando al Angel]: El campo unificado...

JOYCE
[Mirando al Angel]: El ciclo eterno...

BABCOCK
[Mirando al Angel]: 358: Mi Yo secreto, mi adversario,
mi mal, mi redentor...

CROWLEY
[Piadoso, al Angel]: ¡La Rosa Cruz, el abrazo eterno!

[Grazna el gallo; se alza el Amanecer Dorado.]

JOYCE
[Intuyendo la estructura en el tiempo]: Hijo...
Se reproduce continuamente...

EINSTEIN
[Razonando la estructura en el espacio-tiempo]: Unidad...
Es más uno y menos uno...

BABCOCK
[Sintiendo la Fuerza]: Follando...
Se ama a sí mismo todo el tiempo...

CROWLEY
ARARITA ARARITA ARARITA

[El Föhn deja de soplar. Nuestros actores, como se presagió, son sólo espíritus y se desvanecen en el aire, en el ligero aire.]

JOYCE

Las flores vuelven todas las primaveras. Tierra a la tierra, polvo al polvo, merde a la merde. Cada primavera las flores...

EINSTEIN

El ciclo del nitrógeno.

BABCOCK

A través de todo el mundo subterráneo del Amanecer Dorado.

CROWLEY
[Airado]: Esto es nuevo para ti...

Joyce fue el primero en despertar, oyendo a un pájaro que cantaba en el jardín. El sol del nuevo día que le daba en la cara anunciaba, por lo menos, que era media mañana.

Con paso titubeante, volviendo todavía del infinito, se levantó y miró por la ventana. El jardín se veía verde como teñido por un tinte químico, luminiscente: el lento efecto posterior de la droga. Desde la calle, voces: entre ellas la de un simple ruiseñor en la rama de un abeto, el sonido que le despertó. Era un claro día soleado de primavera suiza, y el aire ya no apestaba al aliento de la brujería.

—Por Dios —dijo suavemente. Era el mismo mundo que viera Adán, desnudo y sorprendido: una presencia amada.

—¿Es por la mañana? —preguntó Babcock, agitándose medio dormido aún en la silla.

—Es el primer día del resto del universo —dijo Joyce, pensativamente.
Babcock se sentó, con los ojos llenos de mudas preguntas.
—Dios mío —dijo.
—Sí —replicó Joyce—. Ha durado toda una noche, ¿verdad?
—¿Vio usted al Santo Angel Guardián? —le preguntó Babcock, totalmente despierto, estirándose.
—Lo vi... muchas veces —replicó Joyce—. Y vi, ciertamente, el modo en que escribiré la nueva novela que no deja de perseguirme.
—Creo —siguió Babcock— que he visto a Dios y he muerto.
Einstein se levantó también de su silla.
—¿Qué fue lo que dijo hace tanto tiempo Jones sobre el Angel Guardián? —preguntó—. ¿Algo sobre el efecto que causaría en cualquier teoría científica, o en una obra de arte, o que haría que cambiara la vida de uno para enfocarla hacia la religión o la compasión? Dios mío —añadió.
Joyce se apartó de la ventana, con los ojos totalmente abiertos y divertidos detrás de las gruesas gafas.
—Me parece que hemos visto a Dios y hemos muerto —dijo—. Cada uno con su peculiar estilo.
—¿Cuándo se fue Crowley? —preguntó Einstein.
—Al amanecer —respondió Babcock—. Ustedes dos estaban dormidos. Crucé unas palabras con él, recuerdo, y ustedes roncaban.
—¿Oh? —preguntó Joyce—. ¿Puede usted decirnos cuál fue la esencia de esa conversación?
Babcock se levantó y sonrió mirando la dorada luz del sol.
—Le hablé sobre el doctor que me encontré en el tren hace dos noches... el doctor que usted ha mencionado varias veces, Jung. Le dije que me gustaría quedarme aquí durante un tiempo, con Jung, antes de volver a Londres para continuar con mi Iniciación.
—¿Pretende continuar con la Iniciación? —preguntó Joyce.
—Cuando esté dispuesto —replicó Babcock—. Cuando el Dr. Jung piense que lo estoy... así es.
Einstein inspiró, o suspiró, largamente.
—El es un fuego que refina —acotó.
Joyce se volvió.
—¿Qué ha sacado usted de la noche pasada? —le preguntó a Einstein.
—Todo se ha reunido —contestó sencillamente—. Pude verlo todo, cada pieza, y cómo se relacionaban con las demás. Mis documentos acerca de la relatividad apenas empiezan. Existe un campo unificado en el que he de trabajar, tan pronto como acabe el documento sobre la relatividad de la aceleración. —Hizo una mueca pícara—. Puede que me lleve veinte años, quizá más, pero lo conseguiré. ¿Se imaginan? Nuestras ideas sobre el espacio son tan primitivas como las antiguas ideas de la Tierra plana. El espacio también es curvo. Cada movimiento es un movimiento orbital, alrededor de una masa: la gravedad y la inercia son reacciones ante la curvatura del espacio. Y esto es sólo el principio de lo que empiezo a ver...
—¿Así que no tiene nada en contra de la droga y los encantamientos y todos los trucos de brujo de la Edad de Piedra que empleó Crowley? —preguntó Joyce.
—Nada de nada —respondió Einstein—. Creo que he aprendido más física en estas horas que en toda mi vida anterior a esta noche. ¿Y usted?
—Sin resentimientos —replicó Joyce—, pero si vuelvo a ver a Crowley, apartaré la vista. Como ya sabían los griegos, una noche en las cavernas de Eleusis es suficiente para toda una vida.
Einstein se puso a caminar, pero lentamente.
—Fue como si nuestros cerebros se hubieran lavado de manchas de sopa —dijo—.

Como si... mein Gott... hemos renacido.

—Sí —confirmó Joyce—. Renacido. Es una expresión sacada de los rituales de Eleusis que acabo de mencionar. Digenes, nacido dos veces, era como se llamaba a los que pasaban la noche entera en la caverna de Demeter y eran iniciados. Ningún historiador pretende saber lo que hacían allí, pero creo que ahora nosotros podemos adivinarlo, ¿verdad?

—Los cánticos que empleó Crowley —dijo Einstein—, ¿podrían seguir siendo los mismos que hace dos mil quinientos años?

—No son los mismos —respondió Joyce—. Todo era puñetero griego, con fragmentos de latín y egipcio un poco por todas partes. Probablemente tienen un origen gnóstico, y de otras sectas heréticas, con la distorsión causada por el paso del tiempo... Pero no me sorprendería que algunas palabras fueran exactamente las empleadas en las iniciaciones de Eleusis. Babcock —dijo súbitamente—, no le pediré que rompa su Juramento, pero no carecería de ética que respondiera a dos preguntas que se me vienen a la cabeza. ¿La Palabra Masona tiene ocho letras?

—Sí —confirmó Babcock—.

—¿Y un valor cabalístico de 72? —siguió Joyce.

—Sí.

—No diga más. Creo que Jones decía la verdad sobre la Orden de cuatro mil quinientos años. —Joyce sonrió—. Es como ir de Dur a Turicum y a Zurich. La palabra es la clave de todo.

—Bien —dijo Babcock, sacando la cartera—. Me gustaría agradecerles todo lo que han hecho por mí. Pero ahora tengo que ir a ver al Dr. Jung.

—Hemos encontrado en usted un caso encantador —dijo Joyce, riendo—. La mitad de nuestro inconsciente es ahora consciente.

—No —dijo Babcock—. No es tan sencillo. «Se puede vaciar el infinito, pero el infinito seguirá existiendo», como dijo Crowley... citando los Upanishads.

—Sí —ratificó Joyce—. El universo permanece...

—Siempre hay más de un jorobado —opinó Einstein, sonriendo amablemente.

—Buena suerte, Babcock —dijo Joyce volviendo a sus formales maneras.

—Buena suerte, Sir John —añadió Einstein, estrechando la mano del joven mientras le acompañaba a la puerta.

Joyce se quedó solo, mirando la librería.

—Flores —musitó—. Blume. ¿Bloom?

Einstein volvió.

—Bien, Jeem, ¿qué demonios piensa realmente de todo esto?

—No soy químico —reconoció Joyce cuidadosamente—, pero aceptaré su metáfora sobre el lavado de cerebro. Sospecho que algunos productos químicos son los solventes universales de la alquimia. Disuelven los arcos reflejos del cerebro, de modo que nuestras antiguas ideas se disuelven en un océano de nuevas señales.

—Algo parecido —dijo Einstein—. Bueno, ¿piensa que esa imposible novela suya es finalmente posible?

—Es inevitable —contestó Joyce aplastantemente—. He descubierto el plano estructural que subyace en todas las demás. Bajo la Odisea, bajo Hamlet, bajo Moisés en el desierto, bajo las artes y colores y los cuerpos orgánicos y todas las demás estructuras alegóricas. La simple verdad humana básica que todo lo contiene. —Se volvió a reír—. Y los críticos tardarán años en descifrarlo... si es que lo hacen.

—¿De qué está usted hablando? —le preguntó Einstein.

—Del verdadero tema de mi libro, del tema que llevo meses y años intentando definir y que no se me iba de la cabeza. —Radiante, Joyce sonrió.

—¿Cuál es, por amor de Dios?

—La parábola del buen samaritano —contestó Joyce—. La sencilla historia humana es

tan corriente que nadie puede verla aunque la tenga delante de las narices.

—Corriente —repitió Einstein—. Claro, usted siempre elegiría lo corriente.

—Sí —dijo Joyce—. Escuche: siempre recordaremos la última noche porque fue extraordinaria. Pero supongamos que hubiera sido ordinaria. Que sólo transcurrió con cuatro hombres hablando de esto y aquello. Y supongamos que uno de ellos moría esta mañana a causa de un ladrillo que le caía en la cabeza desde el tejado. ¿No recordarían los demás aquella noche, bajo la luz de la tragedia, tan intensamente como nosotros recordaremos la iniciación que hemos experimentado? ¿No lo entiende? Nadie ve lo ordinario hasta que es demasiado tarde. Yo soy —por Dios, Jesús y Alá— quien ha conseguido ver lo que llevaba buscando tanto tiempo como usted la teoría de unificación de campos.

—Bien, entonces —dijo Einstein—, hemos encontrado lo que andábamos buscando. Algo diferente para cada uno de nosotros. Supongo que siempre es igual.

—He de volver a ser yo mismo —dijo Joyce súbitamente— antes de que Nora vuelva a preocuparse de que muera borracho en cualquier tugurio.

—Recuérdeme cuando vuelva a Trieste.

—Lo haré, Profesor. —Joyce se detuvo en su camino hacia la puerta—. Pero antes, ¿qué hora es... en este sistema de coordenadas?

Einstein sacó el reloj y lo miró cuidadosamente.

—Exactamente treinta y dos minutos después de las once.